



La vida son los miércoles
Mariela Michelena



ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[La vida son los miércoles](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Sinopsis

Susana, Eva y Marina, tres mujeres al borde de los cuarenta, amigas desde su juventud y aparentemente «realizadas», tendrán que afrontar una serie de reveses –amorosos, laborales, familiares...– que pondrán a prueba su amistad pero, sobre todo, las obligarán a replantearse su forma de estar en el mundo.

Susana es una ejecutiva de éxito; Eva, una adicta a un amor tóxico con la vida empantanada; Marina, pluscuamperfecta e hiperfeliz en su matrimonio...

A través de sus diarios personales y correos electrónicos, el lector las irá conociendo en sus propias palabras, en sus hechos y, sobre todo, en sus pequeñas mentiras y en sus grandes traiciones.

*Para ti, mamáita...
siempre escribo para ti.*

*Y para Paula,
que le hubiera gustado leerla.*

Uno

«Con mi historia podría escribirse un libro». «Con todas, señora. Con todas», le contestó el taxista. Y sus palabras desgastadas quedaron, como ella, en el aire, sin libro y sin historia. De entrada, no supo si le había dolido más que la llamaran «señora» o comprobar que su puesta en escena seguía perdiendo adeptos. Últimamente apenas la escuchaban las peluqueras y alguna desconocida en la cola para comprar el pan.

Con su madre mantenía una especie de intercambio de preguntas intrascendentes y de respuestas monosilábicas que ni siquiera podían considerarse un interrogatorio y mucho menos una conversación. Su única hermana llevaba una vida tan correcta y bien peinada que sólo tenía boca para hablar de las bondades de su día a día y no sabía ni preguntar y mucho menos escuchar. Con sus compañeras de trabajo alternaba saludos esquivos y despedidas distraídas y las pocas amigas con las que mantenía algún contacto la evitaban sin disimulo: «¡Sí, Eva, podría escribirse UN LIBRO! ¡Pero sólo uno, porque siempre nos cuentas lo mismo!».

Así las cosas, recibir el correo de invitación para celebrar con los compañeros de facultad los quince años de graduados le pareció un regalo. Esta vez no iría para contar la historia de su libro, ¡sino para cambiarla! ¡A la una, a las dos y a las tres! Marcó entusiasmada la casilla de «ASISTIRÉ» y apuntó la fecha en el calendario. ¡Una fecha! Tener al menos una fecha era tener una inquietud, una intención. Un punto de inflexión. Un «Hasta aquí hemos llegado».

A la mañana siguiente, la casilla que había marcado con certeza se convirtió en desasosiego y los dos meses que transcurrieron entre la convocatoria y el evento, los dedicó a dudar. Si una mañana se levantaba con resaca o las ojeras le parecían de muerta, no iba. Si al final de la tarde había parado un gol en el trabajo o había colado alguno, sí. Si le entraban las caderas en una falda vieja, iba. Si el fin de semana volvía a cruzarlo sola, no. Si Germán la llamaba, iba seguro, o tal vez no, porque igual ese sábado exacto él querría verla y a Germán no se le podía decir que no. Si su teléfono guardaba silencio ni siquiera podía respirar, así que para la fecha del encuentro sería un cadáver y no, póstumamente

no pensaba ir. Los lunes, a primera hora, siempre iba: desayunar pavo sin pan le auguraba bajar cuatro kilos en dos meses, y sí, ¡claro que iría! El traje de chaqueta marrón será suficiente. Total, hace tantos kilos que no me ven que estos cuatro tristes kilos no los van a notar, y entonces mejor no ir, porque esos kilos pesaban mucho sobre su enclenque dignidad. Ninguno de nosotros será el mismo, pensaba. El tiempo nos habrá pisado a todos por igual. La mayoría ya tendrá hijos y los hijos son como la televisión, ¡engordan! Ellas estarán demacradas, fondonas. Ellos habrán perdido pelo y ganado barriga. Mis quince kilos se perderán entre las canas, las arrugas, las grasas y las calvicies de los demás. ¡Claro que voy!

Así un día y otro día. La perspectiva del encuentro con sus compañeros era su peor amenaza y su mejor compañía. Lo malo de estas celebraciones —se decía— es que te obligan a plantarte delante del espejo, delante de tu propio calendario, ¡y echar cuentas!

¿De qué podría fardar? ¿Experiencia? ¿Dinero? Podría decir que tenía en su haber un gran amor. ¿Un gran amor? ¿Una pasión? ¿Una locura o una tontería? Mejor no tocaba ese tema con sus excompañeros. ¿Qué había ganado y qué había perdido en estos años? «Ganar, lo que se dice ganar, sólo he ganado peso. En cambio tengo una lista larga de lo que he perdido». Para sus compañeros el tiempo habría pasado, en su caso, se había detenido y ella seguía anquilosada en un andén desde el que había visto pasar trenes en distintas direcciones: algunos, con destinos profesionales atractivos; otros, con promesas de amores verosímiles, y los había perdido todos. ¡Ni hablar de ir!

Además de los trenes, lo que más lamentaba haber perdido era ese humor corrosivo que hacía de ella la mejor compañía en las tardes de mus y en las noches de cañas. ¿La reconocerían sus amigas y sus admiradores de entonces? ¿Podría recuperar la chispa con sólo volver a ocupar su lugar entre ellos? (¡Sí! ¡Tenía que ir!). Había perdido amigas y sobre todo ¡había perdido mucho tiempo esperando a que Germán se divorciara, por fin, de su mujer!

¿Dónde había estado ella estos años? ¿Cuándo se equivocó? ¿Qué día tiró la toalla? ¿Fue un martes, un viernes o un domingo? Con una sorpresa inexplicable, escrutaba su vida como si fuera ajena. Como si no hubiera vivido (¿o «morido»?) uno por uno, cada día de los diez años que llevaba con Germán, o sin Germán, o con Germán a medias, o con medio Germán, o con Germán una semana enamorada y dos en el infierno.

Esa fecha marcada en rojo la estaba obligando a preguntarse por tantas otras fechas muertas que el reencuentro ya había cumplido su cometido; ya ni siquiera sería preciso asistir. Se ahorraría la humillación y le ahorraría a los demás el espectáculo de verla convertida en hilachas.

No, definitivamente no iba a ir.

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Reencuentro 15 años!

Querida Su, aquí estoy, cumpliendo con mi papel de reportera.

La reunión estuvo mejor de lo que yo esperaba. *Catering* suficientemente aceptable, alcohol a raudales y reconozco que estuvo bien la idea del cóctel y el picoteo, porque, sentados, cada cual habría tenido que conformarse con el tonto que le tocara al lado; y así, hubo variedad de tontos para todos. Tontos que podíamos usar, desechar e intercambiar por otro tonto cuando quisiéramos. Salvo alguna excepción, estamos todos razonablemente conservados, así que no fue demasiado patético. Me sorprendió que tantos se acordaran de mí, porque yo no recordaba a casi nadie... Ya sabes, ¡*cerebro'e* pollo total!

¡Te eché tanto de menos! Todos preguntaron por ti y yo me encargué de contarles que estás más bella que nunca y que tu vida en NY es trepidante.

Hay un pequeño grupo de mujeres que parece que han guardado el título en la nevera y se han dedicado a tener niños. Trabajan, por supuesto que trabajan, se quejan amargamente de lo difícil que es ser madre en estos tiempos, protestan, pero sólo hablan de biberones, de suegras que cuidan de sus niños, de chupetes y de guarderías. En adelante «las de la liga de la leche», me hicieron un interrogatorio exhaustivo para saber si te habías casado y cuántos niños llevabas en la cuenta. Pusieron cara de suficiencia —casi de lástima— cuando les dije que ni una cosa ni la otra. Casarse y tener hijos es lo único que les parece «trepidante» a estas mujeres. Cristina (¿la recuerdas?, una bajita, simpaticona que se sentaba en la primera fila) se saltó uno de los pasos y tuvo una hija de un donante anónimo. ¡Para que veas que aquí en Madrid también somos muy modernos! Pues ella es la más defensora del colecho. La niña tiene casi dos años y siguen durmiendo juntas. ¡A ese paso no encontrarán novio ninguna de las dos!

¡Yo, como una campeona!, en vez de echarme a llorar, puse cara de asco y les recordé que los bebés crecen y que se convierten en adolescentes respondones llenos de granos en la cara. No sé si fue convincente mi cinismo, en todo caso, nadie volvió a tocar el tema...

A la que vi fatal fue a Eva. No sé cómo ha podido abandonarse tanto. Me costó reconocer a aquella mujer fantástica, atractiva y divertida que conocemos. ¡Es una caricatura de sí misma! Ha engordado, pero el problema no son los kilos, porque, unas más, otras menos, todas rodamos por el camino de la claudicación en pos del pan y el vino; pero esto es otra cosa. Es como si llevara meses sin mirarse al espejo. Me sentí fatal. Hace mucho que perdimos la cotidianidad y no sé si fue ella o si fui yo... Yo estoy tan encerrada en mi historia que no tengo ganas de ver a nadie. Seguramente fui yo. A la reunión vino sola, así que no sé si es que no tiene pareja, ¡o si sigue con Germán!, que es mucho peor que no tener pareja... No me atreví a preguntarle. Esta semana la llamo sin falta y de paso la llevo de una oreja a mi endocrino. Ya sabes, ¡*cuaima* al rescate!

¡Dejo lo mejor para el final!

¡SÍÍÍÍÍ! ¡CLARO QUE ESTABA TOMÁS! Y por supuesto que preguntó por ti. ¡No te imaginas el interrogatorio! Me pidió tu correo. Sabes que yo no le he perdido la pista porque cada tanto, si alguien les falla, llaman a Pedro para jugar al mus y ellos se ven, pero los hombres son unos aburridos que me parece que no se cuentan nada y, si se cuentan, son tumbas que ni muchísimo menos comentan los unos de los otros, así que sí, yo también me apliqué en el cuestionario y le averigüé la vida con tanto detalle como pude:

Te adelanto los titulares:

* Separado de la tonta de su mujer, que por lo visto lo dejó en la calle y le hace la vida imposible. (¡Bien hecho!).

* Dos hijos.

* Físicamente desmejorado, pero igual de simpático y encantador.

* También fue solo, ¡¡¡así que puede que no tenga pareja!!!!

Bueno, mi corazón, tengo que irme.

¿Qué tal tu nuevo ligue??? Este me cae mucho mejor que el desalmado que te rondaba últimamente, ¿Paul? ¿O cómo se llamaba? ¡No pretenderás que me acuerde de los nombres de todos! Tendría que hacer una hoja Excel para llevar el control de apariciones, desapariciones, entradas y salidas en escena... Ja, ja. Pura envidia, ya sabes, yo llevo toda la vida con el mismo y lo tuyo me parece mezcla de ciencia ficción y parque de atracciones.

Bueno, ya me contarás.

Besos.

mm

Madrid, domingo

Ayer fue el reencuentro con los compañeros de promoción. ¡Ya son quince años!

Ayer nos medíamos los unos a los otros. Supongo que eso forma parte del ritual. Como cuando los niños marcan rayitas en la pared de la casa de los abuelos para comprobar que han crecido, mirábamos la estatura que cada uno ha alcanzado en estos años y la comparábamos con la rayita imaginaria e indeleble de lo que prometíamos en la facultad. Aquello que los demás esperaban de nosotros, o aquello que nosotros esperábamos de nosotros mismos.

Yo fui bella al encuentro, ¡cómo no! Flaca, ¡faltaría más!, y entaconada hasta las pestañas. Me debo a mi público. ¡Y mi fama de venezolana estupenda me precede! Cualquiera venezolana, donde quiera que esté, es, o fue, una promesa de Miss Universo. ¡Eso va a misa! Profesionalmente ¡no me puedo quejar! Sólo me faltó colgarme el currículum de una oreja para impresionar al personal. Los éxitos profesionales tienen un peso, no digo yo que no, y más en este contexto en el que parece que con sólo mirarnos nos echamos en cara las notas que sacábamos entonces, las veces que copiamos o las materias en las que nos rasparon. Según esas premisas, el examen de ayer lo aprobé con un sobresaliente, y, sin embargo, me sentí disminuida, chiquita, fea, insuficiente... ¡Suspendida! Ayer no tenía quince años de exitoso ejercicio profesional, ni conseguí volver a ser la caribeña simpática e insustancial que solía ser. Ayer fui una niña perdida que no encaja en un colegio nuevo.

Y es que si una mujer está soltera o si no tiene hijos, no puede evitar sentirse mirada con conmisericordia. Puede que nadie lo notara, pero es que esa es la mirada que el espejo me devuelve. Para el espejo, ni las medallas, ni los tacones cuentan. Lo que al espejo le interesa es la vida, y si el trabajo —o el rímel— ocupan el lugar de la vida, es porque algo en la vida no va bien... Por suerte, Pedro pudo acompañarme y estuvo encantador. Se lo agradecí. Al menos pude mostrar marido y recostarme en su hombro firme para recuperar el equilibrio. Se pasó toda la noche hablando con Tomás, pero no ha soltado prenda de lo que conversaron.

Ayer entonamos el «¡Cómo pasa el tiempo!», al unísono, y yo fingí la misma

sorpresa de todos, por no desafinar. Fingí, porque esa cara de sorpresa sólo se justifica cuando el tiempo te ha pasado por encima, o se te ha escurrido por debajo de la mesa, sin avisar, sin preguntarte si quieres que pase o que no pase. «¡Cómo pasa el tiempo!», dicho así, con expresión de asombro, sólo cabe si mientras que pasaba el asombrado estaba distraído: ¡viviendo! ¿Alguien quiere saber cómo carajo pasa el tiempo? ¡Que me pregunten a mí! Yo sé perfectamente cómo pasa el tiempo. Llevo seis años atravesando su pesado paso, no lo cuento por años ni por días ni por minutos, sino por reglas: el tiempo pasa gota a gota. Inyecciones, tratamientos, punciones. Tramos del ciclo. Fracasos. El tiempo pasa por *hoy está prohibido* y por *mañana es una obligación*. Por los nueve meses de embarazo de cada una de mis amigas, de mis primas o de mis compañeras de trabajo.

Todos mis niños son ajenos.

No sólo he visto caer el tiempo a gotas, sino que miro con horror que el tiempo se me acorta. Que la última gota puede caer cualquier mañana. Y esa regla que odio cada vez que aparece es a la vez mi salvación, mi única esperanza.

Preguntaron mucho por Susana. Les di la mejor versión de mi amiga y solté alguna irónica antipatía para que no se les ocurriera preguntarme por mí. Funcionó.

Creo que estas reuniones no son fáciles para nadie. A la que vi fatal fue a Eva y a Tomás lo noté desmejorado. ¿O será que quiero pensar que no fui yo la única arrepentida de haber ido?

No es que culpe al encuentro, digo que a veces el público pone mi dolor de relieve, le sube el volumen, lo exagera. En fin, que ya pasó...

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: Re: ¡Reencuentro 15 años!

Hola! Imposible responder antes. Ya sabes cómo son estos meses de trabajo. ¡No me acuerdo ni de cómo se respira!

¡Gracias por el reportaje! Suena bien lo que me cuentas del encuentro. ¿Qué le pasará a Eva???? Tiene que ser otra cosa, no me puedo creer que siga con Germán. ¡Sería imperdonable! En fin... Yo no tengo mucha autoridad moral para hablar de relaciones adecuadas. En realidad, creo que ni siquiera tengo autoridad para hablar de relaciones inadecuadas. Las mías —o lo que quiera que haga yo con los hombres, o ellos conmigo— no aparecen en ninguna clasificación decente, ja, ja, ja.

Hablando de relaciones exitosas, Tomás no ha dado señales de vida. Me imagino que una cosa es preguntar por mí y otra atreverse a escribirme. No creo que lo haga. Sé que no es muy elegante que lo diga, ¡ni siquiera es muy elegante que lo piense!, pero reconozco que me alegra saber que al final se separó de su maravillosa novia. ¡Tan adecuada para él, tan correcta y tan perfecta! ¡Tan sosa! ¿Te acuerdas? La pobre se hubiera muerto si Tomás la dejaba por mí!!! ¡Al final, la mosquita muerta le salió rana! Yo, en cambio, era la fuerte, la independiente, la rompe-noviazgos-de-toda-la-vida. ¡Y aquí me tienes, sola! Dándoles la razón...

Es que, a fin de cuentas, la vida hace con nosotros lo que le da la gana.

A la vez me da un poco de pena que Tomás esté desmejorado y pasándolo mal. Me doy cuenta de que todo lo que tiene que ver con él me importa. Lo bueno y lo malo. No se lo merece, pero me importa. Te confieso que leo su nombre y me vuelvo a sentir como una adolescente. Me asomo al correo varias veces al día a ver si ha escrito, como si no hubiera pasado ni un solo día. ¡Qué horror! No hay duda, ha sido un hombre crucial en mi vida. ¿Por imposible? No lo sé, pero todavía me inquieta. Estoy obligada a ser siempre tan fuerte y tan fría en el trabajo que estos leves permisos de fragilidad me dan un respiro, ¿cómo decirlo?, ¡me humanizan!

¿Cómo va lo tuyo? No me dices nada en tu mail. Creo recordar que este mes te tocaba otra vez ¿la estimulación ovárica?, ¿la implantación de embriones? No sé bien, ¡me pierdo! Si no pregunto más es por no agobiarte. Tú sabes que a mí lo de la maternidad me queda lejos; con decirte que la empresa acaba de aprobar la financiación de congelación de óvulos para las mujeres que estamos a punto de dejar «de merecer», y yo ni siquiera he mirado el folleto que nos enviaron de la clínica de fertilidad. Así que, cuando te he visto a ti tan empeñada en librar tu particular batalla por tener un hijo, me he preguntado muchas veces ¿por qué tanto empeño?; siempre he admirado tu tenacidad, pero se me escapa la obsesión. «¡Con todo lo que tiene! —pienso—, ¿por qué no se conforma de una vez?». Pero, como te conozco bien, ¡lo entiendo! En fin, repito, si no insisto en preguntar no es falta de interés, sino respeto, así que siéntete con toda la tranquilidad para contarme lo que quieras, que sabes que yo estoy aquí, cruzando los dedos para que todo salga bien ¡¡¡y para que pronto estemos celebrando la llegada del sobrino!!!

Besos a Pedro.

Su

NOTAS SOBRE PACIENTE 1

NOMBRE: EVA SALCEDO BLANCO.

EDAD: 42 años.

PROFESIÓN: Alta ejecutiva de una multinacional.

ESTADO CIVIL: Soltera.

OTROS DATOS: Remitida por una expaciente.

IMPRESIÓN GENERAL: Es una mujer alta, llamativa, que en algún momento debió de ser exuberante y para quien la exuberancia se ha convertido en exceso de peso. Parece mucho mayor de la edad que tiene. Viene a consulta con un traje de chaqueta que puede que sea de firma, pero que le queda estrecho. Zapatos desgastados. Mal peinada. Ojerosa. Nada en su aspecto concuerda con lo que se espera de una mujer de su rango profesional. Habla lento, arrastra las palabras, pasa casi toda la entrevista con la cabeza gacha. ¿Pidiendo perdón?, ¿permiso?

MOTIVO DE CONSULTA: Desánimo, desinterés por la vida.

Dice que tiene mi teléfono desde hace meses. Cuando le pregunto qué fue lo que la decidió a llamar, refiere como punto de inflexión una reunión de antiguos alumnos de la facultad. Cuenta que en ese encuentro se vio a sí misma a través de los ojos de sus compañeros y que se horrorizó:

—Estuve dudando mucho si ir o no ir, y, como siempre, me equivoqué. No tenía que haber ido. Punto. Pero es que ¡llevo tanto tiempo aislada! Me pareció que ese encuentro podía ser una oportunidad para cambiar algo en mi vida, retomar el contacto con alguna buena amiga de esas que he abandonado en los últimos años, volver a ser quien era. Pero lo cierto es que no estoy en condiciones de ver a nadie. Me avergüenzo de mí misma.

—Si esa reunión sirvió para que pidiera ayuda, entonces no se equivocó. ¿Y qué será lo que tanto la avergüenza?

—¡Si yo te contara! ¿Te importa que te tutee? Es que me siento más cómoda.

—Usted puede llamarme como le parezca. Si no le importa, yo la seguiré tratando de usted.

—Pues como te decía, ¡con mi historia podría escribirse un libro! Llevo más

de diez años en una relación muy intensa. Todo muy bien, si no fuera porque él está casado. Lo conocí en el trabajo, era mi subalterno. Al principio, ni siquiera me caía bien. En esa época yo salía con unos y con otros. Solía tener mucho éxito con los hombres, pero no me implicaba en ninguna relación, me interesaba más mi trabajo. El trabajo siempre fue lo primero. Mi trabajo me gustaba.

—¿Ya no le gusta?

—Sí, claro que me gusta. ¿Por qué lo dices?

—Porque ha hablado en pasado.

—Bueno, sí. Supongo que me sigue gustando... Todo ha cambiado tanto en estos años... El caso es que Germán se encaprichó conmigo y me persiguió sin descanso hasta que consiguió que yo cayera en sus redes. ¡Y hasta hoy! Yo no tenía ninguna necesidad de complicarme la vida con un hombre casado. Con veintiséis años accedí al puesto de trabajo que todavía conservo y, desde entonces, no he conseguido ascender ni un mísero escalón. ¡Era una joven promesa! Ja, ja. Se ve que esa es mi vida. Promesas, promesas, promesas; lo que prometía yo y no he cumplido, y lo que lleva años prometiéndome Germán y nunca va a cumplir... No podíamos estar cerca sin mirarnos, sin tocarnos, sin olerarnos. En ese momento su mujer estaba embarazada y fui yo quien le dijo que teníamos que esperar unos meses, que no la podía dejar mientras estuviera embarazada ni recién parida... ¡Cuánto me arrepiento! ¿Puedes creer que desde entonces han tenido dos hijos más? ¡Tres hijos! ¡Dos hijos en mis narices y aquí estoy, esperando! Yo, que era la más guapa, la más lista, la mujer de mundo, la que entraba y salía sin pedir permiso, la que ganaba más dinero, la que podía haber elegido al hombre que me diera la gana... Créeme, yo era una mujer fantástica. Tal vez fue comodidad, ¡estaba tan a mano! ¡Y fue tan convincente! Hacíamos el amor en todos los rincones, en su despacho, en el mío, en el baño de mujeres, en el aparcamiento. Recuerdo que teníamos una clave, una tontería. Cualquiera de los dos decía: «¿Llamaste al cerrajero?». Nos mirábamos y buscábamos dónde follar. ¡Una auténtica locura! La verdad es que estábamos muy enamorados.

—Vuelve usted a hablar en pasado...

—¿Sí? No me había dado cuenta. Ahora ya no sé lo que siento, y mucho menos lo que siente él. Pero seguimos juntos. No sé si enamorados o enganchados. ¡No te imaginas todo lo que yo he hecho por él en estos años! No digo que él no valga, pero gracias a mí ha escalado posiciones. Yo le ofrecía responsabilidades que no le correspondían para darle visibilidad frente a los jefes, lo mandaba a hacer viajes que hubiera tenido que hacer yo, y ahora la subalterna soy yo y él me ignora. Germán está cada vez más asentado en la empresa y yo, cada vez más gorda y estancada en todos los planos de mi vida.

¿Por qué crees tú que él es así conmigo? ¿Será que se quedó acomplejado de cuando yo era su jefa y ahora quiere demostrar que el jefe es él? En el trabajo es como si yo fuera invisible. Me lo consulta todo, confía mucho en mí y en mi criterio, pero en privado, siempre que estemos fuera del despacho. Últimamente en la oficina casi ni me dirige la palabra. Dice que es para no despertar sospechas respecto a nuestra relación, porque él es un hombre casado y eso mancharía mi reputación. ¡Mi reputación! ¡Como si le importara! ¡Le importa SU reputación! Yo lo veo muy apegado al qué dirán, más pendiente de las apariencias que de los sentimientos. Yo creo que esa es una de las razones por las que no se ha separado de su mujer, porque le gusta dar la imagen de padre de familia feliz. Yo sé que con su mujer no se lleva bien. La trata fatal, no la quiere, ni siquiera le gusta físicamente, pero no se separa. Siempre ha dicho que conmigo puede ser él mismo, que nadie lo conoce tanto como yo, ¿tú no crees que eso juega en mi contra?, ¿que precisamente por eso le resulto incómoda? Yo creo que Germán se pone una coraza para no sentir; y yo sigo ahí, a su lado, en la sombra, pero apoyándolo en todo. Lo comprendo y tengo paciencia con él. Y así llevo diez años esperando a que dé el paso. Mientras tanto, me he ido quedando sola. Me avergüenza decirles a mis amigas que sigo con esa relación. Se han chupado las broncas y las penas, las rupturas y los reencuentros. Ya no puedo seguir contando la misma historia. Todas están casadas, tienen hijos, tienen vidas y yo llevo diez años celebrando sola las Navidades, los cumpleaños, el Día de los Enamorados...

—¿Celebrando sola? Esas fechas o se celebran acompañado o no se celebran...

—Pues sí. Poca celebración. Para mí son fechas tristes porque es cuando me siento más patética. Pero el resto del año nos queremos mucho. O al menos yo le quiero mucho a él. Él también a mí. Si no, ya lo habríamos dejado definitivamente.

—¿Definitivamente?

—Sí, es que lo hemos dejado muchas veces, pero siempre volvemos. Yo me lo propongo y a los dos o tres días él empieza a mandarme mensajes, a llamarme, a pedirme perdón, a decirme que me quiere, que soy la mujer de su vida, que me necesita, que me desea, que no le haga esto. Vuelve a hacerme promesas. Yo le exijo una fecha, él acepta y yo le creo.

Fin de la entrevista.

(Esta paciente no me ha caído nada bien. No sé si sólo me aburre o me incomoda. ¡Es tan evidente que ese hombre no va a dejar a su mujer! Supongo que le pasarán más cosas además de esa historia trillada de mujer que sufre por

un amor romántico. Me temo que me va a costar ponerme de su parte. Sé de sobra que yo tendría que ser ecuánime y no tomar ningún partido, ni por la paciente, ni por sus padres, ni por su pareja, ni por su futuro, ¡ni siquiera por su felicidad! Bastante haría con ayudarla a comprender en qué situación se encuentra, cómo llegó a donde está, y hacerla cada vez más libre de su pasado. Lo sé, ¡pero necesito un mínimo de empatía para soportar cuarenta y cinco minutos de su perorata! O al menos un poco de distancia para escucharla y que no se me mezcle su historia con la mía. No voy a poder. Además, creo que esta mujer no sabe cuidarse y tampoco dan ganas de cuidarla. Valdría la pena indagar de cuándo data su maltrato consigo misma. ¿Empieza con Germán o Germán es una consecuencia de una historia infantil no resuelta? Todavía es muy pronto para saberlo, pero si mi sensación no cambia, en algún momento le diré que no tengo horas disponibles y se la refiero a algún colega).

Madrid, miércoles

Mañana lloraré por haber soñado, pero hoy sueño.

Madrid, jueves

Tal como lo anticipé, ayer soñé a pierna suelta y hoy me toca llorar. Otra vez la regla. Otro tratamiento fallido.

Termino agotada por la expectativa, por la certeza loca de que esta vez sí me he quedado embarazada.

Estoy harta de sacar cuentas, de buscarle al niño imaginario un signo zodiacal, unos padrinos, una cuna y un nombre. Nadie que no haya pasado por esto puede entender lo que significa llevar seis años, ¡setenta y dos reglas!, esperando, soñando cada mes, cada puto mes que «este mes sí». Cada mes. Tendría que escribir una plana de setenta y dos líneas que ponga siempre lo mismo:

Este mes sí.

Este mes sí.

Este mes sí.

Este mes sí.

Y así, hasta completar los setenta y dos meses de llanto y reglas. De rabias y desconsuelos. Lo malo de esa lista es que dejaría fuera la agonía de la espera y la certidumbre que tantas veces he tenido, los cientos de Predictor sin rayitas que he tirado a la basura. Los otros detectores que he comprado inmediatamente después de botar el Predictor a la basura, como si el problema estuviera en el

detector y en la rayita y no en mi cuerpo. Esa lista también dejaría fuera el cuarto del bebé que he decorado en mi cabeza con ositos y estrellas y que ha pasado — en su espera— por cuarto de huéspedes, estudio, costura, trastero, otra vez estudio, otra vez nada, cada vez nada.

Cuando tengo la regla, no sé de dónde saco fuerzas para volver a empezar el mes siguiente, para volver a la carga sin descanso. Porque ¿y si este mes sí?, ¿y si este era el mes que la naturaleza, los dioses o los demonios tenían previsto y resulta que yo estaba distraída y perdí mi única, mi última oportunidad?

Odio mi cuerpo cada vez que sangra. ¿O será que mi cuerpo me odia y que por eso sangra? ¿Cómo puede anidar un bebé en medio de semejante combate? Hormonas, náuseas, mal humor. Odio mi cuerpo y odio a Pedro. Sé que es absurdo, sé que el problema lo tengo yo, pero me da rabia que él esté TAN bien y que estando TAN bien no sea capaz de embarazarme. No tiene ningún sentido, pero es lo que siento. ¿Lo llevaría mejor si el problema de fertilidad fuera suyo? No lo sé. No sé cómo me sentiría si... Sé cómo me siento hoy y sé que no puedo evitarlo. Quiero pensar que son los efectos secundarios de los cambios hormonales que me produce el tratamiento, quiero achacarlo al cansancio, pero puede que sea yo, que en el fondo soy un bicho malo, muy malo. En realidad, soy ¡un bicho hartito, muy hartito! Encima, ni siquiera me puedo quejar. Tengo a mi lado a un hombre que me quiere, que me tiene paciencia, un hombre que me gusta de los pies a la cabeza y que no sólo me hace reír, sino que se ríe a pierna suelta con mis tonterías. Un hombre perfecto que no es capaz de embarazarme. Un hombre perfecto al que generalmente adoro y al que odio una vez al mes, todos los meses, desde hace más de seis años.

¡Qué mezcla horrible de sentimientos! Rabia, odio, culpa, dolor, pena, sobre todo pena y una terrible sensación de injusticia que no se me cura con nada. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? Esta estúpida certeza de sentirme injustamente tratada por la vida no sólo no ha disminuido con el tiempo, sino que crece, se desparrama y deja su rastro por donde voy. Al principio me atormentaban los embarazos de mi familia, después los embarazos de mis amigas, luego empecé a ver mujeres embarazadas en todas las esquinas, carritos de bebés por todas partes, la ciudad plagada de guarderías. Recientemente, ¡oh, sorpresa!, he descubierto que el mundo está lleno de gente y me mortifico pensando que toda esa gente, cada una de esas personas que van en el metro, que llenan los estadios de fútbol, que abarrotan los conciertos, que se aglomeran en los aeropuertos, hacen colas o llenan los centros comerciales fueron alguna vez un embarazo. ¡Millones, miles de millones de embarazos! ¡Y yo seca!

La doctora había hablado de tres ciclos que ya se cumplieron sin resultados. No sé si eso significa que este fue el último. El siguiente paso sería intentar la

donación de óvulos y, la verdad, no me apetece nada. Esa es mi línea roja. Yo no quiero abandonar, pero en este momento no puedo pensar ni en otro ciclo ni en dejarlo. No puedo pensar. Ahora sólo quiero llorar, llorar, llorar y odiar mi cuerpo.

Dos

La primera cita con el terapeuta la había dejado más desesperanzada de lo que estaba mientras aguardaba su turno en la sala de espera.

Sabía por experiencia que los milagros no existían. Sabía que las recetas del tipo: «Cinco pasos para ser feliz» o «Cinco señales de alarma para dejar una relación tóxica» o «Las siete cosas que no debes perdonarle a tu pareja» no funcionaban. Conocía todos los posibles consejos de las revistas especializadas y había leído, estudiado y triturado varios libros de autoayuda que hasta el momento no le habían servido para tomar la decisión. Saber lo que tenía que hacer era una cosa. Atreverse a hacerlo era otra muy diferente. Por eso buscaba ayuda profesional. Para que alguien le enseñara exactamente dónde estaba la puerta de salida y la llevara de la mano a atravesarla.

Esperaba que esa consulta le diera el pistoletazo de salida. Una palabra, un detonante. Tal vez, esos consejos mil veces repetidos por las amigas, dichos por un especialista, podían sonar distinto, como con más autoridad y entonces sí se animaría a seguirlos. Tal vez, los altísimos honorarios que estaba dispuesta a pagar la obligarían a tomar la decisión. Tal vez. Sólo tal vez.

Lo cierto es que en esa primera entrevista el terapeuta se había limitado a hacer preguntas sin ofrecer ninguna respuesta, ninguna recomendación... ¿En eso consistiría el tratamiento? Ella hablando sin parar, y ese señor mirándola en silencio con expresión de profundidad y con cara de estar muy interesado. Se sentía timada. Además, la hizo sentir vieja tratándola de usted. Se lo había recomendado una vecina que, con su ayuda, había logrado separarse de un marido maltratador. Pero no es lo mismo. Separarse de un maltratador era más fácil, más claro que separarse de un hombre que sí te quiere y a quien las circunstancias no acompañan. ¿Valdría la pena intentarlo? No sabía. ¿Regresaría a la próxima cita? Ya vería. Le quedaba una semana por delante para decidir, pero creía que no. ¿Por qué tendría que separarse de Germán justo ahora, cuando todo indicaba que su situación podía estar a punto de cambiar? Aunque ¡tantas veces pareció a punto de cambiar y tantas veces siguió todo igual!, que no podía apostar su vida y su futuro a ese caballo.

A favor de volver, debía admitir que se había sentido cómoda y que la hora de consulta le resultó muy corta. Apenas había empezado a contar su historia cuando el terapeuta le dijo que era la hora y que tendrían que continuar en la próxima entrevista. Se quedó con las ganas de seguir hablando. A pesar de la brevedad, y de que a primera vista no había pasado nada que valiera la pena reseñar, esa hora le había resultado intensa, agotadora. Hacía tanto que no mantenía una larga conversación con alguien que la escuchara y que pusiera atención a sus palabras que había perdido la costumbre y el solo hecho de poder hablar y hablar y hablar ya le había valido la pena. ¿La intensidad habría corrido sólo de su cuenta? ¿Qué habría sido? ¿La novedad? ¿Las expectativas? ¿Lo raro de la situación? Tendré que volver a la siguiente cita para averiguarlo. ¡Otra vez acosada por la duda!

De lo que no dudaba era de que esa noche dormiría de un tirón. No podía precisar si la extenuación era simple cansancio o si había también algo de alivio en ese cansancio. Sentía el consuelo de quien se deja estar, de quien se entrega en unas manos y confía. Un alivio del cuerpo y del alma, de respirar hondo y de despreocuparse. Dormiría como en las primeras noches que había dormido con Germán. Profundamente, sin prisa.

Mientras dilucidaba qué era exactamente lo que sentía, paró en la gasolinera de camino a casa. Como siempre, una docena de cervezas, dos botellas de vino tinto, un paquete de lonchas de pavo para el desayuno y una ensalada preparada para la cena. Sí, esa noche dormiría de un tirón.

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: ¡Congelar óvulos! ¡Descongelar a Tomás!

Hola, mi Su querida:

He tardado en responder por lo de siempre... Otra vez nada de nada. Estoy cansada y no quiero hablar del tema. ¡Qué buena idea lo de congelar óvulos! No sé si yo hubiera sido capaz de intentarlo en solitario, pero si los tienes congelados, siempre podrías estar preparada para cuando aparezca Mr. Right!

Respecto a Tomás, me imagino que se está tomando su tiempo. No me extraña. Pero seguro que te escribe. Le vi la cara y lo conozco. Le brillaban los ojos y estaba tan inquieto cuando preguntaba por ti y te nombrábamos, como tú cuando lees su nombre. Te escribiré.

Llamé a Eva y quedamos para comer el viernes. Me pareció que le alegraba la llamada y la propuesta. No sé en qué momento abandoné mi sana costumbre de quedar los viernes con mis amigas. Entre el trabajo que me absorbe y la arrechera que me posee cada mes, no he estado para muchas risas. Lo cierto es que me hace ilusión retomarla. Creo que ese encuentro nos hará bien a las dos. Prometo mandar el reportaje, como siempre.

Hoy soy mujer de pocas palabras.

Cuéntame cuando te escriba Tomás, que estoy pendiente.

Besos.

m

DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Romper el hielo

Ha pasado mucho tiempo.

Pensé que nos veríamos en la reunión de la facultad y que podríamos retomar el contacto. Si romper el hielo siempre es difícil, en este caso más; y sé que me toca a mí hacerlo.

Parece que entre nosotros todo lo rompo yo.

Aquí estoy.

¡Oficialmente rompo el iceberg!

También oficialmente entendería que no quisieras responderme, pero sólo «oficialmente», porque por supuesto espero saber de ti.

Mi mejor abrazo.

Tomás

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡¡¡¡ESCRIBIÓ!!!

Fue breve, me dio un vuelco el corazón, pero no me apetece responder.
Ahora no tengo tiempo de contarte. ¡Pero escribió!
¿Qué tal tú? ¿Qué tal la comida con Eva???
Abrazo.

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: ¡¡¡¡ESCRIBIÓ!!!

¡Bieennnnn!!!! Yo sabía!
Si no te apetece responder, no respondas.
¡Que espere!
Hablamos el fin de semana.
Besos.
mm

Madrid, sábado

Ayer, finalmente, pude comer con Eva. (¡Qué bueno volver a llamarla Ev!!!, a ella también le gustó). Me quedé horrorizada al verla más de cerca. Y cuando digo de cerca, no me refiero sólo a que pude constatar cómo tiene la piel o cuánto ha engordado, que también. Es que me parece que está fatal. Sigue con Germán. ¡No me lo puedo creer! ¡Lleva diez años esperando a que ese *coño'e* madre se separe y ella cada vez está peor! No quiso entrar en detalles y la entiendo. No hacía falta. Los titulares de su historia los lleva tatuados en las ojeras. Me pareció que le daba vergüenza. Me contó que lo han dejado mil veces y que siempre vuelven. Cada vez que lo dejan, ella lo tiene muy claro. Lo echa de su casa, lo bloquea en el WhatsApp, apaga el teléfono, bebe hasta caer rendida, ¡pero no aguanta dos pedidas!, ni tres días sin saber de él. Le dije que la próxima vez que lo dejaran me la iba a traer a mi casa, secuestrada, y que la iba a amarrar a la pata de la cama hasta que se le pasara la pendejada. No se dejará, pero ahora que hemos retomado el contacto, al menos trataré de verla con más frecuencia para que compruebe que hay vida más allá de Germán.

Le entramos al vino con entusiasmo y el vino sirvió para amenizar el reencuentro, para aliviarlo. Gracias a sus efectos, las dos nos pusimos dramáticas y las dos nos reímos de las dos. ¡Muy divertido!

Yo también le conté de mí, casi que con pudor, porque yo por lo menos tengo a Pedro y, si me miro fijamente a los ojos, no puedo quejarme de mi vida. Eva tampoco ha tenido hijos, pero lo tiene mucho más crudo que yo para tenerlos. Escribo esto y me avergüenzo de mí misma. Parece que para mí sólo hubiera dos tipos de mujeres: las que ya tienen hijos —o están a tiempo de tenerlos— y las que ni los tienen ni los podrán tener. ¡Y pensar que hace una semana me burlaba de las de «la liga de la leche», cuando yo podría ser la secretaria general de la secta! ¡Sólo me falta el hijo! Mejor dicho, soy la presidenta de «la liga de las Yermas», en la que me acompañan Susana y Eva. ¡Al carajo mis reivindicaciones feministas! Siglo XVIII. ¡Honra de sierva! «¡Ay de la casada seca! ¡Ay de la que tiene los pechos de arena!».

El lado bueno del encuentro con Eva vino después. Llegué a mi casa más

enamorada de Pedro de lo que había salido en la mañana, así que me lo comí entero. Tiramos como animales. Aquí entre nos —entre el cuadernito y yo—, no me va mucho lo de hacer el amor, prefiero la desesperación, la urgencia, el hambre. ¡Buaaajjj!, estuvo delicioso y dormí como una reina. ¡Bien servida! Esta mañana me levanté contenta. Un polvito de gallo en ayunas para celebrar la fiesta que tuvimos anoche y ¡a amasar arepitas para el desayuno con perico y queso blanco frito! ¡A la mierda la dieta! ¡A la mierda el sexo programado! ¡Tirad y comed todos de mí, que eso es la vida!

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: Re: Re: ¡¡¡ESCRIBIÓ!!!

¡Volvió a escribir!
Te reenvío el intercambio de correos!!

(Diez días después).
DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Por favor!

¿Ni una palabra?

(Una semana después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Re: ¡Por favor!

Hola

(El mismo día).
DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: Re: ¡Por favor!

¿Qué tal dos?

(Tres días después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Re: Re: Re: ¡Por favor!

Estoy bien

(Inmediatamente).
DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Re: Re: Re: ¡Por favor!

¿Y si fueran tres?

(Al día siguiente).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: Re: Re: Re: Re: ¡Por favor!

¿Tú qué tal?

(Inmediatamente).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: ¡Bravo!

¡Wow!!! ¡Signos de puntuación y todo! ¡Esto promete! Creo que estamos preparados para dar un gran salto cualitativo. ¡Y cuantitativo! ¿Te atreverías con cinco????

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: ¡Bravo!

Ja, ja, ja, ja, ja

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: ¡Qué simpático!

No me extraña que el reencuentro se produzca por el camino del humor. ¿Por dónde si no? Los reproches, las culpas y el dolor ya tuvieron su turno, y ustedes siempre compartieron risas.

Vi a Eva. La impresión que tuve el día del encuentro de los 15 años se confirma. Está ajada, y sí, como imaginábamos, ¡sigue con Germán! Al principio evitó tocar el tema, pero terminó confesando toda la verdad. ¡Lleva diez años empantanada en esa historia! Yo también le conté de mi calvario particular y recuperamos el clima de confidencias que una vez tuvimos. El dry martini del aperitivo, la botella de vino que nos bajamos entre las dos y la copa que ella se pidió al final ayudaron mucho a relajar el ambiente.

Le hablé de mi endocrino, pero me contó que está yendo a un psicoterapeuta, ¡y eso es más importante que los kilos de más! Apenas está empezando, pero, si

me lo contó, será porque está dispuesta a continuar. Espero que le dé una buena sacudida y la ayude a salir de ese agujero. Sigue tan cómica como siempre. Al terapeuta lo llama el Búho, porque dice que es como el chiste de aquel señor que compró un búho creyendo que había comprado un loro, y que decía: «Hablar, no habla, ¡pero se fija muchísimo!!!». Ja, ja.

Yo sigo aquí. Vacía, arrastrando mis penas. Ahora hay que decidir si lo intentamos otra vez —en contra de la opinión del médico— o si definitivamente nos resignamos. La situación entre nosotros está tensa y *la masa no está para bollos*. No tengo forma de convencer a Pedro de la adopción y yo tampoco lo tengo tan claro como para insistir. Yo quiero un hijo mío, un hijo suyo, un embarazo. ¿Es mucho pedir? Parece que sí...

¡Te echo de menos!

mm

NOTAS SOBRE PACIENTE 2. E.S.

La paciente llegó veinte minutos tarde. Mientras la esperaba, pensé que no vendría. Al contrario de lo que suele suceder en estos casos, que me preocupo, esta vez sentí alivio. Pensé que si dejaba de venir por su propio pie, la negativa correría de su cuenta y no de la mía. Me quitaría un problema de encima. Aparte de que no conecto con ella, creo que es una paciente más grave de lo que parece.

Casi acierto.

—Estuve a punto de no volver.

—¿Sí?

—Es que no me sentí acogida en la entrevista anterior. Venía con muchas expectativas y salí muy desilusionada. No me gusta que me trates de usted. Es muy distante y me haces sentir mayor, y además no me dijiste nada. Ni siquiera me preguntaste nada. Yo esperaba alguna guía, no sé, ¿qué puedo hacer? ¿Por qué crees tú que Germán no se separa? Por otro lado, me pareció ruda tu manera de decirme que se había terminado la entrevista... Se me hizo muy corta.

—Parece que hoy es usted la que decide cuánto va a durar la sesión...

—¿Yo?

—Bueno, ha llegado veinte minutos tarde...

(Mira el reloj como si no se hubiera dado cuenta de la hora. Se muestra muy sorprendida, no por la interpretación, sino por su despiste. No se disculpó).

—Durante esta semana, ¿pensó en algo de lo que hablamos en la primera entrevista?

—No, sólo me sentí desilusionada porque tenía muchas expectativas. Punto.

—Entonces le pasó lo mismo que con el encuentro con sus compañeros de la facultad. ¡Muchas expectativas que no se cumplen! Me pregunto si usted espera que ocurra algo fuera de sí misma, una especie de milagro que cambie su vida de la noche a la mañana sin que usted tenga que intervenir, sin que tenga nada que pensar, ni que decidir... Parece que los demás somos los responsables de su estado de ánimo. Sus compañeros de facultad, Germán, yo...

—No he dicho eso. Dije que tenía muy buenas referencias tuyas, que esperaba que dijeras algo interesante y que no dijiste nada de nada. Comprenderás que

estuviera desilusionada. Pero sí, la sensación se parece a lo que me ocurrió con el reencuentro de la facultad. Yo sé lo que tendría que hacer, pero no me siento capaz. Hace años fui a una psicóloga. ¡Lo había olvidado! ¡Es que no sé ni dónde vivo! Ella me daba indicaciones, me decía que tenía que dejar a Germán, como si yo no lo supiera. Insistía en que si yo no ponía de mi parte y no seguía sus consejos, la terapia no iba a funcionar. ¡Si hubiera podido seguir sus consejos, que por lo demás eran los mismos que me daba mi madre, no habría ido a verla! ¡Claro que me gustaría que ocurriera algo excepcional! ¡Gran descubrimiento! Me gustaría quedarme dormida y despertarme una mañana con otra vida. Con la vida que podría tener con Germán si él se separara. Después de tantos años la espera se me está haciendo insoportable. Y si eso no es posible, al menos querría poder despertarme con la vida que tenía antes de enredarme con Germán.

(Silencio).

—Ahora que lo pienso, sí hubo algo de lo que dijiste la otra vez que me hizo pensar: me llamó la atención lo que comentaste de las celebraciones. Creo que tienes razón, «celebrar» es un verbo que sólo debería conjugarse en plural. Y el plural hace mucho que no forma parte de mi vocabulario...

Fin de la sesión.

(En esta paciente hay algo desconectado: del tiempo, de su cuidado personal, de las circunstancias que atraviesa en general, del otro y de sí misma. Me pregunto si esa desconexión, ¿se debe sólo al fracaso amoroso? ¿Es una consecuencia de su situación o es una causa? Parece que no acusara recibo del maltrato al que lleva más de diez años sometida. Por una parte, es como si ella pudiera con todo, que nada la ofendiese ni la dañase, y por otra, se muestra como una mujer muy frágil, sumisa. Es muy demandante conmigo, con sus amigas, con su anterior terapeuta y a la vez muy complaciente con su pareja. En cualquier caso, habría que desenredar en qué consiste ese placer adictivo que le genera esa relación).

(No sé si me faltó tiempo o coraje, pero todavía no le he dicho que no voy a atenderla. Pensé que podría supervisar el caso porque esta mujer me despierta mucha agresividad, pero tampoco me apetece tener que revisar una historia como esta con un supervisor. ¡Corramos un tupido velo! Por lo pronto vendrá a otra entrevista. Si no lo veo claro en la próxima visita, me invento una excusa elegante y la remito. Creo que a ella le vendrá mejor que la atienda una mujer).

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡Ayuda urgente!!!

Te copio el último correo de Tomás. ¡No sé qué hacer!!!

¡Tu risa! Ni siquiera necesito cerrar los ojos para verte reír. He releído el mail cien veces escuchando tu risa. ¡Las conozco y las recuerdo todas!

Señorita Castro, a usted siempre se le han dado bien los exámenes tipo test. Pregunta: ¿a qué risa corresponde el «ja, ja, ja, ja, ja» de tu correo?

- a) La irónica, cuando apenas mueves la comisura izquierda y levantas las cejas.
- b) Tu risa de foto, como de plástico, perfecta, siempre igual.
- c) La media-risa que usas para reírte de tus propios chistes.
- d) La carcajada franca y sonora que no puedes evitar cuando algo te hace mucha gracia.
- e) La cruel, como de bruja, que asusta, con la que te burlas del prójimo.
- f) Y mi preferida —la que me enamoró—: la sonrisa fresca, que te cierra los ojos.
- g) Todo lo anterior.
- h) Ninguna de las anteriores.

Espero su respuesta.

Tomás

P.D.

(No olvido la sonrisa dulce de «después de», cuando estás con los ojos cerrados, como contigo misma, no la nombro porque todavía no corresponde).

¿Qué te parece??? Y sobre todo, ¿¿¿QUÉ RESPONDO??? Tú que me conoces, ¿tengo todas esas risas??? Necesito que me ayudes y que me contestes rápido porque tengo que salir de este estado. Llevo todo el día como una idiota dando viajes del mail al espejo y del espejo al mail, riéndome de todas las maneras posibles y comprobando si me parezco a esa mujer encantadora que describe Tomás.

Hablamos el fin de semana ¡y hacemos *comentario de texto* de su correo como cuando éramos jóvenes, ingenuas e inexpertas!!! Ja, ja!

¡Te necesito!

Su

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: ¡Ayuda urgente!!!

¡Wow!!! Aquí en Madrid son las 2.20 de la madrugada y no puedo esperar a que amanezca para responder.

¡Adorable Tomás! Ya sabemos que es un poco *güevón*, ¡pero sigue siendo adorable y romántico! Esto de la risa debería ser una manera de medir si un hombre te quiere de verdad. ¡Examen obligatorio de cualquier curso prematrimonial! ¡Mañana mismo le pregunto a Pedro cuántas risas tengo yo y cómo son esas risas????!! ¡A ver si aprueba!!

(Como esto siga así, no sé qué pasará con Tomás y contigo, pero Pedro y yo vamos a terminar fatal, ja, ja).

Bueno, vamos al comentario de texto, que es lo que nos interesa:

Para empezar, importante mantener el tono de humor. No te salgas de allí porque en este momento todo lo demás es peligroso. Además, ¡estás gozando tanto que vale la pena prolongarlo!

No respondas de inmediato. Ahora le toca sufrir un poco a él.

Yo sólo escribiría una letra, la que corresponda. (Menos mal que la respuesta y la risa de la P.D. no entra en el test, porque apuesto a que leyendo ese mail pusiste cara de tonta!, ja, ja, ja!!).

Y no olvides la recomendación más importante: ¡mantenme al tanto!!!!

mm

P.D.

¿Ya miraste el folleto de la congelación de óvulos?

(Inmediatamente).

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: Re: Re: ¡Ayuda urgente!!!

¡Gracias!

¡No sé qué haría yo sin ti!

Lo que más me va a costar es hacerle esperar, porque eso significa que yo también tengo que hacerlo...

¿Qué haces despierta a estas horas??? ¿Otra vez el insomnio??? ¡Vete a dormir!

Besos y buena semana.

Su

P.D.

¡Yo NUNCA pongo cara de tonta! ¡Ni siquiera sabría cómo hacerlo! Ja, ja!!

(Nueve días después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Re: Re: ¡Bravo!

d

(Inmediatamente).
DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Redacción

Estimada señorita Castro: a pesar de que su respuesta es la respuesta más correcta de todos los exámenes del mundo, me temo que no puedo aprobarla. ¡Se nota que hace ya mucho que usted no tiene que presentar ningún examen! Le recuerdo que en las pruebas tipo test, el tiempo y la velocidad son muy importantes. Y ha tardado usted en responder ¡NUEVE días! ¡Más de una semana! ¡225 horas y 27 minutos! ¡Imperdonable!

Después de llevar su caso al consejo escolar, el claustro de profesores ha decidido encargarle una prueba adicional. Se trata de una redacción. Tema: «Mis últimos diez años».

Confío en que hará usted un buen trabajo, como siempre.

(Cinco días después).

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Insomnio obligado

No te preocupes, Su, que hace mucho que duermo completo. No me preguntes por qué, porque la conciencia está mugre...

Esta vez no es mi neura, esta vez la que me quita el sueño es mi mamá, que está otra vez enferma y me paso las noches en una especie de duermevela, pendiente del teléfono. No descanso. No sé qué es peor, si las horas en las que oficialmente estoy dormida y allá en Caracas todavía están despiertos, o las otras, cuando ya estoy en la vida y en Caracas duermen y tengo que esperar hasta las dos de la tarde para poder llamar.

Por ahora, sigue en el hospital.

Quiero ir a verla, pero no encuentro pasaje de regreso y no me atrevo a irme a la aventura. Adoro mi país, con los años que llevo viviendo en España me siento más venezolana que las arepas, pero en estos tiempos que corren me asusta ir. Te voy contando.

¿Le respondiste a Tomás? ¿O me has hecho caso y estás siendo una niña obediente y malvada?

Besos.

mm

P.D.

¡De acuerdo contigo, tú, nada de tonta!!!! ¡Ni la risa! Tú sigue siendo mala, mala, ¡muy mala!

Madrid, miércoles

Mi mamá vuelve a estar enferma. El sueño me vence, pero la angustia me despierta.

¿Qué hago yo aquí en Madrid si mi mamá está en un hospital en Caracas? ¿Cómo me atrevo a respirar si ella está necesitando oxígeno? No encuentro pasaje de regreso y así no me atrevo a viajar. Mi vida está aquí. ¿Mi vida está aquí? Mi vida está allá. Mi vida no sabe dónde está, ni sabe nadar, y se está ahogando en el Atlántico.

Helena me mantiene al tanto. Nunca agradeceré suficiente a mis hermanos cuánto la cuidan. Anoche soñé que mi mamá subía las escaleras que van de la sala a los cuartos y que yo estaba detrás, ayudándola a subir. Mis dedos largos sujetaban su cintura diminuta. ¡La estoy tocando! —pensaba en el sueño e inmediatamente me corregía—: Pero ¿cómo puedo tocarla si no estoy aquí? «No estoy aquí» es una frase imposible, el epitafio del destierro. Lo único que merece llamarse «aquí» es Mi Casa. La casa de Caracas. Lo demás, esté donde esté, siempre es allá.

Supongo que nunca se nota tanto la distancia como en estas circunstancias. Las cosas buenas me las pierdo con un poco de inconsciencia, de liviandad. Me cuesta aceptar que en Caracas la vida sigue sin mí, pero, en esos casos, el puchero, esa nostalgia al revés de echar de menos algo que uno no ha vivido, apenas dura unos minutos. En cambio, las cosas malas, las situaciones comprometidas de las que me libero, esas sí dejan poso. No soy capaz de ir a un supermercado o a una farmacia sin que se me revuelva algo en las tripas. Me siento culpable de poder volver sola a mi casa a las diez de la noche, sin pensar que me estoy jugando la vida. De tomar un taxi. De escribir un WhatsApp en un café, sin temor a que me encañonen con una pistola para robarme el teléfono. Me siento culpable de vivir sin códigos, sin itinerarios prohibidos o peligrosos, sin horas suicidas. Me siento culpable de estar viva y de ser libre ¡y de querer seguir estando viva y seguir disfrutando de la libertad! Me siento culpable de no tener ningunas ganas de viajar a Caracas...

Las cosas malas no *me las pierdo*, sino que *me las salvo* y el alivio

momentáneo que siento regresa feroz convertido en angustia para pasarme una factura aterradora de culpa en las horas de sueño. Es como si alguien me dijera: «Muy bien, tú sigue viva allá en Madrid, viva, libre pero insomne. Respira todo lo que quieras durante el día, pero no volverás a dormir». Mis hermanos en Caracas tienen otros problemas, pero duermen bien, porque están donde tienen que estar. Los admiro, pero no los envidio.

En estos momentos siento sobre mis hombros el peso de todos los éxodos, de todas las diásporas, de todas las migraciones de la historia. Irse, quedarse, sobrevivir, morir en el intento, en cualquier intento —en el de resistir o en el de huir—, morirse allá de horror, morirse aquí de culpa. Volver. ¿Volver adónde? Regresar a una casa, da igual, a cualquier casa, porque una vez que te has ido, ninguna casa será tuya.

A uno deberían prohibirle salir de su barrio. «Puedes salir de casa, estudiar en el colegio de la esquina y trabajar dos calles más allá. Te casarás con tu vecino. ¡Pero nada más! Así estarás cerca de los tuyos. Acompañarás a tus hermanas en sus partos, verás crecer a tus sobrinos y a tus hijos sin distinguir a unos de otros. Honrarás a los ancianos de la tribu y cuidarás de tus hijos y de tus padres cuando lo requieran. Vivirás entre los verdes que conoces y comerás cada día la comida de siempre. La que haya. A cambio, encajarás en tu vida sin quejarte. A cambio, dormirás por las noches rendida de agotamiento y morirás como murieron tus abuelas: arrugada, satisfecha y rodeada de nietos». Así debería ser la vida.

(El mismo día).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: MARINA MORA

ASUNTO: Espero que tu madre se mejore

De peores situaciones ha salido. ¡Ni se te ocurra viajar sin pasaje confirmado de regreso!!! Piensa que tu madre está bien cuidada y que no es mucho lo que tú puedas hacer por ella si viajas a lo loco.

Cuenta conmigo. Si tus hermanos necesitan que mande algo, medicinas, lo que haga falta, siempre es más fácil hacerlo desde aquí que desde Madrid. No te preocupes por mí, que yo le pido a mi secretaria que lo haga. ¡Es una máquina! Una mezcla de Google, Wikipedia y Amazon ambulante, que no sólo lo sabe todo, sino que te resuelve cualquier encargo en 24 h.

Seguimos en contacto.

Abrazo.

Su

(Varios días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: MARINA MORA

ASUNTO: ¿Dónde estás?

¿En Caracas o en Madrid? ¿Cómo sigue tu madre?

No he sabido nada de ti, así que asumo *No news, good news*.

(Inmediatamente).

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: ¿Dónde estás?

¡Ya está fuera de peligro y en casa!!! Ufff!!! No sabes el alivio. Yo sigo en

Madrid. Al final, no hubo manera de encontrar pasaje de regreso y era un riesgo innecesario. Helena me llamó y me dijo: «Si quieres venir, vienes, esta es tu casa, pero si yo fuera Pedro no te dejaría viajar».

Iván, mi hermano, me llamó dos horas después y me dijo: «Hermana, te queremos aquí, pero te necesitamos allá. No podemos permitirnos correr el riesgo de que te pase cualquier cosa y que no puedas regresar a Madrid y enviarnos el dinero que mandas cada mes. Así que, ahorita, “¡todos en sus puestos!” y, en este momento, tu puesto está en Madrid. Es lo que toca».

Fueron explícitos. Probablemente no me hubiera pasado nada, pero decidí quedarme y esperar. A Pedro no se le ocurriría prohibirme que vaya a ver a mi mamá, pero sabes que se pone de los nervios cada vez que viajo a Caracas, pensando que me van a secuestrar, a matarme o a meterme presa por opositora!!! No está tan desencaminado. ¡El máximo nivel de seguridad al que yo puedo aspirar consiste en contratar al taxista de Helena, que tiene un carro destartado que no parece un taxi, para que me recoja y me devuelva al aeropuerto sin levantar sospechas! Sospechas de qué, te preguntarás, pues, por ejemplo de que tengo un iPhone, o 200 € en la cartera. Cosas como éstas ameritan un atraco, un secuestro o un tiro en la frente.

La situación de inseguridad es tan terrible que cualquier cosa puede suceder y no hay nada que uno pueda hacer para evitarlo. No hay zonas más peligrosas que otras, ni horas más seguras. Pensamos que no se puede estar peor y siempre podemos caer un poco más abajo, que ya no puede haber más violencia y hay cada vez más muertos. Me pregunto si en esta guerra sorda sobrevivirán todos los miembros de mi familia, o si habrá alguna baja por el camino. Helena me cuenta que cada vez que va a salir de su casa piensa: «Hoy puede ser el último día». «Por eso la dejo bien arregladita antes de irme, hermana, por si no vuelvo». ¿Te imaginas lo que es vivir así? Todas las muertes son inútiles, lo sé, pero a veces pienso que en las otras guerras la gente muere y mata porque cree en algo: la religión, la patria, el territorio. Equivocado o no, al menos tienen un pretexto. En Venezuela se muere y se mata por todo lo contrario. Porque ya no se puede creer en nada, porque no hay esperanza.

En fin, no te quiero aburrir, pero es que cuando empiezo, no puedo hablar de otra cosa. Las medicinas que mandaste con tu amiga llegaron perfectas. Helena irá esta misma semana a recogerlas. A la vida cotidiana en Caracas, con todos sus contratiempos... Helena tiene que sumarle sus niños, su trabajo y los cuidados que requiere mi mamá. ¡Una heroína! No sé qué haría yo si no contara con mis hermanos, que se ocupan de todo. Como dice mi hermano Iván: «¡En sus puestos!».

En cualquier caso, te transmito el agradecimiento de toda mi familia, que te

mandan saludos. Agradéceles de mi parte a tu secretaria y a la amiga que llevó el paquete, es un encanto. Yo sé que cuando uno viaja odia los encargos ajenos y que seguramente ella viaja, como yo, cargada de cosas para su familia, así que doblemente agradecida.

¿Qué tal tú?

¡Cuenta, cuenta!

mm

Tres

Hacía tres semanas que Germán no acudía a la cita. Eva recordaba vagamente que un martes la excusa fue el trabajo, otro, el cumpleaños de un hijo y el tercero, cualquier otra cosa. Imposible precisar en qué orden se habían sucedido las excusas. Lo único que sabía era que llevaban tres martes sin verse y eso sumaba un mes desde la última cita. Ayer le aseguró que hoy vendría. ¿Vendría? «Sí, hoy vendrá. No porque tenga ganas de verme, no porque me eche en falta y muchísimo menos porque me quiera. Hoy vendrá, porque hoy estoy tan cansada que sólo me apetece dormir. Hoy, que preferiría no tener que moverme del sofá, vendrá. Hoy, que no hay peinado que disimule las raíces, ni tiempo para arreglar las dos uñas con el esmalte saltado, ¡vendrá! Así es Germán: inoportuno. Inoportuno y mentiroso. Punto. Tendría que levantarme del sofá y por lo menos arreglarme el pelo».

Desde que había decidido llevar el pelo corto le daba menos trabajo, pero las raíces crecen a la misma velocidad cuando el pelo está corto que cuando está largo y en ningún caso da tiempo a esconderlas. ¡Cualquier día renunciaba a Satanás, a sus tintes y a sus mechas y se dejaba el pelo gris! «¿Gris? ¡Qué optimista! —pensó—. ¿Estará gris o estará completamente blanco? ¡Me da igual! Total, si Germán ni siquiera me ve. Antes, por lo menos se detenía en escrutarme, en pasarme revista como hace mi madre. Las canas, las uñas, la ropa, los zapatos, los kilos. Hace tiempo que todo le da igual y que ni siquiera me mira. ¿Dónde habré dejado esa especie de rímel esconde-canás que me trajo mi hermana Milagro de Miami? ¿En un cajón? ¿En un neceser? ¿En un bolso? ¿Hace cuánto tiempo que me lo trajo? ¿Uno, dos años? ¡Ya estará seco! Así que no vale la pena abandonar este maravilloso sofá para buscarlo. ¡Este sofá es la mejor inversión que he hecho en los últimos años! No soy la mujer de Germán, soy la mujer de este sofá color arena, demasiado grande para una mujer sola, pero al que adoro. Aquí cabemos mi pena y yo, yo y mi soledad, mis fines de semana y yo. Yo y mi cena fría de cada noche. Mi copita de vino tinto y yo. ¡No sé de qué me quejo, si mi sofá y yo somos multitud! De hecho, lo voy a empezar a llamar Manolo».

La segunda cerveza le estaba sentando casi tan bien como la primera. Mientras la disfrutaba, recordó aquello de que «No hay placer comparable al que proporciona el primer trago de cerveza». ¿Lo había leído?, ¿lo había oído?, ¿o se lo habría inventado ella? «Algún americano alcohólico y ocioso habrá dedicado su vida a hacer un montón de experimentos chorras en una universidad, se habrán gastado miles de dólares, para llegar a la misma conclusión a la que habría llegado el equipo investigador si hubieran empezado por preguntarme a mí». Entornó la mirada, y con expresión profunda y filosófica quiso ir más allá y se preguntó: «Cuando dicen “el primer trago de cerveza”, ¿se referirán al primer trago de la primera cerveza de una jornada?, ¿o al primer trago de cualquier cerveza a cualquier hora, de cualquier día? Cuando empiece la tercera cerveza voy a estar pendiente y lo compruebo», pensó.

¿Y las uñas? ¿Qué podía hacer con esas uñas? ¿Qué sería más rápido, quitarse el esmalte de todas las uñas o tapar los agujeros? Tapar los agujeros parecía más corto, pero entonces habría que esperar a que se secaran y todavía tenía que ir al baño y peinarse, y cepillarse los dientes y recoger el salón, y estirar un poco las sábanas, y... Sí. Aunque parezca más largo porque diez uñas son más uñas que dos uñas, aquí las cuentas se echan de otra manera y seguro que sería más corto quitar los restos del esmalte de la semana pasada que esperar con dos dedos paralizados hasta nuevo aviso. Sabía que debería comprarse el quitaesmalte mágico que le había recomendado Milagro, pero se le revolvía el estómago de sólo pensarlo. Recordaba perfectamente el cuándo y el cómo se lo recomendó. Como siempre, Milagro se encargaba de hacer de sus intervenciones eventos memorables: comida familiar de domingo, unos quince comensales entre tíos, primos y sobrinos. Recuerda su voz alta, chillona y audible, para que nadie perdiera detalle de su disertación en torno al quitaesmalte de última generación: «No te quita tiempo, Ev. Ni siquiera necesitas algodón. Es lo que yo siempre digo, con todos los avances que hay, ya no hay excusa para que una mujer no vaya siempre impecable. ¡Por mucho trabajo que tenga! Mírame a mí. Un marido, dos hijos, y ¡nunca me verás con una uña mal pintada! Sí, vale, lo sé, yo no soy una gran ejecutiva como tú, no trabajo fuera de casa, pero tengo un marido y dos hijos y, créeme, dan más trabajo y te quitan más tiempo que una reunión de empresa». Deleitaba a su público con su picardía. «Así que ya sabes —remató—: la próxima vez, abres el envase, metes dedo tras dedo, lo mueves así dentro de la esponja, así, ¿ves cómo? Así, así, y ¡listo! Si es muy fácil y, como yo te digo, no te quita tiempo. ¡Así que no tienes excusa, hermanita!».

Recuerda su propia sonrisa de acero mientras su hermana movía el índice a derecha y a izquierda, a derecha y a izquierda, a derecha y a izquierda. Y también recuerda el odio limpio y transparente que sintió: «Sí, sí, ya lo veo. Si a

ti se te da muy bien lo de mover el dedito, hija mía. ¿Verdad, Julián? ¿Y tú qué haces mientras que tu mujer mueve el dedito, Julián? ¿Participas o te quedas mirando?».

Tan contenta que estaba por haber dado esa respuesta ingeniosa en el acto, no contaba con la reacción de su madre, que, como siempre, también ahora corría a defender a Milagro: «No seas tan grosera, Eva. ¡Un poco de respeto! ¿Cómo puedes responderle así a tu hermana, que sólo quiere ayudarte? No sé qué te pasa últimamente, pero ya estás pasando de ser una mujer susceptible a ser una amargada. Así que vamos a cambiar de tema».

¡Una mujer amargada! La madre de Eva tenía la habilidad de meter el dedo (¡otra vez el dedito!) en la llaga sin parpadear, sin calcular el efecto de sus palabras. Su preferencia por Milagro siempre había sido palpable, no de ahora, no eran los nietos que Milagro le había dado ni el que su hermana pequeña se plegara con tanta facilidad a sus designios. Esa había sido la historia de su vida. Los seis años de diferencia entre las dos hermanas hacían más clara su predilección. O ella creyó constatarla año tras año, viéndola cuidar y disfrutar de Milagro como no lo había hecho con ella. Eva, en el mejor de los casos, había sido invisible para su madre. En el peor, era un estorbo, una incomodidad, algo más parecido a una traba que a una hija.

—¡Qué pesado es tener una hermana perfecta! —se oyó gritar a sí misma y pensó que ya estaba otra vez hablando sola. Menos mal que volvería al psicólogo al día siguiente para poder contarle a alguien que tenía una hermana perfecta y una madre cruel.

Se distrajo tanto recordando el incidente del dedito que ya no tendría tiempo de quitarse el esmalte ¡con ningún método! Y en ese mismo instante el eco de la voz de su madre se hizo carne y Eva la vio allí, de pie, al borde del sofá, ceño fruncido y dedo acusador: «¡Levántate inmediatamente! ¡Arréglate ese pelo! ¡Si no puedes bajar de peso, ponte siquiera una chaqueta decente! ¡Cepíllate los dientes y hazle caso a tu hermana! ¡Algo tienes que hacer con esas uñas!». Eva volvió a tener ocho años.

Dio un salto y se fue al baño sin rechistar. Empezó por los dientes. Germán odiaba el aliento del alcohol. Sonó el timbre. «¡Puntual! ¡Como en los viejos tiempos! —sonrió—, él también me ha echado de menos estas semanas». Se echó un último vistazo en el espejo mientras el timbre volvía a sonar con insistencia.

—¡Mierda! Ni las uñas, ni la chaqueta, ni el pelo. Vale, es lo que hay. Un poco de perfume y abro.

El saludo en la puerta no sólo fue frío sino complicado. Germán no terminaba de entrar y además tenía las manos ocupadas por una bandeja.

—¡Has traído comida! ¡Qué bien! ¿Qué celebramos hoy?

—Nada, cariño. Te he traído pasteles para que no te enfades. Ha venido del pueblo mi cuñada, con el marido y los hijos, y mi mujer me ha llamado para que lleve pasteles para la cena. ¡Mira que le he dicho que los martes no cuente conmigo! ¡Pues no hay manera!

—Bueno, pasa.

—No, no puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—Tengo que irme.

—¿Cómo que te vas? ¡Quédate un rato! Tómate una copa conmigo.

—¡Qué más quisiera yo! Créeme que preferiría quedarme viendo una peli contigo y no tener que ir a casa a aguantar las tonterías de mi cuñado, pero sabes que no puedo elegir.

—No puedes hacerme esto, Germán.

—¿Qué te estoy haciendo, Eva? —La empujó—. Dime, ¿qué te estoy haciendo? —Volvió a empujarla—. ¿Tú sabes todo el jaleo que supone para mí venir a verte? ¿Sabes la ilusión con la que te he comprado los pasteles? ¿Y qué me encuentro? ¡Reproches y más reproches!

—¿Cuántos martes llevamos sin vernos, Germán?

—¡Siempre echando cuentas! ¡Estoy harto de que me lleves las cuentas de todo! Hago lo que puedo, pero mi esfuerzo no aparece en tus cuentas. Si no te gusta, lo dejamos y punto. Ahora tengo que irme. ¡Coge los putos pasteles de una vez!

—¡Si sabes que estoy a dieta!

—Si no quieres los pasteles, tíralos —dijo, lanzando la bandeja contra el sofá—. Yo no puedo llegar a casa con dos bandejas de pasteles iguales. Haz lo que quieras. Yo me voy. Si a la señorita le parece bien y entra en razón, hablaremos mañana.

Cuando Germán le dio la espalda, Eva le sacó la lengua y dio un portazo. ¡Las cuentas! Germán y su madre tenían razón. Se había convertido en una mujer amargada. Ella misma estaba harta de echar cuentas, pero no podía evitar medir la desproporción que había entre todo lo que Germán le daba a su mujer y las migajas que sobraban para ella. No podía precisar cuándo había adquirido esa costumbre tan cansada. Seguramente cuando los encuentros se redujeron a una vez por semana y ella lo bautizó como el Señor de los Martes, o cuando los martes que no se veían empezaron a ser más frecuentes que los martes que sí. Lo que recordaba con una claridad tan despiadada como inútil era la época en la que cualquier hora de cualquier día era perfecta para verse. Cuando verse siempre era lo mismo que tener sexo y cuando tener sexo siempre venía acompañado de

promesas de futuro. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cinco? ¿Siete? ¿Ocho años? Esta vez no quería echar cuentas. No esas cuentas. ¿Hace cuántos kilos que Germán podía pasar una o dos semanas sin tener sexo con ella? ¿Cuántas rupturas? ¿Cuántos perdones? No. No quería ni echar las cuentas ni pensar.

No volvería al psicólogo.

Destapó la botella de vino y regresó al sofá, donde la esperaba una bandeja de pasteles desvencijada. Contó los pasteles —«¡Siempre echando cuentas!»—, sonrió, y ya puesta, calculó a cuántas calorías corresponderían dos docenas de mordiscos de pasteles. A cada uno le dio apenas un bocado, uno por uno; sin hambre, sin ganas, sin rencor.

A la mañana siguiente el despertador la pilló en el sofá, recostada sobre los restos de pasteles. La blusa de seda cruda era un muestrario de sabores y colores. Un Pollock de chocolate, nata, crema inglesa, caramelo, guinda y miel. ¿Valdría la pena llevarla al tinte? Mejor tirarla. Total, ya los botones protestaban, a punto de reventar. Apenas le daría tiempo a ducharse. Tenía que recoger el salón si no quería que la asistenta se encontrara con ese desastre.

Mientras llenaba la bolsa de basura se tropezó con las uñas descascaradas y sintió náuseas. Volvió a echar cuentas. Cinco latas de cerveza y más de media botella de vino. «¡Vaya! —pensó—. ¡Olvidé comprobar si el primer trago de la tercera cerveza produce la misma felicidad que el primer trago de la primera!».

(Cuatro días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: MARINA MORA

ASUNTO: ¡El cometa vuelve!

¡Qué bien lo que me dices de tu madre! Me alegro por ella, por ti ¡y por mí, porque tengo cosas que contarte y con tu madre enferma no me hubiera animado!!

¿A que no sabes quién apareció el sábado? ¿Te acuerdas de Paul Halley, alias *El Cometa*? Fiel a su condición, después de haber desaparecido durante dos meses, el sábado a las diez de la noche me mandó un mensaje: «¿Qué haces, *darling*? ¿Qué llevas puesto?». Yo estaba tirada en el sofá viendo una peli, hecha un cuadro y en menos de media hora sonó el timbre! ¡Apenas tuve tiempo de quitarme el pijama de niña tonta que uso en invierno, de esconder los calcetines gordos de paralítica y de cambiarme la ropa interior!!! Wow!!! Este hombre me encanta!!! No será el padre de mis hijos, lo sé. Lo que es toda una pena porque saldrían unos niños guapísimos; pero, a menos que yo le dé la vuelta a un preservativo y me insemine a mí misma —repito— no será el padre de mis hijos. No me lo explico, pero no lo veo muy por la labor, ja, ja, ja.

Pero te cuento lo importante, ¡por primera vez no salió corriendo *después de*. Por primera vez se quedó a dormir y nos pasamos toda la mañana del domingo en casa (bueeeeno, síííí, en la cama) y vi que se había quedado con ganas de volver a verme, así que ¡me llamará esta semana para salir a cenar el viernes! ¿Qué te parece? Creo que en todo este tiempo (¿ocho meses?) sería la segunda vez que nos veríamos lejos de una cama. ¡Será toda una experiencia!

La verdad es que hay una extraña conexión entre nosotros, ya sabes, esa cosa que te ocurre tan pocas veces en la piel, ¡como un fogonazo que hace que se te electrice TODO el cuerpo con el más mínimo roce! Cuando estoy con él soy toda clítoris. Si me toca una rodilla, el clítoris lo tengo en la rodilla. Si me besa un brazo, el clítoris vuela hasta el brazo. Tengo la impresión de que esta vez sí llamará. Estas cosas siempre son en doble dirección y me consta que la mañana de domingo fue muy agradable más allá del sexo. Sé que él no quiere

comprometerse y no me hago ilusiones al respecto. (Yo tampoco me comprometería, ni conmigo misma, ni con alguien como él!!!). ¡Pero es que no sabes lo que es el sexo con este hombre! ¡Seguro que esta vez sí llamará! Ya te contaré si aparte de follar sabe hablar, si puede hilar dos frases seguidas con la misma facilidad con la que hila dos polvos y si sabe cómo usar los cubiertos!!!

A Tomás lo tengo un poco aparcado. Me asusta volver a meterme en una relación con él, en cualquier tipo de relación con él. No tengo ningún interés en ser su amiga y no veo qué otra alternativa tenemos a estas alturas del partido. Complicado...

Bueno, ahora sólo puedo pensar en Paul y oler las sábanas...

Su

(Dos semanas después).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: ¿Qué pasa con su redacción?

Estimada señorita Castro: veo que le cuesta escribir su redacción. Tal vez no sepa cómo empezar. Para alentarla, le envíó una muestra que le puede servir como modelo. Aunque está escrita por el peor de todos nuestros alumnos, el formato se ajusta a lo que esperamos de usted. Confío en que el ejemplo de este chico, que ha conseguido vencer su timidez, la anime a escribir.

Aprobé una oposición y soy funcionario del Estado. Me casé. Tengo dos hijos maravillosos, un chico de doce (Tomás) y otro de diez (Ignacio). La relación con mi mujer se fue haciendo invivible, así que hace casi un año que nos separamos. Hoy por hoy, sigo siendo funcionario del Estado, veo a mis hijos los jueves por la tarde y un fin de semana alterno, lucho por la custodia compartida, pago una pensión alimenticia con la que podría alimentarse a un regimiento y, desde hace unas semanas, sueño con la risa de una mujer.

Madrid, domingo

«A quien se le diga que estamos en noviembre...», dijo Pedro esta mañana cuando entraba la luz a raudales por la ventana y los veinte grados que marcaba el termómetro burlaban el invierno. No es la primera vez que le oigo decir algo así y, sin embargo, hoy la frase me sonó más ajena que nunca. Desde detrás de mi periódico lo miré con ternura. ¡Tan bello mi marido español, tan satisfecho con su frase hecha que habrá pasado intacta de generación en generación! La habrá oído mil veces de sus padres, de sus amigos en un bar o de cualquiera en el metro. ¡Y él tan contento con su invento! Pero, sobre todo, me sonó extraña, «A quien se le diga que estamos en noviembre» es una frase que yo ni he escuchado, ni escucharía nunca en Caracas, porque no tendría ningún sentido. Todo el año hay sol, luz, calor. Cualquiera día del año puede ser enero, abril, octubre. Cualquiera día del año llueve recio y deja de llover en un abrir y cerrar de paraguas con el mismo entusiasmo. Y sale el sol y los árboles nunca se desvisten y El Ávila cambia de color cada día, pero siempre está allí, como una brújula, como la pieza principal del decorado de la infancia que nos recuerda quiénes somos.

Se ve que todavía tengo agujetas de nostalgia. No es la angustia espantosa de cuando mi mamá estaba enferma, pero estoy convaleciente, como ella, y cualquier cosa que escucho, que veo, que descubro aquí es una espina que me recuerda dónde estoy y, sobre todo, dónde NO estoy.

Mi mamá está curada. ¡Está fantástica otra vez! Hay quienes dicen que es de hierro. Yo creo que es de goma, dúctil, irrompible. ¡Inmortal! Hablo con ella cada día y esa media hora de conversa es una bendición. Para empezar, nos devuelve la sensación de cotidianidad que la distancia nos había quitado. Pero es que además hablar con ella es un deleite. No lo digo yo, lo dice cualquiera que la conozca. Sus amigas, las vecinas, nuestros amigos, sus clientas, los médicos que la tratan, las enfermeras. Es una mujer inteligente, amena, divertida. A pesar de su edad y de su precaria salud, está conectada con la vida en general y con la vida del que tiene delante, le toma en cuenta, se interesa. Sabe escuchar y sabe entretener. Está llena de anécdotas y tiene una gran facilidad para burlarse de sí

misma. Hoy, probablemente, se hubiera ganado la vida como monologuista. Lo mismo opina de la política española que se horroriza con Kim Jong-un. Y ante una y otra, siempre tiene a mano un comentario ocurrente y sagaz. Es la mejor reportera que conozco. Me mantiene al día de lo que ocurre en Venezuela. Alterna sus lúcidos comentarios de la política nacional con los cuentos de los nietos, de las amigas y las críticas veladas pero implacables que cuele de tanto en tanto. ¡Es tremenda! Esta semana se echó a perder la lavadora, el técnico vino, la desmontó y lleva dos días sin aparecer ni responder el teléfono. No sabe si es que el señor está buscando el repuesto por todo el país para repararla o si se llevó alguna pieza para reparar la lavadora de otra casa. Lleva diez días sin azúcar ni huevos, así que por ahora tampoco habrá tortas, y por lo tanto mi mamá no tendrá ingresos...

Ayer me contó, muerta de risa, la última ocurrencia de Carlos, mi sobrino. Helena lo enseña a vestirse solo y le insiste:

—Carlos, ¿qué te dije? ¡La etiqueta de la camiseta va para atrás! ¿Ves? Así, para atrás.

—Mamá —le respondió Carlos—, ¿y por qué mejor no le cortamos la etiqueta?

¡Me duele tanto perdérmelos! Es como un doble castigo. No sólo es que Dios no me dio hijos, sino que tampoco puedo disfrutar de los sobrinos que el diablo me dio a cambio. Ni siquiera puedo hacerme con una familia de adopción, la familia de Pedro somos su madre y yo y como no aporte yo los niños, veo difícil que la madre de Pedro —viuda y con más de setenta— se anime a colaborar... Así que disfruto a distancia de los cuentos de mis sobrinos. Los atesoro. Helena dice que soy la memoria familiar porque no se me olvida ninguno. Una vez escuchados, los hago míos. Hago fotos mentales, películas con el relato para no perderlos. Con el tiempo, puede que para ellos me convierta en la remota tía de la memoria.

A veces me parece que mi mamá espera mi llamada, que la prepara, que me guarda esos cuentos como regalos, como guijarros en los bolsillos o caramelos para la hora del recreo. No le da igual si llamo o si no llamo. Reclama, a su manera, si me salto algún día, «¿Y ayer estuviste muy ocupada?», «¿Tuviste mucho trabajo?». No deja un día sin preguntar por Pedro, sin mandarle un abrazo o sin premiarnos al final de cada llamada con una bendición para cada uno. Así como reclama su llamada, ni siquiera me pregunta si tengo pensado viajar a verla. No exige. Sabe cuál es la situación, la mía y la del país, y no exige. Hace tiempo que mi mamá tampoco me pregunta por el tratamiento. Se debe imaginar que las cosas no van bien y respeta mis tiempos, mis penas. ¿Hablará con mis hermanos de mí, así como habla de ellos conmigo? ¿Qué les

dirá? ¡Cómo me gustaría darle un nieto! A veces pienso que no se muere porque está esperando la buena noticia y entonces todo encaja. Creo que estaría más tranquila si por lo menos me sabe embarazada. ¡Tan fértiles que han resultado mis hermanos y tan árida yo!

(Horas después).

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: ¡El cometa vuelve!

Bueno, Su, vamos por partes. ¡Me encanta verte feliz!, lo reconozco, pero no puedo hacerme la loca con este mail. Así como a ti se te «electriza» la piel cuando tu cometa reaparece, a mí se me van poniendo los pelos de punta mientras leo lo que me cuentas. No por contagio, no por solidaridad, no por envidia ni emoción, sino por horror!!! ¡¡¡Por favor!!! ¡Necesitamos un curso acelerado de *cuaimismo*!

Para empezar, una mujer NUNCA responde un mensaje un sábado a las diez de la noche, a menos que sea de su madre. Una mujer que se precie, por definición, todos los sábados en la noche está muy entretenida. En una cita, follando, cenando, en un cine, con una amiga, cualquier cosa menos reconocer públicamente que está encerrada en su casa, en chándal y viendo televisión. ¡Por favor! Aquí la realidad no cuenta para nada, aquí lo que cuenta es la fantasía. Y tú me dirás a qué tipo de hombre se le excitará la fantasía imaginando lo dulce que te ves en chándal, con tu pijama invernal, viendo TV y rodeada de restos de *pizza*. ¡De un hombre que se excite con ese cuadro, hay que huir, sería un perverso! El objetivo es que te imagine irresistible y piense que él es quien se está perdiendo de algo fantástico porque no te llamó cinco días antes, a tiempo de quedar contigo para el fin de semana. Tú no quieres que piense que con sus sobras te ha salvado de un fin de semana hundida en la miseria del sofá. ¡La realidad no nos importa! UN SÁBADO EN LA NOCHE NO SE ATIENDE EL TELÉFONO, Y PUNTO; Y MUCHO MENOS SI ES PARA ACEPTAR UNA CITA INMEDIATA DE «AQUÍ TE PILLO, AQUÍ TE MATO»!! No es una cuestión moralista, Su, no tengo nada en contra del «*serendipity*», ¡pero nunca en fin de semana! Deja esos encuentros para los martes o los miércoles, ¡incluso los lunes sería un día estupendo para ese plan! Cuando un hombre llama a las diez de la noche de un sábado y aparece en tu casa media hora después, o está casado contigo hace diez años o es porque se le cayó otro plan, está cerca de tu casa,

revisa la lista de WhatsApp y ¡bingo! Pan para hoy y hambre para mañana.

Bueno, después de regañarte (no lo puedo evitar), me alegra que estés tan encantada. Seguro que esa noche te dejó el cutis estupendo, así que valió la pena.

Seguimos en contacto.

m

P.D.

No sé si tendría que felicitar a tu Paul por ser un Rey Midas clitoridiano o si tendría que felicitarte a ti por la capacidad migratoria del tuyo!!, ja, ja.

(Cuatro días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: MARINA MORA

ASUNTO: Re: Re: ¡El cometa vuelve!

Bueno, corramos un tupido velo sobre tu último correo. No me puedo creer que, en pleno siglo XXI, siga habiendo una mujer que piense como su abuela y que encima lo reconozca públicamente. Generalmente tus *cuaimismos* caribeños me hacen gracia, pero a veces te pasas tres pueblos con tus comentarios, Marina. Tú tienes una pareja del siglo pasado —literalmente, porque creo que os conocisteis antes del 2000—, así que los códigos de esta época se te escapan. Ahora las relaciones funcionan de otra manera. Los juegos de tácticas para hacerse desear y toda esa tontería en esta época ya no pintan nada. No me engaño, sé que Paul no es el tipo de hombre que estoy buscando, pero si yo no hubiera respondido el teléfono, seguramente lo habría hecho la siguiente de la lista, como tú dices, y me hubiera perdido una noche que, créeme, fue maravillosa.

A mí también *se me ponen los pelos de punta* con algunas de las cosas que tú escribes y no te echo la bronca. (Bueno, a veces sí te echo la bronca, como ahora).

No te enfades, que yo tampoco me he enfadado.

¿Cómo sigue tu madre? Cuéntame.

Espero que este abrazo que te mando desde este NY de hoy viaje en la máquina del tiempo y llegue con todo mi cariño a tu Caracas del siglo XIX!!!

Su

Madrid, martes

(Un inciso: releo la última página del diario después de un rifirrafe con Susana y la frase «Y tan árida yo» cobra sentido. ¡Una vaina! ¡No sé quién me manda a mí a meterme donde no quepo! Bueno, porque me llaman. Susana siempre está pidiendo mi opinión y yo voy de *nalgasprontas* y se la doy. Tiene razón cuando dice que yo soy de otra época, pero yo tengo razón cuando pienso que así no se llega a ninguna parte, en ninguna época. Que está perdiendo su tiempo con esos «pan *pa* hoy y hambre *pa* mañana». Que no hay nada más mata-pasiones que imaginarse a una mujer un sábado en la noche aburrída, tirada en un sofá, viendo TV. Que en la vida hay verdades que hay que maquillar, ¡y esa del sofá y el pijama de invierno es una de ellas! Que eso no es moderno ni es nada, ¡que eso lo único que es, es tristísimo! Que el deseo se alimenta del hambre y que mientras que la única hambrienta sea ella, poco deseo y poco misterio va a despertar en los hombres que se le acerquen. ¡Ufff!, más que una *cuaima* como Dios manda, parezco la señorita Olga de mi colegio. ¡Árida por todas partes! En fin, que tengo que tener más cuidado, porque entre las amigas que me quitó la vida, la que me quitó la muerte, las que yo deseché y las que me descartaron a mí, mi carné de baile de amigas no está para muchas risas...).

Bueno, ya está bien de Susana. Vuelvo a lo que voy (¿o será más preciso decir que vuelvo allá, de donde vengo?), sigo pensando en mi mamá y en su sentido del humor tan indiscutible y tan reciente. Creo que a pesar de lo mucho que lloró y que sufrió por la muerte de mi padre, esa ausencia y la nuestra (que contra todo pronóstico terminamos por crecer) la han dejado desplegar sus propias alas. ¡Toda una revelación!, para ella y para quienes la rodeamos. Este ser deslumbrante que hoy arroba a todo el que se le acerca nada tiene que ver con aquella mujer malhumorada y brusca que era ella cuando yo la conocí.

A mi madre de entonces no recuerdo haberla visto reír ni un solo día. Ni un gesto alegre, ni un rasgo plácido en su cara. Siempre de mal humor, siempre a gritos, rezongando, farfullando de dientes para adentro su desgracia. La desgracia de estar casada con un hombre que sólo sabía pensar en sí mismo y en sus cosas; la de haber tenido cuatro hijos sin darse cuenta, sin desearlo,

posiblemente sin estar preparada; la desgracia de convivir con una suegra sofocante que la despreciaba, la de que el dinero no alcanzara para vestir y alimentar a tantas bocas voraces, la de que las deudas se acumularan en su mesa de noche en forma de papelitos firmados con su nombre bajo esas listas interminables del Abasto España, la panadería Las Palmas o el carnicero. En Mi Casa siempre era fin de mes, y mi mamá era la única que se daba cuenta y que sacaba cuentas.

Mi mamá nos educó con mano dura, con mano fría y seca. Sus manos sólo nos tocaban —entre semana— para pegarnos y los sábados en la mañana para limpiarnos los oídos. Sus manos no sabían acariciar a un bebé, ni peinar el despiste de un hijo, ni consolar su llanto ni acompañar sus miedos. Sus manos estaban ocupadas —despellejadas— lavando ropa a mano, restregando los cuellos de las camisas blancas de mi padre y los uniformes desteñidos que pasaban de una hermana a la siguiente y de esa a la siguiente, a jirones. Trapos de cocina agujereados. Toallas descoloridas, deshilachadas, sábanas de todos los tamaños, *bluejeanes*, camisetas, vestiditos almidonados de niñas bien chivas, que heredábamos de las primas ricas y que mi madre planchaba con un mimo envidiable, inmerecido.

Cuando llegó a Mi Casa la lavadora que le regaló mi abuela, ya era tarde. Ya sus manos estaban destruidas, hinchadas del contacto con el agua y la lejía. Salpicadas de quemaduras del aceite hirviendo que saltaba con rabia desde el sartén. ¿Cómo no iba a odiar la vida que llevaba si se le iban los días entre el lavadero y la cocina, entre el plátano chamuscado y el pollo crudo; entre el arroz apelmazado y unas lechugas tristísimas, que chapoteaban mustias en una vinagreta de días, entre los gritos de los hijos —demasiados— y la distancia indiferente del marido? Lo único dulce que recuerdo de aquella mujer son el arroz con leche y la torta de aceite para el desayuno que preparaba religiosamente todos los fines de semana. Perfectos, impecables. Punto de partida para el oficio con el que terminó de sacarnos adelante después de la muerte de mi padre; porque la muerte de mi padre la dejó libre, muy libre, pero mucho más pobre de lo que era. Puede que esos postres de fin de semana, que dábamos por sentado y devorábamos sin piedad, fueran su forma de querernos...

De aquellas manos ásperas, que tanto se han apaciguado, hoy quedan de testigo las uñas estriadas, verdes-marrones, desfiguradas por los hongos de entonces.

Siempre he pensado que si mi mamá hubiera crecido en esta época, en la que una mujer puede elegir su destino, habría llevado una vida más bohemia. No se hubiera casado, o puede que sí. Tal vez no habría tenido hijos, o al menos seguro que no tantos. ¿Se habría dedicado al teatro? ¿Al periodismo? ¿A escribir?

¿Sería locutora de radio? ¿Profesora de yoga? ¿Relaciones públicas? ¿Dirigente sindical? ¿Ministra de Exteriores? ¿Embajadora ante la ONU? Siempre recuerdo cuando le pregunté qué vida le habría gustado llevar. Lo primero que dijo, sin pensarlo, es que le hubiera gustado tener más tiempo para leer. La creí. Aparte de una belleza indiscutible, que no ha perdido, mi mamá aportó al matrimonio una nutrida biblioteca; volúmenes y volúmenes forrados en papel de estraza verde, cada uno con su etiqueta numerada en el lomo. Poetas de todos los tiempos, novelistas de todas las tallas, desde Thomas Mann hasta Corín Tellado, pasando por Khalil Gibran, Lope de Vega, Quevedo, Dumas y Andrés Bello. ¿A cuál de sus páginas volaría mientras restregaba calcetines? ¿De quién se enamoraba? ¿Con quién se fugaba de su vida? ¿De qué se arrepentía? ¿De quién se vengaba? ¿A quién mataba?

Esa tarde se quedó pensando y un poco más tarde me contó que le hubiera gustado poder ir a la universidad para estudiar mitología. ¿Mitología? Me sorprendió. ¿Qué tendría que ver el mundo fantástico de la mitología con esa vida tan pegada a lo concreto que había tenido mi madre? ¡Entendí todo! Si no todo, mucho. Mi mamá hubiera encajado bien en cualquier otra vida, menos en la suya, que le quedaba estrecha. Es una suerte que el tiempo la haya dejado mostrarse tal cual es, una Hermes, tan alada, tan brillante y tan divertida como la conocemos hoy.

Durante su estancia en Madrid, cada mañana, en el desayuno, agregaba nuevos propósitos a su lista de deseos. Se la veía ilusionada, ni gota de rencor en sus planes de pasado: «Ir al gimnasio. Ir al teatro. Escuchar jazz. Viajar. Alojarme en un hotel de cinco estrellas donde me lo hagan todo. No tener que ir al mercado cada jueves ni cargar esas pesadas bolsas de yute. ¡Ir a la peluquería y hacerme la manicura todas las semanas!».

No puedo escribir esto sin culpa y sin llorar.

Le he usurpado la vida a mi madre. Voy al gimnasio, leo, viajo, hago la compra por internet y voy cada semana a hacerme las manos.

Me doy cuenta de que mi diario está plagado de la madre que tuve y de la madre que yo no puedo ser. Cualquiera de las dos me hace llorar.

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: Re: Re: ¡El cometa vuelve!

¡Lo siento, Su! Tienes toda la razón, yo no soy de esta época. Lo que pasa es que creo que con el tiempo cambian las formas, pero estoy convencida de que, en el fondo, los hombres y las mujeres seguimos funcionando como en la época de las cavernas.

Son esas cosas que digo sin calibrar, medio en serio, medio en broma. Tendré más cuidado la próxima vez.

Y bueno, tú y yo siempre encontraremos una manera de encajar en esta amistad de *pelos de punta*, en esta amistad de puercoespines cariñosos que somos las dos. ¡Mira que tenemos mérito de seguir siendo amigas con lo diferentes que somos y con las vidas tan distintas que llevamos!

Tienes razón, yo soy mujer de un solo hombre, y sí, Pedro y yo nos conocimos el siglo pasado. Reconozco que si tuviera que buscar pareja en esta época, no sabría por dónde empezar, ni qué cara poner para ligar, ni dónde tendría que buscar novio. Pedro y yo siempre hacemos bromas de cuál de los dos morirá primero, porque los dos queremos morir antes que el otro, ninguno quiere quedarse solo (sí, lo reconozco, seguimos siendo un par de cursis), así que espero no quedarme viuda porque lo tendría fatal...

Tu abrazo pinchudo llegó al siglo XIX sano y salvo!!! ¿Qué tal el clima por allá por el XXI?

Yo también TQM.

mm

NOTAS SOBRE PACIENTE 3. E.S.

La paciente dejó un mensaje en el contestador cancelando la cita de esta tarde con el pretexto de un contratiempo laboral. No dijo si volvería a llamar. No voy a devolverle la llamada, a ver si se desanima por sí sola y decide no regresar.

Aprovecho su ausencia para tomar notas.

A pesar de lo poco que me atraía este caso, no puedo evitar inquietarme cada vez que recibo una llamada de este tipo. Algo parecido a la angustia me invade: por qué interrumpe la terapia, qué hice mal, en qué me equivoqué, debería dedicarme a otra cosa. Después me consuelo con pensamientos pedestres del tipo: peor para él o para ella o ¡que le den!

En este caso concreto, a pesar de que la paciente no me cae bien, que no me siento cómodo ni con ella ni con su historia y que no puedo negar que su cancelación me produce un cierto alivio, reconozco que su llamada me deja preocupado. Es una paciente que necesita ayuda; parece deprimida y desesperanzada. Temo haberle transmitido mis dudas, mi ambivalencia respecto a tomarla en tratamiento. Bien es verdad que si ella se va por su propio pie, no tengo que interrumpir yo la terapia. Para cualquier terapeuta es complicado decirle a un paciente que no puede atenderle. Da igual cuál sea la causa. Hace tres años, cuando decidí bajar el ritmo de trabajo, lo pasaba mal cada vez que rechazaba a un paciente con la excusa de que no tenía horas disponibles. Sonaba bien, me hacía sentir como un terapeuta muy solicitado, indispensable, pero no me gustaba. Tampoco es que estuviera yo en mi mejor momento y probablemente eso fue lo más decente que pude hacer por esos posibles pacientes, pero, cada una de las veces que dije que no, me quedé con la sensación de que era yo quien se estaba perdiendo algo. Me perdía una historia que podía ser apasionante, una aventura nueva. Me pasaba lo mismo que cuando voy a Paradox y tengo que elegir entre varios libros. ¿Y si el libro que abandoné en la caja en el último momento era el que iba a cambiarme la vida? ¿Y si ese autor desconocido que Chechu me recomienda y al que no le presté mucha atención estaba destinado a ser un referente? ¿Y si la clave para resolver el acertijo de ese paciente que no entiendo está en algún capítulo de un libro que ni

siquiera hojeé? Así son los pacientes, como libros. Libros que llegan con una historia escrita, con páginas indelebles que determinan el resto de la historia, con páginas tachonadas, con páginas arrancadas, censuradas, que hay que recuperar de la trituradora y reconstruir para que el relato cobre sentido. Libros con páginas en blanco. Galeradas que todavía se pueden corregir. Cada paciente llena la consulta con los personajes de su novela y cada novela es única. Aquí no hay plagios. Como mucho, alguna que otra intertextualidad entre generaciones, pero cada historia es cada historia. ¡Fascinante!

¡Y esta paciente está muy orgullosa del «libro que se podría escribir con su historia», como si se tratara de una historia singular! ¡Vaya!, y resulta que justamente la suya es la más trillada de todas las historias... ¡Y viene a contármela a mí! ¡A mí, que puedo escribir una enciclopedia! Me temo que con esta paciente me va a pasar como con las novelas. Si en la página treinta el texto no me ha atrapado, la dejo de lado. Y algo me dice que «el libro que se podría escribir» con la historia de esta mujer es un folletín que no me interesa en absoluto. Su trama no funciona conmigo. Y esto no es bueno ni para ella ni para mí. En todo caso, prefiero que sea ella quien abandone el barco.

Esta es otra cara de la asimetría de la relación entre paciente y terapeuta. Ahora que lo pienso, se supone que esa asimetría siempre corre a favor del terapeuta. Los pacientes se quejan del trato distante que les dispense porque, en general, prefiero tratarlos de usted, y protestan porque soy implacable con los horarios y con los honorarios. Con el correr del tratamiento, entienden que la distancia es respeto y que el cuidado con los horarios también les beneficia. Saben que a la hora marcada yo estaré, tanto como saben que a la hora prevista seré yo quien indique el final de la sesión. Esa cierta rigidez tiene su efecto tranquilizador. Creo que en el fondo lo agradecen. Como agradecen los niños, aunque protesten, tener unas rutinas predecibles en las que puedan confiar. ¡Pero el usted no lo agradece nadie! ¿Tendré que replanteármelo? A los pacientes con los que llevo años sería artificial tratarlos de tú de buenas a primeras. ¡Pensarían que estoy perdiendo facultades! Lo intentaré con el próximo paciente nuevo, a ver cómo me siento con el tú ¿¿¿??? De todas maneras, no los trato de usted para que me lo agradezcan, sino para darles un cierto margen de seguridad respecto a mí y mostrarles mi consideración. ¿Los respetaría menos si los tratara de tú? No lo creo. A mí, mis terapeutas siempre me trataron de usted y nunca se me ocurrió protestar. ¿Eran otras épocas? Lo pensaré...

El caso es que, en momentos como estos, constato que el paciente es mucho más libre que el terapeuta. El paciente puede asistir o no a la sesión, puede avisar, o no, dejarlo cuando le parezca, decir lo que se le pase por la cabeza, enfadarse, criticar, insultar, guardar silencio, mientras que el terapeuta escucha

pacientemente, interpreta, comprende. La gran autonomía del terapeuta consiste en cobrar a fin de mes y en avisar puntualmente de que ya es la hora de terminar la sesión. ¡Vaya audacia! Ojo, no es una queja. ¿O sí? Soy un entusiasta de mi trabajo, pero reconozco que, en ocasiones, me atenaza la responsabilidad que siento respecto a mis pacientes y la poca libertad de la que gozo, ya no en el trabajo, sino en la vida. Un electricista puede comentar con sus colegas que tiene una amante y, como mucho, despertará un poco de envidia y unas cuantas bromas. Un terapeuta tiene que esconderlo. Tengo la impresión de que los pacientes esperan del terapeuta una vida perfecta. Como si no fuéramos humanos y no participáramos de sus mismas miserias. Una cosa es lo que el paciente pretenda, como niños, suponen que sus padres nunca se equivocan, y otra es que nosotros le compremos al paciente esa versión edulcorada de nosotros mismos y nos hagamos pasar por seres superiores, llenos de gracia y de virtud. Nada nos gustaría más que sentirnos infalibles. Dios.

Nunca he comprendido por qué nos creemos destinados a ser diferentes, especiales y asépticos hasta la inhumanidad. ¿Perfectos, intachables, pulcros? ¿Desde dónde podremos escuchar el sufrimiento rastreado de un paciente si no hemos transitado alguna vez esos caminos escarpados? ¿Cómo podremos acercarnos a su horror cotidiano si todo en nuestra vida es cristalino? Otra cosa es la integridad con la que cada quien encara su labor. Cuidar de nuestros pacientes pasa por cuidarlos de nosotros mismos, lo sé, pero hacer como si nuestros defectos no existieran sería mentirles. ¡Somos humanos y también tenemos derecho a equivocarnos! ¿O es lo que pienso para disculparme...?

A veces me pregunto si somos artistas o artesanos. Prefiero verme a mí mismo como un zapatero, como un herrero con cuchillo de palo. Mortal, imperfecto, sin otra virtud que practicar mi oficio lo más honestamente que puedo, con paciencia, respeto y devoción. Un día y otro día, y otro y otro. De la mañana a la noche. Sin estridencias. Lo intento, juro que lo he intentado, aunque alguna vez haya fallado estrepitosamente y me avergüence de mí mismo. No. Definitivamente no es momento de atender a una mujer con esta historia. «Y PUNTO» (como diría Eva, que repite mucho lo del punto. ¿Tendrá algún significado?).

En fin, que el libro de esta paciente me iba a resultar muy conflictivo. Mejor para ella que le lleve el manuscrito de su novela a otro editor.

(Dos semanas después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: ¿Qué pasa con su redacción?

Me rompieron el corazón. Lloré varias semanas seguidas. Pensé que nunca podría parar de llorar, pero todo se cura. Trabajo desde hace once años para una multinacional que ha decorado de sellos mi pasaporte. He vivido en Lisboa, en Londres, en Santiago de Chile, y desde hace dos años vivo en NY. No me he casado, ni he tenido dos hijos. Los jueves por la tarde hago SoulCycle. Hace algunas semanas miro mi correo con más frecuencia.

Firmado: Susana Castro.

Cuatro

Esa noche soñó.

Le pareció raro, no su sueño —todos lo eran—, sino el haberlo recordado. En alguna parte había leído que siempre se sueña, que recordarlo era otra historia, y ella nunca recordaba sus sueños. ¿De dónde vienen y adónde van los sueños que no se sueñan? ¿Los que no se recuerdan? ¿De qué sirven? ¿Se quedarán enredados en el pelo o en la almohada? Los sueños se recuerdan para contarlos, para romper el hielo de la noche en el café del desayuno. ¿A quién podía contarle ella sus sueños si siempre dormía sola? ¿Para qué soñarlos? El terapeuta había insinuado que allí podía contar sus sueños ¡y había soñado! En la próxima cita tendría algo distinto de qué hablar. Se miró a sí misma con pena, casi con cariño, y se sintió como una niña pequeña que le lleva una manzana a la maestra. ¡Siempre dispuesta a complacer!, pensó. ¿En la próxima cita? Cayó en la cuenta de que ¡no tenía una próxima cita! Hacía semanas que había cancelado la última. Dejó un mensaje en el contestador y el terapeuta no le había devuelto la llamada. Se preguntó si le hubiera gustado que la llamara para recordarle que tenía que volver y lo mucho que necesitaba de su ayuda y lo mal que estaba, y etc., etc., etc., como solía hacer la psicóloga anterior cuando ella desaparecía; pero pensó que no, que en el fondo agradecía que no la persiguieran. «Sé de sobra que estoy fatal, y sé que necesito ayuda, lo que no necesito es a otro listo que me lo recuerde. ¡Con mi hermana y con mi madre tengo bastante!».

Le gustaba preguntarse cuándo se había perdido a sí misma, si habría una fecha exacta que ella pudiera marcar en algún calendario, o si había ocurrido poco a poco. Le sorprendía el contraste entre lo mucho que le importaba hacer las cosas bien, complacer e impresionar a los demás y lo mal que le estaba quedando su vida. Si su vida hubiera sido un dibujo o una redacción para el colegio, habría tenido que tirarlo a la basura o habría arrancado las páginas del cuaderno sin pensarlo dos veces. ¡Cómo iba a presentar algo tan defectuoso a la maestra! Su vida estaba llena de tachones, emborronada, mal escrita, desdibujada, con faltas de ortografía imperdonables y sin ningún cuidado por la sintaxis, ni por la armonía de colores. Vamos, ¡una vergüenza! ¿Qué le había

pasado? ¿Cuándo había dejado de interesarse por los resultados del trabajo que suponía vivir? Ella, que había sido siempre tan prolija, tan perfeccionista. ¿Cuándo había empezado a mezclar las plastilinas hasta hacer de sus días una masa informe, de un color imposible? ¿Cuándo se le habían desordenado los verbos y las preposiciones, los pronombres y los sustantivos? ¿En qué estaría pensando? ¿Cuándo se distrajo tanto como para no darse cuenta de que se acercaba peligrosamente al borde de un precipicio? No lo podía entender. ¿Era sólo por culpa de Germán? ¿O había algo en ella que inevitablemente la habría llevado al mismo resultado fuera quien fuera su pareja? No recordaba nada horrible en su infancia como para explicar tanto error. Su hermana, tal vez, tan enfermiza, tan protegida por sus padres, tan aprovechada de la preferencia indiscutible de su madre. ¿Esa diferencia podría haberla marcado tanto? Creía que no. Al final, ella había sido mejor estudiante, más responsable, más exitosa en su desempeño laboral que Milagro, que apenas había estudiado y que ni siquiera trabajaba. Se había casado, sí, tenía dos hijos, sí, pero no sería capaz de ganarse la vida sin un marido.

La adolescencia había sido sufrida, como todas, pero había logrado sobrevivir con bastante dignidad, a pesar de los granos en la cara y de tener mucho más pecho que sus amigas. Escondarse en los libros le había servido para ensancharse sin llamar mucho la atención y para tener un expediente sin mácula. Como sin mácula había llegado ella a los veinte años, cuando asomó la nariz por fuera de los libros sin granos y convertida en una mujer de buen ver. ¡Una mujer de buen ver! «¿Qué significará eso? ¿Será que las que engordamos, envejecemos o nos ponemos feas somos de mal mirar? ¿Nos mirarán torcido? ¿O será que resultamos tan dañinas a la vista del prójimo que no se atreven a echarnos ni una ojeada?». Entonces, sin venir mucho a cuento, le vino a la memoria un piropo que ni siquiera iba dirigido a ella, sólo recordaba a un hombre decir de una mujer: «Fulanita es guapa de mirar». Y se preguntó si sería que las hay «guapas de mirar» y «guapas de tocar»; «guapas de besar» y «guapas de follar». Y no sabía a qué grupo se habría apuntado ella.

«¡Qué de tonterías soy capaz de pensar en tan poco tiempo! Bueno, al menos todavía soy capaz de pensar. No lo entiendo. Sólo puedo pensar si estoy bien con Germán, aunque bien, bien, hace mucho que no estamos. Bien significa que no hay rupturas, ni gritos. Si estamos mal, sólo me angustio y lloro. Bebo y duermo. Lo curioso es que cuando puedo pensar, lo único que quiero es dejarlo, soy consciente de que no me hace bien, y es insano prolongar una situación que sé que no va a cambiar. ¿O puede cambiar?».

Había visto en Facebook una exhortación a resistir en la que aparecía un personaje agotado de recorrer un largo camino que justo llegaba a su meta un

centímetro después de que él lo hubiera abandonado... ¿Le pasaría lo mismo a ella? ¿Cómo iba a desistir ahora, justo ahora, cuando ya los hijos de Germán habían crecido y él podría finalmente separarse de su mujer y estar con ella? Ya llevaba recorridos diez años de ese camino. ¿Y si apenas le quedaban meses? ¿Iba a abandonar ahora, cuando ya estaba a punto de alcanzar su objetivo? Este era el argumento que defendía Germán cuando ella intentaba dejarlo y que la torturaba tanto como la torturaban los argumentos que los demás esgrimían para convencerla de que le dejara de una vez.

«Mañana llamo y pido cita. Este hombre tendrá que ayudarme a decidir qué es lo mejor para mí».

La situación con Germán llevaba unos días más serena. Habían tenido un par de martes de reconciliación sin entusiasmo, pero habían tenido dos martes y eso era suficiente para ambos.

Somos como un matrimonio viejo —le decía Eva—, con el aburrimiento de los años, con las manías, con las peleas que producen el cansancio y la costumbre, y sin ninguna de sus prestaciones. A un marido aburrido se le perdona todo lo demás porque está, como un poste, como una silla, como una foto vieja que nadie mira ya, pero está y hace su papel de marido. Acompaña, presta su calor de vez en cuando, habla y a veces incluso hace como si escuchara; pregunta cosas, acude como una sombra a las reuniones familiares, pero acude. Acompaña a los reencuentros de antiguos compañeros de facultad y finge. Pone cara de que la vida va viento en popa, como tiene que ser, pero no deja de asistir. «En cambio, Germán nunca está. ¡Claro, no puede estar en dos lugares a la vez! ¡Ni con dos mujeres, ni con dos familias!, y a mí siempre me toca esperar... ¡Otra vez echando cuentas!».

Sacar las cuentas de lo que tiene y de lo que le falta con Germán, de lo que Germán le da y de lo que Germán le quita, de lo que le debe, de lo que le ha robado, del desabastecimiento y la escasez seguía siendo su única actividad intelectual. No la preferida. ¡La única! Germán ocupaba su pensamiento desde que se despertaba hasta que el cansancio y químicos diversos la rendían. Cualquier cosa que viviera, con o sin él, le servía para evocarlos. Si Germán no estaba, pensaba en él porque no estaba y todo habría sido muy distinto si hubiera estado. Si Germán estaba, porque estaba, y era casi feliz de poder tocarlo, de tenerlo cerca, de sentirlo suyo, de oler su presencia. En esos casos, solía conservar un residuo al día siguiente y lo masticaba, y lo estiraba, como si fuera un chicle usado, hasta secarlo. Pero apenas lo disfrutaba, porque hasta cuando lo tenía adentro, en pleno orgasmo, sólo podía pensar en que saldría, en que demasiado pronto Germán volvería junto a su mujer, y que inmediatamente no estaría. En ausencia, era mucho más suyo que en esos momentos horribles de

angustia cuando estaba a punto de partir. Sí, definitivamente, pensaba mejor en él cuando no estaba, lo veía con mayor nitidez, más a sus anchas y sin interrupciones. Le gustaba soñar con una vida cotidiana compartida, con viajar, con salir a cenar o a bailar, a tomar una copa, a comer, un domingo cualquiera, a la vista de todos, y despertarse a su lado y tomar un café. No pedía más.

«No voy a esperar hasta mañana».

Llamó inmediatamente para pedir cita.

(Dos días después).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Gracias por responder

Me gustaría mantener el tono de humor de este acercamiento, pero no puedo. Tu correo me llenó de alegría y de pena. Como siempre, tienes una forma contundente de decir lo que quieres decir. Me alegran tus éxitos profesionales, nunca tuve dudas respecto al futuro brillante que te esperaba. Por otra parte, no me perdono mi participación en la otra cara de las cosas que me cuentas.

No sabes cuánto me alegra poder retomar el contacto, ni te imaginas cuánto y cómo he pensado en ti —en nosotros— a lo largo de todos estos años. Espero poder contártelo personalmente algún día.

Agradezco que tu rencor no sea tan implacable como para bloquearme en tu lista de correos.

Como te escribí en mi *redacción escolar*, lo mejor de estos años han sido mis hijos. El resto te lo iré contando poco a poco.

Quiero saber de ti. Quiero saber qué vida haces, cómo son tus viernes y tus domingos por la tarde, tus lunes y tus martes. El SoulCycle de los jueves ya está incorporado a mi rutina. Como siempre, me gusta imaginarte. No será fácil esta vez porque no conozco NY.

Espero tu correo.

To+

(Varias horas después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: Gracias por responder.

¡Había olvidado lo de To+!!! De todos los correos que me has escrito, nada ha sido tan efectivo para devolverme al pasado como esos tres caracteres. ¿Cómo te acuerdas de que así escribía yo tu nombre?

A mí también me gusta saber de ti.
Susana

(Inmediatamente).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Re: Gracias por responder.

¿Cómo que «Su-sana»? ¡Será Mi-sana! Si yo soy To+, tú eres Misana.
¿Volveré a ser Tu+?

NOTAS SOBRE PACIENTE 4. E.S.

(Después de tres semanas desde la cancelación de la última entrevista, la paciente llamó de nuevo para pedir hora. No me atreví a derivarla por teléfono).

A esta sesión llega con doce minutos de retraso.

Se disculpa por haber suspendido la cita anterior. Dice que todo sigue igual, aunque en este tiempo tuvo alguna bronca con Germán, pero que ya había pasado y que no merecía la pena contarla porque ni siquiera recordaba cómo había empezado.

—Imagino que sería por lo de siempre. Porque soy el último mono de su lista de prioridades y estoy cansada de sus excusas. Pero no te preocupes que ya habrá otra pelea y te la contaré con detalles... ¡Conmigo no te vas a aburrir! ¡No sé si el libro que se puede escribir con mi vida es una novela o un culebrón!

—¿Y le preocupa aburrirme?

—¿A ti? ¿Con lo que me cobras? —(Nos reímos los dos)—. No lo había pensado. No conozco a nadie a quien le guste aburrir. Pero sí, si lo pienso, es verdad que a mí me preocupa especialmente. Por eso ya no le cuento nada a mis amigas, porque siento que les estoy dando el coñazo. De pequeña, a mi hermana le festejaban todo lo que decía, cualquier cosa, aunque fuera una tontería. En cambio, cada vez que yo abría la boca, mi madre me ridiculizaba: «JA-JA-JA. Eso no tiene ninguna gracia, Eva. ¿Por qué no aceptas de una vez que tú no eres graciosa? No lo intentes, porque terminarás haciendo el ridículo. Tú eres muy lista y muy responsable. Punto». Para mí fue una revelación descubrir que podía ser divertida. En el instituto y en la facultad era muy payasa. De mis amigas, era la que siempre tenía una parida que decir. A la gente le gustaba estar conmigo.

—Vuelve a hablar en pasado...

—¡Qué pesado te pones con ese tema! ¡Ahora el aburrido eres tú! Pues mira, te voy a contar algo que no te va a aburrir. El otro día me acordé de un sueño y me dije: se lo voy a contar a este, que seguro que le molan los sueños... Y en ese momento me di cuenta de que no tenía cita prevista contigo y te llamé...

»Soñé que yo estaba muy enferma, ingresada en un hospital. Pero yo no sabía si estaba tan enferma como parecía o si sólo estaba fingiendo para llamar la

atención, porque yo no sentía nada. A mi alrededor, varias personas hablaban de mi caso, mi hermana, mi madre, un doctor. Se les veía muy preocupados y parecía que ellos sabían algo que yo ignoraba. Alguien decía que tendrían que hacerme un análisis de la médula ósea.

—¿Y qué se le ocurre del sueño?

—¿Que qué se me ocurre a mí? Si lo supiera, no tendría que venir a contarte el sueño. ¡Yo creía que el experto en sueños eras tú!

—¡Ah! Ya entiendo —le dije malhumorado—, parece que aquí sucede lo mismo que en el sueño, los que sabemos lo que a usted le pasa, lo que la hace sufrir, somos los demás... Su madre, su hermana o ese doctor del sueño que podría ser yo... Mientras que usted «no-sabe-no-contesta». Resulta que lo que está en juego es su vida, su salud, pero parece que usted pasaba por ahí... Usted «no siente nada»..., como dice en el sueño.

(Reconozco que esta mujer me genera mucha agresividad y no sé si tiene que ver con su relato o con el mío. ¿Despertará lo mismo en quienes la rodean? No lo sé. Definitivamente, prefiero derivarla. Si no, tendría que buscar una supervisión para desenmarañar este asunto. ¡A mis años! ¡Encima me iba a costar dinero! Y me vería obligado a desempolvar mi historia. ¡Ni hablar!).

La paciente reaccionó a mis palabras levantando la voz:

—¡Pues claro que siento! ¡No te imaginas lo que yo sufro! ¡A Germán se lo he entregado todo! ¡Ya no sé qué más puedo hacer...! —(Silencio)—. No sé a qué te refieres, yo sí siento, lo paso fatal aunque no lo demuestro. A veces es como si viera mi situación desde fuera, como si las cosas que me pasan no me sucedieran a mí. Es que no puedo creer que esta sea mi vida. No me reconozco ni en la amante de un hombre casado, ni en la mujer del espejo. ¿Sabes eso que dicen de que el interesado es el último en enterarse? Pues no es mi caso. Yo estoy enterada, lo sé, lo veo, pero no puedo hacer nada. Es como que no acepto que esa que veo sea yo, que esa sea la misma mujer independiente, vital, divertida que en el fondo he sido siempre. ¡Si me hubieras conocido hace doce o quince años! Entonces yo era lo que se dice ¡una mujer de bandera! Me comía el mundo. No encajo para nada en el perfil de mujer que sufre por amor, de mujer sumisa y paciente que espera a que un hombre la llame por teléfono para poder respirar. Esa no soy yo. —(Silencio breve)—. Cuando me siento mal, muy mal, cuando no me queda más remedio que reconocer que esa piltrafa de mujer soy yo, me desconecto. Me tomo unos vinos y desconecto, sólo pienso: «Mañana será otro día», «Dios dirá...». Y así llevo todos estos años, esperando a que mañana sea otro día. Y esperando a ver si Dios toma la palabra y dice algo que valga la pena escuchar.

—¿Dios dirá? Su madre, su hermana, Dios, yo... Todos tenemos algo que

decir menos usted, que sí, que sufre mucho, pero que no hace nada por cambiar su situación.

(Ante mi intervención tan fuera de lugar —casi agresiva—, la paciente responde visiblemente enfadada).

—Bueno, estoy aquí, ¿no? ¿O es que pedir ayuda no es hacer algo para cambiar mi situación? Se supone que el especialista eres tú.

(Silencio tenso, muy tenso. Reconozco que la paciente tiene razón. Cambio de tercio).

—Y siguiendo con el sueño, ¿qué me puede contar de su madre y de su hermana?

—¡Mi madre y mi hermana siempre saben de todo más que yo! ¡En especial en lo que a mí concierne! Y a las dos les encanta darme lecciones y decirme lo que está bien y lo que está mal, qué es lo que tengo que hacer y la mejor forma de hacerlo. Mi hermana Milagro no trabaja. Está casada y tiene dos niños, pero no trabaja. Estudió turismo, ¡una carrera muy complicada!, que nunca ejerció. ¡No como yo, que parece que soy la tonta de la familia, que apenas tengo una licenciatura, dos másteres y un doctorado! Que debo ganar el doble de lo que gana mi cuñado, pero que para la familia soy la torpe. ¿Qué te parece?

—Y su hermana Milagros, ¿es mayor o menor que usted?

—No se llama Milagros, se llama MI-LA-GRO, en singular. Es menor. Seis años menor. Parece ser que conmigo mi madre tuvo un parto muy complicado y los médicos le dijeron que no podía tener más hijos. Mi madre lo pasó fatal porque ella es hija única y soñaba con una familia numerosa. Milagro apareció contra todo pronóstico y por eso le pusieron ese nombre. Porque para mi madre fue como un milagro, una salvación. Ya ves, yo, la culpable de todos sus males, y ella, el milagro... ¡Y hasta hoy! Mi madre siempre ha sido una mujer muy caprichosa, dominante. ¡El ombligo del mundo! En casa manda ella. Eso no sería problema si no fuera porque cambia las reglas del juego según el pie con el que amanece, o según a quién tenga delante. Yo me imagino que me quiere, soy su hija mayor, pero lo disimula con rara perfección. Cuenta conmigo para todo, los favores los hago yo, les llevo las cuentas, les hago la declaración de la renta, me ocupo de encontrarle desde la asistenta, la masajista, el manitas de turno, el mecánico que les arregle el coche, y, aun así, no pierde oportunidad para criticarme, para señalar lo que me falta, lo que me sobra o en qué me equivoco. ¿Cómo te diría yo? Es como que no le caigo bien y no lo puede disimular. Parece que haga lo que haga la irrito. Soy o demasiado alta o demasiado escandalosa, egoísta, mezquina, pedante, mala... Además, según ella, como y bebo demasiado... Y ahora que tengo unos kilos de más, ¡cada vez que puede, me hace sentir gorda! Mi hermana Milagro, en cambio, es una fotocopia de mi

madre y se adoran. ¡Yo creo que son anoréxicas las dos! Alguna vez he pillado a mi hermana vomitando y mi madre ¡siempre acaba de comerse un cruasán y está llena! Da igual si es de día o de noche, en cualquier hora que la pilles y le ofrezcas algo de comer, ¡ella, casualmente, acaba de comerse un cruasán! ¡Y se relame como si encima lo hubiera disfrutado! ¡Mentira! ¡Si ni siquiera los mira! Ella nunca tiene hambre, por eso no come, ni merienda, ni cena. ¡No puedo con ellas! Mi madre ha llegado a decir que ella hubiera preferido tener un hijo con síndrome de Down que una hija gorda... Lo dice medio en serio, medio en broma, pero lo dice... No me perdonan que yo disfrute comiendo. De toda mi familia, sólo me llevo bien con mi sobrina Claudia, la hija mayor de Milagro. Es una niña adorable. Lista, rápida, guapa y divertida. No sé cómo lo ha conseguido con esos padres tan sosos, el caso es que tenemos una complicidad que yo creo que es buena para ambas. Yo la mimo todo lo que me da la gana y ella lo sabe, lo disfruta y lo agradece. Es la única que me hace sentir importante y me da un lugar especial en la familia. Claro, ¡lo pagamos caro!, porque mi hermana se pone celosa. Siempre que puede devuelve o cambia los regalos que yo le doy, aunque los haya elegido Claudia. ¿Te parece normal? Yo creo que tiene miedo de que la niña me quiera más a mí que a ella.

—¿Y no es eso lo que a usted le gustaría?

—¡Qué tontería! Yo sólo soy la tía y nunca he pretendido hacer de madre con Claudia. ¡Pero que al menos me permitan hacer de tía! Tú dirás que esta es la típica queja, pero te aseguro que no exagero. Me gustaría que vinieras a una comida familiar de domingo, comer, no come nada ninguna de las dos, pero se apañan la una a la otra, se dan la razón, se apoyan y unen sus fuerzas para criticarme y dejarme en ridículo. ¡A mí nunca me han echado una mano con nada! Se supone que yo soy la fuerte y que no necesito ayuda, pero a la vez soy la tonta y tienen que corregirme en todo. ¿En qué quedamos? Mi pobre hermana es la débil, a la que hay que apoyar porque tiene dos hijos y un marido que no vale para nada, pero la egoísta soy yo. Se creen que porque han leído cuatro tonterías en *Cosmopolitan*, son unas expertas en cualquier cosa, en alimentación, en vida sana, en normas de urbanidad. Da igual si hablamos de viajes, de finanzas, de decoración, o de trucos de cocina... ¡Ellas siempre tienen la última palabra! A veces siento que se alían en mi contra. Aunque ¡por supuesto que las dos quieren lo mejor para mí y todo lo que dicen lo dicen «por mi bien»!

—¿Y de su padre qué me puede contar?

—Mi padre ni siquiera aparece en el sueño porque no está en ninguna parte. Es un hombre extraordinario, inteligente, culto, buena persona. Yo adoro a mi padre, pero es incapaz de imponerse, ni siquiera de opinar. En casa es un cero a la izquierda. Él sí que es el experto en el «no-sabe-no-contesta». Se encierra en

su despacho y se aísla del gallinero. Creo que soy su preferida. Sé que se siente orgulloso de mis logros profesionales porque farda de hija con los amigos, ¡pero ya ves para lo que me vale! Mi padre no tiene ningún prestigio en casa, así que ser su favorita no me agrega puntos en el *ranking*, sino que me los quita.

—¿Y qué puede decirme del análisis de la médula ósea?

—Hace años tuve una meningitis y tuvieron que hacerme una punción lumbar. Primero lo intentó una residente que me pinchó varias veces sin acertar. Hice llamar al médico: «¡Esta niña no me vuelve a tocar la espalda! —le dije—. Que practique con una naranja hasta que aprenda. ¡Conmigo no!». Entonces vino el médico y me la hizo bien a la primera.

—Así que parece que para entender las cosas que pasan en su cabeza tenemos que hurgar en las profundidades. Tal vez se pregunte si yo seré como la residente que no sabe dónde hay que pinchar o como el médico.

—¡Qué interesante! ¡Cómo puedes sacar tantas cosas de una línea de un sueño! Oye, ¿y tú no te has hecho mirar ese empeño que tienes en atribuirte tanto protagonismo? Parece que todo lo que digo tiene que ver contigo...

(Nos reímos los dos. Pero tendría que tener más cuidado con ciertas intervenciones. Sé que en la sesión de hoy, me comporté como un inexperto, enervado y fuera de lugar).

No tengo ninguna duda. Lo mejor es derivarla. Así que al final, conseguí poner el tema sobre la mesa. ¡*In extremis!*, de una forma atropellada, cuando ya estábamos en la puerta le dije:

—Quería comentarle que se me ha presentado un inconveniente y que en los próximos meses tendré serios problemas de agenda y no sé si lo vamos a poder arreglar.

—¿Arreglar qué?

—Encontrar una hora que nos venga bien a los dos. Ya lo vemos con calma el próximo día porque el siguiente paciente está al llegar, pero no se preocupe, que la voy a dejar en muy buenas manos.

—¡¿Tú también me vas a dejar esperando?!

(Tengo una semana para pensarlo. Desde el punto de vista de la paciente, el sueño es importante no sólo porque ha dado pie a que regrese a la terapia, sino también porque le ha permitido hablar de otra cosa que no sea esa pareja que no le ofrece ningún futuro. ¡Tiene que poner el foco en sí misma y no en Germán!, ya es mayorcita para elegir si sigue o no sigue en una relación de a tres. ¡Nadie la ha engañado! Liarse con un hombre casado es lo que tiene... Debe reconocer que la posición que asume respecto a Germán la asume también en otras relaciones, que es ella la que siente que el único papel que puede desempeñar es el de «la otra», no sólo para Germán sino para su madre, situación que se repite

conmigo y que ella recoge muy acertadamente cuando dice: «Tú también me haces esperar»).

(Me parece que se confirma mi hipótesis de las primeras entrevistas. Esta paciente no puede conectarse consigo misma y con la situación que atraviesa. ¿Desde cuándo? La relación con la madre no parece que sea buena en la actualidad, pero habría que explorar qué pasó en la infancia. ¡Ojo con lo de «los vinos» que se toma! Habría que estar muy atento. Lo tengo claro, lo más prudente, para ella y para mí, es remitirla).

Madrid, sábado

Pedro se fue esta mañana a un congreso. Estará fuera toda la semana y el lunes siguiente llegará directo al hospital. No me gusta cuando viaja los fines de semana. No me gusta cuando viaja sin más, sin mí. Cada vez que se va, uno o dos días antes, empiezo a ordenar armarios, a botar cosas viejas, inservibles o feas. Nada se salva. Libros leídos, revistas por leer, medicinas y conservas caducadas, ropa tonta, adornos imposibles, CD, cables. No sé de dónde salen tantos, pero en cada congreso aparecen dos o tres cables de distintos grosores y procedencias. Me da igual. Despejo. *Fenchucho*. El objetivo es despejar, dejarlo todo impecable; no sé, tal vez para no tropezarme con su ausencia, para no perderme en la casa sin él. Para que no se me olvide comer y dormir, revisar el correo y cepillarme los dientes cada día. Volverá, pienso, y cuando vuelva, le gustará regresar a una casa ordenada, con flores y oliendo a fresco. ¡Lo echo muchísimo de menos! No es normal necesitarlo tanto después de todo el tiempo que llevamos casados. Podía haberme aburrido de pasar casi veinte años con el mismo señor, podría aprovechar su ausencia para irme con otro, y no es que no se me ocurra o que no tenga ocasión, es que al final, al borde de otra cama, sé que no me compensa y vuelvo a la seguridad del olor de su cuello y a su cuello.

Las guardias no me importan, las conozco, incluso las disfruto. Son vacaciones; pero ¡odio sus congresos! Sobre todo cuando me quitan los fines de semana. A veces me da por pensar que un congreso es una ocasión perfecta para echar una canita al aire, hago bromas, lo dejo caer y hasta lo persigo con tiento; llamadita aquí, llamadita allá, reporte de la cena de anoche, chismes... ¡*Cuaimismo* básico! No tengo razones para dudar, pero ninguna mujer, ni ningún hombre, debería saberse tan seguro como para no hacerlo y esa es la parte que me asusta. Si yo fuera una médico residente al cuidado de Pedro, volvería a enamorarme de él. Es bello, es brillante. Puede ser seco y rozar la antipatía si le parece, pero tiene un humor agudo que me encanta y un cuidado para tratar al otro admirable. Me pregunto qué le pasará a Pedro cuando yo no estoy. Según él, está como perro sin amo, pero sé que sus rutinas no cambian mucho. Si acaso alguna vez va solo al cine... Pero, ¡¡¡que yo sepa!!!, poco más.

Los dos trabajamos mucho y apenas nos vemos durante la semana. Desayunamos juntos en una especie de coreografía silenciosa y precisa. Sobre todo eficaz. Yo, de despertar inmediato, y Pedro que tarda un par de cafés y un periódico antes de recobrar el juicio; nos costó acostumbrarnos pero al final yo he aprendido a estar despierta sin contar con él y él, a seguir dormido sin hacerme caso. Voy con mi motorcito matutino sin dirigirle la palabra; despejo terrazas, abro ventanas, licúo frutas, cuelo cafés, bebo aguas, estiro piernas, respondo correos, reviso WhatsApps... Si me cruzo con él, lo miro como gallina que mira sal. Sé que ese no es un buen momento ni para hacer preguntas ni para comunicar grandes verdades, ¡ni siquiera minúsculas verdades! Así que aprovecho para hablar sola o para conversar con el locutor de la radio y corregirlo. Alguna vez parece que me escucha y pregunta desde la otra punta de la casa:

—¿Hablas conmigo?

—¡No! ¡Hablo conmigo misma, que ya estamos despiertas!

—¿Y estáis de acuerdo?

—¡No! ¡Cómo se te ocurre!

Entonces se ríe, o como él dice, se sonríe porque le hacen gracia mis tonterías, ¡y eso me encanta! ¡Hacerle reír y que se deje! Él me da de comer y yo le doy de reír. ¡No está mal!

En las noches, apenas tenemos el tiempo justo de contarnos el día. Así que aterrizamos en el fin de semana como náufragos, con hambre de vernos, de preguntarnos los detalles, de consentirnos con ese mimo infantil que practicamos y almacenamos para el hijo que no acaba de llegar.

Últimamente le dedicamos poco tiempo al sexo. Es terrible lo que puede hacer un tratamiento de estos con la vida de una pareja. No solamente se desliga el sexo del resultado, sino que puede convertirse en el adversario. ¡Ahora no! ¡Porque tenemos que reservarnos para la fecha! ¡Ahora sí! Te provoque o no te provoque, porque lo dicen el calendario y la temperatura. Y ahora, ¿para qué?, si, total, no va a servir de nada... En estos tiempos el sexo inútil es tristísimo. ¡Como si el sexo necesitara más utilidad que el sexo mismo! ¡En qué mal momento nos enteramos de que tirar y parir venían de la mano! Con lo bueno que era tirar por tirar. Por puro aburrimiento, por llenar la tarde en el sofá, por saludarnos, por despedirnos. Por darnos los buenos días y decirnos duerme bien. Porque sí, porque su mano pasaba por ahí, y ahí estaba la orilla de mi muslo pidiendo guerra, y mi pie desnudo rozó su pierna sin mala intención, pero eso es una señal que había que atender. O porque se abrió un botón de más y él miró — lo que conoce de sobra—, pero ¡es que le gusta tanto mirar de soslayo y meter mano!, porque así es la vida, porque qué culpa tiene el pobre de amanecer así de

dispuesto en las mañanas, ni yo de sufrir de un insomnio que sólo se cura entre sus brazos. Añoro ese sexo ingenuo, sin propósito, de los primeros años. El sexo de la píldora sin preservativos, el sexo de los fines de semana sin vestirnos, ni ducharnos, sin otra obligación que dormir, leer, comer, tirar, dormir... ¿Dónde están esos dos? ¿Qué fue de ellos? He escuchado que los hijos acaban con esa intimidad despreocupada y sabrosa del sexo porque sí. Pues resulta que los hijos que no nacen tienen la misma habilidad. He escuchado que cuando una mujer tiene un hijo, se muda de tal manera a vivir en su piel de madre, que todo lo demás le sobra. Pues la mujer que no puede tener hijos consigue los mismos resultados —pero sin hijo—. Pedro me tiene paciencia, lo sé. A veces me parece que me toca con resignación y que me busca con desgana, anticipando la resignación y la desgana con la que yo lo acojo. ¡Qué buena vaina! ¡¡¡Tendremos que hacer algo al respecto cuando vuelva!!! ¿Cuando vuelva él del congreso o cuando regrese yo de mi locura?

En cualquier caso, ¡eso será cuando vuelva!, porque ahora no está y cuando Pedro no está, lo paso mal, pero reconozco que sus viajes también tienen un lado amable. La casa es más mi casa. Es sólo mía. Leo, escribo, hablo por teléfono como una cotorra. Como mal, ¡y a mí me encanta comer mal!, a deshora, cuando el hambre aprieta, lo que pida el cuerpo, porquerías, porque mi cuerpo pide poco y malo. Mi cuerpo pide pasta, pan, Coca-Cola con muchísimo hielo, una cerveza, atún, latas, diablito, papitas fritas, arroz frío, restos de la semana y un *whiskycito* por la noche mientras bailo. Mi cuerpo nunca me pide entrar en la cocina y cocinar. A veces mi cuerpo me pide pedir comida china o me obliga a irme sola a comer a un buen restaurán. A veces a mi cuerpo se le olvida pedirme y ni siquiera me pide picar y paso hoooooras sin haber comido. Con Pedro es imposible comer mal. Le gusta la buena mesa tanto que cuando se mete en la cocina nada le parece un esfuerzo con tal de comer completo, bonito y bien. Aquí en mi casa se come mejor que en muchos restoranes, así que ¡comer mal es una especie de lujo! ¡Una excentricidad! Una vuelta a esa infancia mía en la que la comida era un estorbo por mala, por aburrida o por escasa. Un campo de batalla con los hermanos y una guerra abierta con mi mamá. Me recuerdo masticando sin empeño la corteza de un árbol que debía ser carne. Seca, fibrosa, inmortal. De un cachete al otro, ahora aquí, ahora allá, y la lengua en medio, equitativa como un péndulo. Odiaba las caraotas porque mi hermano Iván me convenció de que me harían más negra. ¿Más? Odiaba el plátano en cualquiera de sus formas sin ninguna razón y lo intercambiaba con Catalina por cualquier cosa, un creyón, un cuaderno a medio usar, una muñeca vieja. Mi mamá tenía paciencia y yo también. Ella no me dejaba levantarme de la mesa hasta que mi plato no quedara limpio y yo no me dejaba vencer. Me daban igual sus gritos, su

exasperación y sus cachetadas. Ganaba yo. Mi mayor triunfo fue pasarme a las filas enemigas y convertirme en la protegida de mi abuela.

«Deja a esa muchachita tranquila —decía mi abuela—. Si no quiere comer, que no coma. Y si quiere comer a deshora, pues que coma a la hora que le dé la gana. ¿Qué hay de malo en dejar de comer por haber comido? Además, yo tampoco me comería eso que tú les das. ¡Mi pobre hijo! ¡Con lo bien que ha comido en su casa! Déjamela a mí, que conmigo sí come».

Y yo bajaba con ella a compartir su estrechez y mi desgana. Comíamos solas las dos, sin exceso de hermanos, sin gritos. Hablábamos de cualquier cosa para distraernos, ella de su destino y yo del mío. A su lado, la vida transcurría suave y contorneada como sus brazos.

Recientemente mi hermana Helena colgó unas fotos en el chat familiar. Auténticas reliquias en blanco y negro. En una salimos los cuatro hermanos en traje de baño. No en una playa, ni al borde de la piscina de un club privado, sino en el patio de la casa convertido en balneario, en hotel de cinco estrellas, donde solíamos bañarnos ¡felices!, con la manguera. En la foto estamos los cuatro en fila india por orden de aparición: Helena, hermosa y con sonrisa de reina de belleza desde que nació. Iván, sólido y fuerte. Luego una sombra. Un hilito de muchachita falcuchenta y fea, todo nariz y orejas, que era yo, y, por último, Catalina, despistada y redonda, como sus ojos tristes.

(Tres días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Vamos a dejarlo en Susana y Tomás

(Inmediatamente).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Rebobino

Hola, Susana, me haces saber en tu último correo que a ti también te gusta saber de mí. ¡No sabes cuánto me alegro!

Saber de mí es fácil, porque no hay mucho que saber. Mi trabajo no puede ser más aburrido y rutinario. Es seguro, sí, ¡muy seguro! Tan seguro que creo que si dejara de asistir unos 10 o 15 días (o semanas, o meses), nadie notaría mi ausencia. Es más, si me muero y no vuelvo a aparecer ni en espíritu, mis herederos seguirían cobrando el salario tal cual, no la pensión, no, ¡el salario!, con bono de fin de año incluido. Sin horas extras, eso sí, porque yo tampoco las cobro —quiero decir que yo tampoco las hago—, pero lo cierto es que nadie notaría el deceso. Así de excitante es mi jornada laboral. Y me refiero sólo a la jornada laboral para hacerme el interesante y hacerte creer que en mi vida hay algo, más allá del trabajo, que sí es emocionante. Pues ahí va: en este momento de mi vida, lo más emocionante son tus correos y los partidos de fútbol de mi hijo Tomás, que promete ser un excelente delantero. (Ignacio es más de música,

parece que la guitarra se le da bien).

Así que, por favor, ¡no dejes de escribirme!

Tomás

(Dos días después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: No te preocupes

Nos conocemos y nos queremos como somos. Por otra parte, Paul no apareció. Ni siquiera llamó para darme una excusa barata. Así que tenías razón... Si tú eres mujer de un solo hombre, se ve que yo soy mujer de un solo polvo.

Mientras tanto, yo he seguido intercambiando correos con Tomás y tengo sentimientos encontrados. Por una parte, sigo mirando el correo cada media hora y me da un vuelco el corazón cada vez que veo su nombre en mi bandeja de entrada. Esa parte es muy emocionante. Lo reconozco. Pero no me hace ninguna gracia volver a engancharme sin remedio, sin escapatoria. Me pregunto si será que no lo he superado. ¿Te parece posible que después de todo lo que lloré y de todo lo que maldije y de todo lo que he vivido, siga enganchada a Tomás como entonces??? ¿O este será un nuevo enganche, más «maduro»??? Ja, ja... No lo creo, no me veo muy capaz de madurar.

Pero es que hay más partes todavía. Me parece que ahora puedo ver al verdadero Tomás, el que es él en realidad, el que ha sido siempre, y no al que yo disfrazaba en mi imaginación y convertía en el hombre de mundo que a mí me gustaba creer que era. Lo defendía pensando que no se había mostrado en todo su esplendor por culpa de la bruja de su novia, que era una siesa que lo tenía pisado y constreñido... Ahora, con lo que me cuenta de su vida, reconozco que es el hombre más convencional que te puedes echar a la cara y eso no me gusta nada. Todavía no me ha contado mucho, pero lo poco que sé me aburre de antemano. ¡Me cuenta cosas de sus hijos que no me interesan lo más mínimo! Creo que Tomás hizo bien en elegir a su mujer, aunque después le haya salido rana. No me veo compartiendo mi vida con un hombre así. ¡Nos habría ido fatal! Ni siquiera sé si voy a seguir con el juego de los mails...

No sé si te pillo en Caracas, en Madrid o en el Atlántico. En todo caso, ¡buen viaje!, y muchos cariños a toda tu familia. ¡Disfruta y conéctate pronto!

Seguiremos informando.
Su

(Inmediatamente).

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: No te preocupes

Mi Susanita querida, ¿te has hecho mirar la carta astral? ¿Y los chacras? —sea lo que sea eso de los chacras—. ¿Y un escáner de karmas? ¿De qué color tienes el aura? No sé, algo te pasa a ti con los convencionales, que no nos soportas y sin embargo parece que te perseguimos. No te gustamos, pero nos necesitas. Somos tu sombra, tu negativo, o tal vez somos LA prueba que debes aprender a superar en tu camino, o algo así. No puede ser pura casualidad que el hombre de tu vida y la amiga de tu vida seamos unos convencionales militantes y que ahí estés tú, queriéndonos a ambos en contra de tu voluntad... Ja, ja!

No le hagas ascos todavía a Tomás. Estoy de acuerdo en que un separado que pretende ligar con un antiguo amor y habla de sus hijos no resulta muy excitante que se diga (ese es otro que necesitaría un cursito acelerado de..., no sé, ¿de macho alfa seductor?, ¿de *latin lover*?), pero sin duda esos comentarios te dejan claro que Tomás es un buen padre, y ¡eso es exactamente lo que tú estás buscando en este momento para tus futuros hijos!!! Ja, ja, ja. (Observación de la abuela del XIX, lo sé). Por cierto, ¿qué ha pasado con lo de la congelación de óvulos???

Disfruta, Susanita, no te compliques y disfruta. No son muchas las ocasiones en las que la vida te devuelve un gran amor, aunque sea para comprobar que no lo era... Me parece que eres una mujer con suerte.

TQM.

mm

P.D.

Todavía estoy en Madrid, salgo mañana para Caracas al ritual de las tortas de Navidad. Guárdame los cuentos para el domingo, que ya estaré de vuelta.

(Al día siguiente).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: MARINA MORA

ASUNTO: Ja, ja, ja

¿Cómo no voy a quererte si te cuente lo que te cuente me haces reír????

Bueno, lo de que Tomás sería «un buen padre»..., mmm... No estoy tan segura... Será con los hijos de su mujer que ya han nacido. Acuérdate de que con mi embarazo no fue un padre ni bueno ni malo. Dejó la decisión en mis manos... Sí, me acompañó en el proceso, pero ahora que estoy dándole vueltas a lo del estudio de fertilidad, no puedo dejar de pensar en ese niño que no nació. ¡Y no sabes la rabia que me da su pasividad!

«La decisión es tuya, yo te apoyaré en lo que necesites», no es lo que una mujer espera escuchar del padre de su hijo. Esperas flores, un poco de alegría, esperas: «Ojalá que saque tu risa y tus ojos», no sé, un abrazo de celebración, algo que te acompañe en la incertidumbre y que te quite el miedo. Algo del tipo: «No te preocupes, que todo va a salir bien. Será un niño precioso», nada que ver con: «La decisión es tuya, yo te apoyaré en lo que necesites»... ¡Por supuesto que la decisión estaba en mis manos! ¡Faltaría más!, pero con ese recibimiento tan aséptico no me quedó ninguna duda de que Tomás no lo quería. No sé qué hubiera pasado si él hubiera reaccionado de otra forma, tal vez hubiera hecho lo mismo, no lo sé. Nunca lo sabré. Al menos me quedaría un recuerdo dulce y no esta amargura. Bueno, ¿me sentiría más culpable? ¿Él seguiría siendo el bueno, el comedido, el sano, el ponderado, y yo la mala, la loca? No lo sé.

Pero lo cierto es que, últimamente, entre el tictac y la reaparición de Tomás, no puedo dejar de preguntarme cómo hubiera sido mi vida si lo hubiera tenido. Ya tendría un hijo o una hija adolescente. ¿Te imaginas? No habría vivido todo lo que he vivido, ni habría podido viajar tanto, ni mi vida laboral hubiera sido tan movida y tan variada ni mi vida en general tan, tan, tan... (que no me estoy quejando, mi vida me gusta), pero ya tendría una hija o un hijo. ¿Puedes creer que todos los octubres de mi vida vuelvo a pensar en cuántos años hubiera cumplido ese bebé? Un año tras otro, tras otro. No te creas que le dedico mucho tiempo, a veces es un segundo. Se va borrando con el tiempo. En ocasiones no me doy cuenta de que es octubre hasta que de pronto me vuelve a pasar por la cabeza. Ahora que la cosa de la maternidad la tengo cruda y que Tomás ha reaparecido, ese recuerdo ha cobrado carne; le pongo cara y sí, le pongo la cara de Tomás. Estoy tan revuelta que todavía no he podido hacerme el estudio de fertilidad. Todo me da miedo, y no sé cuál de las dos alternativas me asusta más, si que me digan que ya no puedo tener hijos o que me digan que sí. ¡No sé qué haría en ninguno de los dos casos! Estoy durmiendo mal, nerviosa todo el día, como si tuviera que presentar un examen sin haber estudiado. ¿Cómo se prepara uno para este examen?

¡Odio a Tomás cuando lo pienso! ¡Él ya tiene dos hijos y yo ninguno! Sí. Le voy a responder. ¡Claro que le voy a responder! Tienes razón. Es una suerte que un viejo amor regrese, pero no por las razones que tú piensas.

Saldaremos alguna que otra cuenta con el pasado.

Buen viaje, Marina, disfruta de tu madre y tu familia. Cuídate mucho. NO salgas a la calle, que las noticias que llegan aquí de Caracas asustan. Rezaría por ti, pero ya no me acuerdo, así que tendrás que cuidarte por tus propios medios, mira que te necesito!!!

Beso.

Su

Caracas, viernes

Ya estoy en Caracas, instalada en el lugar de la familia que me corresponde. No necesito mucho tiempo para aterrizar. Las primeras escaleras me devuelven a Mi Casa, las segundas me conducen directamente a mi lugar de origen. Como todos los diciembres, nos reunimos los cuatro hermanos en torno a mi mamá para ayudarla con las tortas que le encargan por estas fechas, que cada año aumentan de forma exponencial. ¡¡Este año saldrán de su horno más de quinientas!! Cortamos nueces, deshuesamos dátiles, medimos y pesamos la harina, batimos masas, engrasamos moldes y, sobre todo, le damos conversación a mi mamá, que no deja de sorprendernos. ¿Quién podría decir que esa viejita tan cerca de los ochenta estuvo hace unos meses al borde de la muerte? Está bella, repuesta y lúcida. Genera una actividad a su alrededor que nadie es capaz ni de asimilar, ni de acompañar.

Estos días de diciembre en Mi Casa, comprendo el significado del término «economía sumergida». En diciembre, en Mi Casa de Caracas, la economía se sumerge hasta el fondo de la cocina, en las tripas del horno, en el último rincón del cajón de arriba del armario de mi madre, o debajo de su almohada.

La economía se sumerge a lo largo de la mesa extendida del comedor, en un mar de tortas perfectas, exactas. En los alrededores, en toda suerte de estantes improvisados, se amontonan las bolsitas de plástico: aquí las nueces (doscientos gramos, cortadas en cuatro), aquí los dátiles (trescientos cincuenta gramos, sin semilla y cortados también en cuatro), aquí las pasas y las bolsitas de harina ya mezcladas con el polvo Royal. Allá las bandejas de cartón, las blondas de papel, el celofán con el que se envuelven, las cintas verdes y rojas, cortadas iguales, para los lazos. En el centro de la mesa, las tortas; y en los recovecos de alrededor, las promesas de tortas.

En Mi Casa, en diciembre, la economía se sumerge en un hermoso cuaderno artesanal que mi hermana Helena le mandó a hacer a mi mamá a la medida de sus necesidades, para que organice el caos de pedidos, favores, regalos, cuentas, gastos y deudas que supone la avalancha de tortas de Navidad. En la portada, plastificada, un *collage* de fotos de mi mamá en plena faena: al borde de la

batidora, cerniendo harina, lavando platos, pesando dátiles, sacando tortas del horno, o enmantequillando moldes. «¡Generosamente! Nada de “enmantequillar ligeramente el molde”, como dicen algunas recetas. ¡Con la mantequilla tienes que ser espléndida!». Dentro, el cuaderno, a la espera de que mi madre escriba la historia del mes de diciembre en mi familia. De cada hoja sobresale un diminuto *post-it* naranja, que numera las páginas del uno al treinta y uno, una para cada día del mes y, hoja por hoja, y diente por diente, con su reglita y su bolígrafo negro, mi mamá se ha dado a la tarea de diseñar su versión doméstica de una hoja Excel: nombre de la clienta, teléfono, tipo de torta, hora de recogida y precio.

Mis hermanos se burlan cuando la ven concentrada en las labores propias de su oficio de economista en la sombra: «Ahí está mi mamá resolviendo el sudoku de sus tortas». Cuadritos arriba, cuadritos abajo, viene y va.

Durante esta semana, cada noche la he visto esconder celosamente la recaudación del día debajo de su almohada. «Ya mañana hago cuentas y lo guardo, por ahora, está mejor aquí». Me pregunto si recostarse sobre la almohada de la labor cumplida la dejará dormir mejor.

Antes de las siete de la mañana ya está en la ducha. Es metódica y cuidadosa con todo lo que hace. La única palabra que encuentro para definir su trato con la vida cotidiana es *primorosa*. Mi madre es primorosa en sus costumbres, en su manera de dejar en remojo su ropita interior por las noches, para lavarla a mano al día siguiente. Es primorosa en su estilo de colocar la toalla después de usarla y en su manera exhaustiva de cepillarse los dientes. Es primorosa sacando cuentas y pesando azúcar, volteando tortas y separando las claras de las yemas. Es primorosa pensando —a su manera— en los demás.

Disfruto de su organización interior, de la delicadeza con la que trata las bolsitas de plástico, que reutiliza cientos de veces para almacenar las porciones medidas y pesadas de harina, de nueces, de pasas. Ella sola es un engranaje perfecto de rigor y precisión. Es primorosa cuando dedica un tiempo inconmensurable a decorar con dibujos de caramelo las tortas de chocolate, o con azúcar glas las tortas de especias. La cocina puede estar llena a rebosar, todos hablamos a la vez, uno pregunta, otro deja o entrega un recado, todos hacemos chistes, y ella no se despeina. Participa, interviene, se ríe, contribuye a la broma, responde el teléfono, toma nota de un nuevo pedido, entrega un par de tortas, cobra, pero su labor artística no se ve afectada.

Sus noches las reparte entre la telenovela brasileña de turno, resolver sudokus y rezar el rosario. Reza todas las noches, a ratos paseando, a ratos sentada en su sillita. Compite con otras viejitas rezanderas a ver cuál lleva más sufrientes en su haber y nos cuenta orgullosa que ella gana porque pide por los desaparecidos y

por aliviar la angustia de sus familias, una categoría que se le ocurrió a ella y que no incluye ninguna de sus amigas.

Anoche me la encontré leyendo un papelito que estaba escrito a lápiz, le pregunté si estaba rezando para no interrumpir y me explicó: «No. Es la letra de una canción que me gusta, pero no la tengo completa. A ver si tú me la encuentras por internet y me la copias bien».

En el reverso de un calendario del mes de noviembre del 2010, con su letra minuciosa y su tembleque, y con trazas de grasa, me topé con la mejor oración de mi mamá, con su receta más lograda. Su carta astral, su testamento. La canción que mi madre rezaba era la letra de *Resistiré*.

Caracas, martes

Faltan sólo dos días para volver a Madrid. Ya queda menos, queda poco, es eterno, es ya, no llega nunca. Uno nunca está donde debe y siempre querría estar donde no está. Uno no quiere irse ni volver, ni regresar ni quedarse. Esté donde esté, uno no puede esperar para salir corriendo, para no estar donde está y llegar a donde cree que debería estar. ¿Dónde debería estar?

La muerte debe ser como un exilio radical, sin cartas ni teléfonos. Vuelvo a caer en la cuenta del exilio cuando escucho hoy a mis hermanos hacer planes para la próxima semana. ¿Cómo pueden seguir con sus vidas si la próxima semana no estaré? No entiendo ni cómo podré irme, ni cómo pueden ellos seguir sin mí. En Madrid está mi vida, mi cama junto a Pedro, mi ducha y mi ropa interior guardada impecable en los cajones. Mi vida está en Madrid, donde basta darle al interruptor para que se encienda la luz y es suficiente con abrir el grifo para que salga el agua. En Madrid el exilio no existe, estoy en casa. El exilio toma cuerpo en Caracas, cuando faltan dos días para volver. La muerte debe ser eso. La agonía consiste no tanto en irse, como en saber que los demás se quedan. La muerte es perderse el almuerzo de la semana que viene. Si nos muriéramos todos a la vez, no habría muertos. Estamos muertos porque hay algunos que se quedan vivos. Los que van al almuerzo de la semana que viene sin nosotros, esos, nos matan, nos exilian. Nos mata más la vida ajena que la muerte propia. Debe ser por eso que en el luto se suspenden la vida, los colores y el almuerzo de la próxima semana, como una manera de decirle al muerto: «Nos morimos contigo».

(Una semana después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: Rebobino

Bueno, se ve que no has cambiado mucho en estos años. Tú siempre has sido muy partidario de «la seguridad». Así que me imagino que estarás encantado con la vida que elegiste.

¡Una pena que no conozcas NY! No sé si es lo suficientemente segura para ti, pero créeme, es una ciudad que vale la pena visitar.

Si no te importa, hoy por hoy, preferiría que omitieras los detalles respecto a tus hijos nacidos.

Susana

Cinco

Retomar el contacto cotidiano con Marina había traído un poco de aire fresco a la vida gris de Eva. Hablaban por teléfono como mínimo una vez por semana, se intercambiaban chistes tontos en el grupo de WhatsApp al que también se había apuntado Susana y en el que Susana nunca daba señales de vida. Se encontraban con cierta frecuencia y verla le recordaba quién había sido. Volvía a reírse, se descubría ocurrente y divertida, rápida para captar y devolver las bromas. Incluso inteligente y con criterio para opinar sobre política. Marina le recordaba que había vida más allá de Germán.

Además, en Marina encontraba la paciencia para escucharla que no tenía ninguna otra de sus amigas (¿de qué amigas hablaba?, ¿tenía amigas?), ni mucho menos su hermana o su madre (¡hermana y madre sí que tenía!). Sabía de sobra que Marina no soportaba a Germán, no porque fuera muy intuitiva, sino porque su amiga no se privaba de hacérselo saber. No obstante, más de una vez adivinó en Marina algún gesto entre el asombro y la admiración. «No me extraña — pensaba—, su vida con Pedro ha sido tan sosa que comprendo que mi historia le despierte curiosidad y reconozca que un amor que ha resistido tantas pruebas como las que hemos superado Germán y yo es un amor excepcional».

En esos momentos volvía a sentirse orgullosa de sí misma. Agradecida con el destino que la había elegido a ella, y sólo a ella, como depositaria de un sentimiento indestructible que la llevaba en volandas a visitar el cielo y el infierno. Nada de limbos, nada de purgatorios ni de medias tintas. ¡Los extremos! Siempre había pensado que la guerra de las mujeres eran las cosas del amor y que, como en las guerras de los hombres, sólo merecían ser contados los triunfos épicos, las historias sufridas con sangre, sudor y lágrimas. ¡Y la suya lo era! Esa certeza era lo único que la hacía sentir viva, aunque la estuviera matando. Sólo en la pasión por Germán sabía quién era y cómo se llamaba. Lo demás era telón de fondo. Sucesión de hechos, días, noches, papeles, reuniones, llamadas urgentes, algún viaje. Eso. Sí, los viajes le recordaban que su vida era como el salón VIP de un aeropuerto. Un lugar de paso, cómodo, en el que se podía leer el periódico, responder un correo, tomar una copa, picar algo, hablar

por teléfono, pero en el que lo importante no ocurre mientras se está, sino cuando se sale. El objetivo es despegar, y el viaje, lo que de verdad daba sentido a la sala de espera, era el encuentro con Germán. Con Germán viajaba a rincones de sí misma que no sabía que existían. La vida con él era un muestrario de colores vivos, intensos. Pasaba del amor más cristalino al más perverso, del desprecio al odio, de la rabia a la angustia más demoledora si no tenía noticias suyas. Del deseo de matarlo al de morir. Con la vida fácil de Marina nadie podría escribir un libro. Bueno, alguien podría escribirlo, pero se iba a arruinar, porque no vendería ni un ejemplar. ¿A quién le podía interesar una vida así de feliz, así de simple? No dudo que se quieran, ¡pero qué amor tan plano!

En cambio, el libro de su vida sería un *best seller*. Se venderían millones de copias en todos los idiomas, porque la suya era una auténtica historia de amor. Con dificultades, con tropiezos, llena de contradicciones sí, de acuerdo, pero también repleta de dolor y de placer. Con momentos y situaciones difíciles que alguien más débil, o menos generoso, no habría sabido perdonar, pero que, para ellos, habían supuesto pruebas de oro, que demostraban que estaban hechos de otra pasta, que el suyo era un amor por el que valía la pena apostar y llegar hasta el final.

No entendía la obsesión de Marina por los hijos. Si tiene a Pedro, ¿para qué quiere un hijo? Ella no debía de ser muy maternal y sólo hubiera querido tener un hijo como una forma de retener a Germán. Y encima, cuando alguna vez lo había planteado en voz alta, Germán daba el tema por zanjado sin debate ni discusión, sin turno de preguntas, sin derecho a réplica ni a pataleo. No podría negar que alguna vez sentía nostalgia cuando veía a sus sobrinos o sabía de otra amiga que esperaba un hijo. ¿Será pena? Es un poco de pena, algo de envidia, de fatalidad, pero ¿nostalgia? ¿Se puede sentir nostalgia de algo que nunca se ha tenido? ¿O esta especie de pena leve llevará otro nombre? «Nostalgia tengo de cuando Germán y yo nos hacíamos pedazos a besos y a mordiscos. No de cambiar pañales, ni de hacer deberes, ni de enseñar modales en la mesa. No. Ni esto es nostalgia, ni yo soy muy maternal».

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Ya estoy de vuelta

Todavía un poco sonada con el cambio de hora. Muy segura en Madrid, pero muy triste. ¿Volveré a ver a mi mamá? Nunca lo sé. El cuerpo viaja en avión, pero el alma viene andando y tarda lo suyo en llegar. El *jet lag* de la pena no se cura con melatonina...

Como ves, me porté bien. Apenas salí. Una mañana quedé a desayunar con mis amigas del colegio. ¡Es la hora más segura para quedar en Caracas! Y el resto de la gente vino a verme a Mi Casa, entre una torta y otra.

Pero vamos a lo que vamos. ¡Claro que me acuerdo de tu embarazo, Su! Ya sabes que llevo un registro detallado de todos los bebés del mundo, de los que nacieron y de los que no...

Nunca habíamos vuelto a hablar del tema y no tenía ni idea de que hasta hoy arrastraras esa pena. Desde mis obsesiones, yo también me he preguntado alguna vez cómo habría sido tu vida si hubieras tenido ese bebé y, claro, como te conozco con la vida que llevas, me cuesta imaginarte cambiando pañales, haciendo deberes. ¡Y con un manganzón rondándote el café del desayuno! Lo habrías hecho genial, no tengo ninguna duda, pero a mí me cuesta imaginarte.

Todavía estamos a tiempo de que la vida nos depare al menos un hijo a cada una, aunque en mi caso, lo veo más difícil. Todavía no soy capaz de resignarme por completo ni de renunciar, pero a veces soy realista y sé que con los problemas que tengo y con los 41 tacos, que no se me notan pero que están, lo mío no sería un hijo, sino un portento. Nada, lo siento por mí, porque esto es una tortura, pero yo no me resigno. Y tú, ¡hazme el favor de ir mañana mismo a hacerte el estudio de fertilidad! No dejes pasar más tiempo para congelar óvulos Su, mira que después te vas a arrepentir.

No dejes de contarme las idas y venidas con Tomás. Cada capítulo me deja enganchada esperando el siguiente. ¿Qué pasará? ¿Qué se dirán? ¿Volverán a verse algún día? Ahora estoy esperando a saber cuál será el saldo después de que saquen esas «cuentas pendientes». ¡Tomás está en números rojos desde hace

tiempo! Así que tendrá que hacer muchos méritos para que vuelva a haber algún saldo a su favor!!!!

Estoy aquí, Su, siempre, para lo que necesites...

Te abrazo.

mm

Notas sobre paciente 5. E.S.

Llega un cuarto de hora tarde.

—La relación con Germán está cada día más distante. No sé qué le está pasando, pero apenas tiene tiempo para mí. Sé que tiene muchísimo trabajo, pero no delega. Yo podría echarle una mano y de paso estaríamos más tiempo juntos, pero me ignora. Los compañeros de trabajo también me dan de lado. O eso me parece. Ayer quedamos a comer y creo que fue peor. Elegí un buen restaurante, un sitio nuevo que no conocíamos. Bueno, que no conocía yo. Resulta que él ya había cenado allí con su mujer y otra pareja. Llegó tarde, yo llevaba dos dry martinis, así que la cosa no estuvo muy fluida. Pensé que era una buena ocasión para hablar de nuestras cosas y estuve preguntándole qué le pasaba, que si le pasaba algo conmigo, o si le preocupaba algo, que podía contármelo, que no es normal estar tanto tiempo sin vernos a solas. Y él como exasperado, poniendo excusas. Si hubiéramos ido a un McDonald's, la comida habría durado más... Siempre igual. Me dan ganas de mandarlo todo a la mierda, pero no me atrevo. Cada vez que pienso en dejarlo, me invade una angustia que no es normal. Yo no exijo, yo tengo paciencia y comprendo, espero, y estoy disponible cuando me necesita. Dice que yo soy su Lexatin, que hablar conmigo lo calma. Que con nadie se siente tan cómodo y tan natural como conmigo. Dice que con su mujer no se ríe, aunque hace ya mucho que conmigo tampoco... ¡Yo he perdido hasta el sentido del humor! ¡Si yo sé que me quiere! ¡Si sé que tenemos una comunicación especial que no tiene con su mujer! ¿Pero de qué me sirve?

(Silencio).

—Veo los regalos que le hace a su mujer y me siento como una niña pobre, con la mano extendida, como esperando una limosna. Esta Navidad le regaló un reloj carísimo, antiguo, creo. ¡Y a mí no me compró nada porque en veintiún días que no nos vimos estuvo muy liado! Después, cuando se lo reclamé, se fue a las rebajas y me trajo una chaqueta de Armani, muy bonita, seguro que muy cara, pero para otra mujer, porque hace años que yo no soy talla cuarenta, y menos en talla italiana. ¡Y ni siquiera la podía cambiar, porque a esa tienda suele ir con su mujer y lo conocen! Así que ahí la tengo, colgada en el armario, junto

con toda esa ropa que está esperando a que yo baje de peso...

—Todo esto que me cuenta de la relación con Germán me recuerda mucho a lo que comentamos la semana pasada. Podemos preguntarnos si Germán no es una combinación perfecta entre su padre y su madre. Un hombre ausente, que no está cuando se le necesita (como su padre) y que a la vez tiene una «otra» que es la preferida, la mimada, la importante (como ocurre con su madre y su hermana). Mientras tanto, usted se esfuerza, hace méritos, es buena, pero siente que, haga lo que haga, no consigue ningún reconocimiento ni de su madre, ni de Germán.

—¡No seas tan duro conmigo! ¿Estás diciendo que yo me lo busco? ¿Que lo que me pasa con Germán es responsabilidad mía? ¡Lo que me faltaba!

(Silencio).

—Yo había oído que las mujeres buscamos a hombres que se parecen a nuestros padres, ¡no a nuestras madres! Pero Germán no se parece en nada a mi padre. Mi padre es noble y no tiene dobleces. Es verdad que nunca me ha defendido de los ataques de mi madre. Sé que me quiere muchísimo, pero es como si no estuviera. No lo había pensado. ¡Qué horror! ¿De verdad crees que yo he elegido un hombre que se parece a mi madre? ¡Qué tontería! ¡Pero si no la soporto!

(Silencio).

—Yo lo que necesito entender es por qué Germán sigue con su mujer si me quiere a mí. ¿Por qué le cuesta valorarme? ¿Tú crees que será que se siente amenazado en su hombría porque yo he sido su jefa? Como su mujer no hace nada más que estar en la casa y cuidar de los niños, ella es la buena, la mártir y la que lo admira, y se queda con la boca abierta con cualquier tontería que él le cuente. ¡Es verdad! Ja, ja. ¡Como mi hermana! Pero te confieso que no me gustaría estar en su lugar...

—¿No le gustaría?

—Bueno, sí, quisiera vivir con él, ser su pareja oficial aunque no estemos casados. Que me haga un sitio, tener una vida cotidiana normal. ¿Te parece que es mucho pedir después de diez años de espera? Pero no me gustaría ser la engañada. Yo conozco toda la vida de Germán, ella no. Ella sólo conoce una parte. La cara oculta de su vida, la parte más importante la vive conmigo. Eso sólo lo sé yo y lo sabe él. Es en ese sentido en el que yo tengo ventaja...

(Silencio).

—¿Tú no crees que lo que le pasa a Germán es que le da miedo sentir? Yo creo que la relación con su mujer le es cómoda porque no se implica. En cambio conmigo hay más pasión, está mucho más enganchado y se asusta del compromiso. No me refiero al compromiso formal, sino a los sentimientos... ¡Yo creo que es eso! ¿No te parece que es como un niño pequeño que no se

atreve a sentir y cuando siente se asusta y se esconde?

—No sabemos lo que le pasa a Germán. Usted desde el minuto uno sabía a lo que se arriesgaba en una relación con un hombre casado. Pero no estamos aquí para comprender lo que él hace, sino lo que hace usted, con lo que él hace... ¡O con lo que él no hace! Lo importante no es sólo cómo ha llegado usted a esta situación de maltrato que describe, que también, sino por qué se queda... La pregunta no es cómo se siente Germán, sino cómo se siente usted y por qué mantiene una relación que la hace sufrir tanto. Bueno, ya tenemos que dejarlo por hoy. (...) Mire, como le comenté el último día, tengo problemas con la agenda...

—¡Pues cambia de agenda!

—Ojalá fuera así de fácil. Lo cierto es que no tendré horas para atenderla en los próximos meses y he pensado que tal vez sea mejor remitirla y así no tiene que interrumpir el trabajo que hemos empezado. La atendería una colega que se especializa en casos como el suyo. Se sentirá muy bien con ella...

—Si no te importa, prefiero esperar. Tampoco tengo tanta urgencia. Llevo años así y no creo que vaya a cambiar mucho mi situación. No quiero pasar por otro terapeuta y tener que contar toda mi historia otra vez. Te llamaré dentro de un par de meses a ver si ya cambiaste de agenda.

—Vale, muy bien.

Fin de la sesión.

(Es una pobre mujer. La verdad es que al final me conmovió y no fui suficientemente enérgico en mi decisión de remitirla. Espero que por el camino se desanime. Es inteligente, rápida y tiene sentido del humor, que es de muy buen pronóstico, pero me enerva la posición masoquista que adopta. Tal vez lo que le pasa en todas sus relaciones también le esté ocurriendo conmigo. Es como que ella se arrodilla y le entrega un látigo al de enfrente, sea su madre, su hermana, sus compañeros de trabajo, su amante o yo, y ¡no podemos evitar empuñarlo para tratarla mal! Me irrita y me da pena a la vez. Me irrita ella y me irrita verme a mí mismo tan fuera de lugar. No me gusta ni lo que me recuerda ni lo que me despierta. No me siento cómodo. Podría supervisar el caso, pero prefiero no tocar estos temas con otro colega. Sin duda le irá mejor con una terapeuta mujer que pueda identificarse con ella...).

Seis

Ese viernes Germán había salido a media mañana del despacho sin dar explicaciones. Eva le envió un par de mensajes a lo largo de la tarde que no sólo no recibieron respuesta, sino que ni siquiera aparecían como leídos. No escribiría más. No quería resultar insistente y pesada.

Conocía de sobra sus juegos de silencio y reclamo de los fines de semana. Ahora te leo, ahora no te leo, ahora te leo pero no respondo, ahora te escribo y exijo respuesta inmediata y dos minutos después no existes. Germán pasaba, sin despeinarse, del modo «no-te-pongas-exigente-que-sabes-que-el-fin-de-semana-no-puedo-explayarme», al modo «dónde-estás-qué-estás-haciendo-dime-con-quié-estás-que-hace-más-de-dos-horas-que-no-sé-nada-de-ti». Por supuesto que ella prefería al Germán celoso que la echaba de menos y se preocupaba por ella, que al ausente y silencioso que la dejaba abandonada. Más de una vez se lo había tomado a broma: «Seguro que a tu mujer le dejas más libertad que a mí. Esto de las cadenas del matrimonio, no sé yo... me parece que las cadenas de amante pesan más...». Y él le respondía: «Es que tú me importas más que mi mujer. Tú me gustas mucho más y sabes que me vuelves loco». Y terminaba con su frase preferida: «¡Es que tú eres mía!».

«Parecemos un catálogo de tarjetas de Hallmark», solía decir Eva, entre orgullosa y ruborizada ante tanta frase hecha. Pero no podía ocultar que se sentía triunfadora. ¿Para qué quería casarse si ella tenía lo mejor de Germán? Entre Germán y su mujer se había instalado a vivir el aburrimiento, en cambio entre ellos la chispa y la emoción del encuentro seguían vivas. Había leído libros y sabía que «somos el uno del otro» era una frase muy trillada, pero tenía que reconocer que, en su caso —dijeran lo que dijeran los papeles—, esa frase era completamente cierta. Ella era propiedad exclusiva de Germán y era su única dueña y eso era lo más importante. «¿Su dueña? ¿Dueña de qué, si ya son las seis de la tarde y no sé nada de ti? ¡Que te den!».

En el verano ya estaba acostumbrada a pasar una semana o más sin noticias tuyas, pero ese era el trato. «No esperes mi llamada, y así, cuando te llame, te llevarás una alegría», solía decir Germán, y a ella le parecía bonita su forma de

ponerlo. A él no le gustaba verla sufrir. Le gustaba verla contenta, celebrando el encuentro, disfrutando de lo que sí tenían y no «sacando cuentas» o reprochándole lo que no.

Ya estaba cansada del papel de eterna disponible. Ella era la que tenía que adaptarse a ciegas a los entresijos de un fin de semana misterioso sin tener ninguna pista. Ella debía adivinar en cada minuto lo que estaba permitido, lo que era una obligación y, sobre todo, lo que estaba prohibido. Estaba harta de estar siempre al otro lado de la línea por si Germán la reclamaba. Como una niña buena, tejiendo su mortaja de Penélope en silencio, pacientemente y sin rechistar, esperando a que el teléfono sonara con «Buenos días, guapa», «Duerme bien, mi bella», «Te regalo la luna de esta noche» o «Espero que tu sábado haya sido bueno», con caritas sonrientes y con besos que le daban la vida hasta el lunes, cuando seguro que volverían a verse en el trabajo y buscarían un rincón apartado para darse un abrazo furtivo, o, en el mejor de los casos, si Germán estaba generoso, le metería la mano entre las bragas para hacerle un favor. Favor de lunes. Se daba cuenta de que con los años se había acostumbrado a no hacer sus propios planes los fines de semana por si Germán podía escaparse un rato a echar un polvo veloz o a tomar un café. «¿Mis propios planes? —pensó—. ¿Qué significará “mis propios planes”? ¿Qué significará “propio”? ¿Qué significará “planes de fin de semana”?».

Miró el teléfono por enésima vez. Nada. «Planes de fin de semana», pero ¿qué planes podría hacer ella este fin de semana con esta angustia que la estaba matando? ¿A quién iba a llamar con ese mal humor? ¿Ir sola al cine? Eso le parecía absolutamente deprimente, como de vieja solterona o de intelectual trasnochada y ella no encajaba en ninguno de los dos perfiles. Llama a una amiga, le diría su madre. Como si fuera fácil. Como si tuviera quince años y tuviera amigas dispuestas a quedar con ella un viernes por la noche o un sábado por la tarde. Marina le había dicho que podía llamarla cuando quisiera, pero no quería molestarla justo ahora que estaba furiosa con Germán. No podría disimular, estaría mirando el teléfono cada cinco minutos y terminaría contándole otra vez su triste historia. No, a Marina no. Sabía que Marina no entendía su relación con Germán, y hoy, precisamente hoy, no podría soportar su mirada compasiva de «te lo dije». Vaya libro de mierda podría escribirse hoy con mi historia...

Cuando fue a la cocina a por la cuarta cerveza de la tarde, decidió que apagaría el teléfono todo el fin de semana para que Germán probara un poco de su propia medicina. «No va a saber nada de mí. Nada. Ni una palabra. Bueno, nada, nada, ya no podrá ser porque ya le he enviado un par de mensajes».

Volvió a encender el teléfono para ver cuántos mensajes había escrito y ya

iban siete. Él no había recibido ninguno. ¿Tendría el teléfono apagado? Muy raro. Todo muy raro. ¿Estaría con otra? ¿Con otra «otra»? ¡Qué horror! Eso sí que no se lo pienso perdonar.

Y apagó el teléfono con determinación.

No es un buen día para dejar la cocaína y mucho menos para empezar una dieta, pensó, y se sentó en su sofá con los restos de una botella de vino, la copa manchada del día anterior y una enorme bolsa de sus patatas fritas preferidas entre las piernas. Se abrazó al mando y repasó uno por uno los canales de TV sin dar tiempo a que ninguno la atrapara. En la tercera vuelta se dejó secuestrar por un programa de trajes de novia. Conoció novias de todos los colores, de todas las edades y de todas las tallas posibles. Novias obesas o anoréxicas. Novias Cenicientas, Barbies o Beyoncé. Una novia que quería un vestido negro y otra que se empeñaba en llevar botas camperas junto a su traje níveo. Novias que se peleaban con sus pechos, con sus caderas o con su cintura y se reconciliaban consigo mismas bajo el traje perfecto. Todas, sin excepción, iban acompañadas por sus madres idénticas. Recordó aquello de que «Todas las familias dichosas se parecen, y las desgraciadas lo son cada una a su manera», y le pareció que en estos programas las novias lo son cada una a su manera, y que en cambio todas las madres de las novias se parecen... «¡A la mía!», se dijo. Todas le amargan la vida a la hija, imponen su criterio, las critican, se burlan, las menosprecian. Pensó que las madres deberían estar prohibidas, o por lo menos restringidas a la primera infancia. A partir de los doce, ¡fuera madres! Lloró con cada una de esas mujeres que lloraban cuando se miraban al espejo con traje, velo, pendientes, diadema y flores de plástico. Lloró con sus madres, al fin reblandecidas, y con las amigas, las hermanas y las primas de la novia, que no dejaban de derramar lágrimas cuando el traje perfecto había tomado posesión del cuerpo de la novia. Legiones de mujeres llorando por un traje de novia, dentro y fuera de la pantalla, mujeres de todo el mundo celebrando con llanto que una de la tribu alcanzaba el podio del marido y los hijos y libraba la batalla por todas las demás, como una promesa para las solteras que, como ella, esperaban su turno. Se quedó dormida antes de que le diera tiempo a llorar con la novia número nueve... doce... o trece..., había perdido la cuenta de las novias, de las cervezas, de las patatas y de las horas que llevaba sin saber ni una sola palabra de Germán.

Se despertó sobresaltada, miró el teléfono para comprobar la hora y le sorprendió que estuviera apagado. ¿Por qué era por lo que estaba angustiada? ¿Qué era lo que Germán le había hecho esta vez? Lo encendió y se hizo la luz en el teléfono y en su memoria. Eran las tres y treinta y cinco de la mañana y ni una sola palabra de Germán. Su teléfono aparecía desconectado o sin cobertura. No puede ser. Le debe de estar pasando algo. ¿Habrà tenido un accidente? Llamaría

a su casa. Sabía que eso era una locura, Germán la mataría por invadir su intimidad a esa hora, pero le daba igual. Marcó el número y colgó antes de que sonara.

La habían despertado el hambre y el dolor de cabeza y se preparó un par de ibuprofenos y una lata de atún con pan. Mientras masticaba sin ganas, se le ocurrió repasar los últimos mensajes de Germán para ver si se le había escapado algún detalle, alguna información que ella hubiera pasado por alto y que explicara el silencio y la ausencia de Germán. No encontró nada reseñable. Lo de siempre: «Duerme bien, mi bella», «Sueña conmigo», «Me retraso», «Lo siento, pero hoy no podré ir». «Si sabes que te quiero». «Confía en mí, que yo nunca te voy a fallar». «No te pongas así». «Buenos días, guapa». Había muchos mensajes sin texto, sólo con caritas sonrientes y con besos. ¡Muchísimos besos! Besos con corazones. ¿De amor, de pasión? Besos sin corazones ¿de cariño, de hermanos? «¿Sigues enfadada?». Más caritas sonrientes, más corazones. «Dime que me quieres». «Claro que sí». Otra vez «Buenos días, guapa», otra vez corazones y así hasta llegar al último: «Imposible. Lo siento». ¡El último! ¿Sería «ese» el último mensaje de Germán? ¿El último y punto? ¿Serían esas sus últimas palabras para ella? «Imposible. Lo siento», resonaba como un resumen de toda esa historia de amor: «Imposible. Lo siento». ¿Una historia de amor imposible y sentida? Se echó a llorar de angustia, porque sabía que algo horrible tenía que haberle pasado a Germán para que desapareciera sin una palabra; «Imposible. Lo siento», lloraba de pena, porque se enteraría el lunes, como el resto de los compañeros de trabajo; «Imposible. Lo siento», de rabia, porque nada de esto era justo. Pero sobre todo lloraba de miedo porque no sabía qué sería de su vida si a Germán le había pasado algo. Pensó que si al borde de la propia muerte a uno se le pasa por la cabeza la película de todo lo vivido, cuando el que muere es el otro, la película cambia y retrata el horror que le queda por vivir al superviviente sin su muerto. «“Imposible. Lo siento” no puede ser lo último que me digas, Germán, esa no puede ser tu herencia, sería cruel».

Le escribió más mensajes, tres, cuatro, alguno le llegaría, mensajes de un amor desahuciado.

«Germán, no me hagas esto. NO es justo. Dime dónde estás».

«Estoy desesperada, dime que estás vivo. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me respondes???».

«Si en una hora no sé nada de ti, voy a llamar a la policía».

Nada. Ni una palabra.

Reconoció que el agotamiento la vencía y se resignó a dormir, esta vez en su cama. Tampoco fue fácil conciliar el sueño. Se despertaba a cada tanto sobresaltada, para comprobar si Germán había dejado alguna señal. Nada. Hasta

que el sonido inconfundible del WhatsApp la despertó: su prima Consuelo, desde Canadá, dejaba una foto de los niños en el grupo familiar. ¿Por qué coño la gente no mira el puto reloj antes de mandar un mensaje? ¿Será muy difícil contar las horas de diferencia con los dedos?

No le quedó otra alternativa que tomarse unos cuantos ansiolíticos, sin contarlos, hasta que terminó por quedarse dormida, con el teléfono en la almohada.

Cuando se despertó, el dinosaurio de su agonía seguía allí. Eran casi las tres de la tarde. ¡Y ni una palabra de Germán! Todavía desde la cama volvió a llamar a su casa y esta vez sí dejó que el teléfono sonara hasta que saltó el contestador. La horrible voz de pito de la mujer de Germán que hablaba en plural no era lo que más ilusión le hacía escuchar: «¡Hola! Ahora no estamos en casa, pero si nos dejas tu mensaje, te llamaremos. ¡Chaaaao!».

Se lo sabía de memoria y le hacía la segunda voz burlona mientras lo escuchaba: «¡Hoooolaaaaaaa! Ahora no estamos en caaasssaaaa, pero si nos dejas tu mensaje... te llamareeeemos. ¡Chaaaaaaaoooooo! ¡Imbécil!».

Casi se le escapó un mensaje, pero colgó el teléfono a tiempo y lo pensó mejor: ¿por qué no? Tal vez, con voz pausada, como si fuera un asunto de trabajo, podría dejar un mensaje inofensivo. La mujer de Germán la conocía, una vez se había puesto celosa ante algún comentario subido de tono de Germán, pero eso había sido muy al principio. Después, se habían cruzado varias veces en la oficina, cuando ella iba a dejar o a recoger a Germán, y todos los años, en los encuentros sociales multitudinarios e impersonales de la empresa, en los que Eva aprovechaba para observarla minuciosamente mientras se escondía para que ella no la viera. No tenía por qué extrañarle que dejara un mensaje. Sí. Eso era. Dejaría un mensaje. No. Mejor no. Germán le había prohibido terminantemente que llamara a su casa. Bastante mal estaban como para buscarse una bronca gratuita.

Volvió a llamar cinco, seis veces. Seguidas. Como si entre el segundo de colgar el teléfono y el segundo de volver a llamar pudiera producirse el milagro. Al final se decidió por el mensaje: «Hola, Germán, soy Eva. Por favor, llámame en cuanto oigas el mensaje». El contestador daba la opción de escuchar el mensaje y de borrarlo. No le gustó su voz aguardentosa y afligida, sonaba desesperada, así que lo repitió: «Hola, Germán, soy Eva. Perdona que te moleste el fin de semana, pero es que ayer no te vi. Por favor, llámame en cuanto escuches el mensaje». Este tampoco le gustó. La voz estaba un poco mejor, pero no era convincente. ¿Cómo que «ayer no te vi»? ¡Eso no era nada profesional!

«Hola, Germán, perdona que te moleste. Ayer te fuiste sin despedirte y tenía una cosa urgente que comentarte. Por favor, llámame en cuanto puedas».

Esta vez no había dicho quién era. Para Germán sería evidente, pero era mejor decirlo. Además, ¿«te fuiste sin despedirte»? ¿Por qué tendría que despedirse de ella? Volvió a intentarlo:

«Hola, Germán, siento...».

«Hola, Germán, soy Eva, del trabajo...».

«Hola, Germán, te habla Eva Salcedo. Del trabajo».

«Hola, Germán, soy Eva, perdona que te moleste el fin de semana, es que hay algo urgen...».

Decidió que era mejor escribir el mensaje y leerlo: «Hola, Germán, soy Eva. Perdona que te moleste en casa el fin de semana, pero es que ha surgido algo urgente en Portugal y no logro contactarte en el móvil. Llámame en cuanto escuches el mensaje. Gracias».

Lo de dar las gracias estaba de más, pero ya no volvería a repetir *el puto mensaje*. Era probable que estuvieran fuera de casa, comiendo con los abuelos como todos los sábados. Esperaría un par de horas porque sabía que Germán no perdonaba la siesta del fin de semana.

Estaba embotada y el dolor de cabeza había vuelto con tesón. El dolor de cabeza y Eva se conocían íntimamente desde aquella meningitis que la mantuvo cerca de la muerte cuando estaba en el instituto. Eran viejos conocidos, pero no se llevaban nada bien. Puede describir el dolor, pero no puede dominarlo. El cerebro intenta escapar a toda costa y entabla una lucha a muerte con el cráneo, que se mantiene firme y se lo impide. El cerebro insiste y empuja con todas sus fuerzas a ver si lo consigue por los ojos, por las sienes, por la nuca. Parece que el cráneo puede más. Lo aplasta, lo humilla, lo tritura. Ninguno de los dos da su brazo a torcer. En esta guerra, como en todas las suyas, la única que pierde es ella. Dos Enantyum y un Rivotril, un vaso de agua y un café muy cargado. Todavía le quedaba una hora antes de poder llamar de nuevo a casa de Germán, así que empezaría la tarde con una ducha. Se desvistió sin prisa y sin mirarse al espejo. Dejó que el agua corriera sobre su pelo descubierto, sobre sus hombros agarrotados por la mala noche, sobre su cara, sobre sus ojos cerrados que volvían a llorar por su cuenta, sin mucha fe. No tenía fuerzas ni para la esponja ni para el jabón. Sólo quería sentir el agua limpia y tibia arrastrando la mugre de esa noche infernal. Y que el cráneo cediera, o ¡que el cerebro se rindiera de una puta vez!

Desde la cascada de la ducha, oyó, a lo lejos, ¡al fin!, sonar el teléfono.

(Una semana después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: MARINA MORA

ASUNTO: ¡¡¡S.O.S.!!!

Estoy que me subo por las paredes. Al final le mandé a Tomás el mail incendiario tal y como te lo leí, ¡y lleva más de una semana sin responder! ¡Auxilio!!! Tenía que haberte hecho caso y suprimir la frase final de los hijos...

Es horrible esta espera. La misma angustia de los veintitantos, el mismo nudo en el estómago de entonces. ¡Y yo que creía que me había curado de esa enfermedad que se llama Tomás!

¿Qué hago? ¿Le escribo yo? ¿Le ruego que por favor me mande fotos de los niños? ¿O directamente me planto en Madrid? ¿Sigo esperando?

Espero instrucciones.

Su

Siete

El teléfono no tardaría en dejar de sonar si no volaba. Sabía de la poca paciencia de Germán, así que saltó de la ducha a trompicones. No había tiempo para la toalla, ni para mirar dónde ponía los pies. Se resbaló sin ningún estilo y cayó estrepitosamente hacia delante, mojada y torpe. La nariz aterrizó en picado sobre el borde del bidé.

Cuando volvió en sí, no entendía qué hacía ella desnuda, calada hasta los huesos, tiritando sobre un charco de sangre. Se asustó. Se tocó la cabeza, se miró los brazos, rebuscó entre sus piernas intentando averiguar de dónde había salido tanta sangre. ¿Qué le había pasado? Ni siquiera era capaz de precisar dónde estaba. ¿Dónde estaba? ¿Estaría soñando? No. Esa cabeza que estaba a punto de estallar era suya y era real. A punto de estallar no, definitivamente había estallado. ¡Había perdido el cráneo!, pensó. ¿Cómo explicar —si no— tanta sangre? La cara. La nariz. Sí, tenían que haber sido los sesos y la nariz, porque por momentos no sentía la cabeza y otros momentos le dolía respirar. Se había reventado la nariz. Pero ¿cómo? ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Debajo de la sangre, reconoció las baldosas azules de su cuarto de baño y entre brumas escuchó correr el agua de la ducha, innecesaria, ociosa. Tras el ruido del agua recordó: ¡el teléfono! Claro, llevaba dos días sin saber nada de Germán y Germán la había llamado justo cuando estaba en la ducha. Eso era. Sí. ¡Qué inoportuno era Germán! Dos días sin aparecer y la llamaba en el único momento en el que ella no podía atenderle. ¡Pero estaba vivo! Una combinación de alivio, frío y rabia la impulsaron a ponerse de pie.

Intentó incorporarse con la misma agilidad de un hipopótamo. Primero se puso de rodillas y lentamente se fue poniendo de pie. Imposible. Volvió a sentarse. Su cuerpo no recordaba cómo erguirse ni sabía sujetarle la cabeza. Lo intentó por segunda vez con más cuidado y con la misma suerte. Se tumbó unos instantes con las piernas en alto porque había leído en alguna parte que eso era bueno para algo. No sabía bien para qué, pero confiaba en que ese gesto le permitiría reunir cabeza, tronco y extremidades. A la tercera va la vencida, se dijo, y esta vez lo consiguió. Estaba helada. Lo primero que hizo fue envolverse

en el albornoz. Cerró la ducha y fue a mirarse al espejo. Apenas consiguió abrir unos ojos hinchados no sabía cuánto por el llanto o cuánto por el golpe. Volvió a perder el equilibrio, pero esta vez la sujetó el lavabo. Tenía la cara abotargada y roja, mucha sangre reseca en la nariz y el labio hinchado. ¡Un cuadro!

Ahora podía, finalmente, mirar el teléfono. ¿Dónde estaría el teléfono? No lo vio ni en la habitación, ni en la cocina, ni en el salón. En el baño seguro que no estaba. Seguía mareada y no podía pensar con claridad, ¿dónde lo habría dejado? No debía de andar muy lejos porque se recordaba a sí misma adherida al aparato. Además, lo había escuchado sonar desde la ducha. Se llamó desde el fijo para encontrarlo. Le pareció que sonaba en la habitación, pero no lo veía. Volvió a llamarse. Se escuchaba en la cama, pero no supo dónde. Como había llamadas perdidas saltaba el contestador y no daba tiempo a detectar exactamente dónde estaba. Volvió a llamarse y esta vez lo encontró entre las sábanas, debajo del camisón, ¡el puto teléfono estaba debajo del camisón! Las cuatro y siete de la tarde y cuatro llamadas perdidas. Tres de su propia cosecha y la cuarta de un número oculto. «Seguro que ese fue Germán y el hijo de puta no dejó mensaje». Lo llamó, pero su móvil seguía «apagado o fuera de cobertura». Volvió a intentar en su casa, pero otra vez saltó el contestador. Recordó vagamente que había dejado un mensaje en casa de Germán y se arrepintió. ¡El lunes tendría una bronca asegurada! Que ya te he dicho que mi casa es sagrada, que para qué te sirve el móvil, que eres una angustias, que no me ha pasado nada, que si se te ocurre volver a llamar a casa no volverás a saber más de mí... ¡Qué pereza! En momentos así, Germán sólo le producía una espantosa pereza. Aburrimiento. Siempre tan previsible, tan igual. Diez años de lo mismo y ella cada vez con más pereza, con menos amor y con más kilos. No entendía qué estaba haciendo con su vida. Pero ese dolor de cabeza, con el cerebro esparcido entre las paredes de su cráneo y las baldosas azules del baño, no era muy propicio para la reflexión.

Seguramente Germán había perdido el teléfono, o se le había estropeado y había tenido que llamarla desde el teléfono de su mujer. No estaba contenta, pero al menos sabía que Germán estaba vivo. Podría volver a vivir hasta el lunes. Como siempre, se había puesto en lo peor. Tenía razón Germán, era una exagerada.

Ahora había que bajar esa hinchazón y aliviar la cabeza y el mal cuerpo. Se sirvió una cerveza helada, otros dos Enantyum y, esta vez, dos Rivotriles. Se tumbó hecha un nudo entre el edredón y el albornoz. Saber que Germán estaba vivo le permitiría descansar, y esta vez sí, durmió profundamente, no supo cuánto tiempo, hasta que volvió a despertarla el teléfono:

—¿Has visto la hora que es? ¿Dónde estás?

—Nooooo, no sé qué hora es. ¿Dónde debería estar?

—Cada día estás peor, Eva. No me digas que no te acuerdas.

—¿De qué?

—Hace semanas que lo sabes. ¡Parque de bolas, Eva! ¡Parque de bolas! ¡Cumpleaños de Claudia! ¡Tu sobrina! ¿Recuerdas que tienes una sobrina?

—¿Parque de bolas??? ¿Era hoy? ¡Qué horror! No sé en qué día vivo. No contéis conmigo.

—¿Cómo que no contemos contigo? Esto no es de contar o no contar. Es tu sobrina y te comprometiste a echarle una mano a tu hermana. ¡Tú siempre tan egoísta! Tu pobre hermana no puede atender ella sola a cuarenta niños y a sus padres, pero, claro, ¡la señorita está muy ocupada viendo la tele el sábado por la tarde y ni siquiera se acordaba del cumpleaños de su sobrina! ¡Harás lo que te dé la gana, como siempre!

Y le colgó el teléfono. ¡Lo que me faltaba! ¡Parque de bolas! ¡Cuarenta salvajes con sus padres! ¡Joder!, ya casi son las seis de la tarde. Me duele todo. ¿Cómo voy a ir con esta cara? Pero no le puedo hacer esto a Claudia. ¡Ni ella ni yo nos perdonaríamos que yo no fuera a su cumple! ¿Cómo se me ha podido olvidar?

Ahora sí que iba a estallarle la cabeza, la nariz, las uñas y las pestañas.

Volvió a llorar. ¡Qué vida de mierda! No sabía qué plan era peor para un sábado por la tarde, si el silencio de Germán o el parque de bolas rodeada de niños extraños y de familia propia.

No podía ir así.

No podía faltar.

No iría.

Tenía que ir.

No quería ir.

No quería quedarse en casa esperando la llamada. Vale, me voy en taxi, cumplo con el ritual, salvo dos horas de espera y regreso temprano a dormir a casa.

Se bebió un whisky y mientras lavaba esa cara deforme y adolorida se comió dos trozos de *pizza* rancia que encontró en la nevera. La sangre del suelo del baño se había secado. ¡Qué desastre! Ya lo limpiaré cuando regrese. ¡Joder! No le he comprado nada a mi niña. ¡Cómo es posible que se me haya pasado! Otra vez tendré que darle dinero o un vale por una tarde de chicas: merienda, cine y compras, que ese regalo lo disfrutamos juntas. Me da igual que su madre se enfade. ¡Es mi única sobrina y tengo derecho!

Se sirvió otro whisky para soportarse ante el espejo. Pensó que tardaría más tiempo en esconderse el moretón con el maquillaje que en vestirse. Era más fácil acertar el atuendo para una reunión de trabajo del más alto nivel que para

complacer a su madre. Y una fiesta familiar era siempre un examen. Empezó por el vestido negro que siempre la sacaba de apuros. Imposible equivocarse con un *little black dress*. Es una apuesta segura. Este me lo puedo poner con los zapatos de Michael Kors. NO. ¡Demasiado atildado para una fiesta infantil! ¿Y qué tal con los planos de Ferragamo? Tampoco, ni hablar. Este vestido pide a gritos *stilettos*, y descartados los *stilettos* para un parque de bolas. En definitiva, no voy a ir de negro para una fiesta infantil. Punto. A ver qué tal con una falda, podría ser esta gris —muy clásica, anodina—, se puede animar con una blusa de algún color vivo: ¡la granate! Anticuada. La gris perla me queda muy bien. El otro día leí algo del tono sobre tono o algo así. Un poco soso. ¿Y si le doy un toque con el cinturón grueso marrón? ¡Ese me encanta y llama mucho la atención! No cierra, tendría que tirarlo. Me da pena tirarlo, es el de Club Mónaco que me trajo Germán de Miami, y en cuanto rebaje un par de kilos me dará mucho juego. ¿Y si completo el *look* con un *blazer* azul? ¡No, qué horror! Parezco una azafata venida a menos. ¡Ya sé! Un bonito broche. ¡Buaggg! Así parezco... parezco... ¡una azafata venida a menos con un broche! Además, cada vez que uso ropa de trabajo en fin de semana mi hermana se burla: «Ya llegó la ejecutiva», y mi madre me critica: «Hija, para vestirse bien hay que saber elegir la ropa según la ocasión. Vestirse bien no significa vestirse caro, ni llevar todo el día el mismo traje de chaqueta y los mismos zapatos de tacón, aunque sean de firma». ¡Por Dios! ¡Es sábado por la tarde, es una fiesta infantil! Lo mejor será un pantalón y una camisa o un jersey. Los vaqueros *stretch* que el otro día me entraron y me recogen un poco las piernas y las rodillas. Perfecto. Ahora los combino con el jersey marrón tabaco que es como más estiloso. ¿En qué estaría yo pensando cuando compré este jersey? Me queda fatal. Parece que voy a hacer la compra a Día o que vengo de una marcha en defensa de algún animal insignificante en peligro de extinción. De este jersey me tengo que deshacer de inmediato por mi propio bien. ¡No sé cómo permiten vender ciertas prendas! ¡Debería demandar a la tienda porque me costó una pasta y puedo demostrar que fue una venta con saña y con mala intención! La hija de puta de la dependienta me convenció de que me quedaba genial. ¡Ya sé! La camisa blanca. ¡Nadie se equivoca con una camisa blanca! ¡Uff, tiene el cuello amarillento y se ve vieja, ajada! Claro, como es LA camisa blanca, la única que tengo, pues ya no hay camisa blanca que valga. Si salgo viva del parque de bolas, esta misma tarde me compro otra. Tendría que hacer como Marina, que tiene una colección. A mí me parece que son todas iguales, pero hay que reconocer que ella las lleva con mucho estilo en plan Carolina Herrera. ¿Será una costumbre venezolana? ¿A las indias del Caribe les habrán cambiado el guayuco por un buen lote de camisas blancas? Le tengo que preguntar a Marina cuando la vea. Bueno, camisa blanca descartada. ¿Y qué

tal en plan informal, con la camiseta blanca de Banana Republic? Desaliñada. ¿Con botas tal vez? ¡No! ¿Botines? Sí, con botines queda mejor. ¿Negros? ¿Marrones? Creo que marrones. ¡Si le agrego la chaqueta rojo coral, tengo el *look* perfecto!! ¡Ni siquiera me entran bien los brazos! ¡A la basura! ¡No salgo de casa hasta que no pierda diez kilos! Bueno, no creo que me dé tiempo a perderlos para esta tarde. Lo que tendría que hacer es comprar ropa de mi talla. ¡Ropa de mi talla! ¡Esa es la clave! ¡El traje de chaqueta azul celeste con la blusa de color champán que compré para la boda de Laura! A lo mejor estoy muy puesta, pero no podrán tildarme de ejecutiva ni de mal vestida. Este traje con unas bailarinas queda monísimo y rebaja el momento boda. Es un poco brillante, pero no creo que se note mucho. Y para rematar, me duele la cabeza y estoy harta.

Hizo esperar más de media hora al imponente coche gris que había ido a buscarla, sin saber que ese breve trayecto de diez euros sería el mejor momento de su fin de semana. Hacía poco que se había apuntado a Cabify y estaba encantada con su descubrimiento. Le gustaba sentir lo que siente una mujer cuando viene a recogerla a casa un hombre fornido, amable, que se toma el trabajo de abrirla la puerta del coche para hacerla pasar, de preguntarle si la temperatura del coche está a su gusto y de poner en la radio la música que ella prefiera. Para ser perfectos, sólo faltaba que el botellín de agua que le ofrecía el efímero hombre de su vida viniera acompañado de unos cuantos cubitos de hielo y de un buen chorro de JB. Y ya puestos, ¡que alguna vez la subiera en brazos a su casa! Y ya si eso, ¡que se quedara a pasar una noche en su cama!

Cuando llegó al parque de bolas, Claudia dejó lo que estaba haciendo y corrió a sus brazos: «¡Tía Eva! ¡Estás aquí! ¡Me había dicho mamá que no venías! ¡Ya cantamos cumpleaños y tú no estabas!».

Su carita de pena fue más hiriente que los reproches de su madre y la indiferencia de Milagro. Ese reclamo cariñoso había sido un rayo de luz en medio de tanta oscuridad, una luz que le tendía un puente con la vida, y que a la vez iluminaba su realidad con una crudeza que le resultaba descarnada. Pero sólo fue un rayo. Tres segundos después se había apagado y ella volvía al bienestar de sus tinieblas.

Rebuscó en las bandejas abandonadas los restos de salado, se sirvió un gran trozo de tarta y se sentó entre las primas a beber cerveza y a dejar pasar el tiempo sin mirar el teléfono. Estaba mareada y dolorida, ausente y desconectada. Las primas, las madres, las abuelas y unos pocos padres hablaban todos a la vez. Los niños chillaban. Su cabeza aullaba de dolor. Se ve que el cerebro sigue allí, pensó. La más indiscreta de sus primas le preguntó qué le había pasado en la cara y ella dijo que el médico no tenía claro si era un virus, una afección

autoinmune o una alergia. Una madre anónima le recomendó a su homeópata, toda una autoridad en enfermedades imprecisas de origen desconocido —aclaró— y se lanzó a dar detalles de sus propias dolencias, de las alergias de sus hijos, del fracaso de la medicina tradicional y de los milagros de la homeopatía. Insistió tanto que prácticamente la obligó a tomar nota de los datos de la homeópata. «Llámalas de mi parte. Venga, apunta mi nombre: Marcela, me llamo Marcela. Te dejo mi teléfono, llámame y si quieres te acompaño. Seguro que me lo vas a agradecer». Y remató la jugada con un «Lo que no puedes es seguir así, con esa cara horrible como la tienes».

Ese rato infernal le había servido para olvidarse del teléfono y dejar de preguntarse por Germán. Había mirado el móvil alguna vez sin mucha convicción: un par de notificaciones de *El País*, varios WhatsApp con fotos del parque de bolas que colgaba su hermana en el grupo familiar y un aviso de Privalia.

Cuando apuntó los datos de «Marcela, me llamo Marcela» y de la homeópata, se encontró con otra llamada de Germán que no había escuchado. ¡Es que si lo practica no le sale mejor! ¿Cómo se las arregla este hombre para estar siempre fuera de lugar? ¡No lo puedo creer! ¡Otra vez la misma historia! De nuevo llamaba desde un número oculto, pero esta vez sí había dejado mensaje. ¡Ufff!! Respiró hondo. Ahora sí podía sonreírle a «Marcela, me llamo Marcela». ¡Tenía que reconocer que esa homeópata era una maravilla! Con sólo apuntar su teléfono la mujer había conseguido cambiarle la cara y despejarle la angustia. El ruido de la tarde de niños y padres hacía imposible escuchar bien el mensaje, así que se excusó y se fue al cuarto de baño.

«Buenas tardes, este es un mensaje para Eva Salcedo, le llamo de la financiera de El Corte Inglés para comunicarle que hemos detectado un problema con su tarjeta. Puede ponerse en contacto con nosotros en el teléfono 901122122 o en atención al cliente en cualquiera de nuestros centros».

Vomitarse la alivió, se manchó un poco el traje y entendió que era el momento de volver a casa.

(Inmediatamente).

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: ¡¡¡S.O.S.!!!

¡Qué vaina que Tomás no responda! No sé qué decirte.

En cualquier otra situación te diría que esperaras, pero me temo que ahora te toca a ti bajar la cabeza... Sobre todo si quieres acabar con la espera.

¡Retoma el humor!

A ver cómo te las arreglas. No será fácil.

¡Mantenme al tanto!

Besos y ¡suerte!

m

Ocho

No podía permitirse el lujo de pedir y esperar a un Cabify, así que se escapó del magno evento sin ser vista y tomó un taxi cualquiera, conducido por un taxista cualquiera, con su jarapa cualquiera cubriendo los asientos, con su olor a sudor macerado y la banda sonora de un partido de fútbol cualquiera a todo pulmón. Si hubiera conservado algún resto en el estómago, habría vomitado otra vez, pero ya no le quedaba nada, y ese vacío la dejaba sin ninguna esperanza de regresar a tierra firme. Todo le daba vueltas. La calva del taxista, la financiera de El Corte Inglés, los gritos de los niños, las risas bobas de sus padres y el silencio inexplicable de Germán. Algo le había ocurrido y esta vez era grave. En los diez años que llevaban juntos jamás había pasado tanto tiempo sin dar señales de vida. En verano, en Semana Santa, en algún fin de semana largo o en Navidades, el silencio era un silencio concertado, asumido por ambos; doloroso como lo era todo en sus ausencias, pero se trataba de un silencio seguro. Seguro en todas las acepciones del término. Seguro porque nada lo iba a quebrantar y seguro porque cada cual conocía con precisión las coordenadas del paradero del otro. Cada uno sabía desde dónde guardaba silencio el amado. Algún SMS, un correo, un WhatsApp podían aparecer como un regalo, como una exhibición de generosidad. Pero sabía que ni una gota de su voz.

Este silencio de tantos días era otra cosa.

Ya eran más de las diez de la noche cuando llegó a su casa y corrió al fijo a ver si había dejado algún mensaje. Se sirvió un whisky y se sentó a llorar. ¡Y pensar que se le había pasado por la cabeza separarse de Germán! En momentos como estos reconocía cuánto le quería, lo mucho que necesitaba saber que estaba allí. Saber que estaba, aunque ese «allí» quedara tan lejos de su cama, de su mesa y de su ducha. No podía imaginarse una vida sin Germán. Si le había pasado algo, se iría tras él. Le daba igual. La vida le importaba un bledo. Volvió a llamar a su casa sin ningún resultado. Empezó a temblar de angustia, apenas podía respirar y se tomó un Rivotril y otro y tal vez dos más. Volvió a llamar a su casa sin mirar la hora y nadie respondió. Esta vez el mensaje fue violento, inmediato, ni siquiera se ocupó de colocar la voz ni de disimular el llanto:

«¡Germán! ¿Dónde estás? ¡Estoy desesperada! Llámame, por favor, te lo ruego. ¡No me hagas esto!».

Decidió llamar a urgencias de hospitales varios. La Paz, el Ramón y Cajal, el Gregorio Marañón, La Princesa, perdió la cuenta. Volvió a telefonar a su casa. Dejó un nuevo mensaje. Volvió a servirse un whisky. Ninguna información relevante. En los hospitales tardaban horas en responder y nadie sabía nada de nada, o no decían, o no les importaba. A uno se le podía morir la madre que a la telefonista de turno le daba igual. «No puedo dar esa información por teléfono». «No disponemos de esa información». ¿Pero habría alguien capaz de decirle si Germán estaba vivo o muerto? ¿Era mucho pedir? Otro whisky, más Rivotriles, más Enantiums.

Ya eran casi las cuatro de la madrugada y Germán yacía muerto en alguna cuneta y no parecía importarle a nadie más que a ella. Recordó que una vez había copiado el teléfono de su mujer y lo buscó. ¿Dónde lo había dejado? ¿Bajo qué nombre lo apuntó? ¿En un cuaderno? ¿En una libreta? ¿En la agenda del trabajo? Estaba segura de que no lo tenía registrado en su agenda de contactos porque Germán solía revisarle el teléfono y montaría en cólera si lo descubriera. No obstante, se propuso leer uno por uno todos los contactos, por si alguno le sonaba. No pudo terminar con la A. Se le trababan los dedos y las letras. Fue entonces cuando pensó que tal vez Pedro, que trabajaba en un hospital público, podía ayudarla a buscar el cadáver de Germán. Era una emergencia. Llamaría a Marina. Sabía que dormía con el teléfono encendido esperando noticias de su madre, así que seguro que le respondería sin fijarse en la hora. En cuanto escuchó la voz adormilada de su amiga se echó a llorar.

—¿Eva? ¿Qué te pasa, Eva? ¿Qué pasó?

No le salían las palabras. Una anguila gorda y torpe ocupaba el lugar de su lengua y le impedía ordenar el revoltijo de vocales y consonantes que se atascaban sin sentido entre los dientes y el paladar. Lo único que hacía con nitidez era llorar.

—¡Tranquilízate, Eva, y dime qué te pasa! ¿Estás bien? ¿Qué has hecho?

Marina logró entender «Germán» y algo parecido a «hospital».

—Quédate tranquila, que voy inmediatamente a tu casa.

Pedro estaba de guardia y por suerte lo pilló despierto:

—¿Qué te pasa?

—A mí nada, no te preocupes. Es Eva. Creo que ha intentado suicidarse. Acaba de llamarme llorando, no se le entendía nada, dijo algo parecido a hospital. Me voy ya para su casa.

—Llama al 112 y que la traigan aquí.

Marina se enfundó el mismo vaquero y la misma camiseta del sábado, se lavó

la cara, se pintó los labios de rojo y buscó en su cesta de llaves ajenas la de Eva. Tenía tres llaveros distintos innecesariamente etiquetados con sus nombres: un corazón fucsia de su vecina, una cuerda de cuero de Eva y una Virgen del Carmen de la casa de su suegra.

Llegó tres minutos antes que la ambulancia. Lo justo para enfrentarse con un paisaje aterrador. Restos de comida, botellas vacías, copas sucias, vasos manchados, latas abiertas a medio comer, cajas de pastillas, blísteres desperdigados, cajones abiertos en desorden, una montaña de ropa que no se sabía si estaba limpia o sucia, zapatos, botas, botines, bragas, Kleenex ¡y un reguero de sangre seca en el baño que hacía presagiar lo peor!

Eva yacía moribunda, con la cara amoratada, sobre la cama a medio hacer. Elegante vestida de un color imposible. Un olor indeterminado y repugnante envolvía toda la habitación.

—¿Qué has hecho, Eva? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te hizo ese hijo de puta? — La sacudió como si fuera una piñata—. ¡Ni se te ocurra morirte, carajo! ¡Como te mueras, te mato!

Con los ojos todavía cerrados y una voz pastosa y entrecortada respondió:

—¿Morirme yo? No, yo no, ¡el que está muerto es Germán!

Madrid, domingo

Estoy en la sala de espera de urgencias del hospital. He venido a acompañar a Eva, que me llamó a medianoche. ¡Menos mal que llamó! ¡No quiero recordar la escena que me encontré en su casa! Ella asegura que no quería morir, pero no hay quien le crea. Ahora está en observación. Mezcló alcohol y tranquilizantes en una dosis que pudo haber sido letal. Dice que se cayó en el baño, pero yo no me trago ese cuento. Para mí que se montó una trepetera y que el *coño'e* madre de Germán le pegó. ¿Cómo se explican, si no, esa nariz y esa cara? La versión oficial es que no sabe nada de Germán desde el viernes y que eso la tiene muy angustiada. ¡Pero yo no me puedo creer que nadie termine en ese estado porque no sepa de un hombre en dos días! Y si es así, entonces Eva está más loca de lo que yo pensaba. Casi prefiero mi cuento al suyo. Mi historia, por lo menos, tiene un poco de argumento, no sé, una trama. La suya sólo es patética. ¡Cree que está muerto! ¡Qué va a estar muerto ese carajo, si bicho malo nunca muere! ¡Ella es la que es de matarla! Quiero mucho a mi amiga y me da lástima, pero no la entiendo.

Pedro nos estaba esperando en la puerta de urgencias y la hizo pasar inmediatamente, está acompañándola ahí dentro y me mandó a decir que su vida no corre peligro. La están evaluando en psiquiatría porque me temo que ellos tampoco se tragan el cuento del accidente, la caída y la preocupación. Igual la dejan ingresada.

Ahora toca esperar, y espero, sumergida en el infierno que es la sala de espera de urgencias de un hospital. Gritos, camillas que entran a trompicones, caras descompuestas por el dolor y el miedo. Sobre todo miedo. Los acompañantes disimulamos mal la angustia. Como siempre, uno puede soportar el horror a sorbos. No todo de golpe ni en avalanchas. Las avalanchas de horror las numeramos y se llaman estadísticas. Son las que nos permiten un trato prudente, una cierta distancia con el dolor. No se puede con tanto, y como esta noche la historia va de parejas, me refugio en la que acaba de sentarse justo delante de mí. Ella es una mujer de unos cincuenta o sesenta años. Por su aspecto, debe tener un cáncer. Su pelo, todavía corto, es reciente y ralo, hay lagunas de pelo. Está

hinchada, casi no tiene ojos. Apenas puede andar. A su lado, un hombre de su misma edad, bien formado, guapo, corpulento, le abre paso. Busca para ella el mejor asiento posible y la coloca como a una pieza de arte, mientras él se queda de pie a su lado, custodiándola. La mirada, desde los ojos de ella, está perdida, espantada. Si no se ven los ojos, no hay mirada. Él, en cambio, tiene sus ojos muy bien puestos y sólo los tiene para ella. Le pasa la mano por la cabeza y le dice: «¡Guapa!». Más que decirlo lo decreta, de manera que todos los que estamos en esta sala de espera lo escuchamos. Ella apenas lo mira entristecida, hace un gesto leve con las mejillas como quien intenta sonreír y agradecer el cumplido, pero no tiene fuerzas. Él se reafirma: «¡Guapa!», y le coge la cara con las dos manos para mirarla más de cerca. Su belleza consiste en que tal vez todavía le quedan dos meses de vida. Su belleza es que todavía respira aunque apenas puede andar o hablar. Su belleza es que, hundidos en su rostro deforme, eso que intenta abrir deben ser sus ojos y él todavía puede mirarla y mirarse en ellos. Su belleza es todo lo que él no le dijo cuando ella todavía podía escucharle, todo lo que no podrá decirle porque ya no le queda mucho tiempo. «¡Guapa!», le repite y ella, desde la tumba de sus ojos, le devuelve el piropo en silencio: «¡Prometo vivir! —parece que le dice—. No tengas miedo, que no voy a morirme. Mañana volveré a comer, buscaré fuerzas para hablar y hablaremos. Mañana voy a olvidar el dolor y a levantarme de la cama. La semana que viene abriré bien los ojos y volveré a mirarte. Lo prometo».

Estoy de acuerdo con él, es una mujer guapa y con suerte, aunque vaya a morirse la semana que viene. Me conmueven. Es tremendo el contraste entre esta estampa del amor y la imagen desgarradora de mi amiga sola en su piso, dejándose morir por un hombre que nunca la ha querido, entre el alcohol, el reguero de sangre del baño y las pastillas.

Sé que Pedro me quiere bonito, como ese hombre quiere a su mujer. Entre los dos hemos tejido una urdimbre —más allá de los hijos— que nos une, que no es sólo pasión, hay cariño, mucho cariño, risas, complicidad. Sé que cuando nos miramos, nos vemos sin recovecos, sin dobleces, tal cual somos y que aun así nos queremos, ¡cosa que tiene mucho mérito! ¡Que no se me olvide que yo también tengo suerte, aunque no tenga hijos! Eva se merece un hombre que la quiera bien. El problema será saber qué es lo que Ev quiere para sí misma... Uno se piensa que el perfil de mujer maltratada es el de una mujer de pocos recursos, sin asideros, que se mantiene en esa situación porque no tiene alternativa. Atada por los hijos, o por la responsabilidad de una familia. Es difícil creer que una mujer como Eva, tan bella, tan inteligente, tan segura de sí misma y con una trayectoria profesional como la suya, se arrodille ante un pelele como Germán. ¡Que ni siquiera está bueno y que seguro que tira fatal!

En fin, que me gustaría alcanzar a entender su tozudez, pero no puedo. Hay días en los que directamente le pegaría, zas, zas, ¡por la frente! Son los días en los que se enorgullece desgranando el rosario de todo lo que ha hecho por él, de todo lo que está dispuesta a hacer, mientras que soporta estoicamente el daño y el desprecio que Germán ni siquiera se preocupa por disimular. En esos días, nada de lo que uno le diga le sirve. Nada le vale. O resulta que ya lo intentó y no le funcionó, o es que eso no va con su naturaleza, o es que el pobre de Germán no se lo merece. Es exasperante. ¿Para qué me lo cuenta? Esos días sobran las palabras. ¡Un par de chancletazos como los que nos daba mi mamá serían más efectivos!

A veces habla con una suficiencia, con una especie de soberbia que, como mucho, resulta patética, inexplicable. ¿Se pensará que dan premio en el cielo por estas cosas? Enumera sus sufrimientos como si estuviera acumulando puntos no sé para qué rifa. ¿Cuál será el premio? ¿La admiración de su público? ¿La compasión? ¿El amor de Germán? Cuando caiga el telón, ¿quién va a aplaudirla por haber desvencijado su vida de esta manera? Él seguirá con su familia, con su trabajo impecable, con su vida de *yuppie* atildado y ella terminará sola, arrugada, gorda, alcoholizada y rodeada de gatos. Esos son los días del orgullo-EV, y yo, sencillamente, no la entiendo. Es como si me hablara en otra lengua, en una lengua muerta, porque sus argumentos ya no tienen ninguna vigencia. «Que si es que esto es un gran amor, que si es que yo lo quiero, que si es que nos queremos... Que si es que tú no conoces a Germán, que él en el fondo es bueno, que me quiere, que no puede vivir sin mí ni yo sin él... Que si no me quisiera no me buscaría como me busca cada vez que me alejo... Que son muchos años. Que más vale malo conocido que bueno por conocer. Que no te imaginas cómo se preocupa por mí, que me lleva pasteles a casa...».

No niego que su soledad y su deterioro me conmueven, pero también me despierta mucha rabia ver cómo regresa mansamente a sus brazos después de cada *peo*. El día de la pelea parece muy dispuesta a dejarlo y a los dos días, con el primer mensaje que él le manda, lo perdona y aquí no ha pasado nada. Se encamina por su propio pie a la cámara de los horrores. ¿Será que le gusta todo el circo de las idas y las venidas, de las broncas y los reencuentros? No lo entiendo. Susana diría que es que soy una cuadrículada del XIX, pero de verdad que no lo entiendo. Además, esto de ser la amante sufrida de un hombre casado debería ser más propio del XIX que del XXI.

Otras veces, cuando tiene los pies más clavados en la tierra, parece que se da cuenta del engaño en el que está atrapada. Esos días me preocupa más su situación, me pongo solidaria y me provoca adoptarla con papeles y todo. Como hoy. No sé, de operarle el cerebro y de arrancarle el tumor maligno de ese amor

loco que tiene por Germán. Cuando le den el alta, me la llevaré a casa hasta que se recupere, le prepararé sopitas calientes, cafecitos, infusiones varias, jugos de fruta, ¡mucho fruta! y la torta casera de mi mamá, que reconforta cualquier espíritu y aclara cualquier entendimiento. La dejaré dormir hasta tarde, la mandaré a cepillarse los dientes y a acostarse temprano con un buen libro. La arroparé por las noches para que no se enfríe y le dejaré el desayuno servido por las mañanas. Nadie que se haya mudado a vivir en un laberinto sale por su propio pie, hace falta que alguien le entregue en mano una hebra del hilo del regreso. Claro, también hace falta que ella quiera cogerlo, porque el regreso pasa por superar varios síndromes de abstinencia: ¡no la voy a dejar ni beber, ni llamar a Germán! ¡Nada de pastillas! Y sé de antemano cuál de las abstinencias le va a resultar más incómoda. Por lo pronto, pienso secuestrarle el teléfono.

(Dieciséis días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: ¿?????

Estimado señor López:

Su silencio de estos últimos días (exactamente 23), nos hace temer por su estado de salud. Hemos sabido de la ola de frío que recorre el territorio español y esperamos que no haya usted sucumbido a sus efectos. ¿Está usted congelado?

Un cordial saludo.

La dirección

NOTAS SOBRE PACIENTE 6. E.S.

(Tres semanas después).

Hoy domingo, me despertó el teléfono antes de las siete de la mañana. Como suele sucederme desde hace tres años, el simple timbre del teléfono a una hora intempestiva activa en mí la sirena que anuncia una catástrofe. Entro en pánico. Las manos me tiemblan. El corazón pierde pie y zarpa desbocado buscando asilo. No hay refugio antiaéreo para esta angustia. Si el sonido del teléfono me puso en alerta, el contenido de la llamada me devolvió a la escena temida: desde el servicio de psiquiatría de un hospital, el psiquiatra de guardia —seguramente un residente imberbe— me pregunta si yo soy yo y me anuncia la noticia:

—Le llamo desde el servicio de urgencias del hospital... Esta madrugada ha ingresado una paciente suya, Eva Salcedo, por una sobreingesta medicamentosa voluntaria en el contexto de una intoxicación etílica.

¡Otra vez lo mismo no! ¡Otra vez no, por Dios! Respondí de mala manera:

—Debe de haber una confusión. Eva Salcedo no es mi paciente.

—Ella nos dio su teléfono y nos dijo que seguía una terapia con usted.

—Si te parece que unas cuantas entrevistas preliminares son una terapia... Hace semanas que le dije que no tenía horas para atenderla y le ofrecí remitirla a una colega.

—Comprendo. ¿Y ni siquiera le interesa saber si está viva o muerta?

—Disculpa, ¿es que a estas horas...! Me pillas dormido, pero imagino que está viva... porque si te dio mi teléfono... ¿Cómo está la paciente?

—Fuera de peligro. La hemos dejado en observación y probablemente se le dé de alta. La persona que la trajo se compromete a cuidar de ella porque no está en condiciones de irse sola a casa. Le hemos puesto algo de medicación (un antidepresivo y un ansiolítico), pero será importante que pueda retomar la terapia con usted.

—¿Por qué conmigo? Ya te dije que no tengo horas disponibles.

—Bueno, ¡a mí que me cuenta! ¿Podrá asegurarse de que alguien le lleve la medicación? ¡Si no es mucho pedir!

—Vale. De acuerdo. Dígale que me llame...

(Se confirma mi dificultad para atender a esta mujer y entiendo por qué me pone tan nervioso. Es como si ella conociera mi historia mejor que yo, como si se empeñara en hacer su representación sin saltarse ningún detalle y me obligara a presenciar el espectáculo de mi propia vida desde otra óptica. No tengo distancia. Esto parece una radiografía: algo que me retrata, pero donde sólo distingo unas sombras difusas que no sé interpretar. Tendré que atenderla y no me quedará otra alternativa que supervisarla).

(Al menos está viva...).

Nueve

Con paso lento atravieso un pasillo largo y angosto. Los techos son tan altos que la vista no alcanza. Además está oscuro y yo tampoco quiero ver. Estoy aterrada. A medida que me acerco, escucho claramente los murmullos, los quejidos. En el centro de la habitación hay un bosque de velas de distintos tamaños que iluminan un cuerpo inerte, apenas cubierto con una sábana. Alguien llora. No me dejan entrar. Me quito los zapatos y los pendientes. Saco del bolso una barra de labios y enseño el DNI. No me dejan entrar, pero alguien me llama desde dentro: ¡Eva, Eva! Me despierto de una sacudida. El muerto es Germán.

El rostro sonriente de una extraña repite mi nombre.

—Buenos días, Eva. Estás en el hospital.

¡Coño, lo que faltaba! ¡Germán está muerto y yo estoy en un hospital!

—¿Qué ha pasado? Me duele mucho la cabeza. ¿Dónde está mi teléfono?

—Estás en urgencias porque parece que te tomaste muchas pastillas y tienes un golpe en la cara. El psiquiatra está esperando a que estés un poco más despierta para poder hablar contigo.

—¿El psiquiatra?

—Sí, el psiquiatra tiene que evaluar si puedes irte a casa o si es más prudente que te quedes ingresada unos días hasta que estés mejor.

—Por favor, busca mi teléfono. Estoy esperando una llamada muy importante.

—Sí, bonita, lo debe de tener la persona que te trajo.

Era un lugar siniestro. Más de veinte camas se amontonaban de cualquier manera en una sala irregular. La mayoría de sus ocupantes dormía o al menos guardaba silencio. Dos camas más allá, alguien llamaba a la enfermera. Algunos, salpicados, gemían, y al fondo, una familia numerosa lloraba la muerte de una madre, de una abuela.

Eva no lograba entender cómo había llegado hasta allí y mucho menos por qué tenía que atenderla un psiquiatra. Ella tenía su terapeuta y no necesitaba refuerzos. Recordaba entre brumas un golpe en la nariz, un parque de bolas y que había llamado a Marina para que la ayudara a localizar el cuerpo, vivo o muerto, de Germán. Y ahora, lo único que quería era el teléfono para ver si

Germán había respondido a sus mensajes, para llamarlo.

Los gemidos del enfermo que más se quejaba subían de intensidad. A una mujer la aislaron en una especie de tienda de campaña improvisada —inútil—, porque esa misma noche moriría. Entre varios enfermeros sacaron apresuradamente una camilla y no alcanzó a saber si la ocupaba un hombre o una mujer. En ese campo de batalla, a Eva le dio pudor llorar por su teléfono y se volvió a quedar dormida.

Volvió a despertarla su nombre. Esta vez la llamaba una voz masculina. Le pareció que algún adolescente se había colado en la sala de urgencias haciéndose pasar por el psiquiatra, porque nadie con esa cara podría haber terminado medicina.

—Hola, Eva, ¿sabes dónde estás?

—¡Claro! En un hospital.

—¿Y sabes por qué estás aquí?

—No. No lo sé. Me dijo la enfermera que ayer me trajeron.

—¿Y sabes por qué?

—Imagino que por el golpe que me di en la nariz y porque me tomé algunas pastillas. Yo no recuerdo haber tomado tantas. Me habré tomado alguna porque me dolía mucho la cabeza y no podía dormir. Pero mira, yo lo que necesito es mi teléfono. Estoy esperando una llamada muy importante.

—Sí. No te preocupes. Ya lo buscaremos. Pero ahora cuéntame. ¿Qué te pasó en la cara?

—Me caí en el baño.

—Aquí leo en el informe que la persona que te trajo encontró mucha sangre en el baño y se hizo un parte de lesiones.

—¿Un parte de lesiones? ¿Y eso qué es?

—Un informe que se envía a la policía cuando se sospecha que ha habido maltrato doméstico.

—¿Maltrato doméstico? Bueno, si se comprueba que el bidé de mi casa se me atravesó con premeditación cuando me resbalé en el baño, pues sí, puede considerarse maltrato doméstico. ¡No te preocupes, que pondré una orden de alejamiento contra el bidé! Si no, no sé quién podía haberme maltratado, ¡si vivo sola!

—Mmm. Bueno, que sepas que en la radiografía no parece que se te haya roto nada. Así que no te asustes cuando te mires al espejo, que estos golpes son muy escandalosos. Aparte de las pastillas, parece que ¿también habías bebido?

—Bueno, sí, alguna cerveza me habré tomado, ya no recuerdo...

—¿No recuerdas? ¿Y qué recuerdas?

—Mira, fue el cumpleaños de mi sobrina, fue en un parque de bolas al que

sólo se podía sobrevivir bebiendo...

—¿Y me sabrías decir a qué día estamos?

—¿Para qué me haces esa pregunta? ¿Sospechas que tengo alzhéimer? Me duele la cabeza y necesito mirar el teléfono. Espero una llamada importante.

—Sí, eso ya me lo dijiste, pero primero tengo que cerciorarme de que estás consciente, ubicada, que sabes dónde estás. Así que mientras menos interrupciones hagas a mis preguntas, más rápido podremos terminar con todo esto.

—Pues si ayer fue el coñazo del parque de bolas, hoy es domingo. ¿Ves que estoy ubicada? ¡Ya es domingo y todavía no he podido mirar las llamadas del móvil!

—¿Y dices que te tomaste algunas pastillas para dormir?

—Sí.

—Pero la cantidad de pastillas que te tomaste no es una dosis para dormir...

—Bueno, se ve que para dormirme a mí sí. No recuerdo cuántas me tomé. No las conté.

—No fueron ni dos, ni tres...

—Tú eres psiquiatra, ¿no?

—Sí.

—Mira, si lo que quieres saber es si me quería suicidar, no, no me quería suicidar. Quería dormir. Punto. Quería recobrar la calma. Además, no te preocupes, que yo tengo mi loquero particular. ¡Que me cobra una pasta cada vez que voy! Llevo todo el fin de semana angustiada esperando una llamada. Eso es todo. ¿Dónde está mi teléfono? Creo que a mi pareja le ha pasado algo grave porque desde el viernes por la mañana no sé nada de él. Estoy preocupada, sin más.

—Si fuera así de simple, «sin más», como tú dices, no estarías aquí. ¿Y sólo porque no sabías nada de tu novio te tomaste todas esas pastillas?

—Bueno, ¡sólo porque no sabía nada de él! ¿Te parece poco? ¿Y si ha tenido un accidente? ¿Y si se ha muerto? Y no me las tragué todas juntas. Creo que me las fui tomando porque no me hacían efecto y me angustiaba cada vez más.

—Y también bebiste.

—Sí, ya te dije que me tomé algunas cervezas. Quizás también algún whisky. No recuerdo. ¿Qué quieres que te diga? No los conté.

—¿No sueles llevar la cuenta de lo que bebes?

—¿Y tú sí?

—Eso no importa. Hoy el que hace las preguntas soy yo.

—No, mi general, no suelo llevar la cuenta de lo que bebo. Pero eso no es pecado ni significa que me quiera suicidar.

—¿Sabes quién te trajo?

—Sí. Mi amiga Marina, mujer del doctor Pedro Marquínez, médico de este hospital.

—¿Y ella está fuera?

—No lo sé. ¿Te parece que le mande un WhatsApp a ver dónde está? ¡Ah, no!, pero si no puedo mandarle un WhatsApp, ¡¡¡porque no tengo mi teléfono!!! Oye, no quiero ser grosera, pero me duele muchísimo la cabeza y necesito mi teléfono. ¿Puedo irme a casa?

—Vale, vale, ahora ya te inyectan el analgésico y el antiinflamatorio para el golpe en la cara, y ya veremos si te vas a casa o si te quedas unos días con nosotros.

Mientras tanto, Marina escribía concentrada en la sala de espera y no se dio por aludida hasta que repitieron un par de veces: «Familiares de Eva Salcedo».

Sin duda se trataba de un residente de psiquiatría que quería hacer bien su trabajo y que seguía el protocolo al dedillo, más por temor a equivocarse que por convicción.

—¿Sabe usted si Eva tiene problemas con el alcohol?

No se lo había planteado nunca, le dijo. Pero ahora que lo pregunta, tiene mucho aguante para la bebida y bebe con entusiasmo. Si eso es «tener problemas con el alcohol», entonces sí.

Respecto al maltrato doméstico, no titubeó.

—No sé si su pareja le ha pegado (Eva asegura que no), pero el maltrato psicológico también cuenta, aunque no deje moretones.

Se alegró cuando supo lo del parte de lesiones. Sabía por Pedro que ante la sospecha de malos tratos, el hospital estaba obligado a informar. Y ese parte seguiría su curso legal. «Que se lleve un buen susto —pensó—, aunque al final salga absuelto».

El médico tenía la impresión de que no había habido una clara intención de autolesionarse, pero no podía darle el alta sin asegurarse de que alguien cuidaría de ella y la vigilaría de cerca como mínimo durante los primeros días. En su estado, no podía volver sola a casa, y hasta que se curasen las lesiones de la cara y se recuperara de la intoxicación, tendría que estar un tiempo de baja. ¿Tiene algún familiar que pueda atenderla?

—No se preocupe, que yo me hago cargo. Ya lo había pensado. Me la llevaré a casa, quiera o no quiera.

—Eva me ha dicho que tiene un terapeuta, ¿puede usted darme su teléfono? ¡Ah! Hablando de teléfonos, la paciente insiste en que está esperando una llamada muy importante. ¿Usted tiene el móvil de Eva? ¿Se lo puede acercar? Ella está en la sala de observación. Puede pasar a verla. La enfermera le indicará.

Diez

La arrogancia que Eva había mantenido hasta ese momento se esfumó en cuanto vio aparecer a lo lejos la silueta de Marina. Se avergonzó de sí misma cuando la contempló atravesar aquella sala lúgubre y descascarada, con la elegancia altiva de una reina. «Miss Caribe», pensó para sí, recordando el apodo que Marina se había ganado entre los compañeros de la facultad. «¡Mírala, es que la *jodía* se pone encima un trapo de cocina y se ve elegante». La odió. Unos segundos, pero la odió.

Cuando la vio junto a su cama, se echó a llorar con el miedo y el alivio de una niña que se ha perdido en el bosque y que finalmente se reencuentra con su madre.

Marina, por su parte, temió desvanecerse. No había dormido, llevaba horas sin comer y no pudo disfrazar la terrible impresión que le produjo la cara amoratada, desfigurada, de su amiga.

—¡Qué vergüenza, Marina! Perdóname el coñazo que te estoy dando.

—¡Qué boba eres! No hay nada que perdonar. ¿Cómo estás?

—Me duele mucho la cara y la cabeza. Estoy un poco alelada, pero estoy bien. Siento haberte hecho pasar por todo esto. Yo no quería alarmarte.

—¿Qué hiciste, Eva? ¿Qué te pasó? —dijo Marina mientras le pasaba la mano por la cabeza, como quien se culpa del descuido, como si le preguntara: ¿en qué momento te perdiste en el bosque? ¿Cuándo nos despistamos papá y yo?

—No sé. No sé qué fue lo que pasó. Llevo todo el fin de semana preocupada porque no sé nada de Germán. Creo que le debe haber pasado algo grave. Había bebido y me tomé algunas pastillas porque estaba cada vez más angustiada y el dolor de cabeza me estaba matando, y ya ves, aquí me tienes, ¡presa por un intento de suicidio que no cometí! ¡Qué tontería!

—¿Y qué te pasó en la cara?

—¡Ah, eso! Me caí en el baño. ¿Estoy horrible?

—Bueno, ¿cómo te diría yo? Si el escenario fuera un ring de boxeo estarías espléndida. ¡Pero sólo para un ring de boxeo! Y te aviso que así, a simple vista, no parece que hubieras ganado el combate...

—Ja, ja, ja.

—Sí, tú ríete, pero tienes todo el aspecto de una mujer maltratada. Nariz partida, ojos morados...

—¿Ojos morados? ¡Qué horror! ¿Tienes un espejo?

—No. Y tampoco te lo daría si lo tuviera.

—¿Y se sabe algo de Germán? ¿Tienes mi teléfono?

—No le ha pasado nada, Eva. No me dejan pasar con el teléfono —mintió—, pero vi que te escribió unos cuantos WhatsApps. Así que, para tu desgracia, sigue vivo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces no te preocupes, que lo voy a matar.

—¡Cuenta conmigo! ¡¡Yo te ayudo!!

—¿Sabes si me van a dejar salir?

—Sí, mi corazón. Hablé con el psiquiatra y me dijo que o te dejaba ingresada, o sólo podía darte el alta con la condición de que no volvieras sola a tu casa. Alguien tiene que cuidar de ti durante un tiempo. Así que te vendrás con nosotros. Está decidido. ¡Soy tu tutora adoptiva! No tienes nada que decir, ni derecho a opinar. Ya hablé con Pedro. Te vienes a casa por un tiempo.

Once

Permanecer una semana ingresada en la planta de psiquiatría de un hospital sería desproporcionado. NO HABÍA INTENTADO SUICIDARSE. PUNTO. Pero no le creían. ¿Es que aquí nadie se toma de vez en cuando unas copas de más? ¿Es que en España, que es el mayor consumidor europeo de Orfidal, nos vamos a escandalizar ahora por unos blísteres vacíos? Si la ingresaban contra su voluntad, ¿cómo convencería a las enfermeras, a los médicos y al resto de los locos de que su ingreso había sido un despropósito? Sabía perfectamente que aquello de «Esto ha sido un error, yo no tendría que estar aquí, puedo explicarlo» era el mantra de todo enfermo mental. Ninguno miente. Todos están convencidos de que su ingreso ha sido un disparate. En cada cabeza las cosas son como cada quien las ve. ¿Qué culpa tendrá Napoleón de que sus semejantes no lo reconozcan como emperador? ¿Qué responsabilidad, si su vecino, su hermano o su padre son impostores infiltrados que participan de una confabulación mundial para derrocarlo? ¿Qué otra cosa podía hacer si recibía órdenes directas de Dios, que se había tomado la molestia de robarle el pensamiento? Él, ella, cada él, cada ella, es un ser superior, un elegido, no es un loco. Y así van, con su verdad por delante, cada loco con su tema. Sabía también por las películas que ha visto y en las novelas que ha leído que a cada declaración de «Esto ha sido un error, yo no tendría que estar aquí, puedo explicarlo», se le regala con la sonrisita condescendiente y compasiva de rigor que viene a decir: «¡Sí, bonito, lo que tú digas. Bienvenido al club!», y se le encierra sin compasión. Nadie se molesta en comprobar qué se sabe de la reencarnación de Napoleón. ¿Por qué no iba a volver a la vida dentro del cuerpo de un señor de Leganés? Tampoco se muestra ningún respeto por la omnipotencia de Dios, que está en todas partes, que todo lo puede y que está en su derecho de elegir en qué cabeza imparte sus órdenes o a través de quién enviarnos sus mensajes cifrados. En fin, que como se produjera el segundo advenimiento en Madrid, ¡al nuevo redentor no le creería ni Dios! Eva se imaginó a sí misma muy seria, contándole al psiquiatra, o al Mesías de la cama de al lado: «Mire usted, yo no quería suicidarme, yo no estoy loca, es que mi novio no me llamó en dos días», y fue entonces cuando se asustó de verdad.

«¡Por Dios! ¡Como diga eso, me encerrarían de por vida, no por loca sino por idiota, a ver si me quitan la tontería! ¡Hasta dónde he podido llegar!».

El hospital quedaba descartado, una semana en un psiquiátrico sería una mancha —otra— en su expediente vital difícil de borrar. Marina diría aquello de «¿Qué es una raya más *p'a* un tigre?» —porque en los veinte años que Marina llevaba viviendo en Madrid no habían podido suavizar su acento, ni disminuir su arsenal de refranes venezolanos—. Pero hay rayas de rayas, le respondería ella. Y esa raya en particular haría del tigre un ejemplar de circo...

«¡Un ejemplar de circo! ¡Qué horror! En eso me he convertido, tirada en esta cama, desfigurada, irreconocible, rodeada de enfermos anónimos que sufren de verdad, sólo porque Germán no me llamó en dos días... ¿Hasta dónde he llegado? ¿Se puede caer más bajo?». Cerró los ojos. Se vio a sí misma revolcada en el fango y a duras penas negó con la cabeza porque la nariz le pesaba una barbaridad. No, no se podía caer más bajo. Definitivamente había tocado fondo. De pronto, una visión todavía más espeluznante le abrió los ojos de par en par.

¡Claro que se podía caer más bajo! Y se imagino a sí misma instalada en casa de su madre, o de su hermana, acosada a consejos, a reprimendas, a recomendaciones. Atiborrada de lugares comunes, envenenada a fuerza de mimos ficticios, putrefactos.

Visto así, la oferta de Marina era un chollo. ¡Vaya chollo! No me apetece nada sentarme en un palco a ver el espectáculo de la relación perfecta entre Marina y Pedro mientras que mi vida amorosa se desmorona. No me apetece nada ser la amiga rara, la desdichada. Bastante tengo con ser la amiga gorda. Marina ha puesto sus condiciones:

- * Por descontado, no podré ver a Germán.

Y además:

- * Nada de teléfono.

- * Nada de alcohol.

- * Reanudar la terapia.

- * Tomar sólo las pastillas recetadas por el psiquiatra.

Era humillante no tener otra alternativa que aceptar sus términos. Tal vez podía plantearse como una especie de retiro espiritual, como hacen las actrices o las modelos que ingresan voluntariamente en discretas clínicas para una cura de desintoxicación.

Sí. No estaría mal. Esos días le servirían para poner su vida y sus pensamientos en orden.

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡¡¡Llárame!!!

¡Auxilio!!!

Doce

Eva salió del hospital el domingo a media tarde, con atuendo de sábado por la noche y oliendo a vómito.

—¿Tienes mi teléfono?

—Toma, aprovecha de mirarlo ahora porque te lo voy a secuestrar.

Tenía dieciocho mensajes de Germán y cinco llamadas. Todos de esa misma mañana. Nada comparado con los ciento cuarenta y siete mensajes y las veintiocho llamadas que ella había enviado entre el viernes al mediodía y el sábado de madrugada.

«¿Qué te pasa?».

«¿Estás loca?».

«¡No me ha ocurrido nada!».

«Te dije que nos veníamos el fin de semana a una casa rural. ¿Ya no te acuerdas?».

«¡Cada vez estás peor de la cabeza!».

«¿Y ahora no me respondes las llamadas?».

«Avísame si te vas a hacer la interesante».

«Bajo al pueblo y me encuentro con miles de mensajes y tus llamadas».

«Te llamo y no coges el teléfono».

«Estás loca».

«No tengo tiempo de leerlos, ni de escucharlos».

«¿Cómo querías que te escribiera si sabes que no tenía cobertura?».

«Estás completamente loca».

«¡Ni se te ocurra volver a escribir ni a llamar! Estaré en el coche con el manos libres».

«EL FIN DE SEMANA ESTOY CON MI FAMILIA!!!! ¿TE ENTERAS?????».

«Te veo el lunes y hablaremos seriamente de todo esto».

«Esa terapia no te sirve de nada. Cada día estás más desquiciada!».

«¿No me vas a coger el teléfono?».

Eva dio un suspiro de alivio como si hubiera recibido una carta de amor y le

entregó el teléfono a Marina siguiendo el ritual de quienes se preparan para entrar en prisión.

Estaba resignada. Pasarían primero por su casa para que ella pudiera cambiarse y recoger algo de ropa. Cuando llegaron al portal, le molestó la seguridad con la que Marina sacaba las llaves de su bolso y abría las puertas de su propia casa sin pedir permiso, sin preguntar, sin ningún tipo de delicadeza. Recordaba vagamente haberle dejado una copia después de la última vez que había tenido que recurrir a las que le guardaba su madre y llevarse la bronca correspondiente. «¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Un mes? ¿Dos meses? Qué más dará. Total, soy un desastre. Cuando no las pierdo, las olvido dentro de casa, o necesito que me rescaten de un suicidio».

—¿Qué vergüenza, Marina! ¡No mires la casa, por favor!

Su casa, a ojos de Marina, era otra casa. ¿En qué momento se habían abierto esas revistas viejas sobre su sofá? ¿Desde cuándo estaría manchada de morado su manta? ¿Tres botellas? La monda de una raja de melón parecía una escultura clavada en un plato reseco y una caja de *pizza* exhibía sin pudor los restos de sus bordes mordisqueados. No se atrevió a contar los vasos ni las copas ni miró la bolsa de patatas vacía sobre la alfombra.

—No te preocupes, Eva, que esto te lo recojo yo en un segundo.

—No hace falta, mañana viene la asistenta.

—¿Y vas a dejar que la asistenta vea este pichaque? ¡Ni loca! ¡Tú ve haciendo la maleta, que a mí me encanta organizar!

Marina se puso manos a la obra con tal concentración que ni siquiera se enteró de que su amiga lloraba ante el espejo del salón.

En primer plano, Eva vio una cara deshecha que le costó reconocer como suya. De guarnición, una casa destartada. ¡Esto no puede ser verdad! Además de vergüenza y humillación, por primera vez sintió miedo. «¡Ahora entiendo en qué consiste tocar fondo! A Dios pongo por testigo —pensó con rabia—, ¡voy a salir de este agujero, como que me llamo Eva!».

Gimió. La saña con la que se secó las lágrimas le había hecho daño en la cara.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

—Pero ¿qué dices? ¡Si nunca he estado mejor en mi vida! —respondió ella y ambas reconocieron en su ironía a la Eva de toda la vida, y por primera vez en todo el fin de semana consiguieron reírse a carcajadas.

Ya en la habitación, a Eva le iba a costar elegir entre la ropa que quedaba en el armario, la que se amontonaba sobre la cama y la que yacía mansamente espolvoreada sobre la alfombra. Escondió bajo la cama todo lo que no estaba en su lugar. ¡Lo que le faltaba era que Marina viniera a poner orden también en el armario! Y eligió dos mudas de andar por casa, ropa de dormir y el neceser que

siempre tenía a punto para los viajes.

¡El baño! Había olvidado el desastre de sangre, agua y champú que había en el baño. Lo limpió deprisa y corriendo con la toalla de mano y tiró la toalla a la basura. ¡No era suficiente! Pero agacharse le costaba la vida y no tenía tiempo para más.

Mientras intentaba disimular la debacle del cuarto de baño, pensó que Marina era la mejor y la peor amiga que se podía tener en estos casos. Es la más eficiente, sí. Sin lugar a dudas, la más dispuesta. Seguramente, es la única amiga capaz de cargar con ella en estas condiciones y de llevársela a casa por unos días con tanta generosidad. ¡Pero era tan perfecta, tan guapa, tan espigada y tan feliz en su vida cotidiana! que se convertía en la peor referencia posible. A su lado, Eva se sentía equivocada, desastrosa, caótica, torpe. ¡Muy querida! Sí. Y sobre todo divertida, porque Marina despertaba su vena payasa y, con sus carcajadas, la estimulaba a decir cada vez más tonterías; pero lo cierto era que, a su lado, no podía evitar sentir el peso de una mirada de desaprobación. Una cierta condescendencia que convertía a Marina en la Mujer Maravilla y a ella en la amiga desgredada, legañosa y mal vestida que habitaba en el banco de un parque, se cubría con unos cuantos cartones para poder dormir y acumulaba sus pertenencias en un carrito de la compra rebosante de bolsas arrugadas, llenas de desperdicios.

Cuando salió de la habitación, su salón era otro. Se escuchaba el lavavajillas funcionar a lo lejos, tres bolsas de basura hacían cola en la puerta de la casa y Marina estaba remangada, preparada para entrar en la habitación.

—Aquí no, Marina. Déjalo así. Ya te dije que mañana viene la asistenta. Nos vamos ya. —Escuchó en su propia voz una firmeza desconocida y reconfortante que le gustó y pensó que podría echar mano de esa seguridad más a menudo.

Marina entendió perfectamente y no insistió. Se quedó con las ganas de entregarse de lleno a la limpieza de ese cuarto de baño. El cuerpo le pedía ponerse de rodillas con un estropajo autoritario y arrancar las manchas de sangre que le habían revuelto las tripas el día anterior. Se quedó con las ganas de haber gritado ¡BOTO!, ¡BOTO!, ¡BOTO!, mientras limpiaba, como gritaba su abuela caribeña cada vez que era preciso deshacerse de los espíritus malignos, de los piojos, de los malos pensamientos, del mal de ojo o de la pava. Habría pasado el estropajo por la cabeza de Eva con la misma energía y habría proferido el mismo grito de guerra para desalojar a Germán y echarlo definitivamente de la vida de su amiga.

Se contuvo.

—Pedro está saliente de guardia y llegará hecho un trapito. Así que nos vamos a comprar el desayuno y a esperarlo con la mesa puesta.

(Una semana después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡Nada de nada!

¡Llevo tres días esperando su respuesta y nada!
Me parece que la historia se repite.
Él desaparece sin palabras y yo me muero.
No voy a seguir insistiendo.
Mejor así.

No te voy a negar que estoy triste, pero sé que es mejor así.
En cualquier caso, esta relación no tenía ningún futuro.

No insistas con lo de los óvulos, Marina, tú eres tú y yo soy yo. Tu vida y mi vida no tienen nada que ver, tu educación y la mía, tampoco. Tú vienes de una familia numerosa y a mí me educaron para aprender a valerme por mí misma. Y en este momento no tengo ni ánimos ni tiempo para pensar en eso. Así que no volvamos a tocar el tema hasta nuevo aviso. (Perdona mi crudeza... ya sabes que puedo ser muy burra...).

Llámame cuando puedas, que necesito hablar y llorar contigo...
Besos.

(Al día siguiente).
DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: ¡Nada de nada!

¡Cuánto lo siento, Su! Estaba convencida de que Tomás respondería...
Te llamo mañana y hablamos con calma. Ahora estoy complicada con el trabajo y no puedo.

Eva mejor, sigue en mi casa. Creo que no ha vuelto a ver a Germán, lo que supone todo un triunfo para ella!!! Es un maltratador y un acosador. No te haces una idea de la cantidad de mensajes que puede mandarle cada día! Todavía está

de baja. Mejor así.

No te preocupes por lo de ser una mala amiga. Ser amiga de Eva no es sencillo. Ella no lo pone fácil porque no se deja ayudar. Es raro, porque, por una parte, su situación es tan terrible que nos sirve de consuelo a las demás y, a su lado, nuestras cuitas parecen tonterías. Compararnos con ella nos sirve para valorar lo que tenemos. Pero, por otro lado, es exasperante. ¿Te acuerdas de que alguna vez te comenté que me parecía que bebía más de la cuenta? ¡Pues el psiquiatra del hospital piensa lo mismo que yo! Que la combinación explosiva que la llevó al hospital no fue fortuita. Me preocupa.

Ni te mortifiques por hablarme claro. Lo prefiero. A veces mi *Susanita* interior —ya sabes, la de Mafalda, nada que ver contigo— toma posesión de mi ser, de tal manera que me hace perder la perspectiva.

Mañana hablamos.

TQM.

m

NOTAS SOBRE PACIENTE 7. E.S.

Después de la llamada desde el hospital, no he tenido otra alternativa que citar a la paciente. Llamó una amiga para pedir hora en su nombre y era difícil decirle que no la iba a atender ante el despliegue que hizo. Me irrita esta sensación de que un paciente disponga de mi agenda.

Hoy vino acompañada por su amiga. Me impactó abrir la puerta y toparme con la cara de la paciente deformada. Me alivió verla viva, lo reconozco, pero me sigo debatiendo entre el alivio y la irritación. (Tengo que tener cuidado. Cada detalle de esta historia me devuelve a la mía).

—Bueno, cuénteme, ¿qué le ha pasado?

—Nada, ya ves, con tal de arreglarte la agenda y de llamar tu atención, soy capaz de cualquier cosa.

(Se confirma mi hipótesis de que, en parte, el numerito me estaba dedicado).

—No sé qué me pasó, me angustié, me asusté. Germán desapareció sin decir nada y pensé que le había pasado algo, que había tenido un accidente.

—Desaparece Germán, desaparezco yo...

—Bueno, tampoco te sientas tan importante, que esto no va contigo. Germán me asegura que me había dicho que se iba con su familia a una casa rural, pero ya no sé si me miente o si es que yo estoy tan ida que ni me enteré. O me enteré y se me olvidó... El caso es que el fin de semana se fue complicando. No lo recuerdo muy bien. Yo lo llamaba, le escribía mensajes. Él no respondía, cada vez estaba más angustiada, había bebido y se ve que me tomé algunas pastillas de más.

—¿Se ve?

—Bueno, es que no las conté. Una cosa llevó a la otra y terminé en urgencias.

—¿Y qué le pasó en la cara?

—Una tontería. Me caí como una idiota en el baño. Bueno, nadie se cae con cara de listo, ¿no? ¿Sabías que las caídas en el baño están entre los tres accidentes domésticos más comunes? Pues eso. Muy escandaloso el resultado, pero nada original... ¡No sabes la angustia que pasé pensando que a Germán le había sucedido algo, estaba convencida de que había muerto y de que nunca más

volvería a verlo! Cuando estaba en el hospital, soñé que estaba muerto y que no me dejaban entrar a verlo. Yo me iba quitando cosas para que me dieran permiso, pero daba igual, no me dejaban pasar a despedirme. ¡Fue un sueño muy angustioso!

—Recuerdo que en alguna entrevista hemos visto que usted querría que sus problemas se resolvieran desde fuera, sin que usted tuviera que participar. Tal vez, si Germán muriera (esa es la fantasía que usted tiene durante el fin de semana y lo que se repite en el sueño), ya no tendría que preocuparse por tomar la decisión de separarse de él...

—Un poco radical como método para terminar una relación, ¿no te parece?

—Un poco radical, sí, pero infalible...

—En el sueño, lo peor era que no me dejaran entrar.

—Bueno, yo tampoco la he dejado entrar estas semanas...

—¡Y dale con tu egocentrismo! ¡En serio, háztelo mirar! Creo recordar que era como el control de seguridad de los aeropuertos, cuando te revisan el equipaje antes de pasar a la sala de embarque. Primero me quitaba los zapatos, lo intentaba, y nada. Después las joyas, nada. Y así me iba quitando cosas hasta que entregaba todo lo que llevaba en el bolso.

—¿Entregaba todo lo que llevaba en el bolso?

—Sí. Me imagino que las llaves, el maquillaje, el dinero, el DNI...

—¿Y qué se le ocurre sobre «entregarlo todo»?

—No sé. Yo he abandonado amigos, familia, trabajo, para que Germán me deje entrar en su vida y nada ha sido suficiente.

—O sea, que no le han permitido entrar en la vida de Germán, ni siquiera en su muerte, a pesar de que usted lo ha entregado todo, hasta su propia identidad... De manera que ya no sabe ni quién es, ni qué cosas le ocurren los fines de semana...

(La paciente llora y yo la dejo llorar. Creo que es la primera vez que su llanto me inspira compasión, que la veo conectada con lo lastimoso de su propia situación y de su vida. Su llanto, además de conmoverme por su historia, me hace sentir más culpable por la mía).

La paciente se calma y continúa:

—Ahora estoy de baja y de okupa en casa de Marina. No me quejo porque la verdad es que ella y su marido están siendo un gran apoyo, pero me siento avergonzada. Marina me ha quitado el teléfono para que no me comunique con Germán y no me dejan beber ni una gota de alcohol. ¡Menos mal que el psiquiatra del hospital me dejó bien empastillada! Pero también me vigilan las pastillas... alguna vez he necesitado refuerzos y después de mucho rogarle me las da... ¡Pero las guarda ella!!! ¿Qué te parece???

—Bueno, lo que me parece es que al fin ha encontrado usted a alguien de fuera que tome las decisiones por usted... Hábleme de su amiga, quién es o qué hace...

—¡Te veo muy interesado! ¡Oye! ¡Que la paciente soy yo! Ja, ja, ja. Marina es la amiga perfecta para esto. Es fantástica, pero muy mandona. Ella dice que es «disponedora», pero es mandona, y punto.

—Cuénteme, por favor, lo del alcohol. En otras sesiones me pareció que el alcohol aparece en su vida cotidiana con mucha frecuencia, ¿o es idea mía?

—No. No es idea tuya. ¡No sé de quién fue la idea! Pero creo que sí, que seguramente bebo con frecuencia, pero eso no significa que sea una alcohólica.

—¿Alguna vez en su casa se queda sin alcohol?

—No. Eso no pasa nunca. Siempre tengo de sobra. Si veo que se puede acabar, salgo a comprar.

—¿A cualquier hora?

—Alguna vez he salido por la noche, pero, como te digo, soy muy previsor...

—Para tener alcohol en casa sí que lo es...

—Sí...

—¿Bebe todos los días?

—Lo normal...

—Defina ¿qué es para usted «lo normal»?

—Pues no sé, un aperitivo, vino con la comida, no sé, lo normal. Lo único que no me da buena espina es que por las noches bebo sola y no llevo la cuenta...

—Mmmm... Bueno, Eva, ya estamos sobre la hora. Mire, como le dije, tengo problemas de agenda. Ahora que usted está de baja podremos encontrar una hora por la mañana para vernos. Y le voy a recomendar que asista a alguna reunión de AA.

—¡¡¡¡¿¿¿¿Qué????!!!!

—No se asuste. Vaya a una reunión y me cuenta el próximo día... y me gustaría hablar unos minutos con su amiga Marina.

(Al finalizar la sesión hice pasar a la amiga a la consulta. Completamente innecesario, inapropiado e inevitable, lo reconozco. No sé qué me pasó con esta mujer que perdí un poco los papeles. ¡Es tan atractiva! ¡Tan mujer! Si de un hombre muy masculino se dice que es «un macho», de esta mujer se podría decir que es «una hembra». ¡Irresistible! Le dije unas cuantas obviedades respecto a la paciente, le sugerí que la llevara a alguna reunión de AA. Torpe y nervioso como un adolescente principiante. Tenía su teléfono porque ella había llamado, pero se lo pedí con la excusa de poder comunicarme con Eva y le di una tarjeta con la orden de que me llamara: «Llámame», la tuteé. ¡Se me escapó! Ella se

sorprendió. Luego maticé: «Quise decir que puede usted llamarme si me necesita. Bueno, ya sabe, si ocurriera algún otro incidente con Eva». Guardé su teléfono en la agenda del móvil y confieso que alguna vez miro su foto del WhatsApp. Una sonrisa cautivadora. ¡Cuidado, cuidado! ¡Alerta roja!).

Madrid, jueves

Eva lleva cinco días en casa. Mi *pensao* es que se quede alrededor de una semana, pero no sé, igual la cosa se prolonga... Ella está encantada y no hace ningún ademán de despedirse. No es fácil. Ni para Pedro, ni para mí. Yo estoy encantada de cuidar de ella y sobre todo de ver su disposición a cambiar, pero es como un peso muerto entre nosotros. Dependiente, pasiva, acataplasmada.

Pedro está como ausente, sé que a él esta historia le viene impuesta, las penas de amor de mi amiga le sobran por completo, reconozco que hace muy bien su trabajo y nos prepara unas cenitas fantásticas que disfrutamos juntos y después él se retira al refugio de su iPad. Así que mis encuentros nocturnos con Pedro se han perdido. Eva y yo nos quedamos conversando de todo y nada. Esa parte es rica y la disfruto. Eva, junto con la salud, va recuperando el humor y nos morimos de risa. Entre las dos hicimos añicos al personal del encuentro de los quince años de graduados y nos reímos a carcajadas. (¡También de nosotras, por supuesto!). Me sorprende cómo Eva se acuerda de cada cual, de los cuentos, de las anécdotas, de los amores y desamores, de las filias y las fobias de todos. ¡Yo no me acuerdo ni de los profesores! ¿Dónde estaba yo cuando estudié la carrera? Imagino que entre libros y apuntes, tratando de no bajar la guardia para poder mantener la beca. ¡Qué stresssss!!!! Menos mal que soy simpaticona, porque si no, sería para matarme. Supongo que la mayoría me odiaría un poco, o un mucho... en fin. De entonces me quedan Eva y Su, y no necesito más. Las de «la liga de la leche» me sobran entonces y me sobrarían hoy. Son rezonas, se encomiendan a Dios por cualquier cosa y seguro que son de las que mandan cadenas de oraciones en los chats de amigas. Además, por suerte, o por desgracia, Eva, Susana y yo seguiremos engrosando «la liga de las Yermas», porque me temo que a estas alturas del partido ninguna de las tres tendrá hijos. Susana ni se lo plantea y Eva, hasta que encuentre otra pareja, ya se le habrá pasado el arroz. No es que me alegre, pero confieso que me consuela saber que no seré la única, que no voy a quedarme completamente sola del otro lado de la maternidad, del otro lado de la reja del parque, mirando cómo crecen los hijos de las otras entre columpios y toboganes. Oyéndolas hablar de biberones,

guarderías, colegios, deberes, actividades extraescolares y funciones de fin de curso.

Y ahora que ya he relatado la parte buena de la estancia de Eva, como diría Susana, ya toca el «momento-rata-de-alcantarilla»: a veces me da la impresión de que Eva, más que observarme, o simplemente disfrutar de estar acompañada, me escruta, me imita, copia mis gestos, repite mis palabras... El otro día la oí diciendo, con gran naturalidad, «El niño que es llorón y la mamá que lo pellizca», como si se le acabara de ocurrir a ella... Me encanta escuchar a Pedro decir palabras y refranes venezolanos, verlo mezclado en mi lenguaje, enredado en mis raíces, ¡pero Pedro es mi marido! ¡Eva no! No es que me moleste que Eva los use, me fastidia que se los apropie. ¡Que no me cite! Tengo la sensación de que cuando se queda sola en casa curucutea en las gavetas de mi closet, se prueba mis zapatos... No sé. Es raro. Seguramente exagero, debe ser idea mía, pero esa parte de su presencia me inquieta. Se cree que soy maravillosa y que Pedro y yo somos la pareja perfecta. Al lado de la suya, cualquiera es la pareja perfecta, pero me incomoda, me siento como las Kardashian, en una exposición permanente y con Eva como único público. Continuamente me pregunta cómo hago lo que hago o por qué lo hago de una forma y no de otra; dónde compro lo que compro; qué pico entre comidas, cuántas veces a la semana hablo con mi mamá, si me escribo mucho o poco con Susana, ¿qué estoy leyendo?, ¿por qué escribo?, ¿qué escribo?, ¿llevo un diario en estos cuadernitos? ¿De qué escribo en el diario? (¡Ojo! ¡Ahora los escondo con prudencia!). A veces no sé si su mirada es de crítica feroz o de asombro, si me admira o si en el fondo me desprecia. Le falta entrar al baño y acompañarme a ver cómo me corto las uñas de los pies... En fin. Me da pena verla a veces tan perdida, tan sin norte, imagino que me tiene de tabla de salvación y que en esa medida se aferra a mí; pero espero que esto le dure poco, el tiempo justo de estar en casa, y que volvamos a una relación de igual a igual.

Hago de mamá a tiempo completo. El otro día la acompañé al terapeuta. Primero la hizo pasar a ella sola y después pasé yo. Hablamos un rato sobre los cuidados de Eva. Me gustó el ambiente que se respira en su consulta y me impresionó su biblioteca. Me habría encantado curiosear en sus estantes y ver qué lee. Me lo imagino estudiando todo el día. Parece un hombre interesante. Caigo en la cuenta de que cuando yo veo a un hombre, no puedo evitar ver a un hombre. No veo a un médico o a un terapeuta, a un colega o a un albañil. Primero, veo a un hombre. Ya después le pongo la etiqueta. Me lo imaginaba mayor de lo que es. Me pareció atractivo, un poco atribulado ¡y le sobran kilos! No muchos, pero le sobran o están mal repartidos. ¡Menos libritos y un poco más de deporte, mi corazón! Le quitaría el chalequito ajustado, le cambiaría las

medias —demasiado cortas, ¡horror!, cuando se sienta se le ve esa rayita de pierna mata-pasiones entre el borde de las medias y el borde del pantalón—. ¡No, mi amor! ¡Por muy intelectual que seas, esos dos centímetros de pierna *pelúa* no van *p'al* baile! Lo llevaría a un buen peluquero que le empareje la barba y ¡listo! ¡¡¡Terapeuta interesante y atractivo a punto!!! ¿Los intelectuales no tienen espejos en sus casas, o es que no tienen mujeres que los pongan a valer? No lo entiendo. ¡¡¡Dos mesecitos conmigo y sería otro!!!

(Debería explorar la posibilidad de convertirme en entrenadora personal y/o asesora de imagen. ¡Me encanta meterme en la vida de la gente! Iría armada con un matamoscas, dando matamoscazos en el cogote a los gordos, a los mal vestidos, a los maleducados, a los que pecan del «laísmo», a los que temen el «dequeísmo» y le huyen cuando no hay razón, a los que se hacen la vida complicada, a los que llevan ropa de otra talla, ¡tengo una lista interminable! Aunque, pensándolo bien, igual no sirvo, porque ahí tengo a Eva, dispuesta a seguir mis indicaciones y a imitarme, como si yo fuera Olivia Palermo, y en cuanto me parece que se me acerca mucho, se me desinfla el matamoscas y me dan ganas de salir corriendo o de encerrarme en el baño para que nadie me vea. ¡Me horroriza esa imagen de perfectica y buena que Eva tiene de mí!).

(Una semana después).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Descongelarse

Estimada dirección:

Muy acertada su intuición. Hay palabras que pueden ser mucho más efectivas y más duras que el hielo. Es preciso dejarlas a un lado por un tiempo hasta poder digerirlas.

Puede que el calor que emana de su último correo empiece a descongelarme.

Confío en que la dirección persevere y no me deje a medio descongelar.

Un afectuoso saludo.

Tomás López

(Inmediatamente).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: Descongelarse

Estimado señor López, en este momento la dirección está en una sala de embarque a punto de tomar un avión. No obstante, no ha querido hacerle esperar, no vaya a ser que se congele usted de nuevo!

Un cálido saludo.

La dirección

(Inmediatamente).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Re: Descongelarse

¡Buen viaje!

Escribiré con calma para que mi correo te esté esperando cuando aterrices.

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡Respondió!

Mañana te llamo y te cuento.
Su

(Cuatro horas después).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: No lo he olvidado

Querida Susana:

Me atrevo a romper el clima de los dos últimos correos.

Para empezar, quiero agradecerte que hayas retomado el hilo de la conversación. Conociéndote, sé que no te ha sido fácil.

Reconozco que había dado mi intento de acercamiento por fallido y había decidido no volver a escribir. Entendí que no podías perdonarme ni siquiera para un intercambio de correos y no pensaba insistir ni estaba dispuesto a someterme indiscriminadamente a la penitencia que me impusieras. Nadie me dijo que esto iba a ser fácil. Tenía prevista tu furia, tu silencio, pero las ganas de saber de ti me animaron a intentarlo a pesar de todo. Secretamente apostaba por tu sentido del humor (y no me equivoqué). Con lo que no podía contar era con lo de «mis hijos nacidos».

A lo largo de estos años me he preguntado más de una vez qué habría sido de nosotros si tu decisión hubiera sido otra. No lo sabremos nunca. Lo cierto es que ahora tengo dos hijos a los que adoro y no me imagino mi vida sin ellos.

Entiendo que mis hijos no ocupen el centro de la escena en este reencuentro, pero espero que comprendas que no voy a omitirlos ni a borrarlos del mapa, ni a hacer como si no existieran.

Es lo que hay y no creo que tenga que disculparme con nadie por la vida que he llevado. Estoy de acuerdo en que me he equivocado muchas veces, pero mis equivocaciones las he pagado y las estoy pagando yo, y mis hijos no están en la lista de mis errores.

De nuevo, es lo que hay. Me encantaría poder continuar esta correspondencia, pero entendería que tú no estés por la labor. La pelota está en tu tejado.

Un abrazo descongelado y cariñoso.

Tomás

(Cinco días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: No lo he olvidado

Querido Tomás:

Yo también agradezco que hayas reconsiderado tu retirada. Claro que no podía ser fácil y no lo es. Para ninguno de los dos.

Tu último correo —¿todos?— me han despertado sentimientos encontrados. Por una parte, confieso que me ha gustado volver a saber de ti (yo también he disfrutado del humor de otros tiempos) y, por otra, tu aparición, así, de la nada, después de tantos años, me ha hecho revivir algunos de los momentos más dolorosos de mi vida, en los que tú fuiste el protagonista. Sí, el malo de la película, Tomás.

Tienes razón en lo que dices, no puedo pedirte que borres a tus hijos (bueno, sí puedo... pero, por supuesto, que comprendo que ¡tú no me hagas caso!). De la misma manera, espero que no te sorprenda la poca o ninguna gracia que me hace imaginarte padre de otros hijos... ¡Tan feliz, tan orgulloso, tan contento! ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Por otra parte, me parece increíble que la vida no haya hecho mella en ti y que sigas siendo el mismo especialista en echar balones fuera. No puedo creer que insistas en la versión de «qué hubiera pasado si tu decisión hubiera sido otra». Sencillamente no me lo puedo creer, Tomás. Después de todos estos años, no he podido olvidar tu frialdad (entonces sí que estabas congelado). En todo caso, fue una decisión en la que ambos participamos, y en la que —créeme— yo me llevé la peor parte. Se ve que tu mujer lo hizo mejor que yo, ella sí que tuvo a su hijo y consiguió cazarte y casarte. ¡Enhorabuena!

Otra vez, ¡por enésima vez entre nosotros!, «la pelota está en mi tejado». ¿Qué pasa? ¿Es que tú no tienes tejado? ¿O es que no tienes pelota(s)?

Siento el tono de este correo, Tomás, pero no puedo tocar este tema como si habláramos del tiempo o del paisaje. ¿O tal vez es que sí estamos hablando del tiempo? Del tiempo que ha pasado y del tiempo que no puede pasar, ese en el que el dolor sigue intacto como si el 24 de febrero hubiera sido ayer...

Un abrazo hirviendo.

Susana

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¿Amiga/ONG/Abuela?

Querida Su:

Llevo tiempo queriendo escribirte pero ¡no doy abasto! ¡La vida de amiga es dura! Ja, ja.

La verdad es que la estancia de Eva en casa ha sido más placentera de lo que yo esperaba. La primera semana fue la más difícil. Ella adolorida por dentro y por fuera. Me cuesta describirte cómo tenía la cara. Daba miedo mirarla y cada día amanecía con un color diferente. Pedro no estaba preocupado y nos tranquilizaba a las dos. Sabía que el arcoíris de su cara era normal. Esos primeros días Eva estaba entre muy triste, muy con el rabo entre las piernas, un tanto agradecida y muy, muy malhumorada. Imagino que por el mono de sus dos adicciones predilectas, el alcohol y Germán.

La dependencia loca que la amarra a Germán la conocía, pero no me imaginaba que el problema con el alcohol fuera tan serio. Las últimas veces que quedamos me pareció que aguantaba mucho más que yo, pero eso no tiene ningún mérito... Sí recuerdo que un día le comenté a Pedro: ¡esta bebe parejo!, pero poco más.

Yo, mientras se recupera de uno y otro dolor, más que de amiga o de mamá, estoy haciendo de abuela: bizcocho casero para el desayuno, sopitas calientes, comidita de dieta, nada de alcohol, nada de teléfono y, sobre todo, ¡ni gota de Germán! Lo está llevando mejor de lo que me esperaba. Yo guardo su teléfono apagado y se lo devolveré cuando regrese sana y salva a su casa. ¡Tal cual como hacen las mamás de los adolescentes enganchados al móvil!! Ni más, ni menos. Germán no se ha atrevido a llamar directamente a casa, hizo telefonar a su secretaria, ¡al fijo de mi casa!, ¿te imaginas?, y como yo soy tan bicha, le dije que estaba dormida y que no se la podía molestar, y me quedé nueva!!! A Eva ni palabra de esta llamada. ¡Abstinencia es abstinencia, mi corazón!, así que cuando yo digo «ni gota de Germán», no lo digo en sentido figurado!!

El otro día vinieron su hermana y su mamá. No sé a cuál de las dos hubiera

asesinado antes. ¡No sabes cómo tratan a Eva! Es una mezcla entre un cierto tonito condescendiente, desprecio y burla que me resulta completamente intolerable. ¡Con decirte que creo que la trata mejor Germán!!! No me extraña que hubiera preferido venir a recuperarse en mi casa que en la de su mamá. ¡Allí la hubieran enfermado más! ¡Con una madre así, yo también me hubiera dado a la bebida y a la comida! ¿Puedes creer que tuve la impresión de que la mamá de Eva la odia? Si no la odia, por lo menos es evidente que la exaspera, que no la aguanta. Desaprueba, de entrada, cualquier cosa que haga o venga de Eva. Lo de la hermana es otra cosa, yo tengo dos hermanas y sé de las rivalidades y competencias entre las unas y las otras, pero también sé de la complicidad y de la solidaridad que nos tenemos. No sé, es como un plano distinto de relaciones entre iguales. ¡¿Pero que su propia mamá no la quiera?! ¿¿¿Cómo se come eso??? ¡Tienes que condimentarlo con mucho alcohol para tragarte ese sapo!!! Seguro que me dirás que es que yo no soy imparcial con el tema de la maternidad, y sí, tienes razón, lo sé, pero es que te lo juro que el desdén es muy obvio. Mira que yo tampoco tuve una madre fácil, pero yo creo que mi mamá nos odiaba a todos por igual, además, ahora, con los años, como que nos ha cogido cariño!!!! Ja, ja, :))

En un momento de la conversación pretendieron usarme como arma arrojadiza contra Eva, con comentarios del tipo: «Fíjate en Marina», «¿Verdad, Marina?», «Marina, ¿a que tú nunca...?»... ¡No las dejé! Me puse de parte de Eva de inmediato!!!, y me dediqué a alabar sus méritos. Cuando vieron que yo estaba en el bando enemigo, también arremetieron en mi contra. ¿Cómo? ¿A que no lo adivinas????

«¿Y con todos los años que llevas casada con Pedro todavía no has tenido hijos?».

«¡No lo dejes para después, bonita, mira que por fuera te ves muy joven, pero en estas cosas la edad no perdona!».

Tenías que haberme oído el discursito que me marqué: «¿Hijos yo? ¡No, si a mí no me gustan los niños! ¡Menos mal que a Pedro tampoco! Nosotros nos dedicamos a disfrutar de nuestro dinero y a viajar. Y no entiendo por qué las mujeres se siguen sintiendo obligadas a ser madres, con todas las cosas interesantes que se pueden hacer en la vida. ¿Y tú en qué estás trabajando, Milagro???? ¡Ah! ¡Que NO estás trabajando????!!!! Vaya, bueno bonita, no te preocupes, que ya encontrarás alguna cosita que hacer... Pero ya sabes, ese tren también pasa, y con el paro que hay...».

Ja, ja, ja ((((((¡¡¡Qué hipócrita!!!)))))). ¡Estuve de aplauso!!!

Siguiendo con el plan de restauración de Eva, además de a su terapeuta, me la llevé de la mano a mi nutricionista!!! Como ves, ¡nada me gusta más que

arreglarle la vida a la gente!!! A veces mis víctimas se dejan y casi siempre me lo impiden. Las dos ráfagas de visita que hice a su casa el fin de semana fatídico me dejaron remangada y con los crespos hechos, con unas ganas locas de hundirme hasta el último rincón para ponerlo en orden. Dice que tiene una asistenta, pero me parece que va a su casa de visita, no sé qué hace... Ya sabes que soy muy dispendedora y que me encanta meterme, opinar, mandar, ordenar, recomendar!!! Me parece que erré de profesión, debería dedicarme a convertir un síndrome de Diógenes en un recinto zen o a la limpieza de escenas del crimen!!!

Bueno, Su, te dejo. Siempre es un desahogo poder contarte.

Un abrazo y seguimos informando.

mm

Madrid, miércoles

He decidido abandonar definitivamente el tratamiento. El último ciclo lo hicimos por pura tozudez, en contra de la opinión de la doctora. ¿Un gesto final de dignidad? ¿Agotamiento? No lo sé. Me doy por vencida. Eso es. Me rindo. Pierdo. Lo reconozco, no puedo más. No pude. No supe. No fui capaz. Así de simple, así de corto, así de lastimoso. No puedo tener hijos. Nunca voy a quedarme embarazada. Nunca sabré lo que se siente. Una tripa que crece, los pechos que se hinchan, el niño que se mueve, las ecografías, los dolores de parto, los primeros meses, amamantar, no poder conciliar el sueño, los cólicos, la angustia, el miedo, la fascinación, el llanto, la sonrisa, consolar, educar, acompañar, regañar, reírse, jugar, disfrutar, maldecir, esperar, corregir, otra vez jugar, obligar, madrugar, adorar, asustarse, ufanarse, ver crecer, despedirse... Ninguno de esos verbos entrará en mi vocabulario. Nunca tendré un hijo. Lo escribo y no me lo puedo creer. ¿Nunca tendré un hijo? ¿De verdad? ¿Nunca, nunca, nunca? ¿Ni siquiera un poquito de hijo? ¿Uno pequeñito? ¿Uno feo? Un hijo bizco, patuleco, me da igual niña o niño. ¡Un hijo! Me conformo con uno. No pido más. ¿Es que es tanto pedir? Se ve que sí.

No tendré hijos, ni nietos. Todo el arsenal de mimos y el entrenamiento de abuela que acumulo se pudrirá en mis brazos entre el iPad y el móvil. El agujero se agranda a medida que se agranda el futuro. Comidas familiares, domingos, cumpleaños. No tendré una familia. Una pareja es una pareja, una familia es otra cosa.

Quedaré para siempre fuera de las conversaciones de mis amigas-madres. Bajaré los escalones correspondientes en la escala de la mujeritud... Mi: «No. Yo todavía no tengo hijos» pasará a ser: «No. No tengo hijos». «No. No tuve hijos». No los supe parir. Lo siento, fue sin querer, juro que lo intenté... Ya será en otra vida... A ver si hay suerte y vuelvo a ser mujer y en la próxima vida soy fértil... No. No puedo tener hijos. Nunca, nunca, nunca...

No me gusta bajar la cabeza, puestos a hacer algo, con la cabeza prefiero darme golpes contra una pared. Tengo cabeza con vocación de maza, insisto. Un mes, y otro mes, y otro, y otro, como si fueran gotas de una tortura china, me

doy cabezazos hasta horadar la piedra y convertirla en hijo. No he podido. No pude doblegarla. Presento mi renuncia irrevocable. Ni mi cabeza, ni mi cuerpo, ni mi vida dan para más.

Vale, me rindo. ¡Pido cacao!

Recuperaré espacios perdidos. Ocuparé la habitación del niño. Pondré una biblioteca. (Mi cabeza sirve más para leer, que para derribar imposibles). Empezaré por Pedro. Nuestra vida sexual sigue tan taciturna como antes. Ahora el esquivo es él, o eso me lo parece porque yo estoy más pendiente y me doy cuenta. No me puedo quejar. Es un hombre adorable y me tiene una paciencia de santo. ¡Tiempo habrá! Nos queda toda la vida por delante para retomarnos el uno al otro, para reencontrarnos. Para inventarnos un presente sin tratamiento, sin esperanza, y un futuro sin hijos.

Ahora toca recuperarse de la sentencia a cadena perpetua.

DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: Re: No lo he olvidado

Mi querida Susana:

Tu último correo me ha conmovido hasta las lágrimas. No tenía ni idea de que tu dolor hubiera sido tanto. Lo que sabía de tu vida (éxitos profesionales imparables, vida excitante y divertida) me hacía pensar en todo lo contrario. La vida que has elegido no se parece en nada a la que hubiéramos tenido con un hijo, así que, cuando pensaba en ti, creía que cada nuevo trabajo, cada mudanza, cada cambio de país, ¿cada amante distinto?... te servían para confirmar y convencerte de que habías hecho bien, de que aquel no era un buen momento para tener un hijo. Te imaginaba contenta y complacida con tu vida, pensando: «¡Menos mal! ¡De lo que me libré!». Nunca: «¡Qué pena! ¡Lo que me perdí!». Puede que esta idea me distrajera de mi nostalgia, ¿de mi responsabilidad?, o de mi propio: «¡Lo que me perdí!». Puede ser.

Y sí, tienes razón, tú te llevaste la peor parte. Y no sólo físicamente. ¡No sabes cuánto lo siento! La referencia que haces a una fecha que yo había olvidado por completo no me deja ningún lugar a dudas. No sabes cuánto me gustaría poder abrazarte en este momento y hacerte saber que lo siento. Que de veras lo siento. ¿Lloraríamos los dos por ese hijo que no tuvimos? ¿Por nosotros? No lo sé. Pero me gustaría abrazarte por todos esos 24 de febrero que no he estado a tu lado.

Lo terrible es que el tiempo sí pasa y que en el tiempo que pasa, pasan cosas, cosas que no podemos ni borrar ni cambiar.

Estoy aquí.

Un abrazo compungido.

Tomás

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Las cartas sobre la mesa

Querido Tomás:

Comprende que yo no podía retomar ningún tipo de contacto contigo sin mencionar esta historia.

Cuando dices que yo me llevé la peor parte, es verdad, es una parte rara. Una parte sin cara, sin nombre, una parte que no existe y que a la vez pesa mucho. En cambio tú te fuiste liviano. Liviano y con un plan de vida muy organizado. ¿Previsible?, ¿convencional?, ¿aburrido?, no lo sé. En todo caso, seguro. Yo me quedé humillada y sola. Literalmente «compuesta y sin novio». ¡No sé si me costó más levantarme de la ruptura y del aborto o quitarme la cara de tonta que se me quedó cuando te casaste!

En estos años, tanto el «de lo que me libré» como el «de lo que me perdí», que imaginas, han estado presentes. No me estoy haciendo la mártir, mi vida me gusta y la he elegido yo.

Creo que mi trabajo ha sido mi mejor aliado; mi pareja, mi acicate, un compañero exigente, en el que siempre puedo confiar y que cada día está esperando un poco más de mí. Un espejo que me devuelve la mejor imagen que puedo tener de mí misma. Soy mejor profesional que amiga, que hija, que amante... Así que no te preocupes, que ¡tú tampoco te perdiste mucho!

Por supuesto que nuestras vidas habrían sido completamente diferentes si aquella decisión hubiera sido otra. Nunca sabremos cómo, pero diferentes.

Un abrazo.

Susana

(Cuatro horas después).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Las cartas sobre la mesa

Mi querida Susana:

Leo y releo tu correo, bueno TUS correos, todos, hasta los más feroces!!! Como siempre, me gusta escucharte y saber de tu vida.

No sé si estoy muy de acuerdo en cuanto a cuál de los dos se quedó más liviano o más pesado con la ruptura... Cada cual tiene su punto de vista y a cada uno le tocó cargar con su propio peso. Esa vida previsible, que me atribuyes con razón, también me ha quitado mucha libertad. Yo tampoco me quejo, también yo elegí y, en mi caso, lo que tú dices respecto a tu trabajo, puedo suscribirlo yo respecto a mi paternidad. Creo que soy mejor padre que cualquier otra cosa, o al

menos hago todo lo que está a mi alcance para serlo. Mis hijos son mi motor, ocupan el centro de mi vida y me preocupo activamente por hacerlo bien. No sé si recuerdas que mi relación con mi padre siempre ha sido farragosa y confusa (complacerlo, no complacerlo, competir, ganarle, perder, superarlo, admirarlo, odiarlo, sentirme humillado, revolverme en su contra, encontrar mi propio camino, seguir sus pasos, etc., etc., etc.), con los años todo se ha suavizado mucho, pero mi padre ha ocupado tanto espacio en mi vida que mi propósito como padre consiste en hacer todo lo contrario con mis hijos. Me gustaría pasar por su vida de tal manera que ellos no tengan que pensar en mí. No sé si me explico. No quiero ser un estorbo, quiero que me den por sentado. Que sepan que cuentan conmigo para lo que decidan hacer con sus vidas. Quiero formar parte del paisaje, no ser el punto de partida ni el de llegada. Tampoco sé cómo sería ser el padre de una niña, de hecho, mis hermanas tienen un padre completamente diferente al mío, a mí me ha tocado ser el único hijo varón de un padre exigente y competitivo y ser el padre de dos chicos y, desde mi propia experiencia, sé cómo NO quiero hacer las cosas. En fin, seguro que me estoy equivocando y que cuando Ignacio y Tomás crezcan, me echarán en cara el no haber sido más exigente, o más firme. ¡Me temo que no hay escapatoria!

Hablando de padres, ¿cómo está el tuyo? Conservo de él un recuerdo entrañable... Más de una vez he pensado que él encarna el modelo de padre que me hubiera gustado tener. Un padre estimulante que por encima de todo cree en su hija, que te respeta. Un padre que siempre te abrió puertas, aunque él se quedara mirándote partir desde la ventana, con pena, pero sobre todo con orgullo. ¡¡¡A la vista están los excelentes resultados de su manera de ser padre!!!

Bueno, vamos a dejar el momento «confesiones al psicoanalista» aquí!! No te quiero aburrir.

Dime si puedo llamarte, si te apetece que hablemos por teléfono, por Skype o como tú prefieras.

Te abrazo.

Tomás

(Dos días después).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Sigamos escribiendo

Querido Tomás:

Si no te importa, prefiero mantener la distancia de seguridad que me dan los

correos. Estas ventajas las he aprendido a valorar con Marina, con quien me intercambio correos como si fueran cartas.

Suena bien tu plan de paternidad, tienen suerte tus hijos de contar con un padre que los cuida tanto, pero me temo que no existe una manera de lograr que los hijos no piensen en los padres, independientemente de si se es chico o chica. Yo echo de menos a mi madre cada día, los casi veinte años que hace que nos dejó, a veces me parecen dos meses, a veces una semana, un año como mucho. La tengo presente a todas horas, le consulto cosas en mi cabeza y con frecuencia me pregunto qué pensaría ella de mí si me viera. ¡¡¡¡Para empezar, pensaría que estoy loca porque hablo sola!!!

Llevo una vida tan distinta a la suya que no sé si estaría orgullosa u horrorizada. Esa es otra de las cosas que nunca sabré.

Mi padre bien. En su línea habitual. Es un hombre fantástico. Sigue en el pueblo, donde vive desde que se jubiló, rodeado de sus amigos de toda la vida. Lleva una vida austera, cuida del huerto del abuelo, juega al mus y presume de hija con todo el que se le acerca. Soy su obra. Hizo de mí su única hija y su único hijo a la vez y disfruta de mis logros mucho más de lo que lo haría si fueran suyos. ¿O es que son suyos? ¡Claro que son suyos! Se lo debo todo a mi padre. Se endeudó hasta las cejas para ofrecerme una educación por encima de sus posibilidades y probablemente por encima de mis capacidades, así que yo también pienso en mi padre continuamente y me siento en deuda con él, obligada a triunfar para justificar todo su esfuerzo... Como ves, esta es otra forma de tener al padre siempre presente. Como tú dices, no hay escapatoria.

¿Cómo están tus hermanas? Hace años que no sé nada de ellas. Mantuve el contacto con Isabel durante un tiempo (era una chica adorable cuando lo dejamos y nos llevábamos muy bien), pero hace mucho que le perdí la pista. ¿Cómo está ella? ¿Y tus padres?

Ya me contarás...

Un abrazo.

Susana

(Inmediatamente).

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Sigamos escribiendo

Mi Susana querida:

Acepto tus condiciones. Yo también empiezo a paladear el gusto por la

correspondencia. La espera (¿responderá?), el suspense (¿cuándo, en qué tono, qué me contará esta vez?). La sorpresa, el regalo de ver tu nombre y tu apellido en la bandeja de entrada (¡respondió!). Lo guardo y me relamo hasta alcanzar el placer de escucharte. Por otra parte, los correos tienen la ventaja de que se dejan releer y acompañan en los intervalos. ¡De acuerdo!

Recuerdo a tu padre como un hombre sencillo, íntegro, totalmente volcado en tu formación. Comprendo que se deleite y alardee de tus triunfos! A tu madre la conocí menos, pero me acuerdo de su larga enfermedad, su agonía, su preocupación por dejaros solos a tu padre y a ti. Alguna vez, cuando leo en una necrológica eso tan trillado de «Luchó valientemente contra una larga enfermedad», me viene a la cabeza la imagen de tu madre y entonces sé que no es una frase hecha, que tiene sentido, que dice lo único que se puede decir de algunos casos. Tu madre fue una jabata, luchó con uñas y dientes contra el cáncer hasta el último momento y ese espíritu también forma parte de su legado. Me atrevo a imaginar que es algo que has heredado. Una mujer combativa que tiene claros sus objetivos y se esfuerza por ellos.

Mis padres, muy mayores ambos. Mi madre con un alzhéimer incipiente, pero no menos implacable, cada vez es más un cero a la izquierda. Mi padre, ablandado su carácter, por una parte, y acentuados sus defectos, por otra. ¡Hubiera preferido ser su nieto! Todo lo que hacen mis hijos o los hijos de Laura es una fiesta para él. Es cariñoso con ellos como nunca lo fue con sus hijos y está totalmente enamorado de Lola, la pequeña de tres años de Laura. Por otra parte, lleva fatal lo de mi madre. Se exaspera con ella, le echa la bronca cuando pregunta lo mismo una y otra vez, cuando cuenta tres veces la misma historia o cuando se despista y se pierde. ¡Como si la pobre lo hiciera por molestarlo! Siempre se está quejando de algún dolor y se pasa el día refunfuñando. Como ves, ¡un encanto! Reconozco que con los nietos es muy cariñoso. Conmigo sigue siendo inmisericorde. No me lo dice abiertamente, pero no oculta su desaprobación. Si tú eres un trofeo para tu padre, yo me sigo sintiendo una especie de grano incómodo para el mío.

Laura es su primera hija y eso ha sido suficiente para que mi padre la quiera. Nunca le ha exigido nada. No terminó derecho, sólo ejerce de madre, se divorció hace dos años de Rafael —que se ha portado fatal con mis sobrinos— y mi padre la mantiene, sin rechistar. Sé que además de pagarles un colegio carísimo a los chicos, les da dinero a escondidas. Pero no pienso ni quejarme ni competir. Es su dinero y puede gastarlo como le parezca.

Isabel ha hecho una carrera brillante. Hizo un doctorado en el MIT. ¡Los americanos se la querían quedar!, pero regresó hace un par de años y está viviendo en Barcelona, donde es una investigadora muy reconocida. Me parece

que es la única de sus hijos de la que mi padre se siente verdaderamente orgulloso. No se ha casado. Tiene pareja, pero lo oculta (al menos de la familia, sólo yo conozco a Victoria). Creo que está esperando a que muera mi padre para salir del armario. Es con quien mejor me llevo de toda mi familia. Le conté que me estoy escribiendo contigo y le hizo mucha ilusión volver a saber de ti. Me pidió tu correo para saludarte, pero no me atreví a dárselo sin consultártelo.

Bueno, ahora sí es verdad que parecemos dos viejos amigos, no?????

Quiero saber más de ti. Me gustaría que me mandaras fotos, vídeos de tu vida, de tu casa, de las calles por las que caminas, de la estación de metro que te queda más cerca, de lo primero que ven tus ojos al despertarte, de lo que miras desde la ventana del salón o desde la cocina. ¿Cocinas? Quisiera que me contaras qué usas para dormir, a qué hueles, cómo llevas el pelo, cuál es tu plato favorito, ¿qué estás leyendo, cuánto pesas, sigues llevando tacones, qué tomas para desayunar, tienes pareja, sales con alguien? Quiero saberlo TODO de ti para imaginarte, pero me conformo con que me cuentes tus martes.

Espero tus respuestas con impaciencia.

Un abrazo, dos abrazos, tres abrazos.

Tomás

Trece

Durante los días que pasó en casa de Marina, Eva no salía de un asombro para entrar en otro. Las flores naturales no faltaban en el salón, como no faltaban sobre la mesa el mantel y las servilletas siempre de tela, el platito del pan y las copas de diario en las que, desde que ella había llegado a la casa, sólo se podía beber agua. Era como si cada día hubiera un invitado especial o se celebrara algún aniversario. Recoger los platos usados de la mesa era una tarea delicada que Marina se empeñaba en hacer siempre sola. Igual si comían ellos tres o si se trataba de una comida para ocho, Marina llevaba los platos a la cocina de dos en dos, uno en cada mano, ¡nunca un plato sucio sobre otro! ¡Nunca limpiar los restos de comida de un plato sobre otro en la mesa! ¡NUNCA! Podía hacer quince viajes. No era simplemente un detalle negociable que Marina cuidara con cierto mimo. Había algo de rigor, de sacrilegio o de promesa en todo aquello.

Marina y Pedro llevaban una vida de anuncio de yogur. No de reportaje de revista porque había un toque rústico y simple en la decoración y algo muy de andar por casa en su manera de moverse. Emanaban una armonía ostentosa que se estrenaba cada mañana con la mirada cómplice de quien ha pasado una buena noche en compañía. Las pastillas que el psiquiatra le había recetado a Eva para dormir la dejaban tan KO que nunca se enteró de cuándo o cuánto follaban esos dos, pero no tenía dudas: ¡esos dos follaban, y además follaban bien! Los silencios entre ellos eran cómodos y las conversaciones frescas, cargadas de humor y de un amor que con frecuencia a Eva le resultaba insultante. Ella se dejaba cuidar y los miraba con una envidia estéril. Con la misma fascinación con la que se miran las fotos de esos lugares remotos que sabemos que, aunque nos toque la lotería, no visitaremos jamás. ¡Ella nunca podría aspirar a nada parecido! Lo sabía. Ella, ese premio, nunca lo iba a ganar.

Le gustaba deambular por el piso mientras ellos no estaban. Revisar cajones, hurgar embobada en los armarios. Le sorprendió las pocas prendas que había en el de Marina y las muchísimas que abarrotaban el de Pedro. Unas y otras colocadas en un orden perfecto. Las camisas de Pedro, sus calcetines, sus tirantes y sus corbatas, sus pantalones y sus chaquetas. Las faldas, los pantalones

y los vestidos de Marina ordenados por colores. Dedicó una mañana a inspeccionar su nutrida colección de camisas blancas, que parecían idénticas pero que no lo eran. Variaban la longitud de la camisa, el tamaño de los puños, la forma de los cuellos, los botones. Recordó vagamente que el fin de semana del suicidio había pensado en las camisas blancas de Marina, pero no podía precisar ni en qué momento, ni a santo de qué. ¿Qué pintarían unas camisas blancas almidonadas en ese capítulo mugriento del libro de su vida? ¡Ni idea! En cualquier caso, Marina le había prometido acompañarla a elegir una. Sólo una. LA camisa blanca. Punto. Sabía que ese no era su estilo, que ella era más de sedas, de blusas sueltas que de camisas de algodón, pero le parecía que una camisa blanca era lo único que ella podía imitar de Marina —aparte de la idea genial de colocar en todos los rincones de la casa pequeños centros de operaciones de emergencia con libreta, rotulador, tijeras y lima de uñas—. Las varias veces en las que apenas tuvo que estirar el brazo para recortar un artículo del periódico, quitar una etiqueta, arreglarse una uña o apuntar un recado le bastaron para comprobarlo. ¡En cuanto volviera a casa lo copiaría! ¡Lima a lima y tijera por tijera!

Le fascinaba la forma de almacenar las bragas, los pañuelos, los sujetadores, las bufandas, los calcetines, la ropa de deporte, los trajes de baño, todo en mínimas cantidades, todo —excepto los libros— ordenado por colores, y cada cosa en el único lugar posible que el universo había previsto para ese objeto en particular. Guardaba los zapatos en sus cajas y en cada caja una foto anunciaba el contenido. La ropa estaba tan bien organizada y había tan poca competencia entre una prenda y otra que vestirse era fácil. Un vestido. Una camisa blanca y un pantalón. Una camisa blanca, una chaqueta y una falda. Una camisa blanca, un jersey y otro pantalón. Otro vestido... Así de sencilla transcurría la vida en torno a Marina. Marina era ergonómica, todo a su alrededor estaba al alcance de la mano, todo era fácil, comfortable y bonito.

¡Marina era perfecta!

En una de esas largas conversaciones de las noches, se lo dijo:

—¡Es que eres como la Mujer Maravilla!

—¿La Mujer Maravilla? ¿Pero qué dices, Eva? ¡Como mucho seré la Mujer Más Ladilla! Soy un coñazo con el orden, lo sé, pero es que me parece que es más fácil y más bello vivir así. ¡Imagínate el caos y lo horrorosa que debo ser por dentro que necesito tenerlo todo tan atildado!!

Durante las veladas nocturnas, Marina aprovechaba para adelantar alguna tarea pendiente: doblaba ropa, ordenaba *tuppers*, planchaba sábanas o cortaba en dos las servilletas de papel del desayuno. Unas servilletas que no podían ser ni simples ni blancas; eran de esas divertidas de Tiger o de Ikea. Eso también era

fácil de imitar, ¡a partir de ahora, compraría servilletas de colores! Pero no pensaba recortarlas, eso le parecía una pérdida de tiempo y un ahorro mísero, que no era capaz de comprender. No sabía cómo casar la opulencia de las flores naturales y los manteles de tela con la austeridad de las servilletas de papel, minuciosamente recortadas en dos, así que un día le preguntó sin más:

—¿Por qué las cortas?

—Porque en mi casa, mi mamá las cortaba. Éramos muchos y había que rendirlas. Mi mamá lo multiplicaba todo dividiéndolo. Los bistecs, los algodones, la fruta, el pan, las servilletas... Recortarlas me recuerda de dónde vengo, quién soy y no me deja que se me suba a la cabeza esta especie de bonanza económica un poco artificial en la que vivimos Pedro y yo, solos, mirándonos el ombligo, sin una familia numerosa que alimentar...

Cuando Marina se ponía nostálgica, arrugaba los ojos y fruncía el ceño, como hacen los miopes para ajustar la mirada en la distancia. Y, en su caso, la distancia era mucha. De su infancia la separaba un precipicio, de su familia un océano, de sus penurias económicas unos cuantos ceros a la derecha en su cuenta bancaria y, sin embargo, a Eva, Marina siempre le había parecido una recién llegada. Conservaba el acento immaculado, como si el avión que la trajo hace años de Caracas hubiera aterrizado en Barajas esa misma mañana. En todos los años que llevaba viviendo en Madrid, no había aprendido a pronunciar las «zetas» ni a diferenciar una *c* de una *s*; su segunda persona del plural seguía siendo un «ustedes», aunque estuviera hablando con su mejor amiga. Siempre tenía un refrán en la punta de la lengua y, a pesar de sus modales exquisitos, había en ella un cierto desparpajo, un algo asilvestrado, que revelaba su verdadera naturaleza, como la delataban su risa estruendosa y sus servilletas de papel recortadas en dos.

Otros días, los mejores, Eva los dedicaba a mirar libros. Había libros en la entrada, en el salón, en el estudio-habitación de huéspedes que habitaba y en esa especie de trastero a medio hacer que albergaba tres cajas cerradas y dos estantes con algunos objetos disparejos: un reloj de mesa *art decó* que se había detenido a las cuatro y veintitrés, ¿de una tarde?, ¿de una noche de insomnio? Un artefacto gordo y plateado que reunía en su ser a la Santísima Trinidad de una radio, un reproductor de casetes y uno de CD. Seis perchas de madera. Una lámpara sin ton ni son, varios marcos de fotos —sin fotos—, un oso de peluche desgastado y un tintero otomano. Esa habitación contrastaba en su desaliño con el resto de la casa. Pero esa habitación era otra historia. Estaba a la vista, pero era una habitación prohibida. Allí, a Eva le daba pudor curiosear. Así que la pasaba de largo, como si no existiera, y regresaba a los libros del salón.

Mientras que la pareja Marina-Pedro le despertaba una envidia inofensiva, por

imposible, envidiaba sin ambages todo lo que Marina era capaz de leer, y lo envidiaba con la envidia mala de toda la vida, con la única envidia en la que se reconocía. ¡Leer! ¿Cuándo había dejado ella de leer? Como tantas otras cosas extraviadas, también había perdido su antigua pasión por las historias, estaba tan centrada en «el libro que se podría escribir con la suya» que todas las demás se le quedaban a medio empezar. No encontraba ni el tiempo ni la concentración ni el entusiasmo para meterse de lleno en una novela que no fuera la suya. ¿Culpa de Germán? ¿Del trabajo absorbente? ¿Del alcohol? Le daba igual. Los libros de Marina eran la cueva de Alí Babá para la lectora que ella había sido y otra vez un paisaje inaccesible para el despojo de mujer en el que se había convertido.

Reconstruir toda una vida desde cero le resultaba una empresa inabarcable. Pero comprar servilletas de colores, tener a mano tijeras, libretas, limas de uñas y leer una novela, ¡aunque sea una!, era un buen plan. ¡Ese sí que era un propósito a cumplir!

—¡Cuánto has leído, Marina!

—No te equivoques, Eva, querrás decir ¡cuántos libros me he comprado! Es como un vicio. No lo puedo evitar. Entro en las librerías a mirar libros, primero paseo por los estantes, me hago la indiferente, la contradigo, y empiezo a coquetear con unos y con otros. Me dejo seducir por alguno, lo toco, no de cualquier manera, le paso la yema de los dedos por el lomo, lo erizo. Leo sus promesas de amor en la contraportada. Vuelvo con el primero, regreso al otro, le sonrío, elijo cinco, por ejemplo, pero sólo compro tres. Entonces me siento en un café para olerlos, para mirarlos fijamente a los ojos como en una primera cita. Empiezo a leerlos, a probarlos, y me entrego en los brazos del que me aprieta con más decisión por la cintura o del que besa mejor. Ahora estoy enganchada a leer en el iPad, pero eso es otra cosa. El iPad es como Tinder, esa aplicación que sirve para ligar mientras estás en el trabajo, en el gimnasio o aburrida en tu casa el viernes por la tarde. Citas a ciegas, aquí te pilló aquí te mato, el placer de la inmediatez. No hay que esperar. Me ahorro el ritual de seducción y me lo pierdo. ¿Que me recomiendan un libro? ¡Me lo bajo! ¡Ya es mío! ¿Que el sábado leo en *Babelia* algo que me interesa? ¡Me bajo dos! Y los llevo siempre en el bolso, siempre a mano. No he dejado de visitar librerías porque el olor del libro y el tacto de sus hojas siguen ejerciendo su poder... ¡pero acumulo menos libros en los estantes y sigo teniendo más!

A Eva le parecía que Pedro se dejaba llevar de la mano de Marina por estos jardines floridos, organizados, impecables que ella tejía a su alrededor, pero él era más hermético. A Pedro lo conocía menos. En las noches de charlas interminables, se escabullía a su habitación y Eva sospechaba que aprovechaba ese rato para descansar de las dos. Su reino estaba al otro lado de los fogones.

Cada noche la cena era una fiesta distinta. Sopas, cremas de verduras que preparaba en diez minutos, con la naturalidad de quien se anuda una corbata. Y unos boles que en las manos de Pedro se transformaban en auténticas experiencias gastronómicas: ceviche de atún, un pulpo con verduras frescas, ensaladas asiáticas tuneadas a la española, conservas, ahumados, aliños indescritibles... Sabores nuevos, olores desconocidos, ingredientes cuyo nombre ni siquiera sabría pronunciar... Ningún plato igual al otro. Todos memorables, todos inimitables.

Los fines de semana tocaba viajar: de Pakistán a Japón, del Perú a Corea, de Singapur a Venezuela, de México al País Vasco. ¡Y a Francia! La admiración de Pedro por la perfección de la Cocina Francesa —así, con mayúsculas— sólo podía compararse con su pasión por Bach. Si estaba Pedro, sonaba Bach todo el día y en todas sus versiones. O, si sonaba Bach, era que Pedro estaba en casa. Alguna vez Marina intentaba escuchar algo de salsa, algún bolero o música venezolana, que Pedro disfrutaba con ella, pero en cuanto nos descuidábamos, él volvía invariablemente a Bach, como un destino trágico. Como invariablemente regresaba a la mantequilla y a la chalota de la cocina francesa. En cualquier caso, cocinar, para Pedro, no era una actividad accesoria, sino algo tan grave y tan comprometido como una operación a corazón abierto. ¡Estamos hablando de unas carrilleras! ¡Se trata de una merluza!, decía, como si tuviera entre manos una misión especial de la NASA, o un trasplante de órgano. Tan importante es el paciente que duerme a fuego lento en la camilla del fogón, como el riñón que todavía late en la nevera y que va a salvar una vida. Recortar los bordes delicados de la escarola o fijar el color de las verduras para que unas y otras muestren sus mejores galas en la mesa de operaciones eran tareas delicadas que requerían de su máxima atención.

Toda la austeridad que las servilletas de papel recortadas le daban a la cocina de Marina se convertía en una desmesura de salsas y condimentos en los estantes que Pedro abarrotaba sin límites. Cajones llenos de bolsitas de distintos colores, baldas cubiertas de pequeñas botellas de vidrio con tapas de corcho, salsas innombrables que atesoraba de tres en tres. A Eva le sorprendía comprobar que Pedro supiera ubicar dónde estaba cada cosa, que supiera medirlas, combinarlas y sopesarlas para complacer al comensal de turno. Un laberinto de sabores que en sus manos se convertía en un don de los dioses. ¡¡¡Eso también le daba envidia!!! ¡Qué bien se comía y qué poco se engordaba en casa de Marina! ¡Un milagro, vamos!

Durante las cenas compartidas, Eva echaba de menos una copa de vino, o dos, ¡incluso tres!, porque esas cenas que se prolongaban con Marina y esas conversaciones pedían a gritos un whisky o un coñac.

Aprendió a quererlos y a dejarse cuidar. Tenía que reconocer que era gracias a ellos que empezaba a desintoxicarse de sus variadas adicciones. Empezaba, porque algunas apretaban más que otras...

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Martes

5.30. Suena el despertador.

5.45. Salgo a correr una media hora al borde del Hudson River Park, que está exactamente detrás del edificio en el que vivo. La primera y más difícil elección del día es decidir si corro hacia la izquierda o hacia la derecha. El río siempre está, New Jersey tampoco se mueve de su sitio, al otro lado del agua, y el frío de la mañana es un chute de energía para el resto del día.

7.00. Mientras me pinto el ojo, desayuno en un café diminuto y exquisito — Macarron—, al que adoro y en el que ya me conocen. Unos 20 minutos en taxi, desde Tribeca, me separan del trabajo, que está en el Midtown.

8.00. En adelante, jornada laboral variable. Puede durar entre 8 y 14 o 15 horas, dependiendo del día. Sí. Lo sé, una locura. Por eso viajar es casi siempre un descanso.

12.00. A veces voy a comer con algún cliente, a veces me llevan la comida al despacho. Cuando hay suerte, salgo a comprarla yo. Hay un lugar que me encanta, en la Tercera Avenida; comerme allí mismo lo que compro supone casi una hora de respiro, pero, generalmente, me llevo la comida al despacho y almuerzo respondiendo correos. A esas horas no hago llamadas telefónicas porque está feo hablar con la boca llena!!

Alguna vez, en medio de la mañana, o de la tarde, puedo escaparme a Sacks a comprar alguna que otra cosita ¡urgente! —que me llevan a casa—, o me escabullo a hacer media hora de SoulCycle —que me encanta— y que me deja nueva. En ambos casos regreso al despacho renovada, con cara de felicidad y nadie sabe por qué????!!!!

Por la noche (¿22.00, 23.00?), regreso derrotada, voy a casa y compro algo para cenar, o pido a Seamless que me lleven la cena a casa.

Y hasta aquí el informe.

... Para el resto, tendrás que encontrar otra forma de averiguarlo...

Susana

P.D.

Por supuesto que puedes darle mi correo a Isabel. Me encantará retomar el contacto con ella sin intermediarios.

DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: Martes

Mi Susana querida, todavía estoy extenuado con sólo leer tu correo. Marina siempre dice que llevas una vida «trepidante», y ahora sé que, en tu caso, «trepidante» es sinónimo de agotador. ¡Qué barbaridad! ¡Qué capacidad de trabajo!

No escucho voces masculinas en tu relato, ni te veo compartir sábana y cena. ¿Tengo alguna oportunidad? ¿O mejor no pregunto por los fines de semana???

Me encantaría salir a correr contigo a primera hora, prepararte un desayuno espléndido, protagonizar alguna de tus escapadas de media tarde (y producir el mismo efecto que Sacks) y esperarte en casa por la noche con la sopa caliente que prefieras, o con la cama caliente, si prefieres.

Tú no preguntas por mis martes, pero son iguales a los lunes y a los jueves.

Difícil contarte mi vida si no me dejas hablarte de mis hijos, que le dan forma. Ahora lucho por la custodia compartida, porque, excepto por la pensión desorbitada que pago, en todo lo demás compartimos a medias el cuidado de los chicos.

Sé que prefieres el correo, pero te dejo mi teléfono por si alguna vez te aburres mucho un lunes y pruebas a llamar. (A mí no me ofende que hables con la boca llena). Tengo un iPhone, así que, si tú también lo tienes, podemos hacer FaceTime.

Pienso en ti todos los días.

Tomás

P.D.

Isabel feliz de poder comunicarse contigo. Te escribiré.

NOTAS SOBRE PACIENTE 8. E.S.

La paciente llega puntual.

—¿Viene sola?

—Sí, lo siento. ¿Desilusionado? Mi niñera trabaja y no puede acompañarme a todas partes. Pero no te preocupes que, si quieres, la próxima vez te la traigo para que sigas esa conversación tan interesante que tuvisteis el otro día a mis espaldas...

(Esto lo dijo con un tono irónico, simpático, pero tengo que estar más atento a mis comentarios, porque Eva es una mujer muy intuitiva y algo de mi interés ha pillado...).

—Cuénteme, ¿cómo está?

—Mejor de lo que me imaginaba. Yo no diría que bien, pero pensé que estaría mucho peor. La estancia en casa de Marina es muy placentera. Marina es una amiga muy generosa y Pedro, su marido, es un hombre adorable. Yo no lo calificaría de encantador, porque es muy serio y de pocas palabras, pero oportunas, precisas. Es un hombre que no habla por hablar y nos deja a nuestro aire. Los días se me hacen largos. ¡Marina tiene mi teléfono secuestrado y no hay rescate que valga! Ni siquiera me lo presta. Pero es verdad que no estar tan enganchada al móvil es un descanso. Así, por lo menos, puedo imaginar que me escribe o que me llama y no tengo que comprobar cada minuto que ni una cosa ni la otra.

»Me doy cuenta de que Germán no sólo no me quiere, sino que ni siquiera me tiene cariño. Quiero pensar que me ha estado llamando y que se preocupa por mí, pero en el fondo sé que no le importo una mierda. Le importan su trabajo, su mujer y sus hijos. ¿Crees que en alguna parte se siente responsable de todo lo que me está pasando? Yo creo que no. Estoy triste, pero, más que triste, estoy cabreada conmigo misma. ¿Cómo he podido estar tan ciega? De todas formas, tengo que reconocer que, a pesar de todo, conservo una mínima esperanza de que esta situación lo cambie todo, que el no saber nada de mí, excepto que estoy de baja por depresión y por su culpa, le sirva para reflexionar. No me puedo creer que esto termine así. Mira, vosotros estaréis muy contentos de que haya

dejado de beber, pero yo no. Dejar de beber es como quitarte una venda de los ojos, o ponerte unas gafas de aumento. Veo mi propia vida con una nitidez que me deslumbra. Necesitaría un poco de oscuridad, algo así como las gafas de sol que te dan un buen trago de whisky, tres cervezas y una botella de vino. No sé cómo se las arregla la gente para vivir su vida con lucidez. La lucidez es una mierda pinchada en un palo.

—¿Y qué ha decidido respecto a AA?

—Aquí lo que yo haya decidido no cuenta. Aquí manda Marina y mandas tú, y Marina me llevó de una oreja. La verdad es que es muy maja, ella se quedó en la reunión de familiares y yo entré a la de los borrachos conocidos. Te diré que me lo imaginaba más deprimente de lo que fue. El momento «confieso que soy alcohólico» ya lo había visto en las películas y me espeluzna, no creo que yo me exponga nunca a hacer la confesión, pero me sorprendió el tipo de gente que había. Uno se imagina que se alcoholizan los obreros de la construcción, las putas y los traficantes de drogas. Pues no. Entiendo por qué tiene que ser anónimo, porque en esa reunión había mucha gente que en sus vidas laborales debe ser importante y que probablemente pertenezcan a, o hayan formado, familias tradicionales. No es que tenga predilección por las familias convencionales, la mía lo es y más dañina, imposible. Pero eso me llamó mucho la atención. Marina salió contenta de haber ido, pero furiosa porque no la dejan sermonearme. ¡¡¡Ja, ja, ja!!! Ir acompañada por ella fue una buena idea. Nos reímos y nos fuimos a celebrarlo brindando con unos zumos detox verdes y espesos que deben de ser buenos para alguna cosa de la salud, pero que saben rarísimo. Estoy intentando ir las tres veces por semana, las reuniones me hacen sentir acompañada, ¡y como aquí no puedo venir más que un día por semana! Marina trata de no perseguirme, pero no lo puede evitar. Se hace la distraída y me pregunta qué hice durante el día, si salí..., adónde... Yo la veo venir y le digo que me quedé en casa, o directamente me burlo y le digo que bajé al bar de enfrente a contarle mis penas al de la barra... (Risas).

(Yo no me río de esta gracia y ella también se pone seria).

Tras unos minutos de silencio prosigue:

—Tengo miedo de cómo voy a retomar la vida cuando deje el sanatorio de Santa Marina y San Pedro. No sé si volveré a las andadas con Germán, ni sé si volveré a beber. No es lo mismo estar acompañada que vivir sola. No es lo mismo olvidarse de un hombre al que puedes ver o no ver, que olvidarse de un hombre con el que tienes que compartir despacho, trabajo y reuniones, todos los días de tu vida. Sé que no cuento con una red de apoyo a mi alrededor y eso lo hace todo más difícil. Cuento contigo, pero tú no estarás allí los fines de semana cuando yo me quede sola viendo la televisión en mi casa, sé que cuento con

Marina, pero tampoco la quiero agobiar ni me apetece seguir bajo su tutela... Marina no puede tener hijos y creo que está haciendo de madre conmigo. Eso está bien por un rato, pero quiero seguir siendo su amiga, su igual, no su hija. No me apetece convertirme en una carga para ella, ni en su protegida.

(Guarda silencio. Yo espero).

—Mi madre y mi hermana vinieron a verme a casa de Marina. ¡Eso sí que me hizo sentir humillada! ¿Alcohólicos Anónimos? ¡Eso es un juego de niños en comparación! No disimularon nada el asco que les produjo verme la cara hinchada como la tengo. No entendían por qué no había recurrido a ellas, ¡que siempre están tan pendientes de mí y que tanto me quieren! Que ya me habían visto muy rara en el parque de bolas; que esa cara hinchada, que se veía a la legua que no era alergia; que nadie se había tragado esa historia; que si estaba tan mal, mejor no haber ido al cumpleaños de mi sobrina, porque había hecho el ridículo vestida de boda y oliendo a alcohol. Que aprendiera de Marina, que tenía esa casa tan bonita y ese marido que la quiere tanto. Que a ver si ahora aprovechaba la baja para dejar de beber y hacer dieta, que Marina parecía diez años menor que yo... No soy capaz de recordarlo todo. Sé que Marina, simpática y encantadora, les hizo un par de cortes de manga muy oportunos, en plan caribeño, como es ella. ¡Es tan raro que alguien se ponga de mi parte que no supe qué cara poner! Pero me sentó genial que las colocara en su sitio. ¿Ves? ¡¡¡Ahí también me hubiera tomado un trago para celebrarlo!!!

—Un trago para celebrar lo bueno, un trago para olvidar lo malo, un trago para no ver su vida...

—Sí. Debo de tener un problema con el alcohol. ¡Una pena! ¡Porque me encanta! Es duro reconocerse alcohólico. Todavía no he llegado a ese punto. Voy a las reuniones como de observadora. Compadezco a los que hablan y comparten sus miserias, con algunas cosas de las que cuentan me siento identificada, pero todavía no me resigno a creer que yo sea una alcohólica... ¡¡¡¡Y sobre todo que no pueda volver a probar al alcohol!!!!

—Bueno, ya tenemos que dejarlo por hoy...

—¡Tan pronto! ¿Y por qué no me das hoy a mí el *bonus track* de conversación que tuviste el otro día con Marina?

—Parece que yo también me comporto como su madre, que le doy a su hermana-amiga lo que le niego a usted...

—Mmmm. ¡*Touché!* Buena comparación... Sólo espero que no te parezcas mucho a mi madre porque no llegaremos muy lejos...

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Salgo de viaje

Estaré un tiempo desaparecida. Salgo de viaje a Perú y no sé qué será de mí,
ni mucho menos de mi wifi.

Te mando un abrazo.

Su

P.D.

¡Claro que puedes hablar de tus hijos, Tomás!

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: Re: ¿Amiga/ONG/Abuela?

¡Qué buena amiga eres! Imagino que la presencia continua de Eva, aparte de todo lo que cuentas, será sofocante. A mí, Eva siempre me ha resultado como muy demandante, como que necesita estar en el centro de la escena, pero no tengo ninguna duda de que la estancia en el hotel-Marina-Pedro la está sanando. ¡Yo también quierooooo! Así que ¡pido la vez! ¡Ahora me toca a mí! Necesito de toda tu atención. Te pongo al día.

Con Tomás las cosas van lentas, pero bien. ¡Muy bien! Creo que esta vez estoy llevando yo las riendas y eso me gusta, pero reconozco que estoy enamorada como una idiota. Creo que siempre lo estuve. ¡No sabes la agitación en la que entro cada vez que leo su nombre en mi bandeja de entrada! Además, estoy harta de relaciones esporádicas, de hombres que sólo quieren cama y copa, o copa y cama, y que no están dispuestos a forjar un proyecto en común. Ya he borrado de mi teléfono todas las aplicaciones que sólo sirven para el «aquí te pillo, aquí te mato». A estas alturas de mi vida, esos encuentros me pillan, sí, porque son divertidos y como dice el chiste «conoces gente», pero me matan, me cansan. Y lo que es peor, ¡me aburren! Hasta aquí todo bien.

El problema es que me parece que he metido la pata hasta el fondo!!!!

¡AUXILIO!

Te cuento. Resulta que entre un correo y otro, entre un ponernos al día por aquí y por allá, retomé el contacto con Isabel, la hermana menor de Tomás. ¿Te acuerdas de aquella adolescente divertida llena de *piercings* y rastas, que no pegaba nada con la formalidad de la familia de Tomás y que nos encantaba??? Pues es lesbiana, tiene pareja estable y está en pleno proceso de congelar óvulos. Hablamos por teléfono, la conversación fue de lo más distendida y me estuvo contando sus dudas, sus temores respecto al donante, su estrechez económica, que no le permitirá intentarlo más de una vez, porque por lo visto es muy costoso... En fin, que no se me ocurrió nada mejor que contarle que a mí me lo financia la empresa y que no descarto la posibilidad de congelar. (Para tu

tranquilidad, ya leí el folleto, ya he fijado dos citas y ya he tenido que cancelar ambas por temas de trabajo).

¡Ahora tengo pánico de que Isabel se lo comente a Tomás! ¡Y cualquiera que sea la reacción de Tomás ante semejante revelación me espeluzna!!! ¡Es demasiado pronto para sacarme de la chistera un tema tan delicado como este! ¡Imagínate que ni siquiera hemos hablado todavía por teléfono! ¿Qué le voy a decir: «Hola, guapo, por cierto, que estoy congelando óvulos y necesito un donante. ¿Te apuntas?»? Me da miedo que piense que mi acercamiento tiene que ver con esa urgencia. (¿Tiene que ver con esa urgencia???? Creo que no, pero yo misma no sabría responderme...). Me da miedo asustarlo y que desaparezca. Él ya tiene dos hijos, ¿para qué quiere otro???? Ya es impensable plantearnos una relación a distancia. ¿Qué te parecería un hijo a distancia? Otra opción es decirle: «Oye, hermoso, que estoy esperando un hijo de un donante desconocido, ¿quieres ser su tutor legal????». ¡O imagínate que me diga: «¡Sí, bonita, adelante, yo seré el padre de tu hijo!»! ¡¡¡Horror!!! ¡Eso casi me asusta más!

Tampoco me veo metida de lleno en una relación formal. Ni con él, ni con nadie. No te voy a negar que, además, un temor antiguo a volver a ser abandonada por Tomás está allí, como música de fondo en todo este reencuentro. Sé que te parecerá contradictorio, porque lo es, pero tengo que reconocer que a mí me gusta estar sola, y esto se acentúa con la edad. Adoro sentirme independiente, entrar y salir cada vez que me da la gana, no tener que dar explicaciones de lo que hago. No sé, es como que eso me hace sentir fuerte, segura, dueña de mi vida. Creo que soy así porque para eso me educaron mis padres. Mi madre, una progre feminista que nació y murió antes de tiempo, y mi padre, un optimista, un ambicioso por poderes, un padre generoso que siempre me ha impulsado a cumplir con mis sueños.

Por otra parte, no sé si quiero tener un hijo.

¿Quiero tener un hijo? No lo sé. O sí. Sí, creo que sí. No sé... Creo que no. Creo que más que tener un hijo, me gustaría darle un nieto a mi padre (este es otro de los inconvenientes de ser hija única, que lo bueno y lo malo corre sólo de mi cuenta). Desde luego, nunca lo he tenido tan claro como tú. No tengo ni la vocación ni la certeza que tú tienes. A veces me da envidia la honestidad sin titubeos de tu anhelo. Los niños me hacen gracia —algunos—, pero ¡lloran en los aviones!, no te dejan dormir, babean, ¡chillan en los parques!, se manchan, te arrugan la ropa, quieren estar todo el rato con la mamá, te quitan tiempo, se convierten en unos adolescentes que te tratan fatal, y, en el mejor de los casos, cuando se hacen mayores se marchan a hacer carrera en un país lejano y te dejan tirado en tu pueblo, jugando al mus con tus amigos de la infancia, como si no los hubieras hecho tú, sin ni siquiera devolverte sus cuidados con unos nietos que te

alegren los últimos años de tu vida!!!

En fin, que la idea de tener los óvulos congelados me parece que es una manera de congelar también mi compromiso con la maternidad. Ni vivo ni muerto. Ni sí, ni no. Posible, pero no obligatorio. Es raro tomar una decisión tan importante como esta así, en frío, fuera del abrigo de una pareja, de una familia. Yo vivo en NY, pero sigo siendo de pueblo y esto me suena extraño. En mi pueblo, la tradición es quedarse embarazada de adolescente y de penalti, y para cuando quieres ver, ya tienes tres hijos dando la lata, que cuidan entre las tías viejas, las solteronas del pueblo y las abuelas, mientras que tu marido te la pega con otra y tú estás tan ocupada haciendo las cosas de tu casa que ni te enteras. ¡Esto es muy raro! Dependiendo del día y de la hora, a veces me hace ilusión y a veces me da grima. Por otra parte, no me hace ninguna gracia la cantidad de hormonas que requiere el tratamiento. No sé... Aquí esto está a la orden del día, ya dos de mis compañeras de trabajo han congelado y me animan, pero no sé... ¿Qué voy a hacer yo sola con un niño, en esta ciudad y con este trabajo? Ser madre soltera en el pueblo era una mancha para la familia que duraba lo que tardaba el niño en nacer, porque también el hijo era el hijo de toda la familia. Aquí es muy normal, nadie te juzga, pero el hijo te lo tienes que comer tú sola con patatas... NO, no me veo.

En todo caso, congelar me permitiría elegir, pero sin prisas.

O así lo imaginaba antes de que Tomás entrara en esta parte de la escena. Una cosa es el coqueteo divertido y seductor que nos traemos y otra muy diferente es poner este tema sobre la mesa. Por otro lado, ¿sobre qué mesa lo vamos a poner si estamos a kilómetros de distancia???? Esto lo precipita todo, lo complica, lo revuelve. Porque por supuesto que nunca sería lo mismo tener un hijo de un donante anónimo —que a saber si le huelen los pies de serie— que con un hombre de carne y hueso al que conozco y al que he querido tanto.

Acabo de mandarle un correo a Tomás inventándome un viaje a un lugar remoto donde no conocen el wifi y desde el que estaré totalmente incomunicada.

¡Hasta que tú no me respondas y no me digas qué puedo-debo hacer, no pienso regresar de ese viaje!!!

Contesta pronto, mira que en este lugar perdido hace un frío que pela, está muy oscuro y no veo por dónde salir!!!

¡Te necesito!!!!

Su

DE: MARINA MORA

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: ¡óvulos, óvulos, óvulos!

Susanita querida, para empezar, contemos con que Isabel lleve en secreto su propia congelación de óvulos y no hable para nada del tema con Tomás. En cuyo caso, podrías regresar de tu escondite de inmediato. Sé que es un riesgo y es mucho suponer, pero uno no le cuenta esas cosas al hermano que vive en Madrid y que es mucho más tradicional que el papa Juan Pablo II. ¡Crucemos dedos!

No es suficiente, lo sé, porque, si al final congelas, más tarde o más temprano tendrás que dar la cara y poner sobre alguna mesa, me da igual, la que sea, el tema de los hijos. Es lo que toca a estas edades, aunque sea para decir que no quieres, que no estás dispuesta, que los niños te horrorizan y que estarás encantada de hacer de madrastra brujeril de sus dos hijos y de amargarles un poquito la vida cada vez que compartan fin de semana o vacaciones.

Ya sabes que a mí siempre me parece que el camino más corto es el de decir la verdad (excepto cuando se trata de confesar la edad). Si sale el tema, habla con él, cuéntale tus dudas. A Tomás lo recuerdo como a un hombre sensato capaz de escuchar. Sabemos que él no tiene prisa por tener hijos porque ya tiene dos, eso supone un alivio para ti, puesto que no te va a presionar. En el otro extremo, si un hijo contigo no entra de ningún modo en sus planes, entonces tendrás que preguntarte qué hacer con ese pedacito de ti que se plantea tenerlos. ¿Dejarás que otra vez sea Tomás quien responda a tu pregunta: «¿Quiero tener un hijo?»? ¡Piénsatelo! Si decides dejarlo en sus manos y después te arrepientes de tenerlo, o de no haberlo tenido, se lo echarás en cara toda la vida. Cualquiera que sea tu decisión ha de ser tuya.

No es fácil. Yo intentaría mantener ambas cosas en paralelo, congelación por un lado, relación con Tomás por el otro. Eso te dará tiempo y libertad.

¡No me puedo creer que todavía no hayan hablado por teléfono!!! ¡Pobre! ¡Le estás haciendo pagar caro cada día!!! ¡Qué tesón está demostrando ese muchacho! ¿Y tú no te mueres de ganas de hablar con él directamente???? Reconozco que yo soy muy «de velo y corona», que diría mi abuela, así que después de aquel correo tan bonito de la risa, me habría tomado el primer avión con un cartelito en la frente que dijera: «Sí, quiero»!!!

No sé si te ayudo mucho con este correo. Pero entre que yo estoy con mi propio dolor por haber puesto punto final al tratamiento y que Eva me deja exhausta, la imaginación de consejera matrimonial me flaquea.

Por cierto, Eva mucho mejor. Ya te contaré cuando hablemos. ¡Ha soportado estas semanas sin hablar con Germán y sin beber! Su terapia la está ayudando mucho. ¡Y las comiditas que Pedro nos prepara también!!! Pronto regresa a su casa. Creo que ya no necesita a nadie que la vigile. Está asistiendo a AA y yo

también fui a una reunión de familiares, te contaré cuando hablemos. Interesante, ¡pero nos prohíben aconsejar, perseguir y mangonear, que es lo que mejor se me da!!! Más allá del alcohol, se está cuidando, va al gimnasio, sigue comiendo una barbaridad, pero se ve que con sólo dejar el alcohol está como deshinchada. ¡Ha vuelto a ser la amiga bella que conocimos! Así que, ¡de premio!, un día de estos nos iremos juntas de compras.

Será bueno también para Pedro y para mí que Eva se vaya. Para cada uno por separado y para los dos como pareja. Quieras que no, el no haber tenido hijos hace que Pedro y yo estemos siempre inmersos en una especie de apurruño vital que no necesariamente tiene que ser físico, pero que nos hace estar atentos el uno al otro todo el día. No estoy diciendo que el empegostamiento en el que vivimos sea saludable, seguro que es malísimo para un montón de cosas, pero a nosotros nos funciona. Con Eva aquí es como que va cada uno por su lado y a mí eso no me gusta. ¡Ya tengo ganas de recuperar a mi marido y de volver a esa relación bien apretada que echo tanto de menos!!! Ni siquiera hemos tenido ocasión para dolernos juntos por la decisión de dar por terminado el tratamiento. Lo hemos hablado con la frialdad de quien rompe un contrato de alquiler. Pedro no se lo ha tomado ni bien ni mal. Lo noto como ausente, como si el tema de los hijos ya no fuera con él. Tampoco me extraña y no lo culpo. ¡Me imagino que él también ha llegado a su límite!

Releo el correo y no puedo obviar lo distintas que son nuestras consideraciones, a pesar de que aparentemente las dos estamos hablando de lo mismo...

Así que, como siempre, te mando besos desde el XIX hasta el XXI!!!

mm

DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Cuéntame tú!

Mi Susana querida:

No sé si ya volviste del Perú. Ignoro si te perdiste entre las piedras de Machu Picchu, o si te dedicas a descifrar el misterio de las líneas de Nazca, así que tampoco sé cuándo recibirás y/o leerás este correo. Pero no puedo esperar a escribirlo.

Este fin de semana estuvo Isabel en Madrid y se quedó en casa, así que tuvimos ocasión de hablar largo y tendido. Sé que habéis intercambiado correos ¡¡¡y que con ella sí que has hablado por teléfono!!! Gggrrrrrrr!!!!

No sé si Isabel ha roto una confidencia contigo al contarme, o si la estoy rompiendo yo con ella al comentarte la conversación, pero me parece un tema lo suficientemente importante como para no dejarlo suelto, al azar. No puedo hacerme el distraído como si no supiera nada. ¡Así que aquí voy!!

Isabel me contó que compartís la preocupación por la maternidad, los planes de congelar óvulos, de echar mano de la fecundación asistida...

Sé que no tengo derecho a pedir nada, y me pregunto si eso incluye la prohibición de que pudiéramos hablar del tema directamente.

Me gustaría que me contaras, saber qué piensas, cómo estás, ¿tienes fechas previstas? ¿Has elegido donante? Quieras que no, nuestro pasado truncado y compartido me implica. Es más. Quiero estar implicado hasta donde me dejes. Me gustaría saber, estar al tanto. No me atrevo a pedirte TODO lo que te pediría, sé que es pronto. Pero, de ser posible, me parece importante —para mí lo es— que pudiéramos hablarlo directamente. No creo que el tema se preste a la correspondencia.

No quiero cometer dos veces el mismo error.

Tengo entendido por Isabel que es un procedimiento complicado. Sabrás que su pareja y ella tienen planes de tener cada una un embarazo y un bebé, así que se están acompañando mucho la una a la otra en todo el proceso. Es posible que congelen ambas a la vez y que Victoria intente concebir primero, que es unos

años mayor. Isabel podría esperar un par de años. A mí todo esto se me escapa un poco. Me entero a trozos de todo lo que tienen que hacer sólo para extraer el óvulo y congelarlo. Pero sé por mi hermana que el apoyo de alrededor resulta fundamental. También sé que ese apoyo no garantiza el resultado, pero seguro que servirá para sobrevivir al proceso.

¡Al menos déjame estar!

Te abrazo.

Tomás

Catorce

En su primera semana de reclusión Eva no tuvo ningún contacto con Germán. Al salir del hospital supo que seguía vivo y que estaba más cabreado que de costumbre y, en esas condiciones, no lo echaba mucho de menos. ¡Que sufra él! ¡Que no sepa ni dónde estoy ni cómo, ni con quién! Le rogó un par de veces a Marina que le dejara mirar, ¡sólo mirar!, su teléfono, para ver si tenía alguna llamada, o algún mensaje importantísimo, pero al principio fue implacable. Después se lo pensó mejor: vamos a encenderlo, pero juntas, y sólo si me prometes que no vas a leer ni a escuchar los mensajes de Germán. ¡Trato hecho! Si aquel domingo había visto unos veinte mensajes, del lunes por la mañana había más de cien y unas treinta llamadas. «¡Joder! —pensó Eva—. ¡Joder!». El mensaje en el contestador de su casa. No hizo falta leerlos, podía adivinar su contenido.

Esos primeros días, Eva apenas podía contener la inquietud, le temblaban las manos, sentía náuseas, sudaba en exceso y le costaba conciliar el sueño, pero seguía firme y obediente sin probar ni gota de alcohol ni gota de Germán. Con Marina al mando de su vida no había alternativa. Estaba de acuerdo con el loquero en que probablemente tenía algún problema con el alcohol, no podía negarlo, pero de ahí a ser una alcohólica había un gran trecho y de ser una alcohólica a confesarse en las reuniones de AA, otro. «¡Hombre! ¡Lo que me faltaba! —se decía—, por lo pronto, será suficiente con verle a él una vez por semana, y asistir de observadora a las reuniones de AA».

Se ve que me hizo caso y que cambió de agenda —pensó—. Hace un mes no tenía ni una hora, y no sé si atribuir este cambio al numerito del hospital, o al efecto-Marina. ¡Impagable la cara de bobo que se le puso cuando la vio! Ja, ja, ja, rio para sus adentros, como si gracias al as de Marina, ella le hubiera ganado una partida al terapeuta. Duró poco la risa, bien sabía que el que ríe el último ríe mejor y que estos dos se iban a aliar en su contra para obligarla a separarse de Germán y a apuntarse a las reuniones de AA. Marina se estaba tomando muy en serio el trabajo de cuidarla y seguía a rajatabla las órdenes del terapeuta como si se tratara de las recomendaciones de un pediatra respecto a los cuidados de un

bebé recién nacido en peligro de muerte. De hecho, ya había localizado el local más conveniente de AA y los horarios. Una iglesia, lunes, miércoles y viernes de siete a nueve. Y, de paso, para asesorarse, había decidido que debía asistir ella misma a un grupo de familiares de alcohólicos. Al principio pensó: «¡Será un infierno! ¡Me perseguirá! ¡Me hará controles de alcoholemia cuando transite desprevenida por el pasillo, camino al baño o entre el baño y la cocina! ¡Aprenderá trucos para esconderme el alcohol o para saber si he consumido durante el día! ¡Una cosa es sentirse cuidada, eso me gusta, otra muy distinta saberse vigilada! ¡Sí, será un infierno, vamos!».

No obstante, a favor de los métodos radicales de Marina, reconocía que el secuestro del teléfono le había concedido una especie de sosiego despreocupado que más que sorprenderla la asustaba. ¡Cómo podía estar tan enganchada a mirar esa pantalla cada dos, cada tres, cada medio minuto! Disfrutaba de esa distancia de Germán como si flotara en una especie de burbuja sin gravedad, sin realidad. Apenas pensaba en él. Ya se verían a su regreso al despacho. Antes no. ¿Hasta cuándo podría estirar su baja por depresión? No lo sabía. Esperaba que lo suficiente como para que el reencuentro no supusiera una recaída. ¡Se vivía tan bien sin Germán!

Lo cierto es que ese sosiego duró poco. Como Marina se había hecho cargo de gestionar la baja médica y de llevarla a la empresa, Germán supo dónde podía estar y la encontró. ¡Vaya si la encontró! La llamó al fijo de Marina y allí que ella respondió ingenua y sin testigos. El corazón se le salía por la boca. ¡Su voz! ¡Germán! ¿Cómo había conseguido el teléfono? ¿Cómo se atrevía a llamarla allí?

—¿Germán?

—¿Dónde te has metido? ¿Qué coño te ha pasado? ¿Te parece normal? ¡¡¡Primero me acosas a mensajes y llamas a mi casa y después desapareces sin dejar rastro!!!

—No vuelvas a gritarme. No vuelvas a llamarme —le dijo apresuradamente y soltó el teléfono con susto, como si se deshiciera de una araña peluda.

Por supuesto que Germán volvió a llamar.

—¡Ni se te ocurra colgarme!

Le colgó.

Dejó sonar el teléfono. No respondió.

Silencio.

Volvió a llamar. Eva atendió y cortó inmediatamente.

Silencio. Silencio.

¡Bien!, pensó. Ahora el que no sabe nada de mí es él, a ver si le gusta. ¡Que pruebe un poco de su propia medicina!

Silencio. Silencio. Silencio.

La verdad es que, pensándolo bien, se merece que le diga unas cuantas cositas. Si vuelve a llamar, se va a enterar.

Silencio. Silencio. Silencio.

Bien. Me da igual.

Silencio.

¿Y si no me llama nunca más?

Pero no hubiera sido Germán si no hubiera insistido hasta conseguir lo que quería. Por supuesto que volvió a llamar y por supuesto que Eva le respondió inmediatamente. Y la conversación fue en plan «¿Qué quieres? ¡No me puedes llamar aquí! Y además no quiero hablar contigo». «Quiero verte». «¿Qué dices?». «Que quiero verte». «Estás loco». «Sí, debo de estar loco para querer verte después de lo que me has hecho». «Pues yo he dejado de estar loca y no te quiero ver más...», y así, hasta que Eva se echó a llorar y le contó lo mal que lo había pasado, y lo mucho que se había preocupado por él y lo horrible que había sido ese fin de semana, y cuánto sentía haber llamado a su casa y le pidió perdón, y él se enfadó en plan cómo se te ocurrió llamar a casa, no sabes la bronca, pero si te dije que nos íbamos, dónde tienes la cabeza, estás loca, y ella siguió llorando y entonces él la consoló y ella le dijo que no quería verlo y él le dijo que sí, tonta, ¡claro que quieres verme!, y ella que no, y él que yo necesito verte y tú también, y ya verás que en cuanto te abrace se te pasan los llantos y las penas, y ella, que ni se te ocurra, y él, que dime dónde estás y voy a buscarte ya. Y en esas estaban cuando Eva escuchó las llaves en la puerta y se asustó: «Te tengo que dejar», y él «¡Te amo!», y ella «¡Y yo a ti!».

Era Pedro, que regresaba cargado del mercado. Volvió a sonar el teléfono y Pedro atribuyó el silencio del otro lado a algún teleoperador arrepentido y colgó sin más.

Junto a la sonrisa de satisfacción del «todavía me ama», regresó la zozobra. ¡Como se le ocurra llamar y Marina lo pille, me muero... Me mata... Lo mato! Como un rayo, se le pasó por la cabeza lo que le dijo el terapeuta: que habría sido más práctico que estuviera muerto. Así podría llorarlo tranquilamente y aprender a vivir sin él. Muerto el perro se acabó la rabia. Pero no. Este perro ni se había muerto ni parecía dispuesto a soltar a su presa.

Al día siguiente volvió a llamarla, y al otro y al otro y así, hasta que consiguió doblegar su frágil voluntad. Como una adolescente mintió a Marina y se fugó de casa. Como a una adolescente se le escapaba el corazón por la boca, no sabía si por el reencuentro o por el engaño. Como una adolescente tembló, como si fuera la primera vez. Y se arrancaron la ropa en el coche, con urgencia, con hambre de semanas, como la primera vez, sin sospechar siquiera que sería la última.

Germán no paraba de repetir «Tú eres mía, tú eres mía, tú eres mía», mientras recuperaba el territorio de ese cuerpo que conocía tan bien, del que sabía exactamente dónde había que soplar para encenderlo. Eva respondía con gemidos que le daban la razón a Germán. ¡Claro que era suya! ¿De quién si no?

La explosión de placer se confundió con la explosión de llanto. Las huellas de aquel fin de semana, las semanas sin verse, el miedo a volver a lo mismo, el miedo a no volver a lo mismo se mezclaron en un guiso difícil de tragar. Germán estuvo tierno, no pasa nada tonta, ya estoy aquí. Eva se dejó consolar como una niña que regresa a los brazos de su padre después de haberse perdido en el túnel de los horrores de un parque de atracciones.

—¿Qué te pasó?

—No sé, me emocioné.

—Mmmm. No me refiero a ahora. Te pregunto qué fue lo que te pasó ese fin de semana.

—No quiero hablar de eso.

—¿Cómo que no quieres hablar de eso? ¡Tendrás que hablar! —dijo Germán, subiendo el tono de voz.

—Sí, pero no ahora.

—¡Será cuando yo diga! —gritó—. ¿Te volviste loca? ¿Cómo se te ocurrió llamar a casa llorando? «Germán, soy Eva, ¿dónde estás? ¡¡¡Llámame por favor!!!». ¿Tú estás loca?

El llanto se esfumó de un plumazo. Todavía quedaban restos del encuentro sin secar. En un segundo Eva cayó en la cuenta de eso que llevaba años sin poder descifrar. «Este hombre es un hijo de puta».

Se abotonó la blusa, se subió las bragas, se arregló la falda, se bajó del coche y sin cruzar una palabra le cerró la puerta en las narices.

NOTAS SOBRE PACIENTE 9. E.S.

La paciente llegó puntual.

—Tengo que contarte algo pero sólo si me prometes que no se lo vas a contar a Marina.

—¿Y qué le hace pensar que yo tengo algún contacto con Marina?

—Sí, es que entre una cosa y otra parece que vosotros dos habéis formado un equipo de rescate del que se supone que yo soy la protagonista, pero del que generalmente quedo fuera. ¡Marina se cree que es la MacGyver de la rehabilitación emocional!

—Usted sabe que mi compromiso y mi lealtad profesional están con usted. Nada de lo que cuente aquí saldrá de aquí.

—¡Ajá! No me has dicho que no habláis a mis espaldas, sino que no le cuentas a Marina lo que yo te digo...!!! Bueno, a lo que voy. He visto a Germán.

(No me sorprendió su confesión. Sé muy bien que estas relaciones son muy adictivas, de manera que era de esperar que la paciente encontrara la forma de volver a quedar con su verdugo, a pesar de la estrategia —¿ingenua?— de Marina de esconderle el teléfono. Relató un encuentro que, desde mi punto de vista, no difiere mucho de otros similares que ha tenido con él en el pasado. El maltrato como denominador común, disfrazado de pasión y de preocupación. La gran diferencia, por el momento, es su respuesta. En vez de asumir una actitud pasiva, parece que ha podido retomar las riendas de la situación y se ha defendido. Esta vez no entró al trapo de la pelea y del reclamo, que —yo lo sé— no hacen más que prolongar el círculo vicioso en el que se encuentran atrapados. Según cuenta, lo vio con una nitidez que no había tenido nunca).

—Fue como cuando te pones las gafas por primera vez. —me dijo—. No hubo nada distinto en él, la única diferencia es que en esta ocasión yo lo vi con claridad. Creo que vi al mismo hombre que ven mis amigas y mi familia y no al que yo me había inventado, al que he defendido durante tantos años, al que he protegido de las críticas.

—¿Y a qué atribuye esta diferencia?

—No lo sé. A pesar del desastre de lo que ha pasado, aunque te parezca

contradictorio, me siento como más fuerte, más segura.

—Es lo que tiene la verdad, que duele, pero que es sanadora. Tal vez usted necesitaba tocar fondo para poder ver su relación sin tapujos. Hace falta ser fuerte para enfrentarse con algunas situaciones. Cuando alguien necesita negarlas, o maquillarlas, como dice usted que ha hecho con su relación con Germán, es porque reconocerlas, tal y como son, le produce muchísimo más miedo. Por lo que me cuenta, parece que esta vez sí ha dicho «PUNTO».

—Sí, lo de «punto» es una coletilla que uso con frecuencia, pero tienes razón, creo que por primera vez tiene sentido... ¡Y no sabes lo bien que me ha sentado!

(Pienso que la red que se ha tejido a su alrededor gracias al «equipo de rescate», como ella nos llama con sorna a su amiga y a mí, tiene mucho peso en esta sensación de fortaleza. No digo nada porque temo su reacción y porque sé que es a mí a quien le sienta bien contribuir a la recuperación de esta mujer, más allá del interés que cualquier paciente me genera. Su respuesta parece que me da la razón).

—En la misma línea de reconocer la realidad, finalmente me atreví a hablar en AA. Te parecerá una tontería, pero atreverme a decir las palabras «... y soy alcohólica» más que avergonzarme me hizo sentir fuerte, segura, poderosa. ¡Marina y tú os habríais sentido muy orgullosos de mi discurso! No fue muy largo, pero para mí fue muy significativo dar el paso. Tal vez creas que es una locura, estoy de baja por depresión, asilada en casa de una amiga, tengo que venir aquí, asisto a las reuniones de AA, estoy sola, sin pareja ¡y sin embargo me siento mejor y más fuerte que cuando vine a verte por primera vez! Nunca he estado en una situación más comprometida ni más vulnerable, pero hace mucho que no me veía a mí misma tan firme en una decisión y tan dueña de mi vida. No te voy a negar que pienso en Germán, pero no como antes, ahora repaso los años de relación y me dan ganas de sacudirme por imbécil. ¡Cómo he podido estar tan ciega!

—¡Cuidado! ¡Tenga cuidado! Parece que el látigo ha cambiado de manos, ahora no lo usa Germán, sino usted misma...

—¡Es que no me lo perdono!

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Re: Cuéntame tú

Recibí tu correo. Nadie ha traicionado a nadie. Es la vida.
Sí, es un tema importante.
Te dejo mi número.
Yo también tengo un iPhone.
¡Empieza tú!
Su

(Inmediatamente).
DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Yupiiiiiii!

¡¡¡Al fin!!!! Como cuando celebrábamos la aparición del cromo más codiciado en el patio del colegio.

Quiero llamarte de inmediato. ¡Pero tengo miedo de volver a equivocarme y estoy paralizado!

Te llamaré el fin de semana, que será más fácil coincidir en horarios. No quiero interrumpir tu desayuno en Macarron y mucho menos tu media hora de SoulCycle (que ni siquiera tengo idea de lo que es!!!).

Te abrazo y sueño con volver a escuchar tu risa.
Tomás

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Riviera Maya

¡Listo!

Ahí va tu pasaje.

Y como te dije cuando hablamos, no te preocupes, que de los pasajes se encargan mis puntos.

¡Cuento los minutos!

Su

DE: TOMÁS LÓPEZ

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Riviera Maya

Perfecto.

Sólo una duda: ¿tus puntos ciegos?, ¿tus puntos fuertes?

DE: SUSANA CASTRO

PARA: TOMÁS LÓPEZ

ASUNTO: Re: Re: Riviera Maya

... mis puntos suspensivos...

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡Vamos a vernos!

Te llamé para contarte en vivo, pero tienes el teléfono apagado. ¡Conéctate!
¡¡¡Llámame!!!

Escribió. Lo llamé. Hablamos. Nos vamos a encontrar la semana que viene en la Riviera Maya. Allí encontraremos una cama... (((¿¿¿¿en qué estaría yo pensando????))) ¡perdón!, quise decir una mesa, sobre la cual poner las cosas de las que tenemos que hablar!

No puedo con tanta emoción! Sólo serán cinco días, pero teníamos que vernos!

¡Salgo a comprar los últimos detalles del equipaje!
Gracias, amiga. ¡Estoy aterrada y feliz!
Estaré (ahora sí, de verdad) desaparecida y desconectada.
Te llamo cuando vuelva.
¡Gracias por estar siempre ahí!
¡Cruza los dedos por tu amiga!
Te quiero.
Su

(Una semana después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡¡¡Llámame!!!!

Tu teléfono sigue sin responder!!!
Tengo mucho que contarte y no quiero hacerlo vía mail!!!!

Quince

Llevaba varios días de vuelta en casa. No es que estuviera feliz, pero sí contenta de recuperar sus espacios y su autonomía. A partir de ahora ella sería la única dueña de su vida y de su tiempo. ¿Un logro? ¿Una renuncia? Seguramente las dos cosas. Volvía al escenario del libro de su vida con las manos vacías, con la cabeza gacha y con un cierto bochorno de reconocerse en la protagonista de aquel libro. Ahora sabía que una historia secreta, como la suya con Germán, era una historia estéril que transcurre fuera del tiempo y que no tiene ninguna evolución. La suya fue una historia de cama sin destino, sin hitos, sin planteamiento, nudo y desenlace. ¿Qué tipo de libro podría escribirse con una historia así? Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no torturarse continuamente «por idiota», «por crédula», «por dependiente», «por ciega», «por tozuda». ¿Dónde estaba yo, que no vi venir lo que pasaba? —se preguntaba sin descanso—. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Cómo pude engañarme a mí misma tanto tiempo? ¿Por qué perdí diez años de mi vida esperando por un hombre que ni siquiera valía tanto la pena? La animaba pensar que había vida después de Germán y que esa vida la esperaba al otro lado del paréntesis que acababa de cerrar. Tendría que recogerse a sí misma pieza a pieza, inventarse una rutina sin Germán, recuperar las riendas del trabajo, volver a leer libros de verdad, llenar sus fines de semana, retomar la relación con su sobrina. La lista era larga. Sería un proceso lento, no se engañaba, pero estaba segura de que valdría la pena.

Habitar su propia casa sería un primer paso. Mejor o peor, era la suya y le gustaba. La casa de Marina estaba siempre tan atildada que recordaba más a un set preparado para posar en una revista de decoración, que a lo que viene siendo un hogar. Era difícil tumbarse en un sofá o sentarse en una silla, sin tener la horrible sensación de que algo importante se estaba arruinando bajo el propio peso, cualquiera que fuera el propio peso. Daban ganas de levantarse y de planchar el asiento, la almohada o el edredón. A uno le apetecía mirarlo, pero no vivirlo. En el descuido de su propio piso volvía a sentirse cómoda y acogida. Aun así, fue inevitable revivir la sensación de vergüenza que le produjo que Marina presenciara el estado calamitoso de su casa de aquel fin de semana.

Botellas, sangre y montañas de ropa arrugada se confundían y se repetían en su memoria como una pesadilla: la ropa donde estaba la sangre, la sangre donde estaban las botellas y las botellas por todas partes, o al revés. Pero esa era su casa y esa era su vida. Ella era Eva, ni Marina, ni Milagro, ni su madre. Y en tanto que Eva, tenía por delante la tremenda labor de inventarse una vida. Una vida sin Germán, una vida sin alcohol, una vida a su medida. No estaba sola. Si su madre y su hermana se habían borrado, Marina y Pedro habían cobrado protagonismo y contaba asimismo con su terapia y con el apoyo del grupo de AA, en el que se sentía sorprendentemente aliviada y aceptada. Además, como decía su terapeuta, contaba, sobre todo, consigo misma y con su recién recuperada lucidez.

El primer paso sería ¡comprarse ropa! Confiaba en el asesoramiento de Marina, que se había comprometido ilusionada a acompañarla, pero la había llamado un par de veces para quedar y no respondía a sus llamadas. «No me extraña, estará saturada de mí y necesitará tomarse un respiro de la amiguita suicida y desastrosa». No era propio de Marina no devolver una llamada, así que comprendió que debía de estar muy harta y la dejó descansar. Le dolió su silencio —¿cómo no iba a dolerle?— y por momentos sintió que esas dos llamadas sin responder borraban todos los cuidados que había recibido, todo el mimo, toda la generosidad. «Nadie me aguanta, ni siquiera la Mujer Maravilla».

En pocos días volvería al trabajo y no podía esperar a que Marina se despareciera de su aburrimiento para comprarse ropa. Su madre y su hermana no eran una opción y no le quedaban amigas disponibles. Entonces recordó su propio embotamiento con los programas de cambio de estilo que siempre habían despertado en ella una mezcla de curiosidad, envidia y descreimiento. «¡No puede ser verdad!». ¡Esa seguirá siendo gorda por mucho que la disfracen!, o ¡a esta el *look* sofisticado le va a durar dos días y tarde o temprano volverá a enfundarse en sus lycras de leopardo! El caso es que se acoplaba a la televisión y veía un capítulo tras otro sin remedio, intentando sacar algo en limpio para su propia imagen, para su propio cuerpo, que en aquellos tiempos aciagos le resultaba tan ajeno, pero tan pronto apagaba el televisor olvidaba los consejos y los buenos propósitos y se tomaba un whisky para consolarse. ¡Esta vez, ella podía ser protagonista de su propio *reality*! ¡Esta es mi oportunidad! Ya sé que es como pagar por una amiga, una hermana o una madre, y como en este momento no tengo en plantilla a ninguna de las tres categorías, pues ¡a pagar por ello! Será sólo dinero y dinero sí tengo. Además, me hace ilusión y nadie tiene por qué enterarse. Con su recién adquirida determinación para ponerse manos a la obra en todo lo que se proponía, buscó en internet «*Personal shopper* en Madrid» y concertó una cita para el día siguiente. Se debatía entre el pudor de adulta y una

especie de ilusión infantil que sólo había experimentado cuando su hermana y ella se disfrazaban de princesas, ese momento mágico en el que bastaban una falda de organza y una diadema de plástico para cambiarles el destino. ¿Dónde estaba esa niña? ¿Dónde la princesa que fue? ¿Dónde la mujer hecha y derecha que disfrutaba del ritual de ir de compras? Todas se habían traspapelado a lo largo del túnel que habitó con Germán. Tal vez con este regreso a un mundo de mujeres podría recuperarlas de un plumazo.

Fueron tres días inolvidables que seguramente se iban a repetir. Tres días en los que sólo tuvo cabeza para su cuerpo y en los que no volvió a pensar en Marina ni en su silencio. Cuando el prodigio se hubo completado, la llamó de nuevo para contarle y su teléfono seguía desconectado. ¡Estaba harta!, no había duda. Volvió a escribirle otro WhatsApp, esta vez con las fotos de su ropa nueva para no asustarla y hacerle ver que la llamaba por cariño y no para pedirle ayuda y el mensaje aparecía como enviado, pero no recibido. Una pena, porque se moría de ganas de enseñarle a Marina su nuevo *look*, sus zapatos, el traje de chaqueta, el abrigo ¡y el nuevo corte de pelo! Ella se lo pierde, porque estaría orgullosa de ver los resultados de su obra.

Pero no podía perder el tiempo pensando en Marina. Estaba a punto de enfrentarse a su mayor prueba de fuego: volver al trabajo. Reencontrarse con Germán, superar la humillación de sentirse mirada con lástima por sus subalternos, caminar por los pasillos del despacho sabiendo que su magno fin de semana y su clandestina relación eran del dominio público y habían sido la comidilla del personal.

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: Reencuentro

Marinita querida, ¿dónde te escondes? ¿No ves que te necesito? Hubiera preferido hablar directamente contigo, lo más en persona que pudiéramos, pero no hay manera de que respondas a mis llamadas ni a mis correos. ¿Funciona tu teléfono? ¿Estáis bien?

En fin, que he pensado que contarte el encuentro con Tomás a tu estilo, por escrito y negro sobre blanco, igual también me sirve a mí para organizarme un poco la cabeza. Así que será una redacción escolar en plan «Tema: La vaca o Mis vacaciones».

Llegué al hotel 3 horas antes que Tomás. Me dio tiempo a tomar posesión de la habitación, arreglarme con calma y a beberme una o dos copas. Hotel fuera de serie. Marco perfecto para el encuentro.

Desde el bar reconocí a Tomás a distancia. Esperé para observarlo y jugar con ventaja. Lo primero que me sorprendió fue su maleta. Una diminuta maleta de mano, negra, de 2 ruedas, no de 4, que chirriaba en todos los sentidos (literal y figurado) por los suelos de mármol del hotel. Nada que ver con la maleta XXL Samsonite plata que transportó mi ajuar de fin de semana. ¡Austeridad de funcionario!, pensé, primero con aires de grandeza y después con ternura, imaginando que mi padre habría viajado igual. En cualquier caso, el corazón me latía a tal velocidad que cualquier pensamiento era inútil.

Esperé, lo vi sacar su documentación con torpeza. Creo que no ha viajado mucho, me dije. Me conmovió otra vez y me sentí mayor que él, como que, tal vez, yo tenía cosas que enseñarle.

Me acerqué y esperé a que él me viera. No sé qué cara puse yo, pero, pase lo que pase, su expresión de felicidad plena cuando me vio me va a acompañar toda la vida. Nos abrazamos y nos volvimos a mirar y a abrazar y a mirar. Parecíamos idiotas. Volví a tener 20 años. Con Tomás hay sensaciones intactas, por las que el tiempo no ha pasado.

Ya me conoces, yo hubiera subido directamente a la habitación a lo que

habíamos venido, pero Tomás tiene otros tiempos, así que muy abrazados, muy cerca, muy mirándonos directamente a los ojos, muy con las manos anudadas, nos sentamos a tomar una copa (¡otra para mí!), hablamos del viaje, de cómo estás, bien, y tú qué tal, estás más guapa que antes, tú también estás muy guapo, no mientas, estoy perdiendo pelo, ya sabes que a mí me gustan los calvos, a mí no, ja, ja, ja. Él: ¡tu risa! Yo: ¡tus manos! Y entre medias, beso va, beso viene.

Subimos. Tuve que esperar unos minutos a que Tomás cerrara la boca. ¡Parecía un niño de cinco años en Disneylandia!!!! ¿Sabías que nunca había salido de Europa? ¿Sabías que lo más lejos que ha viajado es a Londres y a París? ¿Sabías que ni siquiera conoce Roma o Berlín? Por descontado que era la primera vez que pisaba un hotel 5 estrellas, y me pareció bien que no hiciera nada por disimularlo. (Habría sido patético que fingiera ser un hombre de mundo). Total, que llegó la hora de la verdad. Acostumbrada como estoy a mis expertos en el «aquí te pillo, aquí te mato», me desconcertó su lentitud al desvestirme, su ternura al mirar, su falta de urgencia en tocar y sobre todo me sorprendió ¡¡¡su gatillazo!!! ¡Así como te lo cuento!!! Parecía que todo iba bien hasta que llegó el momento de ponerse el condón. Pues que no hubo manera. Que qué horror, que no te preocupes, que debe de ser la emoción, que el *jet lag*, que qué horror otra vez, que no pasa nada, que ¡claro que pasa!, que tenemos 5 días por delante, que etc., etc., etc. Menos mal que yo llevo un DIU y que Tomás es monógamo y puedo confiar en que no tiene sida, porque lo del preservativo fue imposible.

El resto del fin de semana fue, ¿cómo decirlo?, bastante agradable. Mucho menos sexo del que yo imaginaba, más conversación, más disfrute. Playa, descanso, margaritas, buena mesa, *jacuzzi* en la habitación... No sé si es porque Tomás es español o porque es el novio de la adolescencia, pero me sentí como en casa. Tuvimos alguna bronca a cuenta del pasado y alguna otra a cuenta del presente. Quiso saber de mi vida amorosa de estos años y no le conté nada. ¿Te das cuenta de que en estos últimos años no he tenido una vida amorosa, sino una vida sexual??? Ninguna relación me ha durado más de dos meses seguidos. La más larga, los dos años con Ed, fue un infierno intermitente del que no me siento orgullosa y que no me apetecía nada contarle... No me gustó verme así ante él, pero mira, es lo que hay y no me quejo. ¡Que me quiten lo *bailao* y lo *follao*!

Por supuesto que me enseñó fotos de sus hijos. Normalitos. Feos no son, pero tampoco nada del otro mundo... Me gustó escucharlo hacer FaceTime con ellos. Tienen una relación muy entrañable y muy simpática. Me dio pena que no fueran mis hijos. Mira que en mi vida no cabe un hijo por ninguna parte, pero me dio pena. Ya ves, ¡yo también tengo corazón!!!

Por supuesto que hablamos de lo de la congelación de óvulos y le dije la

verdad, que no me cerraba la puerta, pero que no se preocupara, que creía que no lo iba a hacer. Fue cariñoso y respetuoso a la vez. El tiempo se nos pasó sin darnos cuenta. Fue muy breve todo, así que quedamos en continuar como estamos (tú en tu país y yo en el mío), hablaremos más por teléfono y buscaremos la manera de vernos con frecuencia. (Lo más probable es que yo viaje pronto a España). No hablamos del largo plazo. No hay infraestructura que lo garantice, aunque él no paraba de hacer bromas con lo de que «Somos novios», y «Cuando nos casemos» y «Vamos a tener una niña que se parezca a ti», y así. ¡Muy mono!

¿Mi balance? No lo sé. Supongo que positivo. No le veo mucho futuro a esta historia. No sólo por la distancia, que es insalvable, porque ni yo me veo regresando a Madrid ni mucho menos lo veo a él en NY, sino porque nuestras vidas, nuestros valores, nuestras prioridades no sólo son diferentes, sino prácticamente opuestos. ¿Puedes creer que no hace nada de deporte??? Me parece increíble que alguien en el siglo XXI no se cuide. Yo salí a correr alguna mañana y quedó muy comprometido a apuntarse a un gimnasio en Madrid. Está fofo, no se lo dije, porque bastante tuvo con el gatillazo sin necesidad de hundirle la moral, pero no pude evitar sacar el tema del deporte, la dieta y la vida sana...

Bueno, no sabemos qué nos tiene preparado el futuro, pero, por lo pronto, a él el encuentro le habrá servido para ponerse las pilas y a mí, para cerrar una historia del pasado. Te confieso que ¡estoy encantada de haberle visto!

¡¡¡Llámame!!!

¡¡¡Te necesito!!!

Su

NOTAS SOBRE PACIENTE 10. E.S.

La paciente llega puntual, como viene siendo costumbre últimamente.

—Hoy tengo muchas cosas que contarte. Bueno, no sé si te acuerdas, pero el lunes vuelvo al trabajo...

—Así es, claro que me acuerdo. ¿Y cómo se prepara?

—¿No me ves? No me has dicho nada de mi nuevo *look*!!! ¿A que no sabes lo que hice???

—Me dijo que iría de compras con Marina...

—¿Marina? Imagínate cómo los habré dejado de hartos, que ahora Marina no me coge el teléfono ni responde a mis mensajes!!!

—¿Marina no responde a sus mensajes?

—No. Ya sabía yo que eso te iba a interesar más que cualquier otra cosa, ¿verdad? Pues no. La ONG de las amigas, Marina la maravillosa, no responde a mis llamadas ni a mis mensajes, ya ves, no se puede confiar en nadie. No la culpo. Me da miedo haber consumido la amistad.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, pues imagínate que a lo largo de la vida una amiga tiene unas cien unidades-amistad para darte. Si las distribuyes con inteligencia, si las vas requiriendo poco a poco, la amistad te puede durar toda la vida, pero si te la bebes toda de una sentada, si exprimes a tu amiga hasta dejarla agotada, pues eso, que se te acaba la amiga, que no da más de sí... Tiene razón mi madre cuando dice que me he convertido en una mujer pesada, aburrida, con la que nadie quiere estar... ¡Ni siquiera Marina!

—Me llama la atención que usted se sienta la única protagonista del silencio de Marina, ¿no se le ha ocurrido pensar que tal vez a su amiga le esté pasando algo (más allá de usted) que le impida responder a sus llamadas? ¿Ha probado a llamar al marido? ¿Cómo se llamaba?

—Pedro. Se llama Pedro. No, la verdad es que ni he llamado a Pedro ni había pensado que podía estar pasándole algo a ella. Tienes razón. ¡Qué horror! ¡Qué egoísta soy! Tal vez su madre se ha puesto mala de nuevo y Marina esté en Caracas. No se me había ocurrido... Ya me enteraré... ¿Ves que soy

insoponible?... Bueno, a lo que iba, como Marina no me respondía al teléfono no podía esperar y ¡contraté a una *personal shopper*!

—¿Una *personal shopper*? No sé lo que es, imagino a qué se refiere, pero no sé lo que es, ni cómo funciona... Cuénteme.

—Pues nada, que pagas a una experta para que te lleve de compras y te asesore. Primero me hicieron una entrevista, edad, profesión, tipo de trabajo, gustos. Después una prueba de colores. ¡Eso es mágico! Es como si descubrieran tu signo zodiacal, pero en vez de doce signos, son las cuatro estaciones. ¡Yo soy otoño! Eso significa que me quedan bien los naranjas, los verdes, los ocres, los marrones. ¡Todos los grises y los negros que tengo en el armario van fuera! Primero te parece una tontería, pero cuando te ves en el espejo te rindes a la evidencia. Eso me va a facilitar mucho la vida porque ahora sé los colores que tengo que buscar y los que tengo que evitar. ¡Genial! Pues estuvimos varios días de compras y me llevó a un estilista que ve tu forma de cara y que te hace el corte de pelo que mejor te sienta. ¡Mucho más terapéutico que venir aquí! ¡Y los resultados se ven antes! Así que piénsatelo, que igual te compensa cambiar de profesión y ocuparte de la cabeza por fuera...

—Lo que me cuenta es muy importante. Todo eso es lo que hace una madre con su niña pequeña. La cuida, la enseña a ser mujer y busca para ella lo que mejor le sienta, la viste, la peina...

—¡Vaya! Pues mi madre sólo jugó a las muñecas con Milagro. Bueno, tal vez, cuando éramos pequeñas con las dos. Sí, creo que cuando éramos pequeñas, sí. Pero después mi ropa siempre fue un motivo de conflicto entre mi madre y yo. Nada de lo que yo me compraba le parecía que me quedaba bien. Milagro, en cambio, es una réplica de mi madre. Se viste como ella y no se peina como ella porque mi madre lleva el pelo corto y Milagro lo lleva largo, pero sigue sus pasos y sus consejos a rajatabla. De hecho, ellas dos suelen ir juntas de compras y yo nunca he podido sumarme. Cada vez que lo intento me arrepiento porque sólo me llevo críticas, burlas, desprecios. ¡Ellas dos, anoréxicas perdidas, que todo les sienta bien, en un bando, y yo gorda y fofa, en el otro! ¡Son el enemigo! A quien sí me gusta llevar de tiendas es a mi sobrina, porque me doy el gusto de comprarle todo lo que su madre no le compra. ¡Y ella feliz! No me importa gastarme lo que sea...

—¿Tal vez que le usurpa a su hermana su papel de madre?

—Esa es la versión de Milagro, que se muere de los celos con mi relación con Claudia, pero yo no lo veo así. Yo hago de tía, y las tías mimamos. Milagro la tiene que educar, yo no. Yo tengo que ganármela y asegurarme el cariño de la única aliada que tengo en esta familia, la única que se alegra de verme y para la que soy algo más que una calamidad. Fíjate que en estos días, en una reunión de

AA, no sé a santo de qué, pensé en ella y me dije que yo tendría que ser un buen ejemplo para ella, como otro modelo de mujer diferente al que le ofrecen mi madre y mi hermana, tan tradicionales, y entonces me di cuenta de que últimamente no era modelo de nada, ni de nadie... Creo que mi sobrina es como un faro en mi vida. No querría cargarla con ese peso, pero esa personita menuda y cantarina me anima a ser mejor persona...

—No es poco. Seguro que usted también es un personaje importante para su sobrina, como usted dice, otro modelo de mujer.

—Eso es lo que me gustaría... pero no lo tengo muy claro...

—Ya tenemos que dejarlo por hoy. ¡Mucha suerte el lunes!

(Me quedé preocupado por el silencio de Marina. No es propio de una mujer como ella desaparecer de esta manera. Siguiendo un impulso, la llamé por teléfono. ¡No me lo explico! Por suerte, su teléfono aparecía como desconectado o fuera de cobertura. No sé qué excusa le habría podido dar si llega a responderme).

Dieciséis

Volver al trabajo se había convertido en un acontecimiento tan esperado como temido. Mezcla de un primer día en un cole nuevo, primera cita, entrevista de selección, desfile de modas y examen oral. Lo anticipaba con una rara ilusión. Era evidente que había perdido peso y su encuentro con la *personal shopper* se dejaba notar. Llevaba ropa de moda cuya mayor virtud consistía en ser de su talla. El nuevo corte de pelo le daba un aire más actual y juvenil y las abultadas bolsas en los ojos habían desaparecido como por encanto. Con todo, los cambios en su aspecto exterior eran sólo el reflejo de una transformación interior más consistente. Volvía al ruedo curtida por la vida, capaz de andar con paso firme sobre sus propios pies, y emanaba de ella una serenidad que estaba más en deuda con sus renunciadas que con sus adquisiciones.

Se despertó sobresaltada. No había escuchado el despertador y tembló con la cadena de consecuencias: no tendría tiempo de ducharse, ni de elegir la ropa, tendría que ponerse a toda prisa lo mismo del día anterior, saldría sin maquillaje, a cara descubierta, sin un café en el cuerpo y, aun así, llegaría con retraso. En definitiva, volvería a las andadas. Así, a la 01:32, a las 03:17, a las 04:05 y las 06:12, cuando definitivamente decidió desactivar el despertador y levantarse. Le dio tiempo de sobra para mimar cada uno de sus movimientos: la ducha, el desayuno, el maquillaje, otro café... Un último vistazo en el espejo: ¡perfecta!

Había hecho coincidir su regreso con la convención anual de la empresa, lo que garantizaba que Germán estaría fuera una semana. Paso a paso, pensó. Primero tomo posesión y me sobrepongo a las miradas curiosas y/o compasivas. Para enfrentar a Germán tendré tiempo de sobra.

Entró con paso firme. A esas horas todavía no había llegado mucha gente a la oficina y quienes la recibieron la trataron con más cariño del que pensaba que se merecía. Los «¡Bienvenida!», «¡Espero que te encuentres mejor!», «¡Tienes muy buena cara!», «¡Qué bien te ha sentado este descanso!», «¡Qué guapa te veo!», «¡Me gusta tu corte de pelo!» se sucedieron a lo largo de toda la mañana.

Durante su ausencia la había sustituido Diana, una chica más joven, ambiciosa, atractiva y muy capacitada, que Germán había contratado meses atrás

y que ella apenas recordaba. Fue la única que disimuló fatal su antipatía. Con aires de suficiencia, hizo como si le rindiera cuentas de todo lo que había puesto al día durante su ausencia, cuando en el fondo sólo buscaba recalcar su ineptitud. Eva se hizo la encantadora, agradeció y alabó su eficacia y le rogó que la dejara sola. «Esta niñata quiere mi puesto, pero va a tener que esperar a que llegue su turno», pensó con rabia para sus adentros.

Su escritorio parecía haber sufrido una inspección del Ministerio de Sanidad. Aséptico, despejado y zen, no se reconocía en esos folios perfectamente alineados. Nada estaba en su lugar, o sí, probablemente en un lugar ideal, pero no en el que ella lo había dejado y mucho menos en el lugar en el que ella podría encontrar cualquier cosa con los ojos cerrados. El aspecto actual de su despacho le recordó el orden inquietante de la casa impoluta de Marina. ¡Bendito sea mi caos!, se dijo y empezó a poner un poco de desorden en sus papeles.

Se dedicó a revisar el correo y a desenmarañar lo que Diana acababa de explicarle. Retomó su trabajo con entusiasmo y se propuso rehabilitarse del reguero de desatinos que había dejado a su paso en los últimos tiempos.

Volvió a sentirse lúcida, capaz de pensar y deshacer entuertos. Hizo varias llamadas telefónicas para restablecer el contacto, avisar de que estaba de regreso y que podían contar con ella. Reunió a su equipo y a última hora de la tarde, cuando volvió a ser dueña de todo, fue ella quien hizo venir a Diana para explicarle lo que esperaba de ella en adelante.

DE: EVA SALCEDO
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Cuánto tiempo!

Querida Susana, ¿cómo estás? Te extrañará que te escriba después de tanto tiempo. Siempre sé de ti por Marina, que es una auténtica araña para tejer redes de amigas a su alrededor, así que imagino que la información va en doble dirección...

Precisamente te escribo porque hace más de una semana que Marina no responde el teléfono y no sé si le ha pasado algo. Le escribí un correo y tampoco ha dado señales de vida. ¿Sabes cómo está su madre? Tampoco tengo el correo electrónico de sus hermanos en Caracas y se me ocurrió que tú sí estarías en contacto con ella y con su familia, y me podrías contar.

Ya te habrá comentado Marina de lo que yo soy capaz cuando alguien que me importa desaparece... Pero no te alarmes, que esta vez estoy bastante serena. Si sabes algo, me cuentas, sin más. Pero es que es mucho tiempo, y Marina es muy cumplida respondiendo llamadas y correos...

Tal vez se han ido de viaje a África y no tienen cobertura, y yo sin enterarme. En cualquier caso, si sabes algo, te ruego que me lo cuentes para quedarme tranquila.

¿Qué tal la vida en NY? No sabes con qué orgullo habla Marina de tus éxitos. Imagino que tu padre debe de estar muy contento con tu trayectoria, ¡casi tan orgulloso como Marina...! Siempre lo recuerdo con cariño de cuando estudiábamos en tu casa. ¡Una suerte de padre!

Yo voy poco a poco. Es largo de contar y no sabría por dónde empezar. (No sé por dónde empezar la historia ni por dónde empezar mi vida). Además, es una historia muy cansina.

Bueno, Su, me encantaría saber de ti de primera mano. Sé lo ocupada que estás y no quiero molestar. Así que, si sabes de Marina, me avisas.

Un abrazo.

Eva

(Al día siguiente).

DE: SUSANA CASTRO

PARA: EVA SALCEDO

ASUNTO: Re: ¡Cuánto tiempo!

Querida Eva:

¡Siempre es un placer saber de ti!

¡La verdad es que es muy raro que Marina no responda! Yo tampoco he tenido noticias tuyas desde hace tiempo. No le había dado importancia porque yo estuve unos días fuera sin teléfono y sin internet y a la vuelta he tenido una semana de locos. Pero la llamé cuando volví, su teléfono estaba fuera de cobertura y a mí también me ha extrañado que no me devolviera la llamada.

Después de leer tu correo le escribí a su hermana Helena en Caracas con una excusa tonta y la madre está bien y ella no está allí. Escribí y llamé a Pedro, y él tampoco responde.

Vamos a guardar la calma. Ya sabes que las malas noticias vuelan, así que creo que si hubiera pasado algo grave, o tú o yo (o su hermana en Caracas) estaríamos al tanto.

Seguro que este par de tortolitos habrán hecho una escapada de novios para celebrar sabe Dios qué fecha absurda en su calendario y decidieron no contarle nada a nadie. Puede que Pedro se la haya llevado de sorpresa y Marina no tuviera tiempo de avisar...

¡Así que nada de pastillas por el momento! Si pasa algo, te prometo que nos hacemos un cóctel explosivo de Valium y vodka y nos suicidamos a medias!!!

Seguimos en contacto.

Su

(Inmediatamente).

DE: EVA SALCEDO

PARA: SUSANA CASTRO

ASUNTO: Re: Re: ¡Cuánto tiempo!

Bueno. Gracias por responder. Seguiremos informando. No he vuelto a llamarla. ¡Estoy aprendiendo a esperar!

¡Seguro que estarán celebrando a lo grande que al fin se libraron de mí!!! Ja, ja, ja. Y la pobre no sabe que cuando abra su teléfono se va a encontrar con mis cientos de llamadas y mis miles de mensajes!!!!, ja, ja. Bueno, como siempre,

tendrá paciencia y ya me responderá cuando pueda —cuando quiera.

Un abrazo.

P.D.

¡Gracias por el chiste de las pastillas y el vodka! Ha sido una bonita manera de darte por enterada.

¡Un alivio no tener que dar explicaciones!

Eva

(Dos semanas después).
DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: UR-GEN-TE!!!

Buenos días mi To+

Te llamé, pero mi teléfono está tonto y el FaceTime se cae. Esto no puede esperar, es ¡UR-GEN-TE!

Seguimos sin saber nada de Marina. Por favor, llama a Pedro (o búscalo debajo de las piedras si hace falta) y que te cuente si le pasa algo.

Eva sigue alarmada y yo empiezo a preocuparme. Continúa sin cogerme el teléfono. En Caracas todo está como siempre (su madre está bien y ella no ha viajado).

Puede que se hayan ido de vacaciones, pero suele contarme dónde y cuándo se va y mantiene el contacto, así que *¡please!!!*

Te amo.

Su

P.D.

¡Echo de menos tus manos!
(¿Has visto qué recatada????)).

DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: UR-GEN-TE!!!

Mi adorada:

Estoy volviendo de cenar con Pedro. Marina está bien, pero no tengo buenas noticias. ¿Puedo llamarte?

Prefiero contártelo en persona y de viva voz.

Te beso entera.

Tu+

Madrid, martes

La tierra se abre en dos y no me traga. Mi cama es un abismo. El azúcar de mi café es arena. El silencio atormenta. Todo es de noche. La cabeza es un globo de feria a la deriva, rosa y hueco, desprendida del hilo que la ataba a la tierra. Inútil. Me pierdo en los pasillos de mi casa. No reconozco ni mis pies ni mi almohada. He extraviado el cepillo de dientes y no distingo los ojos de mi abuela en la foto de mi mesa de noche. Estoy perdida. De la que queda, sólo sé que no quiere estar en mis zapatos. Ni abrir los ojos, ni dormir, ni comer, ni pronunciar una palabra. Ni escribir.

DE: SUSANA CASTRO

PARA: EVA SALCEDO

ASUNTO: Marina

Querida Eva:

Tomás habló con Pedro. Y yo conseguí hablar con Marina.

Si no estás sentada, ¡siéntate! Y sí, esto merece un vodka!!!!

MARINA Y PEDRO SE HAN SEPARADO.

Así como te lo cuento. Imagínate que Marina estaba tan tranquila en su trabajo cuando le avisan de que la espera una mujer que pide hablar con ella. ¡Una mujer embarazada! Una médico del hospital donde trabaja Pedro, ¡una auténtica guarra!, una mosquita muerta que Marina conoce y que vino a decirle QUE EL HIJO QUE ESPERA ES DE PEDRO!!!! Y, dándoselas de buena y de honesta, le dijo: «Me parece que es mejor que lo sepas por mí antes de que el niño nazca». (¡Qué sincera!). ¡Esa le había echado el ojo a Pedro, y el muy gilipollas cayó en sus redes! Seguro que el reloj biológico le estalló en la cara y la muy zorra decidió que Pedro le salía más barato que congelar óvulos, o pagar a un donante (como estamos dispuestas a hacer las otras, que estaremos viejas y solas, pero que conservamos un poco de dignidad). Por lo visto fue en un congreso. Seguro que se le metió a Pedro por los ojos (y el Pedro se le metió a ella por otro lado). Y ya ves... ¡El niño nace en pocos meses!! ¡Y el imbécil no parece que haya oído hablar de los preservativos!!! ¡Tan médico y tan sensato que es para tantas cosas y tan idiota para otras! ¡Es para matarlo! ¡Imagínate que la excusa que le dio a Marina es que como él con ella no usa condones, y nunca estuvo en sus planes serle infiel, pues no tenía condones a mano y además, la guarra le aseguró que ella, a su edad, no podía tener hijos!!! ¡Pues si no tienes condones, te haces un nudo en la polla, guapo!!!! ¡Pero no te arriesgas a embarazarse a otra cuando sabes por lo que está pasando tu mujer con el tema de los hijos!!!!

La mujer le contó a Marina que sería un niño y, para rematar, ¡no te lo pierdas!, «la tranquilizó» diciéndole que no tenía nada de qué preocuparse, porque no quería ni que Pedro se separara de ella, ni necesitaba su dinero. ¡Qué mona!, ¿no?, que ella sólo quería que Pedro le diera el apellido ¡y que ejerciera

de figura paterna, imagínate! ¡Así le dijo! ¡Figura paterna! ¿Qué será eso? ¿Le bastará a la criatura con una foto que poner junto a la cunita? ¿O estará pensando en un vídeo o en una estatua de cuerpo entero???? ¡Hija mía, por lo menos habla claro y di que quieres que el imbécil de Pedro vaya al parto, que empuje el carrito del niño en el parque y que le enseñe a montar en bicicleta! ¡Qué hija de puta ella y qué gilipollas el santurrón de Pedro!!! Ella está en su papel, ¿qué quieres que te diga?, pero es que al Pedro es de caparlo por idiota, por *güevón*, que diría nuestra amiga!!!

Bueno, pues esa misma noche Marina lo esperaba aterrada, cruzando los dedos para que Pedro lo negara todo, pero no pudo. ¡Al contrario! Parece que el chico estaba de lo más aliviado porque, según él, «la culpa no lo dejaba vivir» ¡al pobre! ¡No te jode! Bueno, pues la Marina se volvió loca, pegó puñetazos, rompió fotos. Lloró, gritó. Por lo visto el muy cretino lloraba pidiendo perdón y jurando amor eterno y asegurándole que eso no cambiaría para nada el amor que ellos se tienen. ¡¿Puedes creerlo???? ¡Pero si lo cambia todo! ¡Pedazo de cabrón! A lo mejor con otra mujer las cosas hubieran podido ser diferentes, pero Marina... Es Marina, radical, quiere a su hombre sólo para ella, es caribeña, una verdadera *cuaima* como dice ella, que saca ojos, por sus venas no corre ni gota de sangre nórdica tolerante y liberal, así que lo echó de casa inmediatamente!!!! ¡¡¡Imagínate que le tiró la ropa por la ventana!!! Tal cual. ¡En el mejor estilo ranchera! Me hubiera encantado verle la cara al bueno de Pedro: Marina me cuenta que los calzoncillos volaban, que decenas de calcetines de colores de los que le encantan a Pedro decoraron los árboles de los alrededores del edificio como adornos de Navidad, que las camisas blancas impolutas (sabes cómo es Marina con lo de las camisas planchadas perfectas) se arremolinaban hechas un trapo en cualquier parte!!! ¡Bien hecho!!! ¿Quién le manda??? ¡¡Lo que hubiera dado por estar ahí!!!! Por suerte, como era un martes ya tarde por la noche, a nadie le cayó un zapato de Pedro en la cabeza, ¿te imaginas? ¡Hubieran salido en las noticias! ¡¡Transeúnte muerto de un zapatazo, por efectos colaterales de riña conyugal!!! Ya sabes cómo es Marina, en medio de un drama te mueres de risa cuando te lo cuenta. Le saca punta a todo, hasta a su propia tragedia.

Pedro se fue a pedir asilo político en casa de su madre y Marina mandó a cambiar las cerraduras. Al día siguiente gestionó sus vacaciones en el trabajo. Apagó el teléfono y el ordenador y se enclaustró en su cama. Por eso no sabíamos nada de ella.

Por lo visto, Pedro le manda cartas por correo que ella no abre y le devuelve sin leer. Me cuenta que llora todo el día. Pasó una semana en cama, sin ducharse. ¡Marina! La asistenta le ha preparado sopitas, arroz con leche y el bizcocho de su madre, para que pique algo si le apetece, pero ella pide *pizzas*, bebe whisky y

se dedica a ver documentales sobre catástrofes aéreas, sobre asesinos en serie y películas de Marisol.

Lo está pasando francamente mal. Intenta llamarla. Seguramente le hará bien hablar contigo.

Su

P.D.

Esta vez tu alarma-detecta-desaparecidos funcionó perfectamente. ¡Gracias por estar pendiente y por avisar!

DE: SUSANA CASTRO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¡En vivo!

Amiga querida, después de que habláramos anoche, me quedé pensando: ¿qué podría hacer yo por Marina desde tan lejos y con estos horarios disparatados que nos alejan todavía más??? No sé por qué, me vino a la cabeza aquel título de Rosa Montero: *Te trataré como a una reina*. Y se me ocurrió que había una forma.

Adjunto va el PDF de un billete en primera clase a NY.

¡Nos vemos la semana que viene!

Te espero.

Su

NOTAS SOBRE PACIENTE 11. E.S.

(Llamó Eva Salcedo a pedir hora para su amiga Marina. Hubiera querido indagar por teléfono y saber por qué estaba desaparecida, qué le había pasado, pero Eva es muy sensible a mis comentarios, de manera que no pregunté. Inmediatamente tuve la fantasía de que su marido había muerto de un infarto, así de claro, sin anestesia y de un plumazo, me deshice de él. Reconozco que esperaba la visita con inquietud y no estoy seguro de no haberme preparado deliberadamente para la ocasión. Espero que no se notara demasiado).

Llegaron puntuales.

—Bueno, esta vez soy yo quien trae a Marina de la mano —observó Eva—. Cuento contigo. ¡Cuídamela! Te dejo en buenas manos, Marina.

(Marina está visiblemente demacrada. En contraste con la mujer segura, altiva y fascinante que conocí meses atrás, se la ve más delgada y yo diría que descuidada en su aspecto personal. Sigue siendo hermosa, y, si cabe, en su fragilidad, me resulta aún más atractiva.

Me cuenta que su marido le ha sido infiel, que va a tener un hijo con otra y que ella no puede perdonarlo.

Mientras escucho su relato —bien armado y ameno a pesar del dolor—, no puedo evitar alegrarme por una parte y pensar en lo gilipollas que debe de ser ese marido para poner en juego una relación que, por lo que sé a través de Eva, era una relación consolidada. ¡Y perder a una mujer como Marina! ¡Por un polvo! ¡Hay que ser idiota! ¡Se lo tiene bien merecido! ¡Y además me alegro!!! Fuera de toda lógica humana —porque sé en primera persona lo fácil que es jugarse la vida a cara o cruz cuando se impone la fuerza del deseo— y, sobre todo, fuera de toda lógica terapéutica, porque yo no soy quien para evaluar lo que ella hace, le respondí que la comprendo, que tiene toda la razón en haber dejado a su marido y que qué otra cosa podía hacer ella... ¡Se me va la olla!!! ¡En qué estaría yo pensando!).

—¿Verdad que es imperdonable? —dijo Marina.

—Sí, yo creo que sí.

Entonces me contó lo mal que lo está pasando.

A duras penas volví a mi ser. Indagué la gravedad de los síntomas depresivos y no le falta de nada: insomnio, desánimo generalizado, adelgazamiento, pérdida de apetito, tristeza, llanto fácil, anhedonia, ideación suicida, en definitiva, una depresión mayor en toda regla. Le recomendé, aparte de terapia, que acudiera a un psiquiatra. De ninguna manera está dispuesta a tomar medicación. Ni siquiera tiene claro que quiera seguir un tratamiento. Es una mujer interesante, nada convencional, con pensamiento propio, que no se deja convencer a la primera. Me gusta, me gusta mucho.

—Usted mismo me ha dicho que tengo razón en lo que hice y que es normal que lo esté pasando tan mal. He venido por la insistencia de Eva, pero no tengo claro que necesite ayuda psicológica. Creo que lo que me ocurre forma parte de la vida y la vida no es una enfermedad que necesite medicación. ¿Cómo no voy a sufrir con lo que me ha pasado? Y, si no merece la pena sufrir por esto, ¿por qué iba yo a sufrir? ¿O es que sufrir está prohibido? Estoy de baja, todavía no me siento con fuerzas para volver al trabajo. Pero después de un tiempo de reclusión, prefiero recostarme en mis amigas y en mi familia, hasta hacerme a la idea de mi nueva vida. Como mucho, necesitaría un lugar donde poder quejarme una y otra vez de lo que me ha ocurrido. No puedo hablar de otra cosa ni puedo pensar en nada que no sea esto. Si viniera a verle, me pasaría toda la hora diciendo lo mismo: «Esto no puede ser verdad», «Cómo fue capaz de hacerme esto», «Todavía no me lo creo».

—Bueno, piénseselo. Me parece que lo está pasando usted muy mal, que tiene razón cuando dice que hay sufrimientos que forman parte de la vida, pero también es cierto que un exceso de sufrimiento no conduce a nada. Me preocupan sus fantasías de muerte.

—No me debo haber explicado con claridad. No se preocupe que no me voy a suicidar, ¿para qué? Yo lo que quiero es estar muerta, que es distinto.

—Si usted lo dice...

—Mire, en dos días salgo para Nueva York a estar con una amiga. Yo me lo pienso y si decido hacer terapia o ir al psiquiatra, lo llamo cuando vuelva. ¿Le parece?

—Me parece.

El siguiente paciente llamó al timbre y tuve que despedirme apresuradamente. Ya de pie, antes de abrir la puerta, primero le di la mano y luego le di un abrazo. No fue un abrazo apasionado, pero fue un abrazo. ¡De juzgado de guardia, lo sé!

—Buen viaje, Marina. Que sepas que yo no podré atenderte profesionalmente. Si decides consultar, te voy a recomendar a una colega. Pero si necesitas a alguien con quien hablar o con quien tomarte un café, puedes contar conmigo.

Madrid, sábado

Tuve una cita con el terapeuta de Eva. Estuvo muy cariñoso. ¿Demasiado cariñoso tal vez? ¡No pienso ir a un psiquiatra!

Mañana salgo para NY.

Nueva York, miércoles

NY me recibió brumosa y gris, emparentada con mi nublado interior. Contundente, como es ella, debajo de su bruma. Con la misma contundencia me recibieron los brazos abiertos de Susana, su sonrisa y su amor. A su lado se me olvida lo extraviada que estoy. Es una mujer excepcional. Brillante, resuelta, vital, práctica, sin tantas *mariqueras* en la cabeza como tengo yo.

Anoche nos dio el tiempo justo de abrazarnos, de llorar y de contarnos. De la mano de Susana, como si jugara conmigo al avioncito, conseguí masticar algo de un pollo asado y tragar, cucharada tras cucharada, medio bol de una crema de champiñones memorable. También, como en mis mejores cuatro añitos, conseguí apretar la boca como culito de gallina y no dejar entrar ni media hoja de lechuga.

Susana me hizo relatarle con detalles los hitos de esta historia: la tarde en la que esa mujer bajita, insignificante y tripona entró en mi despacho a romperme la vida y el episodio de la ropa por la ventana. Lo primero no conseguí apuntarlo en el cuadernito de la memoria. No lo borré, no lo olvidé, no es que no lo recuerde, es que no fue. No lo viví. No entendí las palabras. No podría contarle a nadie cómo estaba vestida ella ni qué zapatos llevaba yo ese día. No sé si es bella, ni el color de sus ojos, ni si le faltan dientes. No sé si se maquilla ni sé si huele a colonia barata, o a detergente caro. Si me tropezara con esa mujer por la calle, no podría reconocerla, a menos que volviera a enseñarme su tripa hinchada con el hijo de Pedro. No registré ni la forma de su cara, ni el largo de su pelo, ni siquiera su voz. Sólo retuve el boceto de su tripa hinchada con el hijo de Pedro. Lo repito y todavía no me lo creo. En el mundo, suelta, hay una mujer que no soy yo, que lleva adentro al hijo de Pedro, a nuestro hijo. Susana me abrazó y me dejó llorar en su hombro firme.

Para salir de esa tarde de horror y de esa tripa, eché mano del episodio de la ventana y le hice a mi amiga un *show* exagerado. Le puse mucha más emoción y más colores de los que tuvo en realidad y conseguí hacerla reír. Pero a mí todavía no me hace gracia. Mientras representaba mi papel ante mi público, me vi a mí misma loca. Loca de odio, loca de dolor, y comprendí en qué consiste eso tan cacareado de «tirar toda una vida por la borda». Yo, tan comedida, tan

ordenadita y tan ecuánime, esa noche eché a volar mi vida por la ventana y me quedé a la deriva. La vi partir entre las ramas de los árboles en cada uno de esos calcetines de colores chillones que llevo años armando para él, como los armaba mi mamá para nosotros: redondos, para encontrarlos a la primera, del revés y con el talón dispuesto, para que calcetín y pie encajen sin esfuerzo. Mi vida saltó por los aires y se estrelló contra la acera en sus camisas bien planchadas, en sus zapatos Church que adora, en cada prenda de deporte que arrojé por la ventana del salón con rabia, con la determinación ciega del suicida, que sabe que ya no tiene vuelta atrás.

Juntas nos reímos de lo que Susana bautizó como «mi momento ranchera». Sola, volví a llorar.

Caí rendida. El insomnio pétreo de las últimas semanas se disolvió al calor de Susana y conseguí dormir cinco horas seguidas. ¿Desde cuándo no era capaz de dormir cinco horas seguidas? Escribo desde hace un rato largo. Intento volver a dormir sin mucha convicción. Todavía está oscuro y escucho que Susana se alista para salir a correr. Me hago la dormida porque no quiero pronunciar palabra. Quedarme sola es un alivio. Así puedo torturarme a mis anchas, sin testigos.

Pedro, Pedro, Pedro. Me despierto sobresaltada con Pedro en la cabeza. Da igual si sueño que nada ha cambiado entre nosotros, que se ha muerto o que nos encontramos y no me reconoce, cualquier sueño con Pedro es una pesadilla. Desde que abro el ojo, Pedro ocupa mi tiempo y consume toda mi energía. Me lo imagino follando con la otra. Escribo « follando » sin darme cuenta y pienso que conmigo « tiraba », y digo yo, que con la española follará. No puedo soportarlo. No sé cómo quitarme esa imagen de la cabeza. A ella no la recuerdo bien, por suerte o por desgracia, porque en mi escena esa mujer cambia de cara, de tamaño y de color de piel. Si consiguiera traer a la memoria esa cara precisa, sería una sola cara. De esta manera, Pedro me engaña con todas las mujeres. Me engaña con mis amigas, con mis hermanas, con la pescadera del mercado y con la mujer madura y bien vestida que viajó sentada detrás de mí en el avión. No puedo soportar sus manos sobre otro cuerpo, su cuerpo a, ante, bajo, cabe, con, contra... otro cuerpo. Me dan ganas de vomitar. No sé si la escena se desarrolla en mi cabeza o en mi pecho, porque aquí siento un peso rasposo y brutal que me impide respirar. Cierro los ojos para no mirar y sólo consigo ver más claro.

Susana regresa sudada, con prisas y me invita a desayunar. «Hoy no —le digo—. Estoy bien, no te preocupes, es el cambio de hora... ya sabes... Te prometo que mañana te acompaño».

La veo tan viva ¡y se me hace tan ajena! Es como si habitáramos en planetas completamente distintos. El mío es en blanco y negro, no tiene atmósfera y en

todos los cines programan la misma película.

Sobre la encimera de la cocina me dejó una guía de NY, una revista que recoge los espectáculos y actividades culturales de esta semana y una MetroCard que, por lo que a mí respecta, pueden quedarse a vivir allí. Yo no los necesito.

Cinco horas más tarde

Me despertó un WhatsApp de Susana, preocupada por mis planes y por mi alimentación.

Bastante esfuerzo me ha costado llegar a NY. Hoy no me atrevo a salir de este sofá. Le tengo miedo a NY.

Susana no tiene nada en la nevera. Un yogur líquido caducado, bolsitas de semillas impronunciadas, té y un café instantáneo. No hay cafetera. Me comí la ensalada que anoche no pude tragar. Miro esas lechuguitas tristes y enchumbadas por el exceso de vinagreta y son el reflejo exacto de cómo me siento. Soy una lechuguita mustia que ni cruje ni sabe.

Mañana será otro día.

Nueva York, jueves

Acompañé a Susana a desayunar y le juré que hoy sí saldría de casa. Le mentí.

Con la determinación que la caracteriza, me anunció que mañana, sí o sí, «te pongas como te pongas», me arrastrará a nadar a la piscina que vemos desde su ventana.

Su se fue a trabajar y yo di una vuelta por la zona. Vive en Tribeca, al borde del río Hudson. Es una zona amable, familiar, llena de cuidadoras latinas que empujan cochecitos de bebés rubios locales. No parece NY y a la vez está a un paso de lo que una vez fueron las torres gemelas.

De regreso al calor de mi sofá pasé por el Whole Foods, esta vez sin Susana, y me perdí. Pasé frío por sus pasillos. Recorro sus estantes alelada, *como el niño pobre ante el juguete caro*. Los pasillos de complementos alimenticios y pastillitas para cualquier cosa me fascinan. Conté treinta y dos formas distintas de probióticos... No sé para qué sirven los probióticos, pero seguro que necesito al menos tres o cuatro. Hay vitaminas de todas las letras, letras con todos los números. Letras y números en todas las presentaciones, sobres, pastillas, cápsulas, gomitas de diferentes sabores y colores... El universo del sueño, del ánimo, del insomnio y del sufrimiento tiene amplia representación. Allí me

detuve. Todas están permitidas, recomendadas, todas son preventivas, naturales, sanas y se venden sin receta a cambio de un montón de dólares... Leí varias indicaciones buscando un brebaje que me prometiera volver a mi vida cotidiana y simple del mes pasado. Cualquier cosa que borre de mi cabeza a Pedro follando con otra, a Pedro arrullando a un bebé que no es mío, pero de esas no hay.

Descubrí que en el piso de arriba del Whole Foods hay un Barnes & Noble. ¿Iré? ¿Y mi peregrinaje obligado a la esquina de la Strand Bookstore? No sé yo si me dé el alma para tanto, total, ¿para qué, si ya no puedo leer?

Regresé cargada a casa de Susana a refugiarme en el sofá, porque todavía no me siento capaz de enfrentarme yo sola a NY. Cuando volví, más despierta y menos conmovida, empecé a recoger. Vací mi maleta, breve, hice la cama y luego, sin darme mucha cuenta, poquito a poco, fui organizando la ropa de Susana. La casa de Susana debe estar en alguna parte bajo una capa informe de cajas cerradas a su nombre, de bolsas a medio despertar, de perchas colgadas en los manillares de las puertas con todo tipo de ropajes con etiquetas puestas. Decenas de zapatillas de deporte, chaquetas, pantalones, bolsos amontonados sobre las sillas del comedor... Zapatos y zapatos y zapatos debajo de la cama. ¿Cuántas pantaletas tendrá?, ¿doscientas?, ¿quinientas?, tangas, con encajes, sin encajes... Negras, hay por lo menos unas veinte, después están las *nude* y las de colores inverosímiles. ¿Con qué criterio decidirá cuál se pone cada mañana? ¿Con los ojos cerrados? ¿Tin marín de don pirigüela? ¿Cómo hará para emparejar la pantaleta que salga elegida en el sorteo con un sostén que más o menos le corresponda? En otra gaveta se apurruñan prendas que deben ser de deporte, o de verano, o de dormir, o de todo a la vez. En esa gaveta todo parece viejo por arrugado, pero todo está nuevo. Sin darme cuenta empecé a ordenarle el cuarto como cuando éramos adolescentes y nos íbamos a estudiar a su casa. Y también sin darme cuenta, por primera vez desde el día del horror conseguí distraerme. Poner orden me tranquiliza, clasificar por prendas, por colores, por temporadas. Pensar en la mejor manera de organizar la ropa para que Su tarde lo menos posible en elegir lo que se va a poner me resulta muy relajante. Apenas pensé en Pedro mientras desembalaba cajas y bolsas, mientras clasificaba los zapatos como buenamente pude: por la forma; tacón alto, tacón altísimo, planos, planísimos, botas, botines, sandalias, zapatos cómodos, pantuflas, zapatillas de deporte (¿tendrá unos doce pares?). Luego por marcas: los Louboutin, los Louis Vuitton, los Jimmy Choo, los Prada, los Chanel, los Ferragamo. ¡¡¡¡Tiene cinco pares de Manolos!!!! ¡Yo nunca había visto unos Manolos en vivo! ¡Ni siquiera unos, y mi amiga Su atesora cinco pares! Unos tacones de ante *beige* con enormes lunares negros, punta cuadrada y el tacón infinito en rojo. Otros, igual

de altos, también de ante, pero en un tono lila, con una succulenta lazada roja en la punta; a estos dan ganas de ponerlos sobre un plato y comérselos de postre. Tiene dos pares exactamente iguales, pero de distinto color (rosa chicle y azul cobalto), también altísimos, en raso, con una enorme hebilla cuadrada de brillantes en la punta. Al final sucumbí y no pude evitar probarme los más clásicos: unos Manolos negros de charol, ¡perfectos! ¡De exposición! ¡El paradigma del zapato negro de salón para acompañar un *little black dress*! Por supuesto que el zapato no entró. Las hermanastras de Cenicienta habrían hecho un papel más digno... pero no pude resistirme. Entonces me acordé de Eva y de la desagradable sensación que tuve cuando me parecía que se probaba mi ropa a mis espaldas. ¡Espero no contagiarme de su curucuteo y su curiosidad! Me pasé el resto de la tarde en plan Cenicienta a secas. Sólo poniendo orden en un armario ajeno, sin zapato y sin príncipe.

Hay un NY que diviso desde el ventanal del salón de Susana. Gente que vive a la intemperie. Decenas de vidas mostrándose a través de las ventanas diáfanas. Algunos se muestran al desnudo, algunos al vestido y la mayoría al medio vestir. Es como contemplar un enjambre. Horarios distintos, espacios idénticos con diferentes maneras de colocar los muebles, las lámparas, con estilos propios de tender las camas o de dejarlas sin hacer durante todo el día. Está la que escribe en el ordenador sobre una cama perfectamente estirada, la cama —ella no—, como si nadie nunca hubiera usado esa cama más que para escribir en ese ordenador. Está la que amanece desnuda y aviva los almohadones del salón entre los brazos largos, los pechos breves y el pubis depilado. Está la que duerme con ropa interior negra y desayuna ¿cereales?, y se viste de prisa sin ducharse sobre la ropa interior con la que durmió toda la noche. Está la ventana que parece un escaparate de ToysRus, donde los niños no se ven, pero se saben. Está una que baila a las ocho de la mañana y que besa al marido entre un estiramiento y un giro, y baila para él y lo vuelve a besar y coloca unas flores en la ventana y se pierden y ella regresa una hora después vestida y se sienta a trabajar en el ordenador junto a la ventana en la que colocó las flores.

Están todas ellas al otro lado de la calle y estoy yo de este lado, en casa de mi amiga, con miedo a salir de mi ventana...

DE: EVA SALCEDO
PARA: MARINA MORA
ASUNTO: ¿Qué tal NY?

¡Hola, Marina! ¿Cómo estás? ¿Cómo encontraste a Su? ¡Cuéntame todo! No sabes lo que daría por estar con vosotras, o al menos colarme y escucharos hablar como en nuestros mejores tiempos.

Espero que NY y la compañía de Susana te estén ayudando con tu pena. Incluso se me ha ocurrido pensar que tal vez, hablando con ella, llegues a reconsiderar tu decisión. No sé, no soy quién para inmiscuirme, ni siquiera me siento con autoridad para emitir una opinión, pero os conozco a los dos, he convivido con vosotros y no sé de ninguna pareja que merezca tanto ese título, que se lleve mejor o que se quiera más de lo que vosotros os queréis. La relación que yo he visto ni se improvisa ni se finge. En fin, no me hagas caso y, si tienes un hueco entre Central Park y el Metropolitan, ¡escíbeme y cuéntame!

Tus plantas te echan de menos, pero siguen vivas. Las cuido religiosamente y sigo tus indicaciones al pie de la letra.

De mi vuelta al trabajo, te cuento que ha estado muy bien. Todos me han visto más guapa y mi cambio de *look* no ha pasado inadvertido. No ha sido fácil ponerme al día, porque no sólo tenía retrasado el trabajo que debía haber hecho durante la baja, sino que me he dado cuenta de que antes del suicidio ya estaba de baja!!! Tengo mucho papeleo pendiente hasta ponerme al día. Por suerte, Germán sigue de viaje y eso ha facilitado mucho mi reincorporación.

Sé que no será fácil trabajar otra vez codo con codo con él. ¿Volveré a caer en sus redes??? ¿O en las mías??? A ver...

Bueno, ¡escíbeme si encuentras un rato y me pones al día!

Te mando un abrazo.

Eva

P.D.

Yo no puedo regalarte un viaje a NY, pero puedo regalarte un viaje de regreso a ti misma. Adjunto un bono para usar los servicios de mi *personal shopper*. Sé

que tú no lo necesitas tanto como yo, pero ¡es una experiencia fascinante y divertida! Así que prepárate para tu regreso a Madrid!!!

Te echo de menos.

Eva

DE: TOMÁS LÓPEZ
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Te echo de menos!!!

¿Por qué no respondes el teléfono????

Imagino que ya Marina está en NY (¿duerme contigo????). En estos momentos cualquiera que se te acerque, en el metro, en el trabajo o en la barra de un café, está usurpando mi lugar!!!

Llámame, que necesito escuchar tu voz, saber de ti.

No me conformo con las notas de voz ni mucho menos con los WhatsApps...

Te huelo.

Te toco.

Te amo.

Nueva York, viernes

Esta mañana, y gracias a esta mezcla de insomnio con *jet lag*, antes de las seis de la mañana ya estaba cruzando la calle a oscuras para ir a nadar. ¡El gimnasio abre sus puertas a las cinco y media! Se me notaba mucho que era nueva. Me hice un lío entre la tarjeta, la clave, las toallas, la ducha previa... y no sé cómo me las arreglé para quedarme atrapada, mojada y sin toalla, entre el vestuario y la piscina, hasta que una señora mayor me abrió la puerta con su tarjeta y me dejó pasar. LA PISCINA ES HELADA. En eso también se me notaba el despiste. Si en la piscina de Madrid entro en calor en el segundo largo, aquí tuve que hacer doce largos para aclimatarme, nadando a toda velocidad y sin poder controlar la respiración. Me habría salido al instante, pero no sólo hubiera hecho el ridículo de mi vida, sino que habría entorpecido a los tres valientes que compartían mi calle y que nadaban despreocupados ¡¡¡como si aquella temperatura fuera normal!!! Al salir, ya vestidas las dos, volví a encontrarme con la viejita que me había rescatado de mi primer despiste. La saludé agradecida y le comenté lo friísima que estaba el agua.

—¿Está siempre así? —le pregunté.

—*Of course!* —respondió entusiasmada—: *You just have to swim. Swim, swim, and swim. Keep swimming!*

Volveré, porque es toda una aventura. Porque ninguna cosa me limpia tanto el alma como el cloro de una piscina olímpica, porque la libertad consiste en ese desplazamiento ligero que protagoniza la mole de mi cuerpo entre una brazada y la siguiente y porque sólo un buen polvo me deja mejor que haber nadado. Volveré, pero reconozco que le tengo miedo al frío. ¡Y en este momento hay frío por todas partes!

Su se había ido a correr y volví a casa a preparar el desayuno. Susana apenas se comió un trozo de la fruta que corté.

Tengo que respetarle sus horarios y sus rutinas. No quiero molestar. Pero no puedo evitar comprobar que, por entregada que sea al trabajo, Su lleva una vida desordenada. Cuando la veo llegar a las horas que vuelve y seguir conectada al correo y al teléfono, me doy cuenta de que el trabajo, para mí, es un trámite para

llegar a fin de mes. Nunca me he preguntado si me gusta o no me gusta. Se me da bien: ni me agobia ni me crea conflictos, y me da de comer, pero no le dedico ni un minuto extra. No creo que lo de Susana sea una vida. Come mal y duerme poco. No tiene pareja y apenas puede ver a sus amigas. No sé, no la envidio.

Anoche, cuando volvió de trabajar, eran casi las diez de la noche, y yo, convencida de que estaría encantada con la organización, sólo conseguí el efecto contrario: Su no reconocía esa casa tan atildada y fue ella la que se sintió descolocada. Podía haber mostrado un poco de agradecimiento, digo yo... Hablamos del tema hasta donde ella quiso. Sabe perfectamente que tiene un problema con las compras, pero se justifica. Dice que casi siempre compra *online* y que pierde la cuenta de lo que pide. Y que cuando llega por la noche apenas tiene tiempo de abrir los paquetes y de ver lo que compró, de probárselo y de decidir si se lo queda o si lo devuelve. Que la mitad de las veces se le pasa el plazo de devolución, porque está de viaje, por ejemplo, y que así se le van las semanas, y la ropa sigue en la bolsa o en la caja. En fin... En un momento de la conversación me confesó que una vez se asustó. En una semana, se había gastado el equivalente a la pensión de jubilación que recibe su padre en todo un año. Se avergonzó de sí misma y se apuntó a un chat de autoayuda de compradoras compulsivas en internet. Cuenta entre risas que fue peor el remedio que la enfermedad. Que aquello era como hacer reuniones de Alcohólicos Anónimos en el bar de la esquina. Estaban todas muy arrepentidas, tan llenas de buenos propósitos como de *tips* para comprar barato, de trucos para disimular una compra, de mentiras para despistar a la pareja. Pero internet es un bosque lleno de peligros. Mientras Caperucita entonaba el *mea culpa* en el chat y se preocupaba por alguna otra a la que le habían estallado las tarjetas de crédito, o por la que le debía el alma al diablo, o acababa de gastarse cinco mil dólares en cremas para la cara, o se conmovía con la historia trágica de otra a la que le habían retirado la custodia de su hijo por desastrosa; se veía continuamente asaltada por avisos de alguna oferta inaplazable a la que no podía resistirse. Y así estuvo, debatiéndose entre el cargo de conciencia y el consumismo, hasta que optó por el consumismo a secas, sin cargo de conciencia, y decidió borrarse del dichoso chat. «Sé que tengo un problema, pero no he matado a nadie ni soy una cocainómana. A nadie le hago daño con mis compras. Ni siquiera a mí misma. No debo dinero. Mi dinero me lo gano yo y me lo gasto como me parece. Y da igual lo que mi padre reciba de pensión, con lo que yo gano, nunca le va a faltar de nada. Nunca me arrepiento de lo que compro. Si acaso me arrepiento de lo que no he comprado. De la oferta que dejé pasar...».

Me dolió la dureza con la que me habló. Fue contundente y encima tiene razón. Al final nos reímos a costa del arcoíris de sus pantaletas. Por suerte le

gustó cómo se las había colocado y quedamos en que el fin de semana abriríamos bolsas y cajas y la ayudaría a clasificar. ¡Sólo a clasificar! ¡Una lástima no tener la misma talla! Renovaría mi armario completo con chivas de Susana que están aún sin estrenar. Ropa carísima, tan de última moda que no sé si yo sabría llevarla con soltura sin sentirme disfrazada. A la chaquetica de flores escandalosas de lentejuelas que descubrimos ayer y que pretendía regalarme, tendría que engraparle la foto de alguna revista especializada que certifique que eso está de moda.

Hoy me aventuré a dar un paseo más largo por la zona. No conozco las estadísticas, pero estoy convencida de que la tasa de suicidios en NY debe ser mínima. ¡No hay tiempo para perder la vida! Es apabullante. Pedro solía decir que nacer en Madrid había sido un descuido de su carta natal, que él, en realidad, había nacido en NY y que Madrid no era de su talla. «Me siento más en casa en NY que en Madrid, esa es la prueba de a dónde pertenezco». Pedro. Pedro. Pedro. Ojalá hubiera podido dejarlo en Madrid con su error de mierda y venirme sin él, con mi error de mierda, pero sola. Pero no, el *coño'e* madre se vino conmigo y aquí lo tengo, cerquita, atormentándome. Lo escucho, lo extraño.

En mi paseo tropecé con un templo. El Tiffany de los adictos a las papelerías. ¡Una tienda exclusiva de Moleskines! Fui prudente, sólo compré unos cuadernos amarillos y otros verde esmeralda que no he visto en Madrid. Por pura inercia, estuve a punto de comprarle a Pedro su libreta cuadriculada de tapa dura y una libreta «inteligente» capaz de conectarse ella solita con Evernote. Tengo que arrancármelo de la cabeza a como dé lugar. El paseo por Chinatown fue un suplicio. Cada dos calles, a la vista y sin ningún recato, un mercado de especias. ¿Cómo carajo se esconde uno de los aromas? ¿Cómo hago para ignorar sus colores? Parecen chuches. Dan ganas de probarlos todos, de meter los dedos hasta el fondo en cada cesta, de jugar con sus formas, con sus texturas. Adentro, estantes llenos de frascos, de salsas, aceites, esencias raras que Pedro habría comprado a pares. Promesas de cenas cotidianas, de almuerzos exquisitos entre amigos. Tomé aire y recordé las palabras de mi compañera de la piscina: *Swim, swim. Keep swimming!*

Eso hice y me senté en los escalones de un edificio cercano con otros neoyorquinos a estrenar cuadernito y a escribir esto. Mientras escribo en medio de esta ciudad, recuerdo el viaje que hice a París con mi mamá y lo que ella me decía cada vez que nos sentábamos en un café: «¡Niña! ¡Tú todo el día escribiendo en ese cuadernito y viendo pasar gente! ¿No preferirías ser de la gente que pasa? ¡Deja la *escribidera* y vámonos a caminar por ahí!».

Swim, swim. Keep swimming!!!

DE: MARINA MORA
PARA: EVA SALCEDO
ASUNTO: Re: ¿Qué tal NY?

Eva querida de mi corazón, qué buena noticia saber que tus compañeros de trabajo te han visto guapa y estilosa. Respecto a Germán, ¡yo confío en ti! Sé que no será fácil, pero tampoco imposible. En algún momento tienes que dar el paso. Hay cosas para las que nunca se está completamente preparado —y lo digo también pensando en mí—, pero si no las enfrentas, nunca lo sabrás.

NY está siendo muy sanador. La compañía de Susana ha sido escasa (¡no te haces una idea de los horarios que tiene y de lo mucho que trabaja!), pero efectiva. ¡No tanto como para hacerme cambiar de opinión! Ni lo ha mencionado siquiera. ¡Esa eres tú que eres una insensata-insistente empedernida!, que eres buena, que perdonas cosas que deberían estar penadas por la ley y que confías a ciegas en los milagros!!! Ja, ja, ja. Yo no. Yo soy mala, rencorosa, egoísta (llámame rara, pero quiero a mi hombre sólo para mí), y como apenas creo en Dios, lo del perdón de los pecados me queda lejos. Yo soy más como mi abuela, que no usaba la cruz para perdonar, sino para condenar a cadena perpetua. Cuando mi abuela «le hacía la cruz» a alguien, ese alguien podía olvidarse de ella, de su cordialidad, de su misericordia e incluso del más discreto de sus saludos. Así que al traidor, ¡ni agua! ¡Aunque yo también me esté muriendo de sed!!!

Te cuento un poco mi rutina, en la mañana madrugo con Su, ella se va a correr y yo a nadar. Desayunamos juntas fuera de casa (¡aquí no hay ni una uva, ni un mendrugo de pan!) y cada una a lo suyo. Salgo menos de lo que te imaginas. No me da la vida. Ya sabes que soy casera y la casa de Susana es un paraíso para mi afán ordenador: ¡nuestra Su se ha convertido en una compradora compulsiva de libro!!! Te contaré con detalles cuando nos veamos porque es de no creerse. Tal vez podrías interceder a ver si la aceptan en una de tus reuniones de AA. Ja, ja. A ratos Su reconoce que lo suyo no es normal. A mí, que estoy en su casa y que la veo, no me lo puede negar, pero no creas que está muy preocupada por su estado mental, ¡ni mucho menos por el estado de sus cuentas bancarias! ¡Debe ganar

una burrada de dinero! ¡Me alegro por ella! Pero debería invertir en algo un poco más perdurable que los trapos, las cremas y los zapatos...

El calor en estos días de verano no se puede contar. De un carajazo, pasas de habitar en las rendijas de un aire acondicionado polar enloquecido, que congela el interior de casas, tiendas, restaurantes, neuronas y supermercados, a un calor infernal. ¡Te digo yo que entiendo perfectamente cómo se debe sentir un pelo sometido al calor abrasador del aire de un secador! El calor de NY debe ser ilegal. Te busca con nombre y apellido, ¡y te encuentra! Muy distinto al calor de Madrid, que también es arrecho, pero como que no tiene mala intención. El calor de Madrid está allí y si uno quiere va y lo transita, lo atraviesa, pero uno siempre sale indemne. En cambio el calor de NY te persigue y hasta que no te derrite en tu propio sudor, ¡no te suelta el cogote!

NY tiene un lado muy amable. Se deja caminar por todas partes, el transporte público es perfecto y en cualquier rincón hay auténticas madrigueras donde cualquiera querría tener tiempo para sentarse a leer, a ver pasar la tarde, a escribir, a mandar un WhatsApp, a tomar una foto, a recordar, a olvidar, a perdonar, a pensar, a soñar, a desear, a conversar, a guardar silencio, a hacer planes de futuro, a escuchar el rumor de las hojas, el ruido del agua o las conversaciones del banco de al lado, siempre en un idioma distinto. Es humana NY. Yo había previsto la vida agitada de Susana, me la imaginaba en el NY enloquecido y turístico que yo conocía. No tenía noticia de esta otra cara de su vida. Nuestra amiga duerme bien, come rico (no cocina y en su casa no hay nada que echarse a la boca, pero se las arregla para comer completo). Los neoyorquinos, además de trabajar como burros, hacen muchísimo deporte, tienen muy buena comida a precios razonables y *caminotean* por la ciudad. La viven, la disfrutan, la usan... Susana vive al borde del río Hudson y esa zona es una bendición. A veces paseo por ahí por las mañanas, almuerzo sola en alguno de sus cafés ajardinados viendo el agua y acompañada por el perfil menos imponente de New Jersey. La combinación de naturaleza y acero que tiene esta ciudad es perfecta. ¡Una joya en azul, verde y plata!

Su cuenta con algunas amigas —que no son tan encantadoras como nosotras—, pero que no están del todo mal. Se van juntas de compras, de pícnic los domingos a Central Park, de *brunch* los sábados, de fin de semana de amor y lujo a los Hamptons (pagan cantidades desorbitadas de dinero por un fin de semana largo). En fin, que nuestra amiga no se aburre. Tiene un grupo de colegas del trabajo, alguna vecina con la que corre y las compañeras del SoulCycle, que son como una especie de secta!!! Si alguna de ellas se te acerca, ¡corre!, ¡en dirección contraria, por supuesto!

El sábado nos fuimos las dos a lo que han dado en llamar *boozy brunch*, que

es el típico *brunch* de toda la vida con exceso de huevos, tocinetas, panquecas, costillas de cochino, *hash-brown*, ¡cualquier cosa!, pero bañado indecentemente con alcohol. Nos bebimos una botella de champaña entre las dos y casi me muero cuando vi lo que Susana pagó... Con el precio de esa botellita de champaña yo hago un mercado *gourmet* para dos o tres meses!! O me compro la ropa de una temporada, con zapatos incluidos.

El trato con el dinero en el medio en el que se mueve Susana es desproporcionado. O, como mucho, está en proporción con el tamaño de los rascacielos, o con la magnitud de la tragedia del 11S. ¡Todo a lo grande!

Nosotras nos perderíamos...

¡Imagínate yo, que estoy condenada a hacer la compra en Mercadona porque en El Corte Inglés me pierdo!

Te cuento que he decidido aprovechar que estoy de este lado del charco para pasarme unos días por Caracas a ver a mi familia antes de regresar a Madrid. Con toda esta historia, quiero ver a mi mamá y a mis hermanos y sentir que hay alguna tierra firme bajo mis pies. Ellos adoran a Pedro y sé que Helena ya ha hablado con él. A mi mamá se lo quiero contar personalmente.

Gracias por cuidar de mis plantas. No mencionas a mis animales domésticos, ¿siguen vivos mis bichitos del kéfir??? Espero que no te sea demasiado engorroso cuidar de ellos y cambiarles la leche cada mañana. ¿Te lo sigues tomando? ¡Vale la pena! Aquí venden cientos de variedades y de marcas, con o sin nata, de cabra, de vaca, y del vecino del 5º si me apuras!!! A Susana la convencí de que lo probara y parece que le ha cogido el gusto. (Me temo que no tanto por mi recomendación, como por algún comentario de su gurú nutricional del SoulCycle! Ya te contaré!!!!).

¡Suerte en tu vuelta a primera línea de fuego! ¡Y a ganar esa guerra, campeona!!!

¡Vete a la peluquería, hazte las manos y los pies, y ponte guapa!!! Que cuando Germán te vea, le quede clarito de lo que se perdió por idiota!!!

Gracias por estar ahí.

Te quiero muchííííísimoooo.

mm

DE: EVA SALCEDO
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: Re: Marina

Hola, Su, aquí estoy, pendiente de vosotras y de saber cómo has encontrado a Marina. Yo la subí en el avión como con cuatro kilos menos de los que recordaba y con unas ojeras que no dejaban ningún lugar a dudas de lo mucho que estaba sufriendo...

También a ella le escribí.

Si tienes un rato libre, me cuentas. Quiero escuchar tu versión y seguir tus recomendaciones de cómo cuidar de ella cuando vuelva.

Me contó que antes de volver pasará por Caracas, así que me temo que no podré recogerla en el aeropuerto porque hace un par de semanas que me reincorporé al trabajo, pero le mandaré un Cabify para que la lleve de vuelta a su casa y se la dejaré a punto, a su medida. Flores naturales como a ella le gusta, unas lentejas y una tortilla de patatas para que no tenga que cocinar. ¡Y verde, mucho verde! Como yo no soy nada repostera, le compraré unos alfajores, que sé que le encantan, de una pastelería argentina que le gusta. Cada alfajor es del tamaño de un balón de fútbol, y ella se baja uno tras otro como si no hubiera un mañana!!

Acepto-necesito sugerencias!!

Esto no es para que se lo comentes a ella. Pedro me ha llamado y nos hemos visto un par de veces. ¡Está fatal! Sabe que Marina está en NY. No se atreve a llamarte (se ve que a ti te teme más que a mí), pero está muy pendiente de cómo está Marina. Pregunta por ella todo el tiempo. NO está viviendo con la otra, ni seguramente vaya a hacerlo... Según sus palabras, «¡Esto fue una cagada, y punto!». ¿Tú no crees que Marina se ablande con el tiempo y le perdona??? ¡Sería una pena que esto acabara así, queriéndose esos dos como se quieren!

Yo pienso recomendarle que reconsidere su decisión, pero, como comprenderás, soy una perdonadora profesional y no tengo autoridad moral en estos temas. A ti te hará más caso...

Bueno, Su, espero tu respuesta.

Muchos besos.
Ev

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: Re: ¡Te echo de menos!

¡Así me gusta! ¡Que me eches muchííííísiimo de menos!!! Todavía estás en deuda, ja, ja...

Te llamé y ahora es tu teléfono el que está apagadoooooo!!!!

Hablamos mañana. Mientras tanto, te cuento de Marina porque necesito desahogarme y decírselo a alguien y no quiero hacerlo desde casa, así que me exployo contigo.

Marina llegó bien. Bueno, «bien», llegó, que no es poco. Me alegro infinito de haberla invitado. Ha estado mucho peor de lo que nos podíamos imaginar. Está triste, está muy flaca, la ropa le baila. Sé que hace esfuerzos por reírse y por hacerme reír, pero se le nota que lo único que le pide el cuerpo es estar tirada en un sofá. Sale poco. ¡Con lo que le gusta NY! Me imaginé que la ciudad sería un incentivo para sacarla del marasmo, pero no. Yo apenas tengo tiempo de estar con ella. Nos vemos por la mañana, que desayunamos juntas, y por las noches, cuando yo vuelvo, que la encuentro esperándome con algo parecido a una cena. Yo agotada y ella triste, tampoco es que hablemos demasiado. Pero algo me ha contado que me ha dejado muy preocupada.

¡Imagínate que me contó que cuando estuvo encerrada en su casa, hubo momentos en los que le parecía que se volvía loca de tanto dolor y que lo único que quería era morirse! ¡Así como te lo cuento! No le veía sentido a nada, admitió que se le había pasado por la cabeza acabar con todo, pero que pensaba en su madre y en sus hermanos y que sentía que no podía hacerles esa putada. ¿Y a mí? ¿A mí sí podía hacerme esa putada???? ¿Te imaginas mi vida sin Marina???? Pues yo no. Me confesó que más de una noche llamó al teléfono de la esperanza. ¡Se me hace imposible imaginarme a Marina, tan fuerte, tan guapa, tan perfecta, llamando a un teléfono de gente solitaria y desesperada!!!

Primero, que yo nunca he pensado en esos teléfonos. Aquí hay teléfonos para todo, si te acosan, si no te acosan, si tienes juanetes y te duele un pie, si bebes, si te maltratan, si te hacen *mobbing*, si nadie te hace nada y te sientes solo, si estás

muy gordo, muy flaco o eres un poco tonto... Pero son anuncios que uno no escucha. Nada de eso nos pasa a nosotros. No a mí, no a mis conocidos, y muchísimo menos a mi mejor amiga. ¿Marina llamando al teléfono de la esperanza??? Es que no me entra en la cabeza. Me imagino a la gilipollas que le atendería del otro lado, un ser gris —muy buena persona, no digo yo que no, pero gris—, que no ha podido hacer otra cosa en su vida que estar a las tres de la mañana detrás de un teléfono escuchando a los insomnes desesperados, dándole ánimos nada más y nada menos que a Marina. ¡La cara que pondría si la conociera, si le viera la estampa, si se tomara una copa o un café con ella o si se pasara un rato por su casa! ¡Todo en la vida de Marina es perfecto y siempre ha estado en su lugar! ¡Mi amiga es tan elegante de alma y de cuerpo que no lo puedo concebir!!! Le recomendaron que buscara ayuda profesional. Imagínate que ni siquiera a esos de la esperanza les contó lo que le había pasado. Dice que se sentía tan humillada que no podía ni nombrarlo, aunque fueran unos desconocidos. Llamaba a las cuatro de la mañana, lloraba y les decía que se quería morir, que se quería morir, que sólo quería estar muerta...

—¿Y por qué no me llamaste a mí? ¿Tú eres gilipollas? —le dije.

—¡Ah, bueno, encima no me regañes! ¿Cómo te iba a llamar a ti? ¿Adónde? ¿A la Riviera Maya??? Tú estás en lo tuyo, y estás feliz, y te lo mereces. No quería estorbarte ni preocuparte.

—Claro, es verdad, ¡mejor matarte directamente... porque así ni me estorbas a mí, ni preocupas a nadie...!! ¡Me parece genial! ¡Qué buena idea!! ¿Y tu familia en Caracas lo sabe?

—A Helena le conté. Sé que mi mamá se va a mortificar y no tengo palabras para contárselo, al menos no por teléfono. Sabe que estoy aquí en NY, pero piensa que me invitaste porque tú lo estabas pasando fatal... Ya ves, ¡encima de gilipollas, mentirosa! Pienso pasar por Caracas antes de volver a Madrid, creo que necesito de la compañía de mi familia, de sus abrazos.

—Claro, es que eso es lo que cualquiera creería. Tu familia debe de pensar que, más que de amigas, estás rodeada de mujeres desesperadas en régimen de acogida. Primero Eva, que se pasa semanas en tu casa, y después yo... ¡Nadie puede suponer que la que necesita compañía, apoyo y ánimo seas tú! ¡Marina! La ONG de las amigas por antonomasia.

¡Así mismo se lo dije, con «antonomasia» y todo!!!

Me contó que no podía dormir una noche, y otra, y otra, que cada vez los pensamientos eran más y más negros, que no se imaginaba su vida en el futuro, sin hijos, sin Pedro, y que se repetía: «¿Para qué? ¿Para qué?». Y que si no fuera porque sabe que su familia necesita el dinero que ella manda a Caracas, que habría acabado con todo.

«Entonces ya tenemos algo que agradecerle al chavismo», le dije.

Nos reímos, pero a mí no me hace ni puta gracia, y sé que a ella tampoco. Nos abrazamos. La dejé que llorara y le dije que si se le ocurría volver a pensar en eso me la traía a vivir conmigo a NY hasta que se le pasara la tontería, como había hecho ella con Eva. ¡Que no podía hacerme eso!

Me contó que ella misma se asustó de su determinación y que llamó al terapeuta de Eva a pedirle una cita, y que fue a verle. Pero esa es otra historia que te contaré cuando nos veamos en persona!!!!

No me convence mucho que se vaya a Caracas por la situación de allá, pero en el fondo me parece bien que pase unos días con su familia. Le vendrá bien hablar del tema con su madre y con su hermana Helena.

Mañana sábado me la quiero llevar de compras, pero no se deja. Está preocupada por mí porque piensa que tengo un problema con eso y dice que no quiere contribuir a mi perdición. (No le creas, alguna cosita me compro de vez en cuando, lo que pasa es que Marina es muy austera, ja, ja! No te preocupes). Así que me la llevaré de *brunch*. ¡La quiero tanto! ¡No sé cómo mimarla! Tú me conoces, yo soy muy cardo, muy de pueblo. «Rústica», como dice Marina. La que sabe acompañar es ella, la que sabe aconsejar es ella, la que escucha, la que ayuda... ¡Con todo lo mal que está, se ha dado a la tarea de organizarme los armarios! (Así que ya puedes venir a casa cuando quieras).

Y no. No duerme conmigo, aunque a veces me dan ganas de decirle que se pase a mi cama para acurrucarla como a un pajarito herido. Duerme en el sofá del salón, bueno, al menos allí pasa la noche. Dormir, lo que se dice dormir, creo que no duerme mucho. Lee, escribe, a veces la oigo llorar, pero no me atrevo a interrumpirla. No sabría qué decirle, seguro que le echaría la bronca y sería peor...

¿Soy una amiga horrible? ¿Soy una persona horrible?

¿Todavía me quieres?

((Ojo: te estoy preguntando si me quieres. No si me deseas, ¡porque de eso no tengo ninguna duda!!!)).

Este no es el correo que hubiera querido enviarte, pero es el único que puedo escribir. Con alguien tengo que compartir mi preocupación y no me parece que Eva sea la persona más apropiada. ¿Te imaginas el panorama? ¡Se juntaron el hambre con las ganas de comer! ¡Como les dé a las dos por apuntarse a una secta y suicidarse juntas, ya me contarás!

Tengo ganas de contarte cómo me pongo cuando te recuerdo, tengo ganas de recordarte, tengo ganas...

(¡Todavía faltan 42 días para verte otra vez!)

huéleme

tócame
ámame

P.D.
¡Átame!

Nueva York, lunes

Esta mañana salí en peregrinación a buscar «el mejor perrito caliente de NY». Así que me fui tan campante a la zona de Williamsburg. Busqué la dirección en Google Maps, apunté paso a paso cómo tenía que llegar y ya no necesitaba tener wifi para ubicarme.

Tan pronto como bajé al andén, llegó un tren y allí que me subí, muy juiciosa, con cara de viajera curtida. Ni la primera, ni la segunda, ni la tercera, ni la cuarta estación... ¡No hay que desesperar! ¡Debí tomar el tren en dirección contraria! Me bajé en la siguiente estación y me subí al primer tren que hacía el camino de regreso. Empecé a angustiarme. Me salí en alguna estación y me senté a llorar en una de esas sillas de madera que hay en los andenes del metro de NY. Desgastadas, firmes y acogedoras, como mi mamá. No sé cuánto tiempo estuve llorando allí sentada, viendo pasar trenes como la Penélope de Serrat, pero sin esperanza, hasta que se me acercó una señora mayor: una especie de abuelita negra de pelo blanco que me explicó, como si fuera su nietecita de seis años, cómo llegar a mi destino.

No estoy preparada para vivir sin Pedro. Si respirar sin él ya me cuesta, ¿cómo voy a pretender viajar sin su mano? Como los bebés que tienen que aprender a levantarse de la cuna poco a poco, a sentarse sobre sus propias piernas y a ponerse de pie, yo necesito tiempo para aprender a andar sin Pedro y distinguir qué puedo hacer y qué no. Esto sí, esto no, esto tampoco, esto será otro día, esto jamás. ¿Y esto?, tal vez mañana... NY sin Pedro es una prueba de fuego que he suspendido estrepitosamente.

Swim, swim. Keep swimming...!

Pedro siempre viajaba solo... y yo iba detrás. Solía quejarme y decirle que podrían haberme raptado en cualquier esquina, que podrían haberme violado y devuelto al camino, y que él no se habría enterado hasta dos días después, o hasta que el hambre le apretara la garganta y le agriara el humor. Dice mi amiga Tibisay que eso es porque tiene el ascendente en Acuario, y no en Capricornio, como él siempre creyó. Que va por libre, de su cuenta, que abre caminos. Cada tanto me buscaba con la mirada a ver si seguía viva y me encontraba diez o

quince pasos por detrás, distraída con un escaparate, una pastelería o un *look* peculiar que me gustaría poder copiar. Lo cierto es que él siempre sabe dónde quiere ir y cómo llegar a su destino atravesando el camino más bonito, el más interesante o entretenido, no necesariamente el más corto. A Pedro le gusta serpentear. Es como una reencarnación de Rey Mago, con una estrella de Belén incorporada. Nunca se pierde, no se confunde de metro ni se baja en la estación equivocada. Confiar en él es fácil. Dejarse llevar por su instinto es seguro. Así que él no va a echarme de menos cuando vuelva a viajar. Paseará por cualquier ciudad con su estrellita de Belén, seguirá encontrando el camino que busca, llegará donde se proponga sin contratiempos y tal vez me recuerde cuando se dé la vuelta y no me encuentre, en un café o en una librería.

El otro día fuimos a hacer un pícnic a Central Park con Lucy, la amiga de Su. Lucy no puede ser más encantadora, además, sabíamos tanto la una de la otra que pareció un reencuentro. Es fantástica, pero tiene un defecto. Un defecto en forma de bebé de unos cuantos meses que, cuando me lo puso en los brazos, así, prestado, sólo por unos minutos, no para llevármelo a mi casa, ni para darle de mamar, ni para ponerle el nombre de Pedro, o el de mi padre, en definitiva, cuando me vi con un bebé de verdad en los brazos de una madre de mentira, vi clarito el futuro que me espera. El futuro de una mujer sola a la que ni siquiera le gustan los gatos, que ocupa sus horas en un trabajo que no le ilusiona, que gana un dinero que apenas le consuela y que mata las horas de soledad escribiendo un diario que no tiene importancia y que nunca nadie va a leer. Devolví el niño a los brazos a los que pertenece y me fui a llorar mi dolor sin lástima.

En medio del tsunami que atravieso, me aferro al diario que me da una cierta ilusión de continuidad. El resto de mi vida son sobresaltos. Sustos. *El día de la marmota* de comprobar que no está Pedro. Una y otra vez como si fuera la primera. Me aburro de mí misma. Pedro, Pedro, Pedro, como un mantra. El efecto del mantra, su intención, según tengo entendido, es convertirse en una palabra sin sentido, en un sonido hueco, a cuya sombra el que lo nombra puede viajar a sus adentros, a esos lugares íntimos donde el sentido estorba. Mi «Pedro, Pedro, Pedro» es lo opuesto. Cada vez que lo pienso, que lo pronuncio, que lo escribo, que lo evoco, se hace más denso, más ausente y más real.

Swim, swim. Keep swimming!

NY es un parque temático. ¿Disneylandia? ¿*El show de Truman*? Hay algo de irrealidad en sus calles y en sus tiendas. Escribo desde el Chobani, un café pijo, muy pijo, que queda en el corazón del Soho, rodeada de Saint Laurent, Versus, Etro. Pago un precio escandaloso por un café mimado con agüita fría para que no se asuste. Pero eso sí, me lo sirven en un vaso de plástico y debo beberlo a través de un pitillo de plástico. Te sirven el café carísimo con displicencia,

haciéndote un favor; y el agua —que te cobran a precio de zapatos de Prada— la tienes que ir a buscar tú en la nevera, como si estuvieras en una cafetería majunche del aeropuerto. Y aquí estoy yo, como una auténtica *pajúa*, haciéndome pasar por una mujer viajada; sin una silla donde sentarme «a ver pasar gente», depositada sobre una especie de escalón de metal, sin un cojincito que me acoja, con mi vasito de plástico entre las piernas y el cuaderno al aire para no molestar al *pajúo* que se toma su menjurje espeso, verde y detox a mi lado. ¿Dónde está la verdad y dónde está la mentira en todo esto? El mundo ideal que queda de este lado se nos vende como el único auténtico. Parece que la verdad estuviera en las tiendas de lujo y en el café carísimo colado en frío y servido en vasitos de plástico. En cambio, la vida miserable que llevamos todos los que vivimos como buenamente podemos, el trabajo, el aburrimiento, las tribulaciones, el dolor, esa vida de a pie del que necesita un café caliente en taza de loza para desperezarse, una silla para recostar su cansancio y una mesita para escribir su pena, parece falsa, imperfecta y fuera de lugar. Un mero trámite para alcanzar, alguna vez, con suerte, el sueño americano, esa felicidad que nos espera entre el vaso de plástico del Chobani y los escaparates de pantalones impracticables de Versace.

DE: SUSANA CASTRO
PARA: EVA SALCEDO
ASUNTO: Re: Re: Marina

Hola, Eva, no te he escrito antes porque no voy bien de tiempo.

Marina regular. Apenas sale. Da algún paseo. Se pasa las horas muertas en Barnes & Noble. Compra libros, cuadernos, bolígrafos ¡y un auténtico arsenal de vitaminas, medicinas y complementos alimenticios para las cosas más insospechadas! Lo mismo para la flora intestinal, que para el pelo. El calcio, las articulaciones, omega 3, cúrcuma, pastillas para el dolor de garganta, fibra en polvo y antigripales diversos. Píldoras para perder peso, para convertir la grasa en músculo y para estimular el apetito???? No creo que su integridad física esté en riesgo, lo más peligroso que se lleva son dos botes de gominolas de melatonina con sabor a fresa, que me temo que, por mucho que se empeñe, no será capaz de ingerir en una sola toma, ni me suena que tengan efecto letal.

¡Después ella te contará que la que tiene un problema con las compras soy yo!!!!

Se ha dedicado a leer, a escribir en su cuaderno de turno y a poner orden en mi casa. (En esto sigue siendo nuestra Marina de siempre). Creo que lo único verdaderamente placentero que hace es ir a nadar cada mañana. Del resto, no la veo disfrutar con nada. Ni de la ciudad, ni de la comida, ¡ni siquiera de las tiendas! ¡Con lo que adora NY! El resto es Pedro, Pedro, Pedro, Pedro, Pedro y nada más que Pedro... Le va a costar acostumbrarse a una vida sin él. Creo que eran una pareja estupenda, pero muy dependiente. Llevaban muchos años de relación y todo lo hacían juntos... Yo me hubiera ahogado al tercer día con una relación como esa. Pero ella es ella y yo soy yo. ¡Y así me va!

Yo te diría que está haciendo de tripas corazón, que por momentos se hace la fuerte, que no puede ocultar lo triste que está y que a veces esa pena se le va de las manos. Sabemos que siempre ha sido muy llorona. ¿Te acuerdas de que nos burlábamos de ella? Pero esto es otra cosa.

Como botón de muestra te cuento: el domingo quedamos con una amiga para un pícnic en Central Park. Me parecía un plan tranquilo que ella podía disfrutar y

hacía una mañana perfecta. Yo había encargado un «Pícnic Deluxe» y Marina estaba encantada, porque además de una comida exquisita y un buen vino, te traen hasta el mantel, y allí teníamos por delante una tarde para comer rico, conversar, no hacer nada y todo Central Park a nuestros pies. Mi amiga Lucy, que tenía muchas ganas de conocerla, fue con su bebé de tres meses y con su perro (es madre soltera). Todo iba fluyendo cómodamente hasta que el bebé se despertó. De pronto, a Marina se le saltaron las lágrimas, se levantó, se disculpó y se fue a dar un paseo sola. Yo no sabía si abandonar a mi amiga con perro, niño y pícnic y correr a acompañar a Marina, o si dejarla en paz y esperar a que se le pasara el momento «yo soy la única mujer del mundo que no tiene hijos y Pedro embarazó a otra». Opté por lo segundo. Estuvo más de una hora sin dar señales de vida. Temí que se hubiera perdido. Volvió con los ojos hinchados de llorar, pero más tranquila. Se disculpó mucho con mi amiga y en desagravio nos trajo un *cheesecake* que se había ido a comprar especialmente a Two Little Red Hens. ¡El mejor de NY! ¡Debe de haber hecho una cola monumental! Así que nos comimos el postre en paz y eso le mejoró mucho el humor. Al final —no sé cómo lo hace—, volvió a ser el alma de la reunión, hizo reír a Lucy a carcajadas contándole, a su manera, las historias de cuando éramos compañeras de la uni. Lucy, por suerte, se quedó con esa imagen de Marina y con ganas de volver a verla. ¡Yo la hubiera matado! Ya sabes lo poco que me gustan a mí los numeritos!!!

Otro día había reservado entradas para un musical en Broadway. Pues a última hora, me mandó un WhatsApp para anular el compromiso porque no estaba con ánimos y prefería quedarse en casa. Así que regalé las entradas. Pero ¿Marina perdiéndose un musical en Broadway???? ¡Eso es grave! Sabes que yo estoy hecha de otra pasta y no entiendo ni la perra que se trae tantos años con el tema de los niños, ni esa manera desesperada de sufrir por un hombre. Pero la quiero muchísimo y me rompe el corazón verla tan vulnerable. Seguramente tú podrás comprenderla mejor... (¡Y que conste que lo digo sin ironía y lo pienso de corazón!).

He intentado llevarla de compras —¡necesita ropa de su talla, todo le queda enorme!— y tampoco le apetece. «Te propongo que seas mi Barbie durante una mañana y yo te visto —le dije—, Marina-trabajadora, Marina-va de compras, Marina-va al *gym*, Marina-come con unas amigas, Marina-se queda en casa, Marina-busca novio...». Nada. No hay manera. Que no le apetece ir de tiendas, ni probarse ropa ni mucho menos mirarse en un espejo. ¿La reconoces??? ¡Yo no! Por suerte se lleva algo de ropa mía que yo no uso y que sí le sirvió. Poca cosa.

En cualquier caso, lo que quiero que te quede claro es que si te dice que está

bien, ¡NO HAY QUE CREERLA! Porque NO LO ESTÁ.

Tenemos que cuidarla, Eva, está muy debilucha de cuerpo y alma. Yo no estaba muy de acuerdo con ese viaje a Caracas que se ha sacado de la manga a última hora, pero imposible decirle que no. Igual conversar con su hermana Helena le hace bien. Todavía no se lo ha contado a su madre y no ha decidido si va a hacerlo. ¡A saber cómo regresa! Ya sabes que siempre vuelve tristona de Caracas y no me quiero ni imaginar lo que será la vuelta a su casa sola, sin Pedro. ¡Tendrás trabajo doble!

Ella cuenta contigo y yo también. No dejes de llamarla ni un solo día.

Está durmiendo muy mal y regresará a Madrid con los horarios cambiados.

Ella piensa incorporarse al trabajo a la vuelta del viaje, pero, en cualquier caso, no estaría de más que le propongamos pasar algún fin de semana con ella en su casa??? Sobre todo ahora que todo está tan reciente. ¿Podrías???

Bueno, Eva, me alegra saber que tú estás retomando la rutina. Ya sabes que yo soy una gran defensora del trabajo, me parece que es la mejor trampa, ¡perdón, terapia! ¡Así que adelante!

Ahora te tocará a ti estar atenta y mantenerme al día de cómo la ves. Yo, desde aquí, la seguiré llamando y le escribiré, pero con la diferencia horaria nunca es fácil.

¡Ahora es el momento de devolverle a nuestra amiga algo de lo mucho que ella nos ha dado!

Te mando un abrazo.

Su

Caracas, jueves

Ya en Caracas. La llegada, un IN-FIER-NO. Mi pasaporte venezolano está caducado y no me dejarán salir del país con el pasaporte español. ¡Putaburocracia de mierda!, que diría Pedro. ¿Me dará tiempo a conseguir el permiso para el próximo jueves? Lo dudo. No puedo más. Al horror de Caracas se suma el mío. El viaje a NY me dejó exhausta y en este momento estoy de sopita caliente y de sofá. Nada de rascacielos, ni laberintos burocráticos. No sé si voy a poder.

Mientras tanto, constato que el deterioro del país es imparable. Es un país invivible. Todo —excepto mi mamá, con sus ochenta años— parece estar a punto de colapsar. Mi Casa está limpia en todos los sentidos. La enorme despensa, tan acostumbrada a ser insuficiente para una familia numerosa, está prácticamente vacía. Da miedo asomarse a su garganta hueca. La nevera conserva algunos restos, sobras de hoy, que mañana serán tesoros, platos fuertes.

Mi mamá, espléndida. A pesar de los años, que empiezan a nostarse en los achaques, conserva intactos su inteligencia, su humor y su capacidad para disfrutar y rebañar lo que la vida le deja al alcance de la mano. Cualquier espanto vale la pena por volver a verla, cumplir mi sueño y tocarla otra vez.

No sé si se barrunta lo de Pedro. Le extrañó que no llamara a comprobar que había llegado viva. Le mentí. Le dije que estaba de guardia y que ya le había mandado un mensaje. Helena no le ha dicho nada todavía. Me va a tocar a mí. Tendré que sacar fuerzas de donde sea para sentarme a conversar con ella.

Caracas, viernes

¡Cita del pasaporte pedida!

La rueda burocrática ya ha echado a andar.

¡Estoy en sus manos!

Hasta el lunes no hay nada que nadie pueda hacer.

Fin de semana libre de esa angustia. Podré dedicarme a las otras.

Hoy no encontré un buen momento para contarle a mi mamá. ¡Está tan

contenta de tenerme aquí que no tuve corazón para empañarle su alegría! Mañana ya veremos.

Caracas, sábado

Finalmente hablé con mi mamá. Intenté mantener la calma, pero no pude. Lloré a mares, hipié y mi mamá me consoló con una serenidad y un respeto que me emocionaron. Me dejó hablar, me dejó llorar. Me escuchó en silencio, sólo decía que no con la cabeza. Incrédula, perpleja. La vi pensar: «No puede ser que nuestro Pedro te haya hecho esto», y también sin palabras, con rabia, yo le dije que sí, que me lo había hecho y que no pensaba perdonarlo. La escena de la ropa no le hizo gracia y por primera vez sentí vergüenza de mí misma. Posó su mano garabateada por la artritis sobre mi mano tersa y me apretó con solidaridad de madre, de mujer. Con sus ojitos de cocuyo encharcados me hizo saber cuánto lo sentía.

Finalmente recobró la palabra: «Esto es un golpe bajo —me dijo—. ¡Tan inesperado! Imagino lo mucho que te está haciendo sufrir. No es fácil, Marina. No sé qué decirte. Déjame que lo piense y volvemos a hablar».

Ese fue su único comentario, consternada ella, magullada yo, y todavía no entiendo cómo esas pocas palabras me calmaron tanto. Parece que lo único que yo necesitaba era contárselo a mi mamá y que ella se compadeciera de mi pobre suerte. Sana, sana, culito de rana, si no sanas hoy, sanarás mañana. Esta noche dormiré tranquila, mi mamá sabe que estoy enferma y vela por mí.

DE: SUSANA CASTRO
PARA: TOMÁS LÓPEZ
ASUNTO: ¡Tenemos que hablar!!!!

¡Llárame! ¡Urgente!
Tusana

Caracas, lunes

¡A media mañana llegó la cita para sacar el pasaporte! ¡En Catia!

No me atrevo a ir a Catia. No podré regresar a Madrid.

¿Dónde carajo está Pedro??? ¡Esto me ha pasado por su culpa! Si hubiera estado conmigo, él habría revisado el pasaporte y no me habría dejado viajar a Caracas, y estaría yo en Madrid, tan tranquila: de mi casa al trabajo, del trabajo a mi casa, y sólo madrugaría para ir a nadar al líquido amniótico de la piscina y no para jugarme la vida a las seis de la mañana, en lo oscuro, en una cola en Catia.

Encima, mi mamá está muy afectada por la noticia. ¡Lo odio! ¡Güevón de mierda! ¡No se lo perdono! No tenía que haberle contado nada de nada. Total, a tanta distancia, no se iba a enterar.

Caracas, madrugada entre lunes y martes

Estoy aterrada con lo de mañana y no puedo dormir. Trasteo con el teléfono. Hasta aquí, lo normal. No contaba con mi dedo. ¡Carajo! ¡Se me puso creativo el dedito y llamé a Pedro sin querer! Cuando él llamó de vuelta, no pude resistirme. ¡Lo echo tanto de menos!

«¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo en Caracas? ¿Cómo está tu madre?».

Me eché a llorar como una niñita asustada.

Le conté, le lloré, se alegró de escucharme, se angustió, me acompañó sabroso, como sólo él sabe acompañarme. ¡Es tan cálido! ¡Lo necesito tanto y lo echo tanto de menos! Cuando le oigo la voz, no hay orgullo ni dignidad que valga. En la cuerda floja en la que estoy viviendo, la voz de Pedro es una red que me sujeta. Es raro, porque Pedro es la mano que me empuja al abismo y es la mano que me recoge en vilo. No sé si le atendí para reconciliarme, porque no sé vivir sin él, o para despedirme, porque temo no volver viva a Madrid. Sólo quien conoce esta realidad sabe que no es una manera de hablar, ni es mi natural tendencia al drama. ¡Es que temo no poder volver!

Si consigo sacar el pasaporte a tiempo, el viernes, a primera hora, irá a recogerme a Barajas. «No te preocupes, bonita, que todo va a salir bien. Ya

verás. Te llamo mañana para ver qué tal te fue. ¡Cuídate mucho! ¡Te quieeeeerooooo!».».

Caracas, martes

Otra vez en una sala de espera. Hoy no es una sala de espera de hospital, sino una sala llena de gente sana en un país enfermo. Ya estoy en Catia. La pobreza es extrema. El SAIME de Catia queda al lado de una plaza, que se va llenando de buhoneros de todas las edades. Viejos que ofrecen cebollino, mujeres que venden ají dulce que parecen flores de colores. Niños pequeños que venden manojos generosos de cilantro. Y puestos de objetos sin pies ni cabeza: corchos, tapas de plástico, tubos de hierro, repuestos de algún electrodoméstico irreconocible, zapatos viejos, ropa usada. Todo junto.

Aquí adentro tengo menos miedo, no sé si atribuirlo a haber hablado ayer con Pedro o si es por estar en un recinto cerrado. Todo sigue siendo innecesariamente complicado y absurdo, pero está acotado. No obstante, no bajo la guardia y aprieto mi carterita contra mí.

En medio de la locura que es Caracas, descubro un oasis: ¡las niñas! Ayer lo comentábamos Helena y yo, y hoy lo confirmo. Las que van temprano en la mañana al colegio de la mano de alguno de sus padres con su morralito a cuestas, las bebés que duermen en brazos de sus madres, las que están sentadas sobre las piernas de sus padres porque aquí no hay sillas suficientes, las que se escaparon y corretean traviesas por los pasillos. Las niñas de Caracas —de cualquier zona de Caracas— tienen algo en común: todas están exquisitamente peinadas. Trenzas, lazos, flores, tirabuzones. ¡Da gusto mirarlas! Todas se alistan desde la cuna para ser, ¡por lo menos!, reinas de carnaval. Las miro y recuerdo una viñeta que circuló por Facebook:

Una madre y una hija se arreglan. La niña pregunta: «Mamá, ¿qué significa fea?». «No sé, mi amor, nosotras somos venezolanas».

Y es que no hay venezolana fea. Nos arreglamos lo que haga falta, doblegamos a la naturaleza «y hacemos que nos obedezca».

En la misma línea, con el mal humor y la crispación generalizada de la sala de espera, convive una solidaridad femenina peculiar en la que las mujeres nos intercambiamos espejos, barras de labio, rímel, lápiz de ojos o colorete para salir bellas en la foto y que no se nos note el madrugón. ¡Esto no pasaría nunca en España! Uno nos piropea: «No hace falta que se maquillen tanto. ¡Al natural están mucho más bonitas!». Y esto tampoco.

Sólo me falta un trámite para que me concedan el permiso. Cuando

quedábamos nada más que unas doce personas por ser atendidas, una funcionaria sale a la sala de espera y nos advierte: «Tienen que tener paciencia, la persona que firma los permisos de viaje acaba de salir y no sabemos cuándo regresa».

¿Una hora más? ¿Tres? ¿Más paciencia? Hoy, solamente hoy, acumulo cinco horas y media de paciencia. Y, mientras tanto, mi mamá está sola en la casa y yo, a kilómetros de distancia como si estuviera en Madrid. Los que esperan conmigo se ven tranquilos, resignados. Ninguno protesta, ni se inquieta. Yo no tengo alternativa, no me puedo mover, ellos tienen mis dos pasaportes. ¿Dónde estarán? ¿Sobre qué escritorio descansa ahora mi doble nacionalidad? La bendición de haber nacido en Caracas, la redención de vivir en Madrid.

Una hora después me levanto a preguntar:

—Mire, ¿sabemos algo del que firma los permisos?

—No. Vaya a sentarse con los demás.

—Sólo quiero entender, señorita. ¿No hay un subalterno de este señor que esté autorizado a firmar?

—Vaya a sentarse.

Que la torturadora de turno me mandara a sentar no me ofendió. Me asustó la reacción de mis compañeros de espera.

Una señora mayor se me acercó.

—¡Por favor! Siéntese y cálese, que no le van a dar el permiso ni a usted ni a nosotros. Quédese tranquila. ¡Por favor!

¿Cómo calificar este nivel de paciencia? ¿Resignación? ¿Síndrome de Estocolmo? Necesito una palabra que describa la pérdida de toda esperanza. Una especie de aplastamiento radical de la voluntad, de la capacidad de pensar y de opinar. Estas caras no se improvisan, se trabajan, las facciones se amasan, los ojos pierden expresión, los surcos del cansancio se ahondan sin hacer bulla para que no parezca que protestan, para no molestar a la cara del muerto de al lado. Los miro y pienso: esta gente me lleva muchas colas de ventaja. Muchos años de paciencia que yo me he saltado. En estas caras, en este miedo, reconozco el rostro de una dictadura.

No hay pasaportes. Sólo me conceden un permiso para viajar con mi pasaporte español. Un permiso virtual, porque tampoco hay papel. «No se preocupe, ya enviamos un correo al aeropuerto y la dejarán salir». ¡A cruzar dedos para que el sistema informático del aeropuerto funcione!

En Caracas sigue oscureciendo al son del cristofué. Anochece con el canto de los grillos y las chicharras y amanece a ritmo de gallos y guacharacas impertérritas. Esos sonidos, los aguaceros recios, los verdes, la luz, son lo único que reconozco del país que dejé.

Caracas, miércoles

El corazón del día fue la conversación con mi mamá. Esta vez habló ella y yo escuché. Sus palabras me van a acompañar el resto de mi vida.

«No dormí en toda la noche, Marina, pensando en ti. La verdad es que es una situación terrible; si sólo hubiera sido una infidelidad, sería distinto, o no te hubieras enterado o, en todo caso, habría sido más fácil de perdonar. Pero una infidelidad con consecuencias es otra cosa. ¡Con la de años que llevan ustedes buscando ese muchacho! ¡No es justo! ¡Claro que no es justo!, pero es que la vida no lo es, hija. Comprendo perfectamente tu rabia y tu dolor y ahora entiendo por qué estás tan flaquita. Te queda bien, pero no me gusta que bajes de peso a fuerza de hacer dieta de pena.

»Mira, yo sé que tú eres muy independiente y que al final vas a hacer lo que te parezca, como siempre, pero yo sigo siendo tu mamá, y si te has venido hasta aquí para contármelo, será por algo. Así que yo te voy a decir lo que pienso y tú lo guardas dobladito en la maleta y te lo llevas. Cuando llegues a Madrid, lo sacas y ya decides si lo usas, o no, como tú prefieras.

»Hija, la vida no son ni los domingos ni las fiestas de guardar. La vida son los miércoles. La rutina, lo de todos los días, y yo he pasado muchos miércoles con Pedro y contigo como para saber lo bien que están cuando están juntos. Piénsatelo. Pedro te quiere bonito, te cuida y te hace reír. Y eso no es fácil de encontrar. Estos últimos años te he visto tan obsesionada con tener un hijo que me parecía que no le dabas suficiente valor a lo que sí tenías en tu día a día. Como que lo dabas por sentado, y eso no está bien, Marina. ¡Nunca hay que dar nada por sentado! No te dije lo que pensaba porque no me lo preguntaste, y no hay peor consejo que el que nadie ha pedido, pero ahora no quiero que te vayas sin mi punto de vista. Tú dirás que yo soy de otra época y es verdad, pero la vida, la de verdad, no sabe de épocas, *mija*, ni de modas. La vida es lo que es, Marina, y casi siempre es más simple de lo que nos gustaría. No le cierres las puertas, hija. No te digo que lo perdones mañana. Me parece bien que sufra un poco por todo lo que te está haciendo sufrir a ti. Tampoco te digo que perdonarlo sería fácil. Me pongo en tu lugar y yo no sé cómo reaccionaría. Pero no estoy en tu lugar. Estoy en el mío, y mi lugar es esta casa, y, desde mi cama, las cosas se ven claritas. Sólo te digo que lo pienses. Que lo pongas en remojo como si fueran caraotas y a ver qué pasa con ese guiso, *mija*, que a lo mejor de un día para otro está más blando y se traga mejor...».

La escuché sin parpadear. La abracé, le di las gracias y me sentí

profundamente afortunada de contar con su sentido común. Le conté la conversación de anoche y se quedó muy complacida de que la puerta no estuviera cerrada a cal y canto. Le expliqué clarito:

—Eso no significa que vamos a volver, mamaíta, no te hagas ilusiones. Sólo significa que nos veremos y que hablaremos.

—Por supuesto. Pero eso ya es mucho más de lo que estabas dispuesta a hacer hace dos días. Yo no te digo que lo perdones, hija, te digo que lo escuches y que te escuches también a ti misma. Mírate cómo estás de *esperrugida* y echadita a perder y piensa si no te sale más barato perdonarlo.

Caracas, jueves

Brunch de despedida, cachapas, hallaquitas de chicharrón y queso blanco... Pusimos la mesa grande, como cuando éramos una familia. Vinieron a verme mis padrinos. Helena trajo el cuatro y cantamos lo de siempre a dos voces. Volví a ser su hermanita, su segunda voz. La letra de alguna canción nos flaqueó y entre las dos la recuperamos a trozos a lo largo del día. Mis sobrinos bailan rico. Nos reímos. Por un rato fue como si nada de lo que está pasando pasara. Ni Pedro va a tener un hijo con otra, ni yo estoy sola, ni en Caracas falta leche, ni el agua de los grifos huele y sabe a cloaca, ni yo tengo miedo de no querer volver. Mientras estamos juntos, mientras cantamos y comemos, mientras bailamos, todo va bien. Todo rueda. La vida es dulce y tibia y Mi Casa sigue oliendo a torta.

Pedro llamó. Contento y aliviado de saber que sigo viva y que vuelvo a Madrid: «¡Qué bien! ¡Ya queda menos, bonita!». Su cuenta regresiva, que en un sentido me alivia, en el otro me desmorona el alma. Es muy probable que hoy me despida definitivamente de mi mamá.

Habrà de pasar mucho tiempo antes de que se me olvide este viaje. Me llevo su amor y sus palabras. A ver qué puedo hacer con ellas.

Caracas-Madrid, jueves noche

Finalmente estoy en el avión camino a Madrid. ¡Regreso a mi vida! No sé bien a qué vida, a una vida que tendré que hacer mía, no diría que del todo elegida por mí, pero, en cualquier caso, no estará diseñada por el régimen.

¿Qué escribiré en este cuaderno la semana que viene? ¿Escribiré? Pedro va a recogerme al aeropuerto. ¿Pasaremos juntos el fin de semana? Tengo una mezcla

rara de emociones. Estoy triste, cabreada, ilusionada, aliviada de volver a sus brazos y muerta de ganas de volver a dormir con él, ¡y de echarle la bronca otra vez! ¿Podré con todo eso? ¿Podrá él? ¡Quién sabe!

Swim, swim. Keep swimming!

Diecisiete

Cuando Germán volvió al despacho, encontró a Eva cómodamente instalada en su puesto de trabajo. Llegaba pronto, daba órdenes, resolvía problemas. Físicamente se la veía muy recuperada. ¿Guapa? ¿Atractiva? Tal vez no tanto, en todo caso, le vino a la memoria aquella mujer irresistible, segura de sí misma, que lo había encandilado cuando la conoció. «¡Está con otro! —masculló entre dientes—. ¡La muy puta!».

Nunca habían pasado tanto tiempo sin verse y sin hablar. Cada uno se sentía más ofendido que el otro. Cada uno con más derecho a mantenerse en un silencio digno que el contrincante. Germán, como de costumbre, esperaba a que fuera Eva quien diera el primer paso. ¡Ya llamará y volverá rogando que la perdone! A fin de cuentas, ella había montado el numerito, ella le había hecho quedar en ridículo, ella lo había dejado con la palabra en la boca. ¿Qué se había creído? Mucho tendría que suplicarle y él se haría de rogar. Eva, por su parte, por primera vez en todos estos años, tenía meridianamente claro que no iba a volver con él. Ya no. Había tocado fondo y se le habían agotado los argumentos para mantenerse en el engaño. El último encuentro en el coche había funcionado como una revelación. Ese día había visto a Germán con una claridad insultante y no tenía vuelta atrás: era un gañán, nunca la había querido y, además, no se iba a separar en la vida. Persistía la rabia, que tan pronto dirigía contra Germán como contra sí misma. Rabia por los años perdidos, irrecuperables, rabia por su propia ceguera, por su estupidez, rabia por las oportunidades desaprovechadas. ¡Si le hubiera hecho caso a Eduardo, hoy estaría casada y con tres niños! ¿A punto de divorciarse? Sí, probablemente, sí, como tantas. Tal vez con un amante clandestino que la distrajera del tedio de la vida cotidiana, tal vez con unos cuernos que distrajeran a su marido de lo mismo, tal vez a bronca diaria, pero con una vida verdadera que contar y con tres niños. ¡No entendía qué perra le había entrado con Germán ni por qué se había atascado tanto tiempo en esa perra! ¡Si ya ni siquiera le atraía físicamente! Lo importante es que ahora era consciente de que todavía le quedaba la mitad de su vida por delante y que en esta otra mitad, la vida sería suya. En esta otra mitad mediría sus pasos, elegiría

con quién quería estar y con quién no, retomaría las amistades que había dejado de lado, buscaría un hombre que sí la quisiera, que la eligiera a ella entre todas las demás, un hombre que estuviera dispuesto a compartir los desayunos, la lista de la compra, los cumpleaños, la pasta de dientes y el armario. Un hombre que no se conformara con un martes al mes, ni con cuatro mensajes chorras al día, por muchos besos y muchos corazones latientes que los acompañen. En esta otra mitad, quería recuperar la buena relación con su sobrina, pasaría por encima de los celos de Milagro, y no se dejaría vapulear por las críticas constantes de su madre. En esta otra mitad, controlaría la bebida, le gustaba pensar que tal vez, sólo tal vez, podría volver a tomarse una copa de vino, o un whisky, nada más que uno. No pedía más. En esta otra mitad, dedicaría más energía a su trabajo y empezaría a cumplir las promesas que había anunciado años atrás cuando la contrataron en la empresa. Los diez años con Germán serían un paréntesis para el resto de su vida. Un paréntesis largo, muerto, pero un paréntesis. Un paréntesis que había sorbido y desgastado los mejores años de su vida, pero un paréntesis con principio y con fin. La mitad de la vida no era poco. En todo esto pensaba Eva cada vez que tenía que salir por el pasillo o cuando no le quedaba más remedio que hablar con él. El primer encuentro había sido de una indiferencia tensa. Ambos muy profesionales, parcos, escuetos, monosilábicos. Salieron indemnes. Tablas. En el segundo, Germán se había acercado con una excusa barata. Tal vez para mirarla más de cerca. Volvió a su despacho e inmediatamente le escribió un mensaje: «Te veo muy guapa, ¿qué pasa?, ¿que no puedes dejar de follar y ya tienes a otro?».

Hubiera querido pegarle por ordinario, por atreverse a faltarle el respeto de esa manera. ¿Qué se había creído? No respondió. Estaba decidida a pasar de él y a concentrarse en el trabajo.

Quería pedir una reunión con recursos humanos porque no se sentía cómoda con Diana. Pensaba que el haber ocupado su puesto mientras ella estuvo de baja le había dado unos humos incompatibles con el trabajo en equipo y, sobre todo, incompatibles con el hecho de que era su subalterna. Más de una vez la había pillado puenteándola con Germán. Después se hacía la sorprendida y pedía muchas disculpas, y mucho «Lo siento, es la costumbre», «Es que era un tema que tratamos juntos cuando tú no estabas», «Lo siento, fue Germán quien me llamó para preguntarme». Hasta ahí lo podía soportar. Era incómodo, pero tolerable. La gota que colmó el vaso llegó un viernes al mediodía. Despachaban juntas en la oficina de Eva. Diana recibió un mensaje que no pudo evitar leer con una sonrisa.

—Lo siento, Eva, si no te importa, lo dejamos aquí. Tengo que irme.

—Sí. Sí me importa. Todavía falta mucho y esto tiene que estar listo antes del

lunes, Diana.

Recibió varios mensajes y Eva no pudo evitar mirar quién la llamaba cuando el teléfono de Diana se iluminó. Era Germán.

—Responde a la llamada si quieres, Diana. Parece que es urgente.

—Vale, lo siento.

Y contestó, con voz melosa: «Sí, ¡claro que llamé al cerrajero! Pero todavía tardará un rato».

Por suerte, recursos humanos la había citado para esa misma tarde.

DE: MARINA MORA
PARA: SUSANA CASTRO
ASUNTO: ¡Ya en Madrid!

Mi querida Su, al final todo se arregló y pude volver cuando tenía previsto.

¿Cómo estás tú? Para empezar, reiterarte mi agradecimiento. ¡Tu regalo ha cumplido su cometido! Cada minuto que pasa reconozco cuánto necesitaba salir de Madrid, alejarme del torbellino de estos meses y pensar. Necesitaba tu compañía siempre tan fresca y tan optimista. ¡Gracias! ¡Eres una amiga extraordinaria y tengo muchísima suerte de contar contigo! Me alegra que las flores hayan llegado bien y sobre todo me alegra haberte sorprendido. ¡Mira que no es fácil!

Estuve a punto de escribirte que también tenías razón respecto al viaje a Caracas. Pero no, un viaje a Caracas nunca está de más. Por supuesto que fue un infierno burocrático, por supuesto que me fajé y di más vueltas que *pelotica*'e lotería, pero al final volví a Madrid cuando estaba previsto. Mi familia está todo lo bien que puede estarse en aquel esperpento de país... Acabo de mandarles una caja con café, arroz, lentejas, aceite, harina, jabón, harina-pan y medicinas.

Lo más importante del viaje fue la conversación que tuve con mi mamá. Está tristísima con lo de Pedro y me comprende, pero también me dejó claro que le parece que tengo que pensarme mejor lo de echar toda mi vida por la borda. En fin...

Pero no es eso lo que quiero contarte. Lo que quiero contarte es que vi a Pedro. Síiiii. Ya ves, ¡Súper Marina! La que lo tiene todo claro, la que no quería volver a verle ni en pintura. Me da un poco de vergüenza reconocerlo, pero tengo que confesar que el primer paso lo di yo. ¡Así como lo oyes! Resulta que una noche en Caracas tuve un lapsus dactilar y lo llamé «sin darme cuenta»... colgué rapidito pero ya era tarde, Pedro me devolvió la llamada inmediatamente y hablamos. Yo estaba muy blandita, revuelta como siempre por la vida en Caracas y asustada porque tenía que ir a resolver papeles en una zona muy peligrosa de la ciudad y aproveché para volver a recostarme en su hombro. El caso es que una cosa llevó a la otra y al final fue a recogerme al aeropuerto con

un ramo de rosas rojas más grande que él. El abrazo del reencuentro fue un adelanto de lo que nos esperaba el fin de semana. ¡No podría explicar lo que significó volver a oler su cuello! Yo te diría que fue lo más parecido que he vivido yo a un regreso al útero materno, a ese lugar en el que nada malo te puede ocurrir. Las rosas cayeron, las lágrimas también. Entendí exactamente el significado de esa frase tan de novela rosa que dice: «Se fundieron en un abrazo». Así fue. Literalmente nos fundimos, derretidos, mezclados, confundidos, imposible distinguir de quién era este brazo, de quién el ojo, la pierna o esta lengua. Nos fundimos y nos costó recuperarnos cada uno a sí mismo para recoger las maletas y las flores. Nos fuimos a casa. ¿A qué casa? ¿A nuestra casa? ¿A la mía? Como cambié las cerraduras, Pedro no tenía llaves para abrir, así que fue raro desde el mismo momento en el que entramos. Allí, en el descansillo de la entrada, nos arrancamos la ropa y arrancó la montaña rusa del fin de semana.

No te voy a contar los detalles, yo misma no podría enumerarlos, se me han borrado, sólo decirte que han sido los tres días más intensos que recuerdo. Nunca la comida preparada por Pedro me supo tan bien, ni tan mal (alguna terminé devolviéndola). Nunca el sexo con él fue más excitante ni más triste, ni más doloroso, ni más sublime. Nunca nos habíamos abrazado tanto para llorar en nuestros propios brazos. Por primera vez hubo maltrato doméstico. Sí. Le pegué. Le pegué unos puñetazos lastimosos que provocaban más pena o más risa que dolor. No le hice ningún daño, pero le pegué. Puños y puños y puños en el pecho como un Tarzán de a dos. Podía haberme sujetado, podía haberse defendido, pero se dejó pegar. Volvimos a abrazarnos y a llorar. Volvimos a la cama. ¡Lo adoro! No tengo ninguna duda de que nunca volveré a querer a nadie como lo quiero a él. Pero no puedo. ¡Lo odio! Yo lo siento más que él, yo me quedo más sola y más vacía. Yo pierdo todo, pero me parece que no puedo volver. Me propuso intentarlo como yo quisiera, juntos, revueltos, él en su casa y yo en la mía. Llegó a venderme la ilusión de que podríamos disfrutar de su hijo en fines de semana alternos, ¿te imaginas? ¿Cómo voy a aceptar? No lo soportaría. Todavía no sé cómo pudo Pedro hacerme esto. ¡Un hijo con otra! Es que no se me ocurre una afrenta que me hiciera más daño.

El domingo en la noche le pedí que se fuera porque no quería amanecer el lunes a su lado, como si se tratara de un lunes cualquiera. No quería compartir el café y el jugo de la mañana como si nada de esto hubiera pasado, como si siguiéramos siendo el matrimonio que fuimos hasta hace dos meses.

¿Estaré siendo implacable con Pedro y conmigo? ¿Me arrepentiré de esta decisión el resto de mi vida? No lo sé, pero en este momento me parece que no tengo alternativa. No me imagino conviviendo con ese niño ajeno, tú dirás que

podría hacer como si no existiera, pero es que a Pedro el niño se le ve en la cara. Está muy arrepentido de su error, pero lo conozco y no puede disimular la ilusión que le hace tener un hijo. Y eso que todavía no ha nacido. Hablará de él, mostrará fotos, se preocupará, se sentirá orgulloso, ocupará el lugar más importante de su vida, en definitiva, será un buen padre del hijo de otra. No puedo con eso.

Sin embargo, siguiendo el sano consejo de mi mamá, pensé que la puerta que se cerraba esa noche detrás de Pedro no era un muro. Esto es sólo una puerta, me dije, y la llave de la cerradura está en mi mano, y si algún día el dolor que me produce su traición me deja respirar, podré volver a abrirla y, si hay suerte, puede que Pedro me esté esperando al otro lado.

Durante la noche me desperté sobresaltada, busqué su olor en nuestra cama y el puñal envenenado de su engaño volvió fresco, como el primer día. Como ves no hay descanso: lo necesito y lo aborrezco a partes iguales. A ratos lo mataría muerto-cadáver y a ratos lo volvería a resucitar a besos, ya sabes, boca a boca.

Este lunes, con la vuelta al trabajo, comenzó mi nueva vida, ¿cuál? ¿Por dónde empiezo a recoger las piezas? ¿Quién lo sabe?

¡Esto es lo que hay, Marinita!, me dije esta mañana. ¡Tendrás que echarle mucha bola! ¡Y en eso estoy!

¿Cómo estás tú? ¿Qué tal Tomás? Esta misma semana lo llamo y nos tomaremos ese café que nos tenemos prometido. Todavía tengo que aterrizar, pero te prometo que en cuanto ponga los dos pies sobre la tierra lo llamo y te cuento con detalles.

Bueno, Su, gracias otra vez por cada minuto de NY. Reparte besos a tus (mis) amigas de allí. Te echo de menos. Cuento contigo.

mm

NOTAS SOBRE PACIENTE 12. E.S.

Llega a la consulta media hora tarde. Está visiblemente bebida y descompuesta.

Esta mañana la despidieron del trabajo. Cobró una indemnización importante, pero está deshecha. Por si fuera poco, se enteró de que Germán tiene una relación con otra compañera de trabajo.

Me temo que tendremos que volver a empezar desde cero.

Nueva York...

Mi querida Marina:

Te sorprenderá que haya abandonado la inmediatez del correo electrónico y que esta carta te llegue por vía postal, como sé que te gusta: de puño y letra, doblada dentro de un sobre, decorada con un sello de papel y entregada en mano.

La ocasión lo requiere.

Para mí no es fácil escribirte, porque sé de antemano lo difícil que te resultará leerme.

Necesito pedirte el más importante y el más comprometido de los favores: hace dos semanas que sé que estoy embarazada y quiero que seas la madrina de mi hijo.

No se trata de un gesto generoso con el que pretenda hacer justicia. Todos sabemos que la vida no es justa y que nada explica, ni compensa, el que tú no hayas tenido un hijo. No conozco a nadie que lo deseara más, que lo mereciera más y que lo hubiera hecho mejor que tú. Pero la vida es arbitraria y se equivoca. No, esto que hago no es impartir justicia ni pretende ser un premio de consolación. Es el puro egoísmo. Pienso en mi hijo y no querría que nadie que no fueras tú se hiciera cargo de él si yo faltara. Quiero que seas su abuela materna, su tía y su madrina. Quiero que estés en su vida (para asegurarme de que nunca te alejes de la mía), quiero que seas un referente, un pilar para ese bebé, que, como poco, tendrá que crecer dividido entre dos continentes.

Ha sido una sorpresa para ambos. Repetí la prueba varias veces porque no me lo creía. Después, reviví la angustia de la primera vez. Como si todavía fuera una adolescente sin experiencia. Llamé a Tomás y él, que lo tiene más difícil porque ya lleva dos hijos en la mochila, no tuvo ninguna duda. A él no le parece, como a mí, una burla del destino, sino un premio. «¿Que qué vamos a hacer? ¡Tenerlo!», y lo dijo con tanta convicción y autoridad que me contagió su optimismo.

Sé que en algún momento te alegrarás por mí con esta noticia. En algún

momento. Por ahora, también sé que volverás a llorar «tu agujero» —como tú lo llamas—, como lloras con cada embarazo que te rodea. Y lo sé, porque cuando pienso en ti, me invade la horrible sensación de ser una amiga traidora. La peor. «Yo también. Firmado: Brutus...». Por eso no te llamo. Para que llores a tus anchas sin temor a herir mis sentimientos. ¡Tienes permiso para llorar! ¡Puedes odiarme un par de días por esta puñalada traperera! ¡Lo que tienes prohibido es rechazar mi petición!

Mi hijo, Tomás y yo contamos contigo para que nos eches una mano y nos ayudes a hacer de toda esta locura una familia...

Sabes que no soy creyente, pero conozco a mi padre y para él será muy importante que su nieto(a) esté bautizado (él todavía no lo sabe, eres la primera), así que, con toda seguridad, habrá ceremonia en el pueblo. No sé si entre los padres habrá boda —ni civil ni eclesiástica—, no se ha tocado el tema, pero ¡bautizo de la criatura seguro!

Te quiero mucho, Marina, sabes que para mí ha sido un privilegio ser tu amiga y quiero que mi hijo también disfrute de ese don. Eres el primer regalo que le hago a mi bebé. (Bueno, el segundo, ¡¡¡el primero es un padre extraordinario!!!).

Llámame cuando estés preparada. No hay prisa. Todos contamos con nueve meses para hacernos a la idea.

Te mando un abrazo fuerte, que yo también necesito porque estoy aterrada con la noticia...

Te quiero,

Susana

TERAPEUTA 2

NOTAS SOBRE PACIENTE XXX

Hoy tuve una primera entrevista con XXX.

(Colega reconocido. Prefiero no registrar su nombre).

Como motivo de consulta refiere insomnio pertinaz y un nivel de ansiedad constante que no lo abandona. En ocasiones tiene picos de angustia que, literalmente, le dificultan hacer su vida diaria y que interfieren en su desempeño como terapeuta. Está tomando algo de medicación, pero sabe que eso apenas alivia los síntomas y que necesita ayuda profesional.

—Profunda y a largo plazo —añade.

—¿Y cuál crees que fue el desencadenante?

Dice sentirse fatalmente atraído por la amiga de una paciente. Le pido que se explique un poco más y dice que no quiere poner en riesgo su matrimonio. (Lleva casado más de doce años. Tiene dos hijos, una niña de diez y un niño de ocho).

Cuando le pregunto en qué consiste la relación que mantiene con esta mujer y cómo afecta a su relación de pareja, me cuenta, para mi sorpresa, que sólo se han visto dos veces y las dos en su consulta. La primera porque ella fue acompañando a su amiga y la otra en una entrevista que solicitó a raíz de su propia separación. Inmediatamente la refirió a otro colega.

Dice que no comprende qué le ocurre con esta mujer que le resulta absolutamente irresistible. Cito:

«Sabiendo lo que siento, no puedo atenderla como paciente, pero me di perfecta cuenta de que, al remitirla, me dejé una puerta abierta para entablar una posible relación en el futuro, sobre todo ahora que ella está separada... Eso está sólo en mi cabeza, porque ella no ha mostrado ningún interés en mí, ni como terapeuta, ni como hombre. Pero lo cierto es que estoy obsesionado... estoy fatal».

Me pareció un discurso contradictorio, cargado de frases condicionales. Es evidente que se libra una batalla en su interior entre el deseo y la culpa. Entre el

temor que tiene a la fuerza descontrolada de sus propios sentimientos y las coartadas que utiliza para «dejar la puerta abierta», como él dice. Hasta aquí, lo normal ante una situación como esta en la que está en juego no sólo su relación de pareja sino la ética profesional. Con todo, no me parece razón suficiente para explicar tanta angustia.

Mientras le escucho entiendo que, después de doce años de relación, la vida sexual con su mujer haya menguado, entiendo que se sienta atraído por otra mujer y que busque tener una aventura que le devuelva la pasión por la vida. También estoy de acuerdo con que la haya remitido. Es una mujer que está en una situación de extrema vulnerabilidad y necesita un terapeuta que la acoja, no un hombre que se enamore y se aproveche de ella. Lo que no llego a comprender es el terror que esta situación le produce. ¿Por qué viene a pedir ayuda a causa de una mujer a la que apenas conoce? ¿A quién representa esta mujer? ¿Insomnio, ansiedad, angustia? No sé... Aquí tiene que haber algo más... Me pregunté si todo esto no sería un desplazamiento de lo que en realidad sentía él por alguna mujer prohibida —¿su paciente tal vez?— y no por la otra —la amiga—. No acababa de entenderlo, así que se me ocurrió pedirle que me hablara un poco de la paciente a través de la cual conoció a esta mujer.

—No tiene la menor importancia. Es una mujer como tantas otras *mujeres malqueridas* de esas que tú describes en tus libros. Consulta porque lleva años en una relación sin salida con un hombre casado que nunca va a separarse de su mujer. Hace un par de meses estuvo ingresada por un episodio autolítico que no quedó claro si fue intencionado o no. Mezcla peligrosa de alcohol y ansiolíticos.

—¿Y cómo te sientes tú con ella?

—Reconozco que desde el principio me resultó incómoda... Pensé en llevarla a supervisión. Traté de remitirla, incluso pensé en mandártela a ti porque me pareció que con una mujer le iría mejor que conmigo, pero no hubo manera. Dejé de verla un tiempo, pero luego ocurrió lo del hospital y ya no pude negarme a atenderla. Su discurso me aburre.

—¿Te aburre? ¿No será que a ti te gustaría ser como ese hombre casado que sí se atreve a tener una aventura?

Sorprendentemente se echó a llorar.

—Es que ya tuve una aventura y salió mal. Salió muy mal. Creo que lo que me ocurre con Eva es que me recuerda aquella situación. Fue hace tres años. Me volví loco, me ocurrió lo mismo que me ocurre ahora con esta mujer que te cuento y por eso tengo tanto miedo a perder el control. Me lie con una paciente. ¿Te imaginas? ¡Una paciente! Bueno, no llegó a ser mi paciente, tuvimos un par de entrevistas y dejé de entenderla inmediatamente.

—¿Dejaste de «entenderla» inmediatamente?

—¿Dije entenderla? No, quise decir «atenderla». Sólo fueron un par de entrevistas, inmediatamente dejé de atenderla, pero ahora que lo dices, seguramente también dejé de entenderla. La relación se convirtió en otra cosa. A los pacientes los entiendes, a las amantes, no. Lo cierto es que, en vez de animarla a que buscara ayuda con otra persona y a que encontrara a alguien dispuesto a «atenderla» y a «entenderla», la persuadí para que no consultara con otro terapeuta. «¿Para qué? —le dije—, no hace falta». Cuando lo cierto es que lo hice pensando en mí, en que me pondría en una situación muy delicada si otro colega se enteraba de mi doble vida. Recuerdo que aceptó sin rechistar. Siempre estaba dispuesta a complacerme y lo que yo decía era santa palabra...

»Cuando escucho a mi paciente —se llama Eva— es como si pudiera volver a escuchar a Mercedes. Veo el otro punto de vista, la perspectiva de la mujer que está en la sombra y mi sentimiento de culpa se multiplica. Reconozco en su discurso las mismas quejas, los mismos reclamos que me hacía Mercedes a mí. Su espera inútil, las falsas promesas, su disponibilidad incondicional para estar al alcance de mi mano cuando y donde yo dijera, entre un paciente y otro, en mis huecos libres. Eva me ha obligado a revivirlo todo, los encuentros apasionados a escondidas, mis mentiras, mis excusas, mi doble vida. En ocasiones me he visto a mí mismo como un maltratador... Muy sorprendido, ¿puedes creerlo? —Guarda unos minutos de silencio—. Sí, supongo que eso está en el ADN del maltratador, que uno no se reconoce en su maltrato... Que uno se engaña y piensa que hace lo único que puede hacer... En fin... Lo cierto es que ahora ya no tengo escapatoria, ¡y no puedo seguir viviendo con esta culpa!

—¿Y qué pasó con Mercedes?

—Un lunes por la mañana me llamaron de la policía. Habían encontrado su cuerpo sin vida en una habitación de hotel. Mezcla de alcohol y ansiolíticos, como Eva. Sólo que ella sí quería morir y lo logró. Llevaba en el bolso un paquete de kleenex, el DNI y una tarjeta con mi nombre, mi teléfono y mi profesión: «Psicoterapeuta». ¿Te imaginas? ¡«Psicoterapeuta»! ¡Qué vergüenza! ¡En su momento lo pasé mal, muy mal. Pensé en consultar. Tenía que haber buscado ayuda desde el principio, como ahora, ¡al primer síntoma!, pero no me atreví y ya después, con todo lo que ocurrió, ¿a quién le iba a contar: «Es que estoy deprimido porque mi amante acaba de suicidarse por mi culpa»? ¿A mi mujer? ¿A un colega? ¿Y qué iba a pasar con mi carrera? ¿Con mi reputación? ¿Con mi familia? Estuve muy tocado. Incluso interrumpí la consulta un par de meses, porque el sentimiento de culpa me mataba, pero luego pasé página de una manera radical. Lo sepulté y seguí con mi vida como si nada.

—Como si nada...

—Exactamente. Ya ves, como si eso fuera posible. Con lo bien que me sé la

teoría... Creí que lo había conseguido, que milagrosamente me había salido con la mía y había burlado el duelo y enterrado mi responsabilidad hasta que las sesiones con Eva, su sufrimiento, el incidente del hospital y su amiga Marina me han explotado en la cara removiéndolo todo como si hubiera ocurrido esta mañana.

Lloró francamente abatido.

—¡No puedo más! ¡Estoy desesperado! ¡Necesito ayuda!

Madrid, martes

Ayer recibí una carta de Susana. No supe si romper la carta o romper a llorar.
Hoy nació el hijo de Pedro. Este fin de semana no querré verle.

EPÍLOGO

(Un año después).

Madrid, lunes

Ayer bautizamos a Celia.

Fue un encuentro entrañable en la casa del pueblo de Susana. No éramos muchos, así que estuvo todo muy familiar.

¡Mi ahijada está preciosa! Ha sacado la boca de Susana y las pestañas de Tomás. ¡Impresionante lo que ha crecido en estos meses desde que fui a conocerla a NY! Se ha convertido en una niña risueña, simpática, dispuesta a pasar de brazo en brazo sin protestar. ¡Nunca me imaginé que iba a quererla tanto! Al final de la tarde se quedó dormida en mis brazos, con su cabecita apoyada sobre mi hombro. Sentí su peso leve sobre mi cuerpo, su olor a limpio, su calorcito, y agradecí cada segundo de ese regalo de la vida. Una ñapa, lo sé. No es el regalo que soñaba, pero es muchísimo mejor que no tener nada de nada. ¡La adoro!

Fue curioso vernos otra vez reunidos los de entonces, Eva, Susana, Tomás, Pedro, yo... En un momento, nos miré a todos desde fuera con cariño, y no deja de asombrarme la vida. ¡Lo impredecible que es la vida! ¿Quién iba a decirnos cuando estudiábamos que, tantos años después, íbamos a traicionar nuestros destinos de esta forma?

En la universidad, yo era la mejor alumna. No tenía alternativa si quería conservar la beca. ¡Eso sí!, era la «Susanita» del grupo, la única que soñaba con casarse y tener «muchos hijitos» y aquí estoy, con un trabajo rutinario que me importa un comino y que apenas me da para comer. Sola y sin hijos.

Tomás, el más clásico, el más apegado a la seguridad, fue el único que aprobó oposiciones y el único divorciado de los cuatro. Con dos familias, enamorado hasta los teque-teques de Susana y de Celia (no sé si por igual), viaja a NY cada vez que puede y sostiene un malabarismo nada convencional entre una vida y otra. ¡Admirable!

Eva vuelve a ser Eva. La más rompedora de las tres, la más atractiva, la que más prometía; después de meses en el paro, a duras penas ha encontrado un trabajo gris en Barcelona. Vuelve a estar bella, bien vestida, cuidada ¡y muy

divertida! Por ahora está sola, apuntada a Meetic, distrayendo sus fines de semana entre viudos tristes y divorciados demasiado alegres. Vino desde el viernes, se quedó en mi casa y nos fuimos juntas al bautizo. Conversamos rico hasta las tantas. En un momento de la noche pusimos sobre la mesa la cara oculta del tiempo que estuvo recluida en mi casa y nos reímos a carcajadas. Eva me confesó que, en efecto, se probaba mi ropa y que, a escondidas, ¡¡¡había estado hablando con Germán!!! Y yo le conté que yo ocultaba bien mi diario para asegurarme de que no lo leyera, ¡por si acaso! Salió a colación el tema de su terapeuta y le conté que en su momento me había parecido un poco ligón, y Eva me confirmó que eso era sólo conmigo y que a ella nunca la había mirado así. El caso es que ella le está muy agradecida y cree que sin su ayuda nunca hubiera dejado a Germán. Además, dice que, gracias a la terapia, ha tomado una distancia prudente con su madre y que ahora se llevan mucho mejor. ¡Bien por Eva!

Susana. Susana es la más sorprendente de las tres. Siempre fue muy ambiciosa y creo que su ambición se quedó pálida al lado de sus logros profesionales. Esa promesa la cumplió. Lo que nos tiene maravillados a quienes la conocemos desde siempre, lo que nunca sospechamos de ella son sus dotes para la maternidad. ¡Me parecía una locura que una mujer como ella, con su vida, con sus horarios y en aquella ciudad, tuviera un hijo sola! Es impresionante cómo Susana ha organizado su vida en torno a Celia. Se llevó del pueblo a la señora Pilar para que cuidara de la niña y acertó. A la vista está lo plácida y lo feliz que va creciendo la pequeña. Veo a mi amiga con su hija en brazos y me conmueve la mirada embobada que se dedican la una a la otra. Me cuenta que no es fácil y se lo creo. ¡Nadie dijo que lo sería! Que termina agotada, que no da para más, que ha tenido que cambiar de lugar en la empresa porque la vida no le alcanza para tanto y que ahora no viaja. Que la conciliación familiar es una entelequia y que ella teme morir en el intento. Confiesa que, visto lo visto, no volvería a hacerlo, pero que no se arrepiente de haberlo hecho. Suena contradictorio, pero asegura que las dos cosas son verdad.

Su relación a distancia con Tomás, a Su le funciona y me pregunto si habría podido con otro tipo de relación más cotidiana...

¡Lo ha hecho genial mi amiga!

Pedro es otra historia. A Pedro lo miro desde lejos ¡y lo quiero tanto!, ¡y me cuesta tanto perdonarlo!, que, a estas alturas, todavía no sé qué será de nuestras vidas. Lo veo contento con su hijo. Los primeros meses fueron muy duros para mí, no permito que me enseñe fotos. Siempre supe que iba a ser un buen padre y eso también me hace doler...

A veces me dan ganas de cerrar la historia definitivamente. Encerrarme a

llorar uno o dos años y volver a empezar. Otras, me invade el pánico a que se aburra de esperarme y se vaya con otra. Esos días me dan ganas de gritar que no me importa nada que no seamos nosotros. Nosotros, la pareja perfecta. Nosotros, llegando por separado al bautizo de Celia. Nosotros, desperdigados y adoloridos. «Nosotros, que nos queremos tanto... y en prueba de este amor...».

En fin, nos miro a todos y constato el paso del tiempo, que no transcurre en balde. Nos miro vivir, cambiar de vida, y compruebo que, como dice mi mamá, la vida son los miércoles, y los jueves, y los domingos de bautizo en el pueblo, y los lunes tediosos como hoy...

AGRADECIMIENTOS

A Kevin Kosher, Guillermo Ruffolo y Daniel Tortoledo, por prestarle una casa y una vida a Susana en NY.

A la *Poesía completa* de Manuel Vilas, por la libertad.

A mis editoras:

–Miryam Galaz, que en nuestro primer encuentro sentenció: «Esa novela está escrita y yo sólo quiero leerla». Que sepas que no estaba escrita, pero tu entusiasmo y tu amparo fueron fundamentales para escribirla.

–Viviana Paletta, por su agudeza en el detalle y la paciencia de convertir mi ensalada de hojitas de colores en un relato coherente.

–Paz López-Felpeto, por corregir, y corregir, y corregir...

A mis lectores:

–Corina Michelena, que leyó el manuscrito palabra por palabra con su mirada precisa de poeta. ¡Una suerte contar contigo, hermana!

–Loreto Vivanco, que hizo una lectura integral y veló por la coherencia de las voces de Eva, Susana y Marina.

–Catalina Rams, lectora generosa y sistemática. Por la introspección, el oficio y la carpintería. ¡Y por las tardes de whiskys y desatascos!

–Fernando García, que después de tantos años desempolvó su bolígrafo rojo desengrasado, ágil y minucioso, para llenar el manuscrito de sugerencias imprescindibles.

Sé que esto siempre se dice, pero, ¡doy fe!, en este caso es absolutamente cierto: esta novela sería muchísimo peor sin la ayuda de cada uno de mis lectores y editoras. ¡Gracias!

Y otra vez a Fernando, por compañero, por tenerme paciencia, por los fines de semana de encierro ¡y por tanto amor!

La vida son los miércoles

Mariela Michelena

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Diseño e ilustración de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Mariela Michelena, 2017

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): Junio de 2017

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[La vida son los miércoles](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)